

Rafael Sarmiento



**El
Pañuelo
Negro**

El Pañuelo Negro

Rafael Sarmiento

Copyright © 2016 Rafael Sarmiento Chaparro

Todos los derechos reservados

ISBN – 13: 978-1540700872

ISBN – 10 1540700879

PRÓLOGO

Bratislava

Sábado, 7 de Enero de 1984

Habían pasado treinta años, pero el rostro de Elisaveta no lo aparentaba. Ni su figura, ni su porte ni el aura que rodeaba la elegancia de aquella hermosa mujer. Al menos así lo pensaba Marek, su marido. Treinta años hacía que la había tomado por esposa y él seguía viendo en ella a aquella joven alta y rubia, de maneras lozanas, ojos pícaros y sonrisa mordaz que le cautivó en su juventud y que, aun entonces, cuando ambos habían sobrepasado de largo la cincuentena, seguía dejándole sin habla cuando le miraba con ese gesto confiado tan cargado de sensualidad.

La cena había sido excelente, muy acorde con la celebración de dicho aniversario. El siguiente sería un buen día para continuar con la rutina de sus vidas, pero aquella noche pasearían tranquilamente, si el frío lo permitía. Marek nunca descuidó a su esposa, a pesar de la enorme responsabilidad que conllevaba su trabajo, pero vivía con el pesar de no haberle dedicado más tiempo, que era lo que de verdad le hubiera apetecido. Siempre pensó que no se puede tener todo, que quien mucho abarca, poco aprieta y que llevaban una vida de ensueño, al menos en comparación con la inmensa mayoría de la población del país en el que vivían. Pero dicha vida era consecuencia de su trabajo, de su estatus, y ese era el precio que debía pagar. Sin embargo, aquel día era para ellos. Aquel día, no había otra cosa que no fueran ellos.

Acababan de terminar los postres y, al tiempo que avisaba al camarero para que le trajera la cuenta, Marek hizo un gesto a Juliusz, su escolta, que esperaba en otra mesa mientras tomaba algo y leía un libro. De inmediato, se levantó de su asiento y se dirigió a la salida. Hasta que él no lo autorizara, Marek y Elisaveta no saldrían del restaurante.

- Aquí tiene, señor-. El camarero, perfectamente vestido, como era propio en un sitio de lujo como aquel, tardó apenas un minuto en traerles la cuenta. Era quien les había atendido desde que entraron en aquel lugar y había hecho su trabajo de una manera más que eficiente, lo cual satisfacía sobremanera a Marek. Era algo que él valoraba mucho en un profesional, daba igual el rango o el sector. En su opinión, el trabajo había que hacerlo bien, terminar siempre lo que se empieza, nunca dejar nada a medias y emplearse a fondo para que el resultado sea el más satisfactorio posible. A pesar del nivel en el que se manejaba en la vida, no juzgaba a los demás en función de su estatus o su ocupación, sino por la efectividad con la que lo realizaba. Y aquel camarero había aprobado con nota alta según su escala de valoración.

Una vez pagada la cuenta, la pareja permaneció en sus asientos hasta que Juliusz se

asomó desde la puerta de salida y les hizo un gesto.

- Ya nos podemos ir-. Marek se levantó entonces y retiró la silla de su esposa para facilitarle a ella el que lo hiciera también. Luego, ambos se dirigieron al guardarropa, donde les dieron sus abrigos, se los pusieron y salieron del restaurante, ella agarrada al brazo de él y él encantado de sentir el contacto de ella. En verdad, hacían una pareja imponente. Ambos altos, bien parecidos y con el porte gallardo tan propio de quienes, por su posición, miran la vida por encima del hombro, por mucho que traten de evitarlo viviéndola con sencillez y sin estridencias, como era el caso.

Juliusz se echó a un lado y les dejó pasar delante de él. Luego, esperó unos segundos mientras Marek y Elisaveta caminaban, para empezar a hacerlo él unos metros por detrás, de manera que pudiese tenerlos a la vista y al alcance, pero sin molestarles en lo más mínimo.

- Hace una noche preciosa, a pesar del frío-. Exclamó Elisaveta, mostrando su agradable sonrisa.

- No ha querido fallarnos y también ella nos acompaña-. Asintió Marek, pasándole el brazo por encima de los hombros para abrazarla.

- Podríamos ir al mismo lugar que fuimos cuando vino a visitarnos tu hermana el mes pasado-. Propuso ella entonces-. Me gustó mucho el vino que sirvieron.

- Y con un poco de suerte, coincidiremos con el mismo pianista. Tocaba muy bien. Es un sitio muy agradable, me parece buena idea.

- El problema es que hace demasiado frío para pasear. Podríamos acortar camino callejeando, en lugar de ir por la avenida.

Marek hizo una mueca y se quedó callado. No le gustaba ir a los sitios por calles secundarias y solitarias. Eran, sin duda, mucho más peligrosas que las principales. No llevaba escolta por gusto, la responsabilidad de su cargo lo hacía conveniente, y en él estaba facilitarle la tarea, no hacérsela más complicada. Y eso se conseguía, entre otras cosas, con pequeños detalles como aquel. Sin embargo, Elisaveta tenía razón. Hacía mucho frío y no quería que nada le estropeará una velada tan especial. Ni siquiera eso. Además, el lugar al que se dirigían estaba cerca y no les llevaría demasiado tiempo llegar hasta él, de modo que, después de ese momento de duda, accedió a los deseos de su esposa.

No fue buena idea, sin embargo. En absoluto. No llevaban recorridos ni cincuenta metros de una calle estrecha y oscura cuando un grito a sus espaldas sobrecogió a la pareja. Apenas se dieron la vuelta cuando aquel hombre les dio alcance. No era demasiado alto, pero tenía pinta de fuerte. Sus ropas eran oscuras y llevaba la cabeza cubierta con un gorro de lana. Les amenazaba con una navaja de grandes dimensiones, la misma que había utilizado para herir a Juliusz, el cual yacía en el suelo unos metros más allá, sin poder levantarse y retorciéndose por el dolor.

- Si no hacen ninguna tontería, nadie más tiene por qué acabar herido-. Les dijo, pero Marek no hizo caso y trató de abalanzarse contra él para arrebatárle el arma. No

obstante, el hombre fue capaz de revolverse y le hizo caer de un fuerte puñetazo en la cara, tras lo cual, agarró con fuerza a Elisaveta por un brazo y la inmovilizó, para a continuación amenazar su cuello con la hoja de la navaja.

- Está bien, no le hagas daño-. Le rogó Marek, que se había levantado de inmediato y se llevaba la mano a la nariz para comprobar que le sangraba.

- Ahora es tarde-. Respondió el hombre con frialdad-. Se lo advertí, nadie más tenía por qué salir herido, pero ahora es tarde-. Y entonces, apretó la navaja contra el cuello de Elisaveta, provocando el grito de esta y haciéndola sangrar levemente.

- ¡No! ¡No sigas! ¿Qué quieres de nosotros?

- En principio, solo quería dinero, pero ahora no sé...

Marek suponía que aquel hombre solo pretendía robarles, pero estaba sobreactuando para provocarles mientras más miedo mejor y así conseguir lo que pretendía evitando que él volviera a revolverse. Además, debía ser consciente de que ellos eran buena presa. Incluso, era muy probable que llevara espíandoles desde hacía rato. Marek sabía que había ladrones que controlaban las entradas de los restaurantes de lujo para atacar a los clientes que salían de ellos porque eran gentes de dinero, y aquel hombre debía ser uno de aquellos. Les habría estado observando, habría visto que llevaban protección y lo primero que hizo fue eliminarla. Se había quitado de en medio al guardaespaldas antes que nada y ahora les atacaba a ellos, ya sabiendo que Juliusz no les podría ayudar. Sin embargo, saber todo eso no le valía para nada y Marek, al no encontrar la manera de salir de aquel entuerto, se decidió por lo fácil, sacó la cartera del bolsillo interior del abrigo y alargó el brazo para acercársela. En ese momento, el hombre soltó una carcajada.

- Las cosas no son así de fáciles, aunque lo pueda parecer-. Le dijo entonces este-. Sé quién es usted, pedazo de hijo de puta. ¿Sabe? En verdad, le he mentado con eso de que nadie tiene por qué salir herido. Solo pretendía que bajaran la guardia. La cartera me la voy a llevar, no le quepa duda, pero quiero hacer más. Voy a hacer más. Yo le odio a usted y todo lo que representa y no hay cosa que desee más que tomarme venganza, aunque solo esto que voy a hacer no sería suficiente para todo lo que ustedes han hecho antes. Pero mejor que nada, sin duda.

- Por favor, suéltame, no me haga daño-. Suplicaba entre lágrimas Elisaveta mientras Marek, impotente, no sabía qué hacer.

- ¡Calla, zorra!- Le gritó aquel hombre, apretándole el brazo con más fuerza.

En ese momento, Marek comprobó que alguien más se acercaba por la espalda de quien les estaba asaltando. Otro hombre, este mucho más alto y fuerte en apariencia, se llevaba un dedo a los labios, diciéndole con dicho gesto que permaneciera en silencio para así no delatarle. Era evidente que no se trataba de un compinche del otro, sino más bien de alguien que les quería ayudar. Marek le hizo caso y no reaccionó, pero, apenas unos segundos después, cuando aquel hombre ya estaba casi a su altura, miró hacia un lado haciendo un gesto brusco, lo cual provocó que quien les estaba atacando

mirara hacia allí también y se distrajese por un instante, momento en el cual el otro hombre lo agarró fuerte por el brazo con el que sujetaba a Elisaveta, tiró hacia delante de él, para evitar que hiciera más daño a esta con la navaja, y luego hacia un lado. La mujer se zafó entonces y el hombre propinó un fuerte puñetazo en la cara al asaltante, haciéndole caer al suelo. Luego, se sentó sobre él y siguió pegándole hasta dejarle inconsciente. Mientras, Elisaveta había vuelto al lado de su marido y ambos se apresuraron a acudir hasta donde había caído Juliusz. Alguien había salido de una de las casas y ya le estaba atendiendo.

- Soy médico-. Le dijo este a Marek cuando llegó hasta donde se encontraban-. Oí el grito y me asomé a ver qué ocurría. No he podido salir antes porque tenía miedo de empeorar las cosas, pero en cuanto ese otro hombre redujo a quien les estaba amenazando, no lo dudé.

- Muchas gracias-. Marek, que ya se había arrodillado para ver cómo se encontraba su escolta, jadeaba por la enorme tensión que le dominaba.

- Saldrá de esta-. Le tranquilizó el médico, una vez observó las dos heridas que tenía-. Son profundas, pero no mortales. Ayúdeme, llevémosle dentro de mi casa. Llamaremos a una ambulancia, pero, mientras, yo le podré atender.

En ese momento, Marek se acordó del otro hombre, del que le había ayudado, y miró hacia atrás para ver que se encontraba sentado sobre el asaltante. Le tenía inmovilizado.

- Antes tenemos que eliminar completamente la amenaza-. Le dijo al médico-. ¿Tiene usted cuerda en casa? ¿Puede traerme un par de metros?

- Por supuesto-. Contestó este, para inmediatamente levantarse, entrar en su domicilio y salir apenas un minuto después con lo que el otro le había pedido. Entonces, Marek se dirigió hasta donde estaban los otros dos y le ató las manos a la espalda al asaltante, que estaba inconsciente en el suelo. Luego, le ató también los pies y, a continuación, se levantó del suelo y observó detenidamente al hombre que le había ayudado. A pesar de fortaleza que aparentaba, y que tenía, tal y como había demostrado, su gesto era agradable y la impresión que daba su mirada no era, precisamente, la de un hombre violento, sino más bien todo lo contrario. Le sonrió, profundamente agradecido, y volvió a coger la cartera, de la que sacó una tarjeta, la cual le entregó.

- No sé si será muy exagerado decir que le debo la vida, pero sí, sin duda, un favor muy grande-. Aquel hombre puso un gesto de mayúscula sorpresa al leer la tarjeta y comprobar con ello la identidad de la persona a la que había salvado-. Si en algún momento necesita cualquier cosa de mí, no dude en llamarme. En cualquier momento, en cualquier circunstancia, no lo dude ni por un instante. Tengo una deuda con usted y yo siempre pago mis deudas. Es algo absolutamente ineludible para mí. Siempre las pago. Siempre.

CAPÍTULO 1

Lunes, 13 de Febrero de 1984

El atroz frío de finales de invierno que aquella noche azotaba Moscú le hacía temblar sin remedio. Iwan estaba sentado en el suelo, escondido junto a una contenedor basura, en un callejón lo bastante oscuro como para que nadie le viera. Rodeaba con los brazos sus piernas flexionadas, de modo que el mentón quedaba a la altura de las rodillas, sobre las que lo apoyaba. Respiraba entrecortadamente, con dificultad, observando el intenso vaho que desprendía. Parecía que había logrado huir: que no había sido visto ni le habían seguido. Que, una vez más, había tenido la suerte de poder escabullirse. Porque no era la primera vez que un golpe de aquella le permitía escapar de una muerte segura. La suerte: siempre le había acompañado la suerte, aunque solo en ese sentido. En el resto de las facetas de su existencia, le tenía completamente abandonado.

Estaba cansado. Muy cansado. A menudo pensaba que la vida había sido muy dura con él. Estaba harto de vivir en la clandestinidad, siempre al filo de la navaja, al borde del precipicio. La suerte le podría abandonar en cualquier momento y, por lo que había visto y vivido, eso significaba, sin duda, la muerte. Debía aprovechar la que le quedara. La idea de huir a Occidente se le vino una vez más en la cabeza. Tenía los medios, sabía a qué personas recurrir para, en un momento dado, plantearse la posibilidad de hacerlo. Incluso, llevaba años ahorrando dinero por si algún día le surgía la ocasión de llevarlo a cabo. Para tener la capacidad de pagarlo si llegaba a darse el caso. Y en aquellos momentos, cuando se encontraba en una situación límite de la que no tenía ni idea de cómo salir, ese pensamiento volvió a cruzarse por su mente porque ya estaba harto de vivir así. De considerar que no tenía futuro y de temer que su vida pudiera acabar en cualquier instante, cuando apenas tenía veinticinco años. Sabía que era muy arriesgado, pero para nada imposible. Otros muchos lo habían logrado con anterioridad y él aún era lo bastante joven como para poder rehacer su vida y aspirar a ser feliz. Además, es que tampoco pedía demasiado ni requería de grandes cosas para conseguirlo. No necesitaba de mucho para mejorar la situación en la que se encontraba en aquel momento. De hecho, solo con plantearse el asunto, conseguía que se le escapara una sonrisa. Sin embargo, las imágenes que vio apenas una hora antes se le volvieron a venir a la mente y, de un plumazo, le borrarón todos esos pensamientos.

Aquella noche debería haber tenido lugar una reunión del grupo. Como tantas otras veces, pero, en esta ocasión, se trataba de una de gran importancia. Un magnífico negocio se les había presentado. El mejor, sin duda, en mucho tiempo. Se

trataba, simplemente, de dar escondite a alguien. No sabían a quién, aunque eso daba igual porque lo único que importaba era que venía de parte de Czerwiek, el contacto que tenían en Polonia. Czerwiek era de total confianza. Muchas veces habían hecho negocios con él, y siempre del mismo tipo. Él se ponía en contacto, mandaba a su hombre, les pagaba por esconderlo, el grupo lo hacía y el hombre se marchaba. Unas veces pagaban más y otras menos, dependiendo de a quién había que esconder, de la importancia de la misión que se trajera entre manos o del tiempo que hubiera que dedicarle. El grupo tenía medios en Moscú para mantener oculta a una persona y para moverla por la ciudad de modo clandestino. Disponía de refugios seguros, de vehículos de transporte y de personas dispuestas a colaborar. Era su modo de luchar contra el poder que les oprimía. Ayudaban a personas cuya misión, de una forma o de otra, atentaba contra dicho poder. Y lo hacían dándoles cobijo en un lugar seguro. Sabían que pertenecían al último eslabón de una de las múltiples cadenas que comunicaban de modo clandestino Occidente con el corazón de la URSS. Cadenas que acababan conformando toda una red que estaba capacitada para mover personas y cualquier tipo de mercancía por todo el Bloque Soviético. Una multitud de disidentes organizados que colaboraban entre sí, ya que, de una manera o de otra, a todos ellos les movían los mismos propósitos.

La reunión debía tener lugar en la trastienda de la panadería de Gert y Eva Ciesielski, un lugar completamente seguro, o al menos así lo había sido hasta esa noche. La misión de la persona a la que había que dar cobijo debía ser de suma importancia, teniendo en cuenta el montante que se iban a embolsar por tan simple operación, mucho más de lo que era habitual. De hecho, el dinero que solían obtener normalmente, una vez repartido entre los miembros del grupo, no daba para mucho más que vivir de un modo más desahogado de lo que lo harían caso de tener que depender solo de lo que sus trabajos habituales les reportaba. Tampoco es que pudieran llevar una vida de lujo ni aun teniendo el dinero necesario, ya que, de hacerlo, despertarían las sospechas de cualquiera. Ninguna persona de a pie podía hacerlo en un país como aquel, de manera que, aparte del desahogo económico, se limitaban a permitirse algún que otro capricho de vez en cuando y a ahorrar por si acaso llegara algún día en el que pudieran disfrutarlo.

Gert Ciesielski, el alma de aquel grupo, había superado ya los sesenta años y conocía a Czerwiek desde hacía mucho tiempo. De cuando era funcionario del estado y trabajó en Polonia, en distintas oficinas consulares soviéticas en aquel país. Durante años, colaboró como informador con el grupo disidente al que pertenecía Czerwiek en la época y entablaron una gran amistad que se mantuvo durante el tiempo. Años después, a Eva, su mujer, se le concedió la explotación de la panadería que pertenecía a su padre, una vez muerto este, y los Ciesielski decidieron volver a Moscú para hacerse cargo de ella. Era el gran sueño de Gert:

regresar a su tierra. Había pedido el traslado en multitud de ocasiones, pero nunca le fue concedido, y eso le provocaba un hastío que se veía incrementado a medida que pasaban los años, hasta el punto que decidió que lo mejor que podía hacer con su vida era renunciar a su plaza y dedicarse a llevar el negocio de la familia de su mujer. No era feliz con lo que hacía, ni tampoco le gustaba el lugar donde vivía, y no quería echar raíces allí. En aquella época, aun era joven y estaba a tiempo de variar el rumbo de su existencia. Perdería privilegios y nivel de vida, pero conseguiría a cambio lo que más anhelaba: regresar a casa. Una vez en Moscú, igual que hacía con Czerwiek en Polonia, comenzó a ayudar a la disidencia, en este caso a los contactos de este en la capital soviética, ofreciendo su panadería como eventual refugio para personas.

Hacía ya veinticinco años de aquel cambio. Al principio, eran solo Gert y Eva quienes se dedicaban a aquello, pero, tiempo después, se les unió Rodion y la situación evolucionó. Dejaron de ser simples colaboradores esporádicos para erigirse en un grupo activo que llevaba a cabo diferentes actividades a cambio de dinero y que apoyaban la causa de quienes luchaban por otro tipo de vida en el seno de la Unión Soviética. Gert nunca perdió el contacto directo con Czerwiek, ya que eran amigos personales, pero, a la vez, pasaron a incorporarse a la infraestructura de una red mucho más amplia.

Rodion era una persona con muchísimos contactos. Entró a formar parte de grupos disidentes cuando estudiaba en la universidad, gracias a lo cual conoció a mucha gente que se dedicaba a ese tipo de actividades, entre ellos a los Ciesielski. Había sobrepasado ya la cuarentena y muchos de sus antiguos compañeros hacía tiempo que se aburrían de conspirar contra un poder tremendamente superior y se limitaban a tratar de canalizar sus vidas de la mejor manera que podían, bajo las circunstancias que les había tocado soportar. Sin embargo, algunos seguían con la espinita revolucionaria clavada en algún lugar oculto de sus mentes. Sabían que Rodion continuaba con las actividades que todos habían llevado a cabo veinte años atrás, cuando eran más jóvenes. Y lo admiraban. Sentían como una especie de envidia al ver cómo él seguía haciendo aquello para lo que ellos se veían ya incapaces por miedo, cansancio, o por cualquier otro motivo. Y por ello le echaban una mano en las ocasiones que podían. Se trataba, normalmente, de cosas elementales y muy sencillas, comportando un riesgo muy reducido, aunque a ellos les permitía sentir que apoyaban una causa en la que creían, pero en la que ya no se querían involucrar. Y el grupo recibía de ellos una ayuda simple, pero sin duda fundamental. Gracias a todos esos contactos de Rodion, los que seguían activos y los que ya no, pero ayudaban esporádicamente, el grupo mantenía un funcionamiento permanente en el que él se había convertido en pieza fundamental.

Con el tiempo, se incorporaron dos personas más: Svetlana y Iwan. Svetlana era sobrina de los Ciesielski, pero vivía con ellos. Tenía veintitrés años y trabajaba de

enfermera en uno de los hospitales públicos de la capital de estado. Era huérfana desde muy niña y sus tíos la habían acogido en Moscú al morir sus padres. Se había criado observando las actividades clandestinas que estos llevaban a cabo, hasta el punto que se convirtieron en parte de su vida, aunque ella no se encargaba de las tareas más arriesgadas. Eso era cosa de Gert, Rodion y Iwan, que fue el último en incorporarse, tres años atrás. Ella, junto a su tía Eva, se limitaba a servir de apoyo, a hacer labores secundarias que eran imprescindibles, pero siempre en segundo plano. Todos los integrantes del grupo tenían sus trabajos legales: Gert fabricando pan, Eva despachando, Iwan en el reparto, Svetlana en el hospital y Rodion ostentaba un cargo intermedio en una fábrica a las afueras de Moscú. Por eso, sus reuniones, como la de aquel día, eran a última hora de la tarde, cuando todos hubieran acabado con sus obligaciones laborales.

El local en el que se encontraba la panadería se dividía en tres partes. La tienda, donde se atendía al público; la trastienda, donde se encontraban los hornos, una cocina, una gran mesa y varias sillas; y, por último, un almacén. Este estaba atestado de grandes cajones de madera, multitud de sacos de harina y objetos de diversa índole desperdigados por cualquier parte, todo terriblemente desordenado a los ojos de cualquiera. Deliberadamente ordenado de ese modo por Gert. Al final, en la pared del fondo, tal y como se entraba desde la trastienda, había una puerta que daba a un callejón. A la izquierda, podía verse una vieja escalera de madera que conducía hasta la vivienda de los Ciesielski, en la planta de arriba. Y a la derecha, una imponente estructura de ladrillo, que no era otra cosa sino el antiguo horno en el que se fabricaba el pan, ya inutilizado y sellado. Inutilizado para su función original, ya que en su interior se encontraba uno de los refugios de los que disponía el grupo. La entrada, sin embargo, no se encontraba en el almacén, sino en la planta superior. A él se accedía a través de una trampilla perfectamente oculta en el suelo de una de las habitaciones de la vivienda, la cual se destinaba a trastero. Una vez se abría dicha trampilla, se podía acceder a una escala metálica que era la que permitía bajar al zulo. Este no era demasiado amplio, aunque sus dimensiones eran las suficientes para albergar un camastro, una mesa, cuatro sillas y un diminuto cuarto de aseo, sin producir una sensación de agobio mayor de la que ya de por sí proporciona un lugar de esas características. Había sido utilizado en multitud de ocasiones con anterioridad y era el lugar donde pretendían esconder al hombre de Czerwiek. Donde siempre habían escondido a todas las personas que habían sido puestas a su cargo durante años.

Iwan no alcanzaba a entender qué podía haber ocurrido y se escudriñaba la mente en busca de una explicación, aunque sabía que ese era un ejercicio inútil. Todos eran conscientes de que cosas como la de aquella noche podían ocurrir, aunque no era lo mismo saberlo que vivirlo. Una hora antes de empezar a morirse

de frío en aquel oscuro callejón, había abierto la puerta de atrás del establecimiento con la copia de la llave que en su día le había dado Gert. Llegaba un poco tarde a la reunión, pero eso no tenía importancia. Entró en el almacén y cerró a sus espaldas, quedando el lugar completamente a oscuras. Y, de momento, supo que algo no iba bien. Oyó gritos en la trastienda y se ocultó tras un gran cajón de madera. De pronto, la puerta que unía la trastienda con el almacén se abrió, desprendiendo un haz de luz. Se oyeron disparos y vio claramente el cuerpo de Gert cayendo al suelo, ensangrentado, y a un policía corriendo hacia la tienda. No se lo pensó dos veces. Con el corazón latiéndole con furia, se precipitó hacia la puerta trasera y salió al callejón. Acto seguido, se puso a correr lo más rápido que pudo y sin poder contener las lágrimas. Estaba muerto de miedo. No miró atrás en ningún momento. Tampoco oyó nada. No había nadie en las calles y siguió corriendo sin dirigirse a ninguna parte en concreto. Lo único que importaba era alejarse lo más posible de la panadería. No sabía si los policías le habían visto. Ni, en caso de que sí, si habían intentado seguirle. No sabía tampoco si esperaban que apareciese por allí. No tenía ni idea de cómo les habían descubierto. No sabía nada en absoluto y eso hizo que el pánico se multiplicara. Perdió la noción del tiempo. Cuando se cansaba de correr, caminaba durante unos segundos, para luego seguir corriendo y vuelta a empezar. Se paró un par de veces a respirar hondo, pero continuó su camino hacia ninguna parte, hasta que por fin vio el callejón oscuro y el contenedor de basura. Probablemente pasó por muchos lugares parecidos mientras huía, pero solo reparó en aquel y decidió sentarse allí y pensar en qué hacer. Entonces, miró a su alrededor. No había nadie. Seguía sin haber nadie y el silencio era absoluto. Sabía que solo necesitaba calmarse y pensar, pero eso suponía un esfuerzo enorme en aquellos momentos en los que el frío le atenazaba el cuerpo y el pánico le paralizaba la mente. Pero debía hacerlo. Una vez más, su vida dependía de ello.

Iwan Smalek tenía veinticinco años, aunque no era juventud lo que sentía cuando pensaba en sí mismo. Medía poco más de metro ochenta y su complexión era fuerte, a pesar de su delgadez. Tenía el pelo negro y lacio y la cara redonda, rematada con unos grandes ojos verdes de mirada sombría, aunque decidida. Su historia era rocambolesca. A pesar de su corta edad, había vivido en tres países diferentes y mirado a la muerte cara a cara en más de una ocasión. Sus padres se habían conocido en Varsovia. Él, Josef Smalek, de origen eslovaco, trabajaba para la embajada de su país en la capital polaca. Y ella, Anna Nigmatulina, era hija de un mando militar ruso que estaba destinado en aquella ciudad. Anna se había criado en Moscú, pero hacía unos años que vivía en Polonia con su familia y se dedicaba a dar clases de lengua rusa en el colegio de los hijos de los militares. Era un trabajo que le agradaba, pero que dejó cuando a Josef, que ya llevaba años metido en política, le concedieron un cargo en el KSC, el Partido Comunista de

Checoslovaquia, y le llamaron para que lo ocupara. Anna se casó con él para marcharse a la ciudad eslovaca de Kosice, donde nacieron sus dos hijos: Iwan, el mayor, y Katia, la más pequeña.

Los que siguieron fueron unos años prósperos para la familia Smalek. Primero en Kosice y más tarde en Praga, la capital checoslovaca, adonde se trasladaron tras ser ascendido Josef en el seno del partido. Su idealismo y el convencimiento de que era necesario llevar a cabo reformas en el país para garantizar el progreso casaban a la perfección con la corriente de pensamiento que en aquella organización defendía Alexander Dubceck, el cual llegó al poder en Checoslovaquia a principios de 1968. Eso fue lo que propició el ascenso que llevó a los Smalek a la capital. Dubceck se propuso reducir el totalitarismo propio del sistema soviético y aumentar las libertades de la sociedad, con propuestas que iban desde la legalización de partidos políticos y sindicatos, hasta la libertad de prensa o el derecho a la huelga. La posición de Josef permitía a su familia tener una serie de privilegios que no estaban al alcance de la mayor parte de la población, pero él consideraba que eso no debía ser así. O no con tanta intensidad. La gente en general debería vivir mejor, y para eso eran necesarias reformas.

Fue Josef quien metió a en la cabeza de Iwan la idea de Occidente: de que las sociedades occidentales eran libres y prósperas y de que eso era lo que cabía desear para su país. Y eso que aun era un niño en aquella época, pero esas ideas calaron profundamente en él y jamás las olvidó.

A principios de 1968, todo hacía indicar que por fin esa realidad tenía visos de cambiar, pero todo se vino abajo cuando Moscú, radicalmente en contra de las medidas liberalizadoras adoptadas por el gobierno de Dubceck, cumplió con sus amenazas previas y las tropas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia en agosto de aquel año. Igual que otros activistas, Josef Smalek murió en una de las manifestaciones de resistencia. Y miles de checoslovacos tuvieron que emigrar clandestinamente. Entre ellos, Anna con sus dos hijos: Iwan y Katia.

Anna decidió regresar a Varsovia, donde aun vivían sus padres, y recuperar la plaza de maestra que dejó en excedencia cuando se trasladó a Checoslovaquia. Y allí se quedó con su familia durante años, incluso después de que sus progenitores murieran.

Iwan y Katia, que ya hablaban perfectamente eslovaco y ruso, los idiomas natales de sus padres, tuvieron que aprender el polaco. La rapidez con que Iwan lo hizo llamó la atención de todos. El caso de Katia fue distinto. Ella siempre había estado muy apegada a su madre, del mismo modo que su hermano lo había estado a su padre. Aunque nunca había pisado territorio soviético, su forma de pensar y de actuar, sus gustos, hábitos y costumbres, incluso su acento a la hora de hablar eran completamente rusos. Y el hecho de vivir en un barrio donde sus vecinos, amigos y, en general, todos los que la rodeaban eran soviéticos, afianzó más si cabe esa

tendencia. Al contrario que su hermano, ella apenas salía del barrio. Iba a un colegio de rusos. Todos sus amigos hablaban ruso. Sus costumbres eran las rusas y apenas tenía contacto con Polonia, a pesar de vivir en dicho país.

El caso de Iwan podría ser considerado como exactamente el opuesto. Aprendió el idioma con inusitada rapidez. Muy pronto hizo amigos polacos y apenas paraba en el barrio militar para comer y dormir. Acabó los cursos de los estudios medios y se matriculó en la Universidad, donde estudió inglés y alemán. Tenía una curiosa habilidad para aprender idiomas y se decidió a explotarla. Iwan se convirtió en un joven fuerte, simpático y carismático. Hacía amigos con insólita facilidad y muy pronto comenzó a entender que su estilo de vida no era precisamente común entre la gente que le rodeaba. Y recordó el ideal que su padre le quiso inculcar cuando era más pequeño. Entendió que la gente de la calle, no los que vivían al amparo del gobierno o del ejército, sino los que trataban de salir adelante como buenamente podían, no llegaría a ser feliz nunca mientras las cosas siguieran así. Percibió la injusticia que reinaba en aquellos países. Injusticia que le favorecía a él, pues él y su familia caían del lado de los afortunados. Pero su padre también estaba en ese lado y, sin embargo, tenía el sueño de que, algún día, todos tuvieran la oportunidad de vivir de ese modo. De que eso no fuera considerado un privilegio, como lo era en aquellos momentos. Y, de esa forma, comprendió que hubiera personas que quisieran rebelarse contra el sistema. Una vez equiparó las razones de dichas personas con las que tenía su padre para defender lo que defendía, y por las que murió, automáticamente las hizo también suyas.

No tardó en entrar en contacto con los grupos disidentes. Empezó defendiéndolos, luego los ayudó en la medida en que le era posible y finalmente pasó a integrarse en ellos. El recuerdo de su padre y sus ideales le hacía odiar a los soviéticos cada día más. Y a pesar de la paradoja que suponía el hecho de que todo lo que tenía y lo que había conseguido se lo debía a lo que ahora consideraba su enemigo, él se daba a sí mismo una explicación del todo convincente a su entender.

- Yo ya he pagado estos privilegios—. Pensaba con convicción—. Ellos mataron a mi padre y, con él, la felicidad y la prosperidad de mi familia.

Fue así cómo conoció a tantos y tantos. Fue así como empezó a formar parte de la red.

Aunque los Smalek lograron asentarse en Varsovia, Anna nunca estuvo tranquila del todo, al contrario que durante sus años en Kosice. Corría la década de los setenta del siglo XX., una época convulsa en Polonia, y temía por la seguridad de su familia. Veía crecer a sus hijos, cada uno demostrando unas habilidades y soportando otros defectos. Fueron años de felicidad relativa. Habían cambiado de vida. Lograron superar grandes obstáculos y prosperaban. Pero los continuos disturbios que se producían en protesta por las actuaciones del Gobierno y por la

humillante dependencia de la URSS le preocupaban, y mucho. La idea de volver a Moscú floreció en la mente de Anna. Pensaba continuamente en el futuro de sus hijos y, por qué no decirlo, también en el suyo propio. Sabía que no quería envejecer en medio de la inestabilidad de aquel país. Sabía que no era un buen lugar para que Iwan y Katia formaran sus respectivas familias. Ella no tenía ideales políticos. No estaba ni a favor ni en contra de nadie. De joven apoyó decididamente la causa soviética, pero todo cambió cuando conoció a Josef y comenzó a comprender al otro bando. Y al morir su marido y sufrir la paradoja de tener huir de los mismos junto a quienes se había criado y crecido, comprendió que todo era relativo. Que nadie tenía la razón. Que aquello era una guerra y que lo único que quería era lo mejor para ella y para sus hijos. Y en ello puso todo su empeño. Si el Ejército Soviético le proporcionaba una vivienda en Varsovia por ser hija de militares, bienvenida fuera, no por su procedencia, sino porque era bueno para su familia. Y si gracias a ese estatus podía disfrutar de un empleo bien pagado y de privilegios, pues lo mismo. Solo trataba de escarbar donde fuera en busca de algo de valor. Llegó un punto en que le daba igual todo. Lo único que le importaba era su felicidad y la de sus hijos. Y, en su opinión, al ser Moscú una ciudad mucho más tranquila que Varsovia, allí serían más felices. Por ello se puso a ahorrar para algún día volver allí. Sabía que podía pedir un traslado laboral y asentarse en la ciudad en la que nació y vivió cuando era niña. Eran muchos los factores a favor de esa decisión, que finalmente tomó en 1981. Sí. Debían buscar una existencia más tranquila, y Moscú era el lugar perfecto. Sin embargo, el Destino es tan caprichoso que hizo que Anna encontrara allí, nada más llegar, aquello de lo que con tanto empeño había intentado huir al abandonar Varsovia.

Fue un simple caso de estar en el sitio equivocado en el momento más inoportuno. El tren había llegado a la Estación Central de Moscú con más de media hora de retraso. Aquel lugar era tan grande como frío y desagradable. Casi tético. Estaba atestado de personas que iban de un lado a otro con rapidez. Parecían tener la vista clavada siempre en el suelo, pero, de reojo, miraban continuamente a un lado y a otro. Era como si todos temieran ser perseguidos por alguien. Como si tuvieran miedo de ser vistos en un lugar en el que no debían estar. De vez en cuando, se escuchaba la voz que desde la megafonía informaba de la siguiente salida, de su destino, de la próxima llegada, de su procedencia. Era una voz muy desagradable. Parecía como si en vez de informar, gritase, riñese, insultase a los oyentes. Definitivamente, aquel no era un lugar acogedor. Muy grande y llamativo, pero para nada acogedor.

Tras bajar del tren, los Smalek deambularon durante unos minutos por el interior de aquel edificio, como no decidiéndose a salir, aunque lo estuviesen deseando. Así de caprichoso es el Destino. Iwan se quedó parado un momento delante de un inmenso plano de Moscú, el cual estaba expuesto en un enorme panel que se

encontraba justo en el centro del gran hall de la estación. Su madre y su hermana se separaron unos metros, algo a lo que él no le dio mayor importancia, cuando sí que la tenía. Mucha. Vital. Pero ¿cómo lo iba a saber él? Un día llegaría a aprenderlo. Y fue entonces cuando ocurrió. Un grupo de policías, con sus armas en alto, entró repentinamente en el hall, causando un efecto inmediato en la muchedumbre, que empezó a moverse más rápido aún de lo que lo venían haciendo. Casi corriendo, sin orden ni concierto, unos para un lado, otros para el otro, molestándose entre todos y empujándose. Ya no fingían clavar la vista en el suelo. Ahora miraban sin disimulo, continuamente, a un lado y a otro. Uno de los policías disparó al aire y todo el mundo se quedó quieto y callado durante unos eternos segundos. Todos menos una persona, un hombre joven en concreto, que seguía corriendo justo en la dirección hacia donde se encontraban Anna y Katia. Sin duda, era a él a quien perseguían.

- ¡Todos al suelo!- Gritó uno de los policías.

Iwan se tiró sin dudar y, tumbado boca abajo, vio aterrorizado cómo su madre y su hermana, en vez de hacer lo que el policía había ordenado, y movidas sin duda por la inercia de ver a otra persona corriendo, corrieron ellas también detrás del hombre joven que las acababa de sobrepasar. Maldito lugar equivocado. Maldito momento inoportuno. Los disparos que siguieron iban destinados a ese hombre, pero acabaron con la vida de los tres.

Nadie gritó. Nadie habló. Nadie hizo el más mínimo gesto. Dejaron libre el camino que separaba a los policías de los tres cadáveres, se pusieron en pie y se fueron, cada uno por su lado, sin decir nada, sin hacer nada, con la misma expresión de siempre. Fingiendo clavar la vista en el suelo, pero mirando a un lado y a otro continuamente. Como si nada en absoluto hubiera ocurrido.

Iwan tardó unos segundos en ponerse en pie, pero nadie reparó en ello. Tenía la mirada clavada en su madre y su hermana, que yacían en el suelo sobre un gran charco de sangre. Solo reaccionó cuando llegaron los soldados a ese punto. Entonces se levantó y, sin darse cuenta, adoptó la misma actitud que el resto de la gente. Cogió su mochila, se la echó a los hombros, se metió las manos en los bolsillos de su grueso chaquetón y se puso a andar rápido, mirando al suelo en teoría, pero echando continuamente rápidos vistazos a su alrededor en realidad. Su mente estaba bloqueada. No sabía qué hacer, adónde ir, a quién dirigirse. Deseaba llorar con todas sus fuerzas, pero no podía. Simplemente, estaba muerto de miedo. Aterrorizado. Le repugnaba tener que dejar a su madre y a su hermana allí, en manos de los policías, pero ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de que hubiera otra opción.

Totalmente enajenado, salió del gran edificio y anduvo durante largo rato por Moscú, sin tener ni idea de dónde estaba ni de adónde ir. Sin tener ni idea de nada. Con el pánico calado hasta el fondo de su ser. Y deambular sin destino fue lo que

hizo hasta que, en un momento dado, se dio cuenta del terrible frío que tenía y decidió mecánicamente entrar en el primer bar que vio a pedirse un café. Se sentó completamente solo a tomárselo y, en ese momento, sintió odio. Un profundo y visceral odio que, de un golpe, aparcó la inmensa pena que sentía y sentiría siempre. Un odio tan fuerte que le despejó la mente y le permitió pensar. Toda su familia había muerto a manos de los soviéticos. Su admirado padre, su delicada hermanita, su querida madre. Él se había salvado en todos los casos, pero comprendió que eso no iba a ser así siempre. Y entonces se paró a pensar en algo y pensó sobre sí mismo.

- Me llamo Iwan Smalek-. Murmuró en un momento dado-. Soy medio ruso, medio eslovaco, medio polaco. No tengo nacionalidad. No tengo familia. No tengo casa, ni amigos, ni dinero..., no tengo nada.

El miedo volvió a inundar su ser. Pero, de pronto, se acordó de que sí que tenía algo. Tenía una dirección memorizada. Se la había dado Czerwiek en persona. Czerwiek, el gran revolucionario polaco. Se trataba de una panadería. Le había dicho que allí podría encontrar amigos. Aliados. Rebeldes como lo eran ellos. Le había dicho que le estarían esperando. Que él mismo se pondría en contacto con ellos para avisar de su llegada. Lo único que debía procurar era que ni su madre ni su hermana se enteraran. Eso ya era imposible. Pero tenía algo. Sí. Tenía el odio. Tenía la dirección. Y también tenía sus sueños. Eso estaba claro. Eso nadie se lo podría quitar.

Al acabar el café, Iwan era otra persona. Otra vez, empezaba una nueva vida. En eso pensaba en aquel momento, allí, en el callejón oscuro, junto al contenedor de basura, muerto de frío y de miedo. Sonrió con tristeza. Hacía ya tres años de aquel suceso. Tres años que parecían tres siglos y ya no podía más. Estaba demasiado cansado y acababa de decidir que un nuevo ciclo de su vida estaba por venir. Que el actual había terminado. Esa fue la conclusión a la que llegó porque ya no le quedaba ni odio. Ya no le quedaba nada y no se sentía con fuerzas para continuar viviendo así. Bueno, sí, le quedaba algo. Una sola cosa. Le quedaba su sueño. Acababa de decidir que había llegado el momento de hacerlo realidad.

Svetlana amaba a Iwan en silencio. La primera vez que le vio, en la panadería, contando entre lágrimas lo que le había pasado a su familia en la estación central de Moscú, sintió una profunda pena por él. A pesar de tener dos años más que ella, en aquel momento le vio como a un niño desvalido clamando por ayuda. Deseó abrazarle y darle consuelo, pero se quedó en segundo plano, como siempre, mientras sus tíos le escuchaban y atendían. Ella era así, ese era su carácter: introvertido y discreto. Se trataba de una chica rubia, cuyo pelo rizado en forma de tirabuzones caía desordenadamente hacia todos los lados de su cabeza y le cubría la frente, dándole un aire infantil a su bello rostro. Sus ojos eran celestes y su profunda mirada expresaba una mezcla entre tristeza y esperanza, muy a juego con su apocado carácter: ese que le impedía mostrar a las claras sus sentimientos. Era una chica trabajadora y disciplinada. Siempre estaba a disposición de sus tíos para lo que fuera y cumplía con sus obligaciones de manera eficiente. No tenía aficiones, ni amigos ni mostraba interés por otra cosa que no fuera el trabajo diario, tanto el laboral como el clandestino. No estaba acostumbrada a tratar con gente, más allá que lo estricto y necesario para llevar a cabo sus menesteres diarios. Era una persona encerrada en sí misma y estaba tan habituada a esa forma de ser que no era capaz de abrirse cuando realmente le apetecía, como le ocurrió aquel día, cuando aquel muchacho apareció por la panadería contando su terrible historia.

Aquel chico eslovaco venido de Polonia se convirtió en un miembro más del grupo a partir de entonces y, desde un primer momento, demostró una convicción admirable acerca de todo aquello a lo que se dedicaban. Después de las lágrimas del primer día, nunca más volvió a dar muestras de debilidad. Al contrario, se trataba de una persona fría, calculadora y reservada que ponía todo su empeño en llevar a cabo el cometido que se le encomendase, hasta el punto que no tardó en convertirse en una pieza fundamental de la organización. Gracias a los contactos del grupo, se le proporcionaron los documentos necesarios para residir de forma legal en Moscú y comenzó a trabajar en la panadería de los Ciesielski, los cuales le prepararon una habitación en su vivienda para que pudiera vivir allí. En principio, se trataba de algo temporal, pero así siguió siendo durante aquellos tres años, hasta el punto de convertirse casi en un miembro más de la familia. El carácter de aquel chico también era introvertido, como el de ella. Hablaba poco y trabajaba mucho, ya fuera en sus obligaciones en el negocio o en sus funciones clandestinas. Parecía incansable. Siempre estaba dispuesto para cualquier cosa y todo lo hacía de un modo correcto. Apenas mostraba sentimientos. A simple vista, nunca se sabía si se encontraba bien, mal o regular. Si estaba cansado o despejado. Simplemente, hacía lo que tuviera que hacer y, al terminar, se volvía a poner a disposición de los que mandaban para cambiar

de tarea y volver a empezar. Y siempre con esa actitud seria y colaboradora que le caracterizaba. Jamás puso un mal gesto ni se quejó de nada. Tenía un aura misteriosa que le hacía fascinante y, a pesar de que su labor era siempre excelente, nunca alardeó de nada ni reclamó ningún tipo de agradecimiento. Parecía como si se tratase de un ser absolutamente insensible.

Sin embargo, Svetlana se convirtió, con el tiempo, en su mejor amiga. Él se desahogaba con ella cuando necesitaba hablar con alguien, a pesar de su introversión. Y ella le escuchaba con todo su interés, dispuesta a darle todo lo que él pudiera necesitar. Iwan nunca le demostró amor, pero sí un enorme cariño. Más de una vez la había abrazado para mostrarle su afecto, lo cual era algo verdaderamente insólito en él. Ella lo sabía y con esas demostraciones alimentaba sus esperanzas de tenerlo algún día junto a ella.

En aquel momento, le necesitaba a su lado, pero no estaba segura ni de que estuviera vivo. Al menos no tenía la seguridad de su muerte, como le ocurría con sus tíos y con Rodion. Pensar en eso le rompía el alma y le multiplicaba las ganas de llorar y los dolores de pecho. Allí, acurrucada en aquel viejo catre, pensaba en todos. Pero sobre todo en ella misma. Y en Iwan. ¿Qué iba a ser de su vida, ahora que sus tíos habían muerto? ¿Adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? ¿Se había quedado sola en el mundo? Cómo deseaba tener a Iwan a su lado, abrazándola, acariciándole los rizos y besando sus mejillas con ese cariño fraternal que le profesaba, susurrándole al oído palabras de calma y de ánimo, como siempre hacía cuando ella se encontraba mal y se refugiaba en él. Cómo necesitaba apoyar la cabeza en su hombro y llorar, como tantas otras veces, cuando la desesperanza se apoderaba de ella. Cómo le echaba de menos. Rogó al cielo que no hubiera muerto. Que hubiera sido lo bastante listo, una vez más, para darse cuenta de que algo no iba bien y huir. Normalmente ocurría así. No sería la primera vez que escapaba de la policía cuando todo parecía perdido. Él era un maestro en ese tipo de cosas, pero siempre decía que algún día le abandonaría esa suerte. Por eso soñaba con huir definitivamente. Y ella sabía que le acompañaría el día que eso ocurriese. De algún modo, lo haría; no sabía cómo, pero evitaría a toda costa que él se fuera, dejándola allí. Iwan siempre le decía que la llevaría con él cuando huyera, pero nunca planteó ningún plan serio. El día que eso ocurriera, ella estaría delante para ir con él siquiera al fin del mundo.

Un poco antes de comenzar la reunión, mientras esperaban a que llegara Iwan, que se estaba retrasando, y sus tíos y Rodion planificaban lo que fuera en la trastienda, ella había bajado al zulo a recoger una serie de cosas. Y desde allí oyó perfectamente lo que ocurrió al otro lado del muro de ladrillos. Cómo había llegado la policía y, en un forcejeo, habían abierto fuego.

- Han muerto todos, señor-. Escuchó decir a uno de ellos, con voz temblorosa.

- ¿Pero habéis perdido la cabeza?– Gritó de un modo iracundo el supuesto superior-. ¡Los necesitábamos vivos! ¿Qué tipo de información vamos a obtener

ahora?

- Lo siento, señor. El viejo hizo el ademán de amenazarnos con un arma y no tuvimos más remedio que disparar.

- ¿Con un arma? ¿A un palo metálico le llamas tú un arma?

La bronca del superior continuó al tiempo que abandonaban la trastienda, con lo que la chica no pudo entender lo que decían, a pesar de que escuchaba claramente los gritos. Por supuesto, no se movió del lugar en el que estaba escondida. Fue algo que ni si quiera se le pasó por la mente. La cabeza le dio mil vueltas mientras era presa del terror y la desesperación. Encogida sobre aquel catre, mordía con fuerza la manta en la que se había envuelto para así evitar emitir ningún gemido. Sabía que era casi imposible que nadie la oyese desde el otro lado, a no ser que gritase, pero, de todos modos, procuró no hacer ningún tipo de ruido. Se mantuvo así durante un tiempo indeterminado, completamente inmóvil, con la mente bloqueada por el miedo y sin tener ni idea de qué hacer a continuación. Trató de pensar en algo, tenía que hacerlo y decidir lo que fuera, pero le fue imposible. De hecho, la angustia y la desesperación se apoderaron de ella y acabó por romper a llorar, aunque lo hizo en silencio, sin emitir el más mínimo ruido. Entonces intentó tranquilizarse y respiró hondo. Tenía que conseguirlo. Tenía que relajar su cuerpo como paso previo para hacer lo propio con la mente. Sabía que allí no corría peligro, al menos en aquellos momentos. No era sencillo dar con el modo de acceder a aquel zulo y tarde o temprano le surgiría la oportunidad de abandonarlo y escapar de allí, pero para eso tenía que tranquilizarse. Eso era lo primero, lo más urgente, y en ello puso todo su empeño. Entonces cerró los ojos, comenzó a respirar acompasadamente y centró sus esfuerzos en dejar la mente en blanco. Al principio, aquello no valió para nada, pero luego, poco a poco, fue consiguiendo relajarse, y tanto lo hizo que llegó al punto de quedarse dormida. Cuando volvió a abrir los ojos, se dio cuenta de que ya no se escuchaban voces. De hecho, el silencio era absoluto. Miró entonces la hora y se escandalizó al ver que ya eran las dos de la madrugada. No se podía creer que hubiera pasado tanto tiempo, aunque no se paró a pensar en eso y sí en lo que de verdad le importaba. Imaginó que los policías se habrían marchado, aunque sabía que, sin duda, volverían al día siguiente para seguir inspeccionando el lugar, con lo que no le quedaba más remedio que irse de allí de inmediato. De modo que le echó valor, se levantó del catre, subió por la escala metálica y, con mucho sigilo, levantó la trampilla lo justo para asomar la cabeza y comprobar que ni había luz en la vivienda, ni se escuchaba ningún ruido. Entonces se animó a salir y cerró la trampilla con cuidado a continuación. Acto seguido, se dirigió a la puerta de la habitación y se asomó al pasillo. Allí no había nadie y el silencio era absoluto. Parecía claro que estaba ante una magnífica oportunidad de escapar de allí antes de que la policía volviera, pero decidió que no lo haría a lo loco. No tenía ni idea de lo que pasaría en adelante, pero era muy posible que no pudiera volver a aquel lugar nunca más, de manera que decidió no irse de allí con una mano delante y otra

detrás. De modo que se dirigió a su habitación y, a tientas, abrió el cajón del mueble en el que guardaba su linterna. No quería encender las luces de la casa, pero necesitaba ver para recoger algunas cosas. A lo primero que echó mano fue a su dinero. El que llevaba ahorrando desde hacía tiempo gracias a su trabajo. Ella no entraba en los repartos de los botines del grupo. Su parte se la daba siempre a sus tíos para que ellos la administrasen. Pero sí que ganaba un sueldo gracias a su trabajo en el hospital, y ese dinero lo tenía guardado. No era demasiado, ya que su salario era muy pequeño, pero era suyo. Repartió los billetes entre los bolsillos de las prendas que llevaba, incluyendo también el grueso abrigo que sacó del armario y que se pondría justo antes de salir a la calle. Luego, echó mano de una pequeña mochila e incluyó en ella algo de ropa y algunos útiles de aseo. No sabía bien para qué hacía eso, pero era posible que le pudiera hacer falta. No se iba a llevar un equipaje, pero sí algo que pudiera transportar cómodamente, como aquella pequeña bolsa que podía colgar de sus hombros. Finalmente, antes de salir de allí, cogió la bufanda, el gorro, los guantes y el pañuelo negro al que tanto cariño tenía y que a veces utilizaba para recogerse el pelo. Jamás se le ocurriría dejarlo allí e irse sin él. Por nada en el mundo.

Una vez lista, apagó la linterna y la guardó en uno de los bolsillos del chaquetón. Luego, se asomó al pasillo y se quedó inmóvil, para volver a certificar que todo estaba en silencio y que no parecía haber nadie allí. Entonces, lo recorrió lentamente, con mucho cuidado, procurando no hacer ningún ruido, hasta llegar al acceso a las escaleras, donde volvió a detenerse para mirar. Y esta vez vio que sí que había luz y que esta provenía de abajo. Presa del miedo, volvió al pasillo inmediatamente, se echó de espaldas contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo repetidas veces. Tenía que echarle valor. Tenía que volver a asomarse, incluso bajar unos cuantos peldaños, para saber de dónde venía la luz, certificar que había personas allí y en qué lugar se encontraban. Era de suponer que si la policía hizo acto de presencia a última hora de la tarde anterior, algunos agentes se hubieran quedado para vigilar el lugar durante la noche, a la espera de que los expertos hicieran un registro más minucioso a partir de la mañana siguiente. Razón de más para irse de allí lo antes posible, pero para eso tenía que conocer cuántas personas había y dónde, de manera que, pasado el par de minutos que se concedió para hacerse a la idea y tranquilizarse, volvió a dirigirse a las escaleras y comenzó a bajarlas lentamente y con sumo cuidado. A medida que se iba acercando a la planta baja, iba viendo más claro el estado de la situación. Las luces provenían de la trastienda, lo cual era una buena noticia porque como las escaleras daban al almacén, podía terminar de bajarlas y esconderse inmediatamente. En aquel lugar, había varios sitios para hacerlo, y mucho más en la semi-penumbra en la que se encontraba. Finalmente, se decidió por acurrucarse detrás de una pila de sacos de harina que había cerca de la pared, junto al último escalón del que acababa de bajar. Desde allí, podía ver mucho mejor lo que ocurría, pero, antes de ello, echada sobre el suelo y perfectamente oculta, volvió a darse un par de minutos para no hacer nada y

tranquilizarse. A continuación, cuando consiguió relajarse de nuevo, dirigió su mirada hacia la puerta que conectaba la trastienda con el almacén, la cual se encontraba abierta, y comprobó que estaba alineada con la que tenía justo enfrente: con la de salida que daba acceso al callejón. La que ella tendría que atravesar para poder salir de allí. El problema era que, desde donde se encontraba, podía ver a un policía de pie, justo debajo del dintel de la puerta de la trastienda, aunque de espaldas al almacén. Estaba recostado contra el marco y hablaba en voz baja con otra persona, a la cual no se la veía desde su posición. Si, en ese momento, ella saliera de su escondrijo, a ese hombre le bastaría con darse la vuelta para descubrirla. Una vez más, el miedo le bloqueó la mente y, de nuevo, cerró los ojos y respiró hondo. No le quedaba más opción que intentarlo. Tenía que irse de allí inmediatamente. Rechazó la idea de esperar un poco, a ver si se presentaba una ocasión más propicia, porque, de igual manera, las cosas también podían empeorar, y eso sería dramático. Más aún. De manera que le echó valor, mucho más del que nunca imaginó tener, y, con muchísimo cuidado, se fue arrastrando poco a poco en dirección a la puerta de salida. A la vez que mantenía la vista en su objetivo, también la volvía continuamente para comprobar que el policía seguía de espaldas a donde ella se encontraba. Solo una vez se dio aquel hombre la vuelta, pero el momento de peligro total solo duró un par de segundos, pasados los cuales, la chica continuó con su marcha, lenta pero decidida, hacia la salida. Apenas a un metro de la misma había un gran cajón de madera, tras el cual se escondió. Había llegado el momento culminante. El más peligroso. Ponerse a la vista del policía, caso de que se diese la vuelta, abrir la puerta, salir y volver a cerrar. Y hacerlo sin emitir ruidos. Ningún tipo de ruido. Para colmo, el corazón le latía con violencia y tenía que luchar contra sí misma para que los nervios no le agarrotaran los músculos. Finalmente, logró dejar la mente en blanco para, justo a continuación, abandonar el escondrijo donde estaba oculta, abrir con sigilo la puerta, salir afuera y volver a cerrarla, no sin antes observar que el policía no se había movido del lugar donde se encontraba. Una vez en el exterior, no se paró ni a respirar hondo por el alivio, sino que se puso a correr de inmediato, para salir del callejón a toda prisa mientras las lágrimas se le escapaban, no sabía si por la alegría de haber conseguido huir o por el miedo que le provocaba la situación en la que se encontraba. Y correr fue lo que siguió haciendo a continuación, mientras decidía dirigirse al punto de encuentro: el lugar donde todos sabían que debían ir si algo salía mal y no tenían más opciones. Allí disponían de un poco de todo. Comida, ropa, una copia de las llaves de la panadería y el viejo coche. Aparte, era el lugar donde el grupo guardaba el dinero que recaudaba de sus operaciones, antes de repartirlo entre sus miembros. Además, albergaba la esperanza de que Iwan se encontrara allí. Quería pensar que el hecho de haberse retrasado le hubiese permitido comprobar, una vez llegara, que algo iba mal. Y que hubiese huido. De hecho, era esa esperanza lo único que la mantenía en pie en aquellos momentos. Lo único que la animaba a seguir adelante.

Una vez recorrida una distancia suficiente como para sentirse a salvo, dejó de correr e hizo a pie el resto del trayecto, lo que le llevó más de una hora. La noche era muy fría, aunque el cielo estaba despejado y la luna casi llena proporcionaba una débil luz. Por supuesto, no se encontró con ninguna persona por las calles, lo normal a aquellas horas, pero puso mucho celo en que nadie la pudiese ver, llegado el caso. Mientras caminaba a toda prisa, no podía evitar que los malos pensamientos inundasen su mente. Con la muerte de sus tíos, se había quedado sola en el mundo. Y si se daba el supuesto más desfavorable y a Iwan le hubiera sucedido lo mismo, la situación sería desesperada para ella. No solo no tenía a nadie, sino que, además, no se podía dejar ver porque, sin duda, la policía la buscaría. De hecho, harían lo propio con todas las personas relacionadas con los dueños de la panadería. Tenía que esconderse, pero, caso de conseguirlo, era algo que solo le serviría durante un periodo de tiempo. ¿Qué iba a hacer después? ¿A quién podría recurrir? Ella no tenía amigos. Nunca los tuvo. Siempre se mostró como una persona esquiva e introvertida y su relación con la gente que no pertenecía a su estrecho círculo jamás pasó del simple saludo. Ni siquiera con sus compañeros de trabajo en el hospital. Estaba ante un problema enorme, no cabía duda, como nunca antes había conocido otro. Y a pesar de que siempre fue perfectamente consciente de que algo así podía llegar suceder, jamás se paró a pensar en serio acerca de qué haría en tal caso. Y ahora se encontraba en medio de todo aquello y sin tener ni idea de cuáles debían ser sus siguientes pasos.

El punto de encuentro se encontraba a las afueras de la ciudad. Pertenecía a Oleg Zamolenko, un viejo amigo de Rodion, de quien fue compañero en la universidad. Oleg era el dueño de una carpintería situada en una gran nave, la cual se encontraba en una de las zonas industriales de la capital rusa. En dicha nave, había separado una parte para destinarla a garaje. Era allí donde aparcaba el Lada con el que iba todos los días a trabajar y donde el grupo guardaba el coche de la misma marca que poseía. Este último estaba oficialmente de baja en los registros, pero disponían de la documentación falsa necesaria para ponerlo en circulación cuando fuera necesario. Bien oculta en el suelo de ese garaje, había una trampilla que, al levantarla, daba acceso a las escaleras que conducían al refugio construido en el subsuelo. En un principio se trató de un espacio destinado a sótano, pero el acceso había sido modificado para convertirlo en un refugio oculto. Nunca había sido utilizado con anterioridad, al menos para esconder personas, pero todos habían estado allí en bastantes ocasiones. Sobre todo Rodion, que pasaba a visitar a su amigo carpintero cada vez que cobraban el dinero de alguna misión y antes de repartir la parte que correspondía a cada uno de sus compañeros. Era quien más relación mantenía con Oleg, aunque todos le conocían desde hacía tiempo.

Cuando Svetlana llegó a la parte trasera del almacén, donde había una pequeña puerta que daba acceso al garaje, tuvo que pararse unos segundos a respirar hondo porque estaba absolutamente agotada. Además, los nervios y el miedo la atenazaban. En breves instantes, su situación podía cambiar como de la noche al día. En cuanto

entrara en aquel lugar y comprobara si Iwan se encontraba allí o no. La diferencia entre una posibilidad y la otra suponía para ella prácticamente la vida. Porque, en esos momentos, preferiría estar muerta antes que encontrarse completamente sola en el mundo. No sabía bien si debido al frío o a la terrible inquietud, pero la mano le temblaba con intensidad cuando trató de meterla en el bolsillo del pantalón para buscar las llaves en su interior. Hasta una operación tan sencilla le costaba trabajo realizar en medio de su estado de nervios. Y el corazón, que ya de por sí le latía casi con furia, le dio un vuelco cuando comprobó que allí dentro no se encontraban, a pesar de que ella juraría que las había metido ahí un rato antes, cuando aun estaba en casa. De hecho, era ahí donde siempre llevaba las llaves. Siempre. Y por eso se empeñó en el inútil ejercicio de seguir rebuscando con la mano, pero en ese bolsillo no estaban. Lo intentó entonces en el del otro lado, con idéntico resultado. Luego probó en los de detrás, y en los que tenía el abrigo, tanto por dentro como por fuera. Allí estaban los billetes que había escondido, pero de las llaves no había ni rastro. Desesperada, echó mano de la mochila y rebuscó en su interior, pero allí tampoco se encontraban. Al borde de la histeria, llegó incluso a vaciar el contenido sobre el suelo y volver a meterlo dentro de la bolsa mientras las lágrimas se le escapaban. De hecho, se quedó sentada en aquel trozo de acera, llorando como una niña pequeña y maldiciéndose a sí misma.

- ¿Pero qué coño he hecho con las putas llaves?— Se preguntaba entre sollozos. Aquel lugar estaba oscuro y completamente desierto, como si fuera una alegoría de su soledad y su estado de ánimo. Y en ese momento recordó cómo las había puesto sobre la mesa de escritorio de su habitación mientras escondía los billetes en los bolsillos del pantalón.

- No las volviste a meter, idiota—. Seguía lamentándose entre lágrimas. Había hecho lo más difícil, escapar de la panadería, y ahora estaba tirada en la calle por una torpeza digna de una principiante. Pero no estaba todo perdido. Lo supo en ese momento, cuando, de repente, en medio de su confusión, recordó que hasta para un caso tan extremo como aquel tenían algo previsto que poder hacer. Eso sí, siempre que hubiera alguien en el interior del refugio. Con un halo de esperanza, se levantó y observó la gruesa tubería que bajaba desde el tejado de la nave hasta introducirse en el subsuelo, a sus pies. Entonces, sacó una moneda de uno de los bolsillos del pantalón y golpeó con suavidad la superficie metálica del tubo, provocando un ruido suave y seco. Lo hizo en tres ocasiones, dejando un breve intervalo de tiempo entre cada una de ellas. Se trataba de una especie de contraseña y la única manera de hacer notar a quien fuera que estuviese en el refugio que, arriba en el exterior, alguien estaba llamando, ya que la tubería era visible en el interior del zulo y, por tanto, cualquier golpe que aquella recibiese desde la calle era perfectamente audible allí abajo. Pero nadie contestó. De haber alguien dentro, lo normal hubiera sido que golpease también la tubería para que quien estuviese en el exterior se percatase de su presencia. Pero nadie lo hizo. En ese momento, la chica volvió a desesperarse y, una vez más, las lágrimas hicieron acto de

presencia. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a caminar en círculos, maldiciéndose de nuevo por haber olvidado las llaves. Pero, de pronto, cayó en la cuenta de la hora tan intempestiva que era. Si Iwan estaba allí, era probable que se hubiese quedado dormido, con lo que también lo era que no escuchase los golpes. De modo que la chica volvió a llamar, esta vez con más fuerza, empleando la misma técnica que al principio. Lo hizo así en repetidas ocasiones, hasta que, de repente, en un momento dado, la puerta se abrió. Sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas, esta vez de inmensa alegría por ver a Iwan, que la recibió con una sonrisa aliviada, para luego dejarla entrar y cerrar la puerta. Entonces, la chica se abrazó a él y se abandonó al llanto.

- Tranquila Sveta-. Intentó calmarla el chico-. Tranquila pequeña..., no sabes cómo me alegro de verte. Pensé que habías muerto.

- Yo pensé lo mismo de ti-. Le reconoció la chica con un tono desesperado.

Iwan trataba de consolarla, besándola en la cabeza, acariciándola, hablándole, mientras ella seguía llorando y apretándose contra él con fuerza. Lo hizo así durante un par de minutos porque lo necesitaba. Porque casi se había hecho a la idea de haberse quedado sola en el mundo, sin salida, sin poder hacer nada, completamente abandonada por el destino. Porque había pasado por el peor momento de su vida, con diferencia, y volver a estar con Iwan le suponía un alivio tan inmenso que su cuerpo necesitaba expresarlo antes de volver a la normalidad. Poco después, una vez consiguió tranquilizarse un poco, separó la cabeza del cuerpo del chico y le miró a los ojos. Recibió entonces una sonrisa tranquilizadora y una caricia en la mejilla que casi la hizo estremecer.

- ¿Qué es lo que ha pasado, Iwan?- Le preguntó con angustia-. ¿Qué ha salido mal?

- No tengo ni idea, pero imagino que habrán cogido al hombre de Czerwiek y habrá cantado. Es lo único que se me ocurre. Cuando te arriesgas, a veces salen mal las cosas. Hay que ser conscientes de eso.

- Madre mía. ¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer?

- No lo sé, Svetlana. Llevo horas pensando, pero no lo sé. Imagino que nos buscarán. Tendremos que permanecer aquí escondidos hasta que encontremos alguna solución.

- ¿Una solución? ¿Qué solución, Iwan? ¡Han muerto todos!- Exclamó Svetlana con angustia mientras rompía a llorar de nuevo-. Mis tíos, Rodion, creí que tú también...

- No te preocupes, preciosa. Es horrible, lo sé. Es horrible. Pero tenemos que salir adelante. No nos queda otra.

- ¿Pero cómo? ¿Qué podemos hacer ahora?

- Vamos a huir-. Contestó el chico con absoluta convicción. Al escuchar aquello, Svetlana permaneció callada, como si no hubiera comprendido bien lo que acababa de oír.

- ¿Qué...? ¿Huir...? ¿Adónde...? ¿Cómo...? ¿Qué estás diciendo, Iwan?

- Nos vamos de Moscú; y de Rusia. Abandonamos todo esto. Nos vamos a Occidente.

- ¿Pero qué dices, Iwan? ¿Cómo nos vamos a ir? ¿Cómo llegamos a la frontera? ¿Cómo la cruzamos? ¿Por dónde?

- No tengo ni idea, pero vamos a hacerlo—. Ella empezó a llorar de nuevo, desesperada.

- Pero eso es una locura, Iwan. Estamos solos, lo hemos perdido todo. ¿Cómo piensas hacer algo así? ¿Cómo? No puedes estar hablando en serio.

- Tranquilízate y escucha, Sveta. Mañana por la mañana hablaré con Oleg. Espero que nos ayude. Él tiene amigos. Algunos, incluso, influyentes. Además, le interesará hacerlo. No creo que le convenga para nada tener a dos fugitivos escondidos en el sótano de su carpintería. Así que relájate. Ya veremos cómo lo hacemos, pero seguro que todo va a salir bien.

- ¿Que todo va a salir bien? ¿Cómo puedes decir algo así en un momento como este? ¿Es que no te das cuenta?

- ¿Y qué quieres hacer, Svetlana? ¿Volver al hospital? Será allí donde primero te busque la policía mañana por la mañana. No puedes ir allí, ni tampoco a la panadería. Tampoco te puedes dejar ver, ¿no lo entiendes? Tenemos que desaparecer. Yo no aguanto más. Estoy harto. Lo he perdido todo. Joder, Svetlana, ya no me queda nada más que ese sueño. Ese sueño y tú. Quiero hacerlo realidad contigo. Quiero que salgamos juntos de aquí. Somos jóvenes. Lo tenemos todo por delante. ¿Qué futuro tenemos aquí? Sé que no es buen momento para hablar de esto, pero tenemos que hacer algo. Por favor, compréndelo. Confía en mí. Hablaré con unos y con otros, lo organizaremos bien. Hay mucha gente que lo consigue sin los medios que tenemos nosotros. Al menos, tenemos contactos, conocidos, gente que nos debe favores..., mírame—. Iwan le colocó suavemente las manos en sus mejillas, observó sus ojos celestes enrojecidos por las lágrimas y le habló con dulzura—. Quiero salir de aquí contigo. No quiero dejarte aquí. No quiero vivir sin ti. Te necesito a mi lado. Siempre te he necesitado. Siempre me he apoyado en ti, te he contado lo que no he contado a nadie, he confiado en ti, eres mi confidente, mi mejor amigo, eres la única persona a la que quiero, eres todo lo que me queda. Llevo toda la noche pensando en esto, creí que estabas muerta y de repente apareces... Por favor, Sveta, tienes que confiar en mí. Tienes que venir conmigo..., por favor.

Ante palabras así, Svetlana no podía decir nada más. Estaba emocionada y sentía cómo todo su cuerpo temblaba. Volvió a abrazarse a él. Esa fue toda su respuesta. Por nada en el mundo dejaría que Iwan se fuese solo y la dejase a ella allí. Era su confidente, su mejor amigo, la única persona a la que quería, todo lo que le quedaba. Era demasiado. No había resistencia posible ante eso. No había nada más que decir. La suerte estaba echada.

CAPÍTULO 2

Martes, 14 de Febrero de 1984

Oleg estaba sumido en un profundo sueño cuando sintió un molesto golpe a la altura de su costado. Su mujer le había dado un fuerte codazo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el despertador estaba sonando, aunque, en medio de su aturdimiento, no fue capaz de desconectarlo todo lo rápido que hubiese querido.

- ¡Apaga ese cacharro de una vez, que no me deja dormir!

La voz de Natasha, su esposa, sonó agria y desagradable, lo cual era costumbre desde hacía ya demasiado tiempo. Cada día que pasaba, la aborrecía más. Ya casi ni recordaba el modo en que la adoraba cuando eran jóvenes. Se habían conocido en la Universidad. Ella era la hija de un importante miembro del Partido en la comarca rural en la que nació. Fue eso lo que le permitió ir a Moscú a estudiar, en vez de hacer lo que era normal para una chica de campo: quedarse en casa y ayudar en las tareas que ocuparan a su familia. Nada más verla por primera vez, Oleg quedó deslumbrado por ella. Era alta, rubia, de bonitas facciones y porte gallardo y hasta altanero. Su carácter era amable, aunque rudo, algo nada fuera de lo común, viniendo de donde venía. Además, a eso se unía un cierto aire de petulancia que Oleg achacaba al hecho de ser hija de alguien importante en su lugar natal. Pero con él conectó desde un principio y no tardaron demasiado en comprometerse. Él también pertenecía a una buena familia, con lo que no tuvo ningún problema con la de ella en ese sentido.

Natasha era consciente de que su prometido llevaba a cabo una serie de actividades peligrosas junto a otros compañeros, pero, en un principio, no le importó. Al contrario, se sentía atraída porque le parecía fascinante ese aire aventurero que su pareja gastaba de cotidiano. Sin embargo, cuando la época universitaria llegó a su fin, la chica le dejó bien clara su postura.

- Si quieres seguir conmigo en adelante, deberás buscarte un empleo estable y dejar de una vez de jugar a los espías.

Oleg se sintió profundamente decepcionado, sobre todo por el modo en que ella ridiculizaba los ideales por los que él estaba luchando. Pero amaba a aquella mujer con tal entusiasmo que no dudó en hacerle caso. Y mientras sus compañeros seguían con sus actividades subversivas, a él no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y meterse de lleno en esa vorágine que tanto aborrecía. Esa que obligaba a pertenecer al Partido para conseguir cualquier cosa que oliese a prosperidad y que lo facilitaba todo si se conocía a alguien con influencia. Él disponía de lo segundo. Lo primero le costó más trabajo, pero no tuvo más opción que claudicar. Tanto conspirar contra el poder reinante, para al final acabar afiliándose al partido que lo ostentaba.

Pero eso no fue lo único. Oleg había estudiado en la Universidad, lo cual le debía permitir aspirar a cargos importantes o empleos prestigiosos. Sin embargo, las influencias de su padre solo llegaron para conseguirle la concesión de una carpintería, algo verdaderamente decepcionante para alguien con tales aspiraciones.

- No te quejes, que ya quisieran muchos lograr algo así-. Le espetó su padre cuando vio el gesto de circunstancias del joven al conocer la noticia-. Tu abuelo vivió toda su vida de eso y es una de las personas a las que más admiro en el mundo.

De hecho, fue su abuelo quien le ayudó a comenzar con la explotación. Oleg no quería desprestigiar a sus mayores, pero para él era de lo más frustrante tener que conformarse con tan poco. Y además, agradeciendo en el alma el enorme favor que el sistema que tanto odiaba le había hecho. Pero, a pesar de todo, le quedaba el consuelo de que él era el jefe de algo. Que iba a tener empleados a su cargo y que, al fin y al cabo, se dedicaría a regentar un negocio. No es que eso eliminara su frustración, pero al menos era algo a lo que agarrarse.

Además, lo más importante no era eso. Lo más importante era que, a partir de entonces, podría disfrutar de su adorada Natasha para siempre. En efecto, se casaron unos meses después de la apertura de la carpintería. Hacía ya más de veinte años desde que tal hecho tuvo lugar, pero hasta eso falló con estrépito. La chica cambió como de la noche al día en cuanto desposó con él. De pronto, se convirtió casi en otra persona: distante, desagradable y hasta humillante en su trato hacia él. Si ya de por sí se sentía algo así como un fracasado por tener que dejar de lado sus ideales y por haberse visto obligado a aceptar una ocupación muy por debajo de la valía que él consideraba tener, la actitud de su esposa acabó por hacerle ver que el día en que la conoció fue el peor de su vida. Fue ese día cuando esta dio un giro, dejando de enfilar hacia el éxito, para hacerlo inmediatamente hacia el más absoluto de los fracasos. Al menos en lo que a sus expectativas se refería.

El primer hijo de la pareja se llamó Vitali, y Oleg también lo aborrecía porque se parecía muchísimo a su madre. Igual de estirado y engreído que ella, nunca se sintió respetado por su vástago, que, en aquellos días, cuando ya tenía cerca de veinte años, no paraba de sacarle dinero con el que pegarse la gran vida de estudiante universitario, siempre bajo el amparo y la protección de su madre.

- Deja que el chico disfrute de su juventud-. Gruñía Natasha cuando Oleg se quejaba de que la vida que llevaba el hijo de ambos no era la más adecuada-. No querrás que se convierta en un amargado como tú.

Y aunque Oleg nunca tuvo el valor de enfrentarse de verdad a su esposa y así responder a desplantes como ese, sin duda seguía alimentando ese rencor que crecía día tras día, de un modo irremisible.

La única alegría que la vida le daba era la permanente sonrisa de su hija menor, Ekaterina. A sus diecisiete años, la que fuera niña hasta poco tiempo antes ya había tornado a mujer y se mostraba espléndida allá por donde iba. Igual que Vitali siempre

estuvo colgado de las faldas de su madre, Ekaterina parecía querer a Oleg con locura y no dudaba en demostrárselo continuamente. Y eso que también se parecía a Natasha. También era alta y rubia, aunque sus ojos verdes pertenecían a Oleg, de eso no cabía duda. Y su carácter, también. Al menos el que Oleg tenía cuando era joven: alegre, extrovertido y ambicioso. Ekaterina tenía, no obstante, algo de la clásica petulancia de su madre, pero ese no era más que un pequeño detalle que certificaba que había heredado algo de sus dos progenitores. Mucho de uno y muy poco de la otra, pero algo de los dos.

Oleg salió de la cama, dejando a Natasha en ella. Su mujer no trabajaba, con lo que vivía a costa de él, lo cual era otro motivo más para odiarla. En verdad, lo hacía por considerarla culpable de su desencanto. Por ella lo había dejado todo y a ella le achacaba el haberle anulado como persona. Cada día, por la mañana, cuando se miraba al espejo, se decía a sí mismo que ese no era él. Que él era otra persona que estaba enterrada en el olvido por culpa de su familia, del sistema opresor, de su mujer y sus caprichos y de su hijo y sus excesos. Por culpa de la mierda de vida a la que se había visto abocado por no haber sido capaz de pensar con la cabeza en su día. Por haberlo hecho con esa otra cosa, lo que tantas veces pierde a los hombres.

Sin embargo, ya nada parecía tener remedio. A sus cuarenta y cinco años, lo único que le quedaba era contemplar cómo se iba haciendo viejo poco a poco, con la esperanza de que algo en la vida le pudiera llevar a sentirse orgulloso de haberla vivido. En ese sentido, tenía puestas todas sus esperanzas en Ekaterina. Si ella conseguía hacer realidad sus sueños, los que fueran, él podría envejecer pensando que el esfuerzo había merecido la pena. Aunque fuese solo un poco.

Como todos los días, montó en el pequeño Lada que tenía aparcado en la calle y emprendió el camino en dirección al polígono industrial en el que se encontraba su carpintería. Como de costumbre, lo hizo con el tiempo suficiente para llegar una hora antes que sus empleados. Le gustaba hacerlo de ese modo para así relajarse un rato en soledad. Era el comienzo de otra insufrible jornada que tendría que dedicar a un trabajo que no le llenaba. Que le frustraba y amargaba. Pero ese rato de soledad le permitía afrontarlo con más fuerza. Durante el trayecto, no pudo dejar de pensar en lo mismo, aunque eso era así siempre, no se trataba de nada nuevo. Estaba tan resignado que ya todo parecía darle igual. Al menos tenía a quien echarle la culpa como medio para desahogarse. Al fin y al cabo, nada había cambiado en su país. Por mucho que algunos de sus compañeros de aventuras en su juventud hubiesen seguido con sus actividades, nada había cambiado. ¿Para qué seguir luchando entonces? A ellos aún les quedaba pendiente el trabajo de resignarse a que nada de lo que hacían valía la pena. Eso era algo que él ya tenía avanzado. A él no le quedaba pendiente eso. Ellos se sentirían más realizados, más conformes con lo que les dictaban sus conciencias, pero, tarde o temprano, tendrían que afrontar la realidad, mientras que él ya vivía inmerso y amargado en la misma. Estaba por delante de ellos en ese sentido. Al menos trataba de

convencerse de ello para así paliar un poco su desencanto.

Cuando llegó a su destino, detuvo el vehículo delante de la puerta delantera del garaje y bajó del mismo para abrirla. Una vez lo hizo, volvió al interior del coche y avanzó lentamente hasta aparcarlo. Fue entonces cuando apagó el motor, sacó las llaves del contacto, abrió la portezuela de nuevo y puso el pie en el suelo. No le dio tiempo a cerrar, cuando una imagen frente a él le sacó de sus pensamientos con un fuerte sobresalto.

- Buenos días, Oleg-. Le saludó Iwan con gesto preocupado-. Siento haberte asustado. Tengo que hablar contigo.

El punto de encuentro estaba distribuido como si fuera una vivienda y su ventilación era buena gracias a la cuidada instalación que en su día se hizo. Disponía de una sala de estar, a la que se accedía directamente desde la escalera de entrada. Allí solo había un viejo sofá, una mesa y cuatro sillas. Las paredes estaban forradas de papel, rajado por varios sitios, viejo y descolorido. El techo estaba amarillento por el humo del tabaco; y el suelo de madera, raído y desgastado. A la izquierda, tal y como se entraba, estaba la puerta del único dormitorio. Y al fondo, la puerta de la diminuta cocina. El dormitorio era lo bastante grande como para que cupieran una cama de matrimonio y un armario empotrado en la pared. Al fondo del mismo estaba la puerta del baño, minúsculo también, pero funcional, como todo en aquel enorme país. En aquel lugar, los miembros del grupo guardaban ropa, útiles de aseo y todo lo necesario para sobrevivir durante algún tiempo, caso de tener que ocultarse por alguna razón, cosa que nunca se había producido hasta entonces.

Apenas unos minutos después de su llegada, Oleg se encontró a sí mismo sentado a la mesa de la sala de estar, acompañado por Iwan y Svetlana. El primero se afanaba en contarle lo que había sucedido la noche anterior. Lo hacía con vehemencia, aunque tratando de aparentar tranquilidad. Sin embargo, su estado de ansiedad era evidente. Lo controlaba a la perfección, pero era evidente. Mientras, Svetlana permanecía callada y seria. Oleg conocía a aquella chica desde hacía tiempo, aunque jamás en su vida le había visto otro gesto que no fuera ese. En ese momento, se acordó de Ekaterina y del hecho de que el semblante de su hija era justo el opuesto. Quizás lo mismo que su suerte en la vida. Una, feliz y protegida por su familia, y la otra, sola en el mundo, a pesar de los esfuerzos de sus tíos por cuidarla.

- Necesitamos tu ayuda, Oleg-. Fue Iwan quien le sacó de sus pensamientos, haciéndole caer de bruces contra la realidad.

- Entonces..., ¿Rodion ha muerto?-. Preguntó el dueño de aquel local, con gesto de profunda tristeza. Iwan se limitó a asentir con la cabeza, con aire sombrío, y Oleg se apoyó contra el respaldo de la silla, llevándose las manos a la cara.

- Lo siento-. Se lamentó el chico, que sabía de sobra que eran grandes amigos. Svetlana dio un sorbo al café que se había servido e hizo el ademán de decir algo, pero permaneció callada-. No hubiéramos venido aquí de no haber sido absolutamente

necesario. Estamos en una situación límite.

Oleg se levantó de su asiento y se puso a caminar lentamente por la estancia. Lo hizo durante unos eternos segundos, en los que parecía estar pensando en algo, aunque en verdad tenía la mente bloqueada.

- ¿Y qué pensáis hacer?— Preguntó al fin—. Quiero decir..., aquí estáis seguros, pero... ¿por cuánto tiempo?

- No queremos comprometerte, Oleg—. Se apresuró a contestar Iwan—. Sabemos que esto supone un riesgo para ti y no es nuestra intención causarte ningún perjuicio. Pero necesitamos que nos ayudes.

Oleg siguió con su paseo por la sala, tratando de pensar en algo, pero siendo incapaz de hacerlo. Y al ver que no reaccionaba, Iwan continuó hablando.

- Lo que pretendemos es huir, Oleg. Irnos de aquí. Desaparecer para siempre. Pero no podemos salir al exterior hasta no tener un mínimo de seguridad. No sabemos si nos están buscando ni lo que sabe la policía de nosotros. No sabemos nada de nada.

- ¿Y qué puedo hacer por vosotros?— Preguntó entonces el carpintero, al tiempo que miraba el reloj—. En media hora tengo que estar ahí arriba para abrir a mis empleados. Si cualquiera de ellos sospechase de la existencia de este sitio..., sería terrible.

- Ya lo sé—. Admitió Iwan con preocupación—. Pero no tenemos otro lugar adonde ir. Al menos por lo que sabemos en estos momentos.

- Pero, por favor, decidme. ¿Qué queréis que haga? Si os mantenéis en silencio, podéis permanecer aquí..., al menos durante un tiempo. Dices que necesitáis mi ayuda. ¿En qué consiste esa ayuda?

- Necesitamos que hables con Aleksei—. Sentenció entonces Svetlana. Eran las primeras palabras que salían de su boca.

Aleksei era el líder de los grupos clandestinos de la organización en Rusia. Era nada menos que un veterano mando intermedio de la policía y dirigía a aquellos grupos desde el interior del mayor enemigo de los mismos. Tenía acceso a información vital para su supervivencia, podía obtener cualquier tipo de documentación que se necesitase y gracias a la gran cantidad de años que llevaba en los cuerpos de seguridad, conocía a multitud de personas y tenía infinidad de contactos. Para los miembros de aquellos grupos clandestinos, era todo un referente, un motivo para sentirse seguros en sus actividades. Pero también todo lo contrario. Aleksei, que se movía única y exclusivamente por dinero, les manejaba con mano de hierro gracias a todo lo que era capaz de hacer por ellos, y también en su contra. Contravenir las órdenes de aquel hombre podía suponer la detención inmediata por motivos obvios. Él mismo podía proceder con dicha detención. Era, pues, su líder, su mayor apoyo y también su mayor amenaza si no se plegaban a sus intereses.

Ni Iwan ni Svetlana le conocía personalmente. De hecho, muy poca gente de aquel mundillo lo hacía. Para ellos, no dejaba de ser más que un nombre, probablemente ni siquiera el suyo real. Era lo más seguro para todos. Aleksei solía tratar solo con una

persona de cada uno de aquellos grupos, y rara vez de un modo directo. Rodion era uno de los pocos con quien lo había hecho de ese modo alguna vez. No en balde, eran amigos desde su época de estudiantes universitarios. Pero Rodion ya no estaba, y ni Iwan ni Svetlana tenían ni idea de cómo contactar con ese hombre. Y caso de conseguir hacerlo, lo más probable era que no les hiciese el más mínimo caso. No podía comprometer su seguridad por culpa de que unas personas a las que no conocía de nada hubieran tenido un golpe de mala suerte. Era algo de lo más comprensible.

- Aleksei...— Murmuró Oleg, mirando fijamente a los ojos de la chica.

- Sabemos que eres amigo de él—. Dijo Iwan, captando entonces la atención del otro—. Igual que lo era Rodion. Él sabrá decirnos a quién acudir. Al fin y al cabo, conoce a mucha otra gente como nosotros y nunca pondría en riesgo su seguridad, con lo que sus recomendaciones son de lo más fiables. Pero yo no sé cómo ponerme en contacto con él. Y seguro que a ti te hará más caso.

- ¿Y qué queréis que le diga?

- La verdad, Oleg—. Respondió Iwan con convencimiento—. Que Rodion ha muerto y que tienes a dos personas de su grupo escondidas en tu almacén. Que no pueden salir y que no sabes qué hacer con ellos. Y que necesitas sacarlos de allí para que puedan desaparecer y así no causar problemas al resto. A él también le interesa que eso ocurra. Al fin y al cabo, que nos descubran puede comprometer su situación de alguna manera.

Oleg meditó durante unos minutos mientras continuaba con su ejercicio de dar vueltas alrededor de aquella estancia. En un principio, seguía con la mente bloqueada, pero, poco a poco, comenzó a notar algo de lucidez. Se acordó entonces de lo que había pensado aquella mañana, después de recibir el enésimo desplante de su esposa y de mirarse al espejo del cuarto de baño. Se acordó de lo que había sido él una vez y del modo en que su verdadera personalidad estaba anulada desde hacía demasiado tiempo. De repente, se le vinieron a la mente cuáles habían sido sus ideales en un momento dado de su vida. Los que lo seguían siendo aún entonces, a pesar de estar enterrados por la anodina monotonía de su día a día. Volvió a pensar en lo harto que estaba de todo y en lo estimulante que sería llevar a cabo algo que le hiciera sentirse orgulloso de sí mismo de nuevo. No un fracasado, como le venía ocurriendo desde hacía tanto. Fue entonces cuando lo vio claro. Como si de un adolescente rebelde se tratara, decidió que ya era hora de hacer algo para romper con ese malestar interno que le invadía desde hacía ya tanto. No iba a obtener ningún beneficio. Al contrario, pondría en riesgo su vida y también el bienestar de su familia. En verdad, esto último le importaba bien poco, de no ser por Ekaterina. Pero ya estaba cansado de vivir de espaldas a sus convicciones y de buscar excusas con las que convencerse a sí mismo de que eso era lo mejor que podía hacer. Le surgía una oportunidad de reengancharse a esas actividades que en otra época le hicieron sentirse tan bien consigo mismo. Era cierto que nunca las había dejado de lado del todo. Aquel zulo en el que se encontraba

en esos momentos era la mejor prueba de ello. Pero ayudar a esos dos chicos le serviría para pasar a la primera línea de la acción otra vez. Además, se trataba de lo que más le convenía. No podía dejarlos allí, en su propiedad, con el riesgo de que fueran descubiertos y todo le salpicara a él también. Si eso ocurría, que fuera por haber participado de lleno en la acción.

- De acuerdo, os ayudaré-. Les dijo al fin-. Hablaré con Aleksei.

La llegada de la mañana supuso un enorme alivio para Serguei, a pesar de que había sido incapaz de dormir en toda la noche. No se trataba de un problema de falta de sueño, sino de exceso de impaciencia. No veía el momento de acabar de una vez con una situación que le tenía al borde del hartazgo absoluto, y las horas de inactividad nocturna no sirvieron más que para retrasar la llegada de dicho momento.

Se hallaba en el interior del mejor de sus refugios. Nada menos que la casa de su propio padre, un militar de alto rango del Ejército Rojo, el cual se encontraba en aquellos días en la frontera con Finlandia. Desde la muerte de Yuri Andropov, el presidente del país, la cual se produjo la semana anterior, todas las fuerzas de seguridad estaban movilizadas para mantener el orden mientras se llevaba a cabo la elección del sustituto. Y aunque el elegido, Konstantin Chernenko, había tomado posesión de su cargo justo el día anterior, la misión de control por parte de los militares aun se prolongaría durante algunas jornadas más.

Su madre, por su parte, había muerto hacía ya años, él era hijo único y como el servicio tenía días libres mientras su padre estaba ausente, la casa estaba vacía y en plena disposición para ser ocupada.

Serguei era un chico espigado, flacucho y con una gruesa mata de pelo negro y lacio que caía revuelto alrededor de su cabeza. Su aspecto era desgarrado, pero tenía una mirada penetrante que hacía que todo el mundo le prestase la máxima atención cuando hablaba. Tenía solo veinticuatro años, pero era un auténtico líder y la cabeza visible de un grupo de jóvenes activistas contrarios al régimen que tenía como ocupación principal la publicación periódica de una revista de propaganda antigubernamental de cierto predicamento, sobre todo en los ambientes universitarios. Su forma de protestar contra el sistema era pacífica, pero, a la hora de financiarse, se veían en la obligación de hacer la vista gorda y mirar hacia otro lado en ese sentido. El asunto económico era cosa de Serguei y la inmensa mayoría de los fondos se obtenía de forma ilegal. Con la ayuda de un pequeño grupo de colaboradores, ponía todos sus recursos a disposición de una organización disidente que, esta sí, no dudaba en emplear cualquier medio que estuviese en su mano, violento o no, para lograr sus objetivos. En sus inicios en ese mundillo, lo único que movía a Serguei era rebelarse contra el autoritarismo de su

padre, defendiendo justo lo contrario a lo que representaba este, pero, con el tiempo, acabó destacando en aquellas actividades, hasta el punto que su grupo era uno de los más eficientes y fiables de entre todos los que colaboraban con dicha organización. Daba igual la misión de la que se tratara, su dificultad o el riesgo que entrañase, ellos eran toda una garantía. Los que manejaban los hilos desde más arriba sabían de sobra que en el grupo de Serguei, siempre podían confiar.

Sin embargo, no recordaba haberse encontrado en una situación tan extraña e inverosímil como la de aquellos días. De no tratarse de un asunto tan serio, y hasta peligroso, se podría considerar incluso cómica, pero no eran precisamente risas lo que provocaba en Serguei, sino más bien un terrible enfado. Y no ya tanto por el peligro o las complicaciones, que eso era algo que formaba parte de la naturaleza de sus actividades y a lo que estaban acostumbrados, sino por la actitud de Ilena, la joven mujer que tenían escondida desde dos días atrás y que en esos momentos dormiría plácidamente en una de las habitaciones. Porque esa era una de las actividades con las que conseguían dinero para seguir publicando su revista: acoger, durante un tiempo determinado, a personas que trabajaban para los disidentes y que necesitaban esconderse de las fuerzas de seguridad. Se trataba de algo ilegal, evidentemente. De encubrir a individuos que, de una manera o de otra, eran delincuentes. Y probablemente violentos, algo que iba en contra de la filosofía de la revista que pretendían financiar, aunque ellos, en el fondo, no conocían los motivos por los que debían esconderse. En efecto, miraban para otro lado: llevaban a cabo aquello por lo que les pagaban y no hacían preguntas. Eran conscientes de la realidad, aun sin conocer los detalles, pero no hacían preguntas.

Ilena había entrado en su vida dos días atrás. No se trataba más que de otro encargo de Aleksei y tenían que hacer lo de siempre: recibirla, acogerla y esconderla antes de que cumpliera con la misión que tenía encomendada. Otros serían los encargados de hacer lo propio después, una vez terminada esta y antes de que se marchara definitivamente. Pero las cosas no trascurrieron como era de esperar. De entrada, aquella mujer no era como se suponía que debía ser. Normalmente, los enviados solían ser personas más mayores, aparte de reservadas y calladas. Y siempre obedecían. Se ponían bajo la tutela de quienes les protegían y hacían las cosas del modo en que estos dispusiesen. Pero Ilena no era así. Ilena no paraba de hablar y desde el primer momento se mostró como alguien para nada disciplinado. La habían escondido en el piso que Serguei tenía en el centro de Moscú, donde realmente vivía, y la convivencia con ella había sido un verdadero tormento.

- ¿Por qué no vamos a dar una vuelta por ahí?— Propuso la primera noche que pasó en aquel lugar—. Me apetece un poco de diversión.

Serguei y sus compañeros la miraron preguntándose si les estaba tomando el pelo o se había vuelto completamente loca. Tenían como misión esconderla de la policía y aquella idiota pretendía salir a pasear. Por supuesto, no fueron a ninguna parte, a pesar

del modo en que insistió en ello.

- Nadie se va a escandalizar por ver a un puñado de jóvenes divirtiéndose por ahí—. Repitió varias veces con una sonrisa pícaro que les desconcertaba, ya que no terminaban de entender si hablaba en serio o solo pretendía reírse de ellos.

Al día siguiente, tal y como estaba planeado, permanecieron escondidos en el piso de Serguei y la jornada resultó verdaderamente insoportable. Ilena insistía una y otra vez en sus intenciones de salir a la calle. No parecía para nada preocupada por la arriesgada misión que tendría que llevar a cabo la jornada posterior. De hecho, la impresión que seguía dando era de que no se lo tomaba en serio. Se mostraba como una niña traviesa y caprichosa que intenta conseguir algo de unos padres intransigentes y que, al no lograr sus fines, se limita a hacerles la vida imposible. Eso fue lo que hizo Ilena con los chicos del grupo. Se pasó el día tratando de hacerles enfadar, gastándoles bromas y metiéndose con ellos.

- No sois más que unos aficionados medrosos y asustados—. Les decía, acompañando la frase con una sonrisa retadora, como si le divirtiera buscar una confrontación—. No me explico cómo me mandan aquí, con esta pandilla de imberbes. ¿Es que no hay nadie mejor en esta maldita ciudad?

Pero lo peor no fue eso. Lo peor ocurrió un día después, la fecha prevista para que aquella mujer entrase en contacto con su compañero y desapareciera de la vida de Serguei y los demás de una vez. Fue el propio Serguei quien la llevó hasta las inmediaciones del lugar donde se tenía que reunir con el otro hombre. Y cuando la dejó allí, se marchó sin pensarlo dos veces, agradeciendo al cielo que su misión hubiese terminado.

Pero, un par de horas más tarde, Ilena apareció de nuevo por el piso, para estupefacción de todos. Y lo hizo como si nada, con una sonrisa en los labios y contando lo que le había sucedido como el que narra lo hecho en unas vacaciones en la costa.

- La policía estaba allí cuando llegué y han arrestado a mi contacto—. Les informó, como si se tratase de lo más normal del mundo—. A mí ni siquiera me han visto, con lo que pude escapar sin problemas. He estado tomando un vodka por ahí, ya que ninguno de vosotros ha tenido el detalle de invitarme en estos días. No os preocupéis, nadie me ha seguido. La policía buscaría, en todo caso, a alguien huyendo, no a una persona que se toma algo tranquilamente en un bar.

Serguei no daba crédito a lo que estaba escuchando. Por un momento, se sintió como bloqueado. La forma en que esa mujer se había tomado un asunto que habría hecho palidecer por el miedo a cualquiera le dejó completamente fuera de juego. Pero una vez se recuperó, su reacción fue furibunda.

- Pero ¿te has vuelto loca?— Le gritó, enfurecido—. ¿Cómo se te ocurre volver aquí? ¿No te das cuenta de que nos pones a todos en peligro? ¿No tenías una vía de escape por si las cosas salían mal?

- Sí que la tenía-. Le contestó Ilena, con toda tranquilidad-. Pero eso es justo lo que espera la policía. Que huya hacia delante, no hacia atrás. Además, si no me han visto, no saben nada de mí.

Serguei se echó a reír, presa de la indignación. Definitivamente, aquella mujer debía ser imbécil.

- Y cuando interroguen a tu contacto, ¿qué crees que ocurrirá? ¿Que preferirá que le sigan torturando antes que hablar de ti?

- ¿Y qué va a decir? ¿Qué ha quedado con una persona que se llama Ilena? No sabe quién soy, ni cómo soy, ni de dónde vengo. No sabe si soy hombre o mujer, a pesar del nombre que adopto. Ni dónde me escondo. No sabe nada en absoluto. Tranquilízate, hombre. No va a pasar nada. Soy joven aún, pero tengo experiencia. Sé lo que hago.

El chico no se tranquilizó para nada. De hecho, decidió sobre la marcha sacar a aquella estúpida de allí y esconderla en la casa de su padre. En ese lugar, era prácticamente imposible que nadie la buscara. Eso ocurrió la tarde anterior y, una vez a salvo, Serguei se dirigió hasta donde tenía el teléfono, lo descolgó y marcó un número que hacía tiempo que sabía de memoria. Unos segundos más tarde, alguien contestó desde el otro lado.

- Hable, por favor-. Aleksei siempre contestaba igual. Utilizaba esa expresión tan poco común para hacer ver a su interlocutor que era él, y no cualquier otro compañero en el departamento de policía. No era normal que alguien que no fuera él descolgara su extensión, pero había que ser precavidos en todos los casos.

Serguei se mantuvo en silencio durante unos instantes. Eso también era parte del código. Si era otro quien contestaba, no dudaría en insistir. Pero Aleksei no lo hacía. Esperaba unos segundos y, a continuación, decía algo que indicase a quien fuera que estuviese con él en el trabajo que estaba manteniendo una conversación. Justo eso fue lo que hizo en esa ocasión.

- Comprendo-. Fue lo que dijo-. Siga, por favor.

En ese momento, Serguei comenzó a hablar y a contarle lo que había sucedido.

- Le llamo en unos minutos-. Le dijo el policía cuando el chico concluyó su relato-. Voy a enterarme de lo que ha pasado.

Los minutos que dijo Aleksei fueron como horas para Serguei. Se encontraba inquieto y desconcertado, aparte de enfurecido por la actitud tan distraída que mantenía la persona que le había metido en ese entuerto. Cuando por fin sonó el teléfono, el chico miró al techo y respiró aliviado. No veía el momento de quitarse de encima aquel problema de una vez.

- Están interrogando al hombre que han detenido-. Aseguró Aleksei al otro lado de la línea-. Llevaba un papel con una dirección escrita. ¡Valiente torpeza! Ya han salido hacia allí. No puedo confirmártelo con toda seguridad, pero creo que no saben nada de esa otra persona. Sin embargo, debes deshacerte de ella como sea.

- Pero, ¿cómo voy a hacer eso? Nos conoce, sabe quiénes somos, dónde nos

escondemos.

- No debiste llevarla a casa de tu padre.
- He seguido el protocolo. No sabe dónde nos encontramos.
- Es igual. No deja de ser demasiado arriesgado. Hay que sacarla de Moscú.
- Pero yo no tengo capacidad para hacer eso.

Aleksei se mantuvo en silencio durante unos eternos segundos. Sin duda, estaba pensando en algo, mientras a Serguei le invadía un insoportable nerviosismo.

- Manteneos ocultos ahí—. Le dijo el otro por fin—. Volveré a llamarte.

Y fue así como Serguei se pasó la noche en vela, esperando esa llamada que no se produjo. No tenía ni idea de cómo salir de ese embrollo y deseaba con toda su alma que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Eso de estar parado y esperando le sacaba de quicio. De todos modos, confiaba ciegamente en el buen juicio de Aleksei. Le conocía desde hacía ya unos años. Desde el primer trabajo que realizó con su grupo para aquella organización, el cual llevó a cabo con tal desempeño que aquel policía mostró su interés en conocerle personalmente, con el objetivo de seguir contando con él en adelante. A partir de entonces, la relación entre ambos se estrechó de manera considerable. Aleksei se mantenía como el eje alrededor del cual funcionaban todos aquellos grupos. La mayoría de ellos eran comandados por antiguos amigos suyos, pero no dudó en incluir entre sus contactos a ese chico tan joven que trabajaba de un modo tan eficiente. Y este se beneficiaba de esa cofianza mutua, consiguiendo trabajos a llevar a cabo y cobrando por ellos un dinero fundamental para el mantenimiento de la publicación que dirigía.

La llamada tan deseada se produjo a media mañana. A esas alturas, Serguei estaba que se subía por las paredes y las palabras de Aleksei no consiguieron sacarle del todo de ese estado.

- Pasaréis el día escondidos en casa de tu padre—. Le dijo, con un tono autoritario—. Te voy a dar un número de teléfono para que hables con una persona que se llama Oleg. A última hora del día, irás a buscarle al lugar que él te indique. Llévate el coche de los cristales tintados. Le recogerás a él y a dos personas más y volveréis al lugar donde te encuentras. Él te dará más instrucciones.

- ¿Y qué hago con la mujer?

- Deberá permanecer en la casa todo el tiempo. Que tus compañeros la custodien mientras tú estés ausente.

Cuando Serguei salió de la casa, subido en el coche de su padre, ya era noche cerrada. Había hablado con Oleg, el cual le indicó que no podrían reunirse hasta el final del día porque el punto de encuentro se encontraba en una zona industrial a las afueras de Moscú y era imprescindible esperar a que todas las personas que allí trabajaban abandonaran el lugar al final de la tarde. Fue algo que le desesperó, ya que significaba tener que pasar un buen número de horas aguantando los desplantes de aquella mujer tan impertinente. Hacía tiempo que no sentía tanta aversión por alguien y

las horas se hicieron eternas. Sin duda, no veía el momento de acabar con todo de una vez, y cuando por fin pudo salir de allí, un inmenso alivio le invadió. Ni siquiera la terrible inquietud que le producía el hecho de no dominar la situación que se le presentaba pudo con ese sentimiento.

Las calles del polígono estaban desiertas y la oscuridad era casi total. Nunca antes había estado allí, con lo que no le fue fácil encontrar el lugar donde había quedado con Oleg.

- Segunda calle a la izquierda y tercera a la derecha-. Recitaba de memoria y en voz baja las instrucciones que aquel hombre le había dado por la mañana-. Después de la quinta nave, hay un callejón a la derecha y, a mitad del mismo, otro a la izquierda. Detén el coche en la intersección de estos dos últimos, apaga las luces, mantenlo en marcha y toca dos veces el claxon.

Cumplió las instrucciones a rajatabla y esperó unos interminables minutos, sin poder dejar de preguntarse si no se habría equivocado de lugar. No se veía a nadie por ninguna parte, pero si cualquier persona le localizase, no haría otra cosa sino sospechar que algo raro ocurría. No era para nada normal que un coche se quedase allí, parado, con el motor encendido y las luces apagadas. Y mucho menos uno tan lujoso como el que llevaba y a esas horas tan intempestivas. Por un momento, pensó que estaba vendido. Si alguien le descubriese, no tendría la posibilidad de huir. O al menos le sería muy difícil. Estaba en medio de un angosto callejón y no conocía el lugar como para salir de allí a toda prisa caso de que fuera necesario. Un helado escalofrío recorrió su espalda. Llevaba desde la tarde anterior inquieto y nervioso, pero, en esos momentos, lo que sentía era verdadero pánico. ¿Cómo podían haber salido tan mal las cosas? Habían cumplido con los protocolos sin desviarse ni un milímetro del plan establecido. ¿Qué había fallado? Era evidente que no podían controlarlo todo y que ese tipo de cosas podían pasar. No era lo habitual, pero, sin duda, podían pasar.

- ¿Pero dónde se habrán metido estos tipos?-. Pensó, en medio de su desesperación.

No tenía más remedio que confiar en alguien a quien no conocía de nada, solo porque se lo había dicho Aleksei. En ningún momento pensó que se pudiera tratar de una trampa, esa era una idea absurda, pero si aquellas personas no aparecían de una vez, no estaba seguro de poder controlar su estado nervios.

Por fin, un ruido le sacó de sus pensamientos. De repente, una figura apareció de entre las sombras, avanzando con velocidad hacia el coche. Instantes después, se abrió la puerta del copiloto, cerrándose a continuación con estrépito.

- Avanza lentamente y dobla a la derecha cuando llegues a la esquina-. Le dijo la persona que se había sentado a su lado. En ese momento, oyó cómo se accionaba el motor de un vehículo a sus espaldas y las luces de los faros le deslumbraron por el espejo retrovisor-. Mi nombre es Oleg-. Continuó el otro-. Y los que ocupan ese coche de ahí atrás son Iwan y Svetlana. Les conocerás cuando lleguemos.

- No, les conoceré antes-. Le contradujo Serguei en tono autoritario-. A partir de

este momento, yo tomo las riendas. Y antes de llegar, hay que seguir el protocolo.

- ¿El protocolo?

El protocolo era sencillo. Antes de ir a la casa del padre de Serguei, hicieron una parada en una calle cualquiera, dejaron allí estacionado el viejo Lada y los cuatro terminaron juntos el trayecto en el coche de las lunas tintadas. Condujo Serguei. Los otros tres viajaron maniatados, con los ojos vendados y sentados en la parte de atrás, donde nadie podría verles. De ese modo, ninguno sabría exactamente dónde se encontraba la vivienda y esta no quedaría expuesta caso de ser atrapados y obligados a hablar en un futuro.

El plan establecido no tenía demasiada complicación. Cuando Aleksei recibió aquella mañana la llamada de Oleg, vio clara la solución. Ya venía dándole vueltas a la cabeza, pensando en cómo poner remedio al problema de Serguei con aquella mujer. Y al saber que había otras dos personas a las que tenían que sacar de allí, no le cupo la menor duda sobre qué hacer. Los juntaría a todos y los tres huirían en el coche del que el extinto grupo de Rodion disponía.

- Se harán pasar por un joven matrimonio y la hermana de uno de ellos, que se dirigen a visitar a un familiar enfermo—. Le había dicho Aleksei—. Sin más complicaciones. Algo sencillo y sin más vueltas. Yo prepararé la documentación que necesitan.

Claro que las cosas no eran así de fáciles, sobre todo por la situación de Svetlana. La policía no tardaría en darse cuenta de que ella pertenecía al grupo clandestino que fue desarticulado y de que había sobrevivido tras lo ocurrido en la panadería, que era el lugar hacia donde debía dirigirse el contacto de Ilena que fue detenido. El lugar al que pertenecía la dirección que, según Aleksei, este llevaba anotada y que fue tomado por la fuerza la noche anterior. Además, ella no se había presentado en su trabajo en el hospital aquella mañana, con lo que ya era una fugitiva con todas las consecuencias.

- Lo ideal sería cambiarle de aspecto, pero ya no hay tiempo para hacerle una foto que adjuntar a la documentación falsa—. Se lamentó Aleksei—. Utilizaré la que tenemos aquí, en los archivos, y le haré unos papeles nuevos con datos diferentes. No es gran cosa, pero, con tanta premura, no lo podemos hacer de otra manera. De todos modos, con la que hay formada en Moscú tras la toma de posesión del nuevo presidente, no creo que haya demasiados problemas para salir de la ciudad. Puede que sí para entrar, pero no para salir.

El caso de Iwan era distinto. Desde que llegó a la Unión Soviética, tres años atrás, vivía de modo clandestino, aunque disponía de la documentación falsa necesaria por si en alguna ocasión le paraban y tenía que identificarse. Y eran los datos que figuraban en la misma los que se utilizarían para hacer la de Svetlana como si fuera su esposa. Pero la policía no disponía de información sobre él. No había ficha, ni foto, ni ninguna forma de relacionarle con los Ciesielski. Era posible que hubieran interrogado a los

vecinos del lugar y que estos pusiesen sobre aviso a las fuerzas de seguridad de la existencia de una persona más, aparte de las que ya conocían y podían controlar. Incluso, que les hubiesen dado una descripción de la misma, pero no tenían la posibilidad de identificarle. Por tanto, su huida sería más fácil.

Evidentemente, caso de que desde la policía se diese la orden de localizarles, lo normal sería que buscasen a dos personas jóvenes, una chica rubia y un joven de pelo negro. Por tanto, si en esa huida incluían a una tercera persona, las posibilidades de éxito aumentaban considerablemente. Y era ahí donde entraba en acción Ilena. Era como matar dos pájaros de un tiro. Quitarse de un golpe dos problemas. Además, si las cosas salían como esperaba, obtendría un importante beneficio económico. Sabía, porque así se lo había hecho saber Rodion en su momento, que el grupo de los Ciesielski, antes de repartirlo, guardaba el dinero que recaudaban en el refugio del garaje de Oleg. Y que solo él, Gert y el propio Oleg tenían la llave de la caja fuerte. Una vez fallecidos los dos primeros y disuelto el grupo, Aleksei pretendía quedarse con ese dinero. Sabía perfectamente que dicha cantidad era importante, por las propias características de esa última operación: la que se acababa de caer con la detención de ese hombre y la intervención en la panadería. Tanto ese hombre como Ilena procedían de Polonia: ambos habían sido enviados con la mediación Czerwiek. Pero mientras el escondite de la mujer fue organizado por él mismo, a petición directa del polaco, con el otro no fue así. El escondite del otro hombre fue gestionado de un modo directo entre Czerwiek y Gert Ciesielski. Y el montante económico que sirvió de pago, también. Por tanto, él no había controlado ese dinero, suponía que se encontraba en el refugio del garaje y ahora estaba en disposición de quedarse con él. El plan de huida que estaba gestando iba a costar lo suyo, pero estaba convencido de que el beneficio para él sería cuantioso también.

Aquella mañana, habló con Iwan por teléfono y este le confesó que su deseo era, no ya salir de la ciudad o del país, sino del Bloque del Este. Lo que quería era huir a Occidente, lo cual era algo que se escapaba de sus capacidades.

- Yo puedo sacarte de la Unión Soviética, pero nada más-. Le tuvo que decir-. Lo que sí es factible es sacaros por Checoslovaquia, que es la vía más rápida para llegar a los países occidentales, y que allí os acojan nuestros colegas. Que sean ellos los que se encarguen de las siguientes fases de la huida. Checoslovaquia tiene frontera con Austria y Alemania Occidental. Y yo puedo encargarme de gestionarlo todo, pero, evidentemente, no os saldría gratis.

- ¿Qué quieres a cambio?-. Le preguntó entonces el chico, que había subido al despacho de Oleg, en compañía de este, haciéndose pasar por un cliente cualquiera.

- Todo lo que a vuestro grupo le queda, para poder reutilizarlo en adelante: el refugio de Oleg, lo que tengáis allí guardado, el coche y, por supuesto, el dinero recaudado en esta operación fallida. A cambio, yo me encargaré de sacaros de aquí. De que podáis huir a Occidente.

- Pero yo no tengo ese dinero, Aleksei—. Reconoció Iwan.

- Lo sé, pero estará guardado donde normalmente, ¿no?

- Sí, que yo sepa. Sé que Rodion ya lo cobró, pero no llegó a repartirlo. Normalmente, él lo guarda en una caja fuerte que hay en el refugio del garaje de Oleg y cuando los trabajos concluyen y desaparece el riesgo, lo saca y lo reparte. Por tanto, el dinero debe estar en esa caja, pero yo no tengo la llave ni posibilidad de conseguirla.

- Todo eso que dices, lo sé—. Aseguró entonces Aleksei—. Y me consta, porque así me lo ha dicho Oleg hace un momento, que Rodion estuvo allí ayer al mediodía para guardar el dinero. Él tiene en su casa una tercera copia de las llaves de la caja. El propio Rodion se la dio en su momento. Por seguridad, ya sabes. Para poder tener acceso al contenido si, por desgracia, alguna vez ocurría algo semejante a esto que ha venido pasando entre ayer y hoy. Por tanto, mañana podremos abrirla. Hoy no, porque no quiero poner a Oleg en el compromiso de tener que dar explicaciones a su mujer acerca de por qué regresa a casa en mitad de su jornada laboral. No quiero que nadie haga nada que pueda considerarse sospechoso, si es posible evitarlo. Pero mañana, sí. Sin embargo, ese dinero es vuestro. Podéis quedaros con él, permanecer aquí en Moscú, escondidos, hasta que este momento complicado pase y luego hacer con él lo que queráis. O podéis renunciar a él y a todo lo que es de vuestro grupo en mi favor y, a cambio, como os digo, yo os sacaré del país y hablaré con mis amigos checoslovacos para os saquen de allí también. Y parte de ese dinero será para pagarles a ellos, claro está. ¿Qué te parece?

El chico aceptó la propuesta y, una vez terminó de hablar con él, Aleksei le dijo a Oleg que necesitaba un par de horas para terminar de organizar la salida de Moscú, el traslado a la frontera y contactar con los checoslovacos. Ya habría tiempo para negociar con estos el resto, una vez los chicos estuvieran en aquel país. Y, además, añadió una petición.

- Tú conoces a estos dos muchachos, eres el dueño de garaje donde está el refugio y quien tiene acceso a lo que voy a cobrar a cambio de todo esto—. Le dijo—. Además, te conozco personalmente y confío en ti. Sé que ya no estás involucrado en este mundillo y que igual te meto en un problema, pero me gustaría contar contigo para que ejerzas de intermediario en esta operación.

- ¿De intermediario?— Preguntó Oleg, ilusionado por sentirse, una vez más, en medio de la acción. Como en los viejos tiempos—. ¿Qué significa eso?

- Es sencillo. Yo no puedo estar ahí. No puedo ir a hablar en persona con estos chicos ni organizar nada sobre el terreno. Tengo que contactar con unos y con otros y gestionarlo todo, por lo que necesito a alguien que haga lo que yo le vaya diciendo para que las cosas se lleven a cabo con la mayor rapidez posible, algo que sería imposible si yo me tuviera que mover de aquí. Y me gustaría que fueras tú ese alguien, si no te importa. ¿Te parece?

- Por supuesto, Aleksei—. Aceptó el otro con total decisión—. No hay ningún

problema. Puedes contar conmigo.

Al mediodía, antes de la hora del almuerzo, Aleksei volvió a llamar a Oleg y le explicó lo que tenían que hacer a partir de ese momento: desde el encuentro que tendría que tener con Serguei aquella misma noche, hasta las primeras pinceladas del plan de huida para Iwan y Svetlana. Y Oleg aprovechó que sus empleados salían del trabajo para almorzar y volvió a bajar al refugio a contárselo todo a los chicos.

- La primera fase consistirá en conducir hasta Kiev, donde os acogerán unos colaboradores para que podáis pasar la noche en un lugar seguro—. Les explicó—. Utilizaréis vuestro coche e iréis vosotros dos y una tercera persona que hay que sacar de aquí también.

- ¿Nuestro coche?— Preguntó Iwan con extrañeza—. ¿Cómo va a ser eso, si me ha dicho Aleksei que es parte del pago?

- Antes de que crucéis la frontera, lo abandonaréis y un colaborador nuestro se hará cargo de él—. Oleg explicó a aquel chico lo mismo que Aleksei le había explicado a él al respecto un rato antes. Y a continuación, siguió con sus explicaciones—. Una vez en Kiev, vuestros caminos se separarán. Esa tercera persona irá por un lado y vosotros dos, por otro. En la segunda fase os trasladaréis a la frontera con Checoslovaquia. Ahora mismo es pronto para saber los detalles, pero, de igual manera, alguien os acogerá y os ayudará a atravesarla. Ahí comenzará la tercera fase. Tendréis que recorrer el país completo hasta la frontera, aun no sabemos si con Austria o con Alemania, eso tendrán que decirlo los checoslovacos. Serán ellos quienes os acojan esta vez, quienes os ayuden a cruzar el país y quienes os hagan pasar a la parte occidental.

Svetlana miraba a Oleg con gesto desconfiado.

- Eso dicho así parece muy fácil. Pero no lo es en absoluto. Es más, a mí me parece algo difícilísimo. ¿Cómo vamos a hacer todo eso?

- Las instrucciones se os irán dando sobre la marcha, en la medida en que vayáis avanzando. En cada fase de la huida, iréis contactando con distintas personas. Serán ellas las que os vayan diciendo qué pasos debéis seguir en cada momento. Como comprenderéis, es imposible montar una ruta de este calibre en apenas un par de horas. Y por supuesto que no es fácil, Svetlana. Claro que no lo es. Pero Aleksei dispone de los medios necesarios y los contactos pertinentes para llevarlo a cabo. De eso, que no os quepa la más mínima duda.

Oleg parecía disfrutar como un niño haciendo de líder de aquella conspiración. Y esa era la imagen que daba también cuando explicaba a Serguei los términos del plan durante el trayecto hasta el refugio. Horas antes, se había ausentado de la carpintería para llevar su automóvil al lugar donde le indicó Aleksei. El mismo en el que aparcaron el coche del grupo de los Ciesielski. Al acabar la reunión en casa del padre de Serguei, alguien le llevaría de vuelta a ese lugar y él lo cogería de nuevo para volver a su casa.

- Esta mañana, el motor hacía un ruido extraño y tengo que llevarlo al taller-. Les había dicho a sus empleados a modo de excusa-. Volveré en taxi y, al acabar el día, vendrá alguien a recogerme. Espero que esté listo entonces y así mañana poder utilizarlo para venir aquí de nuevo.

Fue lo mismo que dijo a su mujer para justificar el hecho de que llegaría a casa más tarde de lo habitual. Debía procurar no levantar demasiadas sospechas, y el extraño comportamiento que iba a tener ese día era, sin duda, proclive a ello. Pero es que lo estaba pasando tan bien. Hacía años que no se sentía así y no podía evitar preguntarse una y otra vez por qué había dejado tan de lado esas actividades tan peligrosas como estimulantes.

- A partir de hoy, todo va a cambiar-. Se dijo a sí mismo, absolutamente convencido-. A partir de hoy, volveré a ser la persona que realmente soy. No permitiré que nada ni nadie vuelva a anularme nunca más.

CAPÍTULO 3

Miércoles, 15 de Febrero de 1984

Iwan saltó de la cama como si fuera un resorte cuando oyó un golpe seco contra la puerta de la habitación. Por un momento, tuvo que pararse a pensar dónde estaba y qué hacía allí, en aquella lujosa estancia y compartiendo lecho con Svetlana, la cual seguía durmiendo profundamente. La débil luz que proporcionaba la luna se colaba por una rendija que dejaba libre la gruesa cortina que cubría el amplio ventanal y le permitía observar lo que había a su alrededor. No tardó en recordar que se encontraba en una lujosa mansión, el refugio más extraño en el que había estado jamás, y a punto de comenzar un viaje que, si todo salía bien, les llevaría a atravesar la frontera del Bloque con Occidente. El viaje con el que tanto había soñado durante toda su vida. Lo que tanta ilusión le hacía y que le permitía olvidar, o al menos aparcar, los terribles momentos por los que estaba teniendo pasar a lo largo de los dos últimos días. Todo quedaba en un segundo plano cuando se ponía a pensar en eso. Todo, mientras una sonrisa comenzaba a adivinarse en sus labios.

Un nuevo golpe contra la puerta le sobresaltó y le sacó de su ensimismamiento, acabando de despertarle del todo. Entonces, se apresuró a abrirla y tras ella se encontró con el somnoliento rostro de Serguei, que le lanzó una mirada inquieta y preocupada.

- Es la hora-. Se limitó a decirle.

Iwan asintió con la cabeza, cerró y se dirigió a la cama para despertar con delicadeza a Svetlana.

Apenas unos minutos después, estaban todos sentados en la cocina, tomando algo para desayunar. Todos menos Ilena, que se estaba retrasando. Habían conocido a aquella mujer la noche anterior y la primera impresión que se llevaron de ella no fue nada agradable. Y eso que ya venían advertidos, porque Serguei les había dicho, durante el trayecto hasta la casa de su padre, que se trataba de una persona difícil. Y bien que lo pudieron comprobar de primera mano cuando, una vez le explicaron que tendría que compartir viaje durante un día con esas otras dos personas, ella puso el grito en el cielo y se negó en redondo a hacerlo, llegando a menospreciarles y a enfrentarse a ellos, teniendo Serguei que interponerse, incluso, para evitar que llegaran a las manos.

- De modo que sabéis que la policía tiene identificada a esta chica, ¿y pretendéis que yo haga un viaje con ella?– Se preguntaba Ilena en voz alta mientras miraba a todos con ese gesto de desprecio que tan bien se le daba interpretar-. Para eso prefiero irme de fiesta esta noche. Si me cogen, que sea después de haber echado un buen rato. Ahora

mismo, nadie sabe de mí. No me están buscando. Y no voy a poner en peligro mi integridad viajando con una persona a quien persiguen y a quien tienen identificada.

La negativa de Ilena era tan firme que solo la intervención de Aleksei consiguió que reconsiderara su postura.

- Tú vas a hacer lo que yo te diga-. Le había ordenado este por teléfono, con ese tono autoritario tan propio de él. Serguei se vio obligado a llamarle para que le ayudara a resolver tan desagradable situación-. Yo soy policía, sé quién eres, a qué has venido y dónde te escondes. Sé sobre ti muchísimo más de lo que te imaginas. Si me da la gana, en media hora estás arrestada, así que deja de poner problemas-. Ante aquello, Ilena no tuvo más remedio que callarse y agachar la cabeza-. A mí me importa una mierda lo que hagas con tu vida y también lo que te pase o te deje de pasar-. Continuó el otro-. En lo único que estoy pensando es en preservar la seguridad de las personas que trabajan conmigo. Sabes demasiado de ellos y, en estas circunstancias, tenemos dos opciones: o matarte, lo cual no nos costaría ningún trabajo, o sacarte de aquí. Pero sacarte nosotros, asegurándonos nuestra propia seguridad. No que te vayas sola, sin que podamos controlar lo que haces o lo que dices. Así que harás las cosas como yo te diga o no saldrás viva de la ciudad. ¿Está claro?

La chica gruñó, dando de ese modo su consentimiento, y a continuación colgó el teléfono. Entonces, se giró hacia Serguei y le miró con gesto severo.

- Viajaré con ellos. No me queda más remedio. Pero os juro que si me suponen el más mínimo problema, les abandono-. Luego, se volvió hacia donde estaban sentados Iwan y Svetlana y les dirigió una mirada helada-. Os abandono u os mato, lo que sea más conveniente para mí.

Las dos mochilas que les servían de equipaje estaban ya preparadas. Svetlana había añadido la ropa que guardaba en el refugio a la que se llevó de casa dos noches atrás. Iwan, por su parte, se tuvo que conformar solo con la que tenía en el punto de encuentro, aunque Oleg tuvo el detalle de comprarle alguna cosa más durante el día anterior, ya que él no podía salir de aquel sótano. Además, había rescatado la pequeña bolsa de cuero que ocultaba en aquel lugar, en el armario empotrado donde todos guardaban sus cosas. En dicho armario, en la parte baja, entre la pared y el suelo, había un hueco oculto por un par de ladrillos sueltos, al cual solo se podía acceder sacando el cajón en el que el propio Iwan tenía sus pertenencias. Era ahí donde la escondía. Y en dicha bolsa de cuero guardaba el dinero que había ahorrado en aquellos tres años gracias a la parte que le correspondía del reparto de los botines. A ese dinero unió el que Svetlana se trajo de su casa y lo guardó todo bien oculto en el interior de su equipaje. Era una cantidad considerable sobre la que no dijo nada a nadie. Solo Svetlana y él sabían de su existencia. Era para ellos: para tener algo con lo que empezar una nueva vida, llegado el caso, o para salir de algún apuro si lo necesitaban en algún momento.

Una vez terminaran con los preparativos previos, ambas mochilas serían cargadas en el viejo Lada que se encontraba en los garajes de la casa, ya con el depósito lleno. La noche anterior, dos de los compañeros de Serguei se habían encargado de llevar a Oleg hasta donde tenía estacionado su coche, de recoger el otro, que estaba aparcado en la misma calle, y de conducirlo hasta la casa del padre de aquel, aparte de recoger la documentación necesaria que les proporcionó Aleksei.

El desayuno lo tomaron en silencio. Un silencio cargado de incertidumbre. De miedo, incluso. Cada uno parecía estar centrado en sus propios pensamientos, mirando hacia abajo, absortos. Solo en una ocasión, Svetlana dirigió su aterrorizada mirada hacia Iwan, el cual trató de lanzarle una sonrisa, que quedó solo en mueca, y le guiñó un ojo para tratar de infundirle una confianza que él tampoco tenía. Solamente Serguei acertó a decir algo para quejarse de la tardanza de Ilena.

- ¡Dónde se habrá metido la idiota esta!– Exclamó, dando un golpe sobre la mesa y levantándose a continuación–. Voy a meterle prisa.

Svetlana volvió a mirar a Iwan con el mismo gesto que antes y este alargó la mano para coger la de ella.

- ¿Estás bien?– Le preguntó, a lo que la chica negó con la cabeza.

- Estoy deseando irme. No puedo con esta incertidumbre.

- Come bien ahora, que no sabemos cuándo podremos parar a tomar algo. Debemos estar fuertes. De cuerpo y de mente.

- No tengo hambre–. Suspiró la chica, aunque hizo un esfuerzo y siguió comiendo, consciente de que su compañero tenía toda la razón del mundo.

En ese instante, se oyeron voces en el pasillo al que se accedía desde la puerta de la cocina por la que salió Serguei momentos antes. Y justo a continuación, Ilena irrumpió en la estancia seguida por aquel, que resopló con cara de evidente hartazgo.

- A ver, ¿dónde están las llaves de ese maldito coche?– Preguntó la chica, plantándose en jarras delante de la mesa de la cocina.

- ¿No vas a desayunar?– Le preguntó a su vez Iwan.

- Paso de desayunar. No veo el momento de irme de aquí de una puta vez. ¿Dónde están las llaves?

- Las llaves están en mi bolsillo–. Se limitó a decir el chico.

- Pues venga, dámelas, que nos vamos–. Iwan ocultó con una sonrisa el desprecio que sentía por aquella mujer y le contestó con tranquilidad.

- No te voy a dar nada. Las llaves las tengo yo porque soy el que va a conducir.

- ¡Ni de coña!– Espetó la otra–. No pienso ponerme en manos de unos aficionados. Dame las llaves ahora mismo–. Iwan respiró hondo, apuró lo que le quedaba del café y se puso en pie.

- Las llaves las tengo yo y no te las voy a dar. El coche es mío y voy a conducir yo. Me importa una mierda cómo te pongas. Me importa una mierda tu desvergüenza. Es más, me importa una mierda si vienes, si te quedas o si te mueres. Esto es lo que hay. O

lo tomas o lo dejas.

Iwan e Ilena intercambiaron entonces una intensa mirada cargada de odio durante unos eternos segundos, hasta que ella la apartó, apretó los labios y los puños y se dio la vuelta, para a continuación volverla a dar de nuevo.

- ¡Vamos!– Exclamó, dirigiéndose entonces a Svetlana, que observaba la escena en silencio–. Acaba de una vez y vámonos. Estoy harta de todo esto.

Svetlana, sin embargo, no se inmutó. Acabó lo poco que le quedaba de desayuno tranquilamente, se levantó de la mesa y se dispuso a recogerla.

- No te preocupes por eso–. Le dijo Serguei con amabilidad–. Ya me encargo yo cuando os vayáis. Acaba de prepararte, que mientras antes salgáis, mejor.

Aún era noche cerrada cuando salieron. Y hacía frío. Mucho frío. Un frío helado que calaba hasta los huesos y contra el que apenas podía hacer nada la débil calefacción del viejo vehículo. Conducir con el abrigo puesto no era precisamente cómodo, pero Iwan no podía hacerlo de otra manera si quería evitar los temblores. Ilena se había echado en el asiento de atrás, acurrucada entre su abrigo y una manta, dispuesta a seguir durmiendo. Mientras, Svetlana permanecía atenta a todo, con los ojos muy abiertos, aunque callada. Le habría gustado hablar, como medio para aliviar la insoportable tensión, pero la chica que yacía detrás la tenía completamente intimidada y prefería mantenerse en silencio. Al fin y al cabo, era algo temporal. A partir del día siguiente, sus caminos se separarían y nunca más la tendría que volver a ver, por lo que decidió que se limitaría a esperar ese momento y nada más.

La travesía de la ciudad de Moscú era una tarea ardua y complicada y requería de tiempo y paciencia. La ciudad era inmensa y llena de cruces, intersecciones, semáforos, avenidas y rondas de circunvalación. Tardaron cerca de una hora en alcanzar, por fin, la salida correcta y tomar la autovía que les debía llevar hasta la frontera con Ucrania, cuya capital es Kiev, la ciudad de destino. Una frontera ficticia, ya que Ucrania no dejaba de ser una región más de la Unión Soviética.

- Pueden faltar alrededor de siete horas para llegar a ese punto–. Susurró Iwan, mientras Svetlana asentía con la cabeza al tiempo que consultaba el mapa que llevaba en la mano.

El sol estaba saliendo y ello les permitía observar el paisaje. Un paisaje urbano aún a esas alturas, ya que estaban atravesando los interminables distritos situados en las afueras de la capital rusa y solo entre uno y otro se podía adivinar la inmensa llanura sobre la que se erigían. Era como si la ciudad no tuviera fin, y se hacía casi angustioso pensar que, a pesar de llevar tanto tiempo circulando, ni siquiera habían salido del punto de origen. Con todo lo que les quedaba por delante.

- ¿Pero es que esta mierda de cacharro no puede ir un poco más rápido?– Exclamó Ilena, incorporándose un poco para girarse y mirar por la luna trasera–. Todavía estamos en Moscú. A este paso, tardaremos una semana en llegar, con las ganas que tengo de perderos de vista.

Svetlana miró de reojo a Iwan y este le sonrió. Probablemente, era mejor así: tomarse con humor la insoportable actitud de aquella mujer. Como si no tuvieran bastante con la situación en la que se encontraban, solo faltaba, además, poner más pegasa a la inmensidad de ellas que ya de por sí había.

Poco a poco, los altos y sombríos edificios de viviendas fueron dejando paso a granjas y casas rurales. La grandiosa urbe iba quedando atrás y en los rótulos de la autovía comenzaba a indicarse la inminencia del Aeropuerto Internacional de Vnúkovo, el cual dejaron a la derecha del sentido de su marcha cuando había pasado hora y media desde que comenzaron el viaje. Fue en ese momento cuando Ilena se incorporó del todo, volvió a mirar hacia atrás y, pasados unos segundos, se dirigió a Iwan, el cual sentía curiosidad por el hecho de que aquella mujer hubiera repetido varias veces esa acción, aunque no le llegó a preguntar nada.

- Un poco más adelante hay una estación de servicio-. Dijo-. Para en ella, que tengo que desayunar. Iwan miró hacia atrás por un momento para dirigirle una mirada de desconcierto.

- ¿Pero qué dices? ¿Cómo vamos a parar? Haber desayunado cuando todos.

- Haz el favor de no discutirme y para-. Repitió Ilena con forzada calma.

- No voy a parar-. Se empeñó el chico-. Vamos con prisa. Mientras antes lleguemos, antes nos perderás de vista. ¿No era eso lo que querías?

En ese momento, Ilena metió la mano en su mochila, que llevaba junto a ella en el asiento trasero, y no en el maletero como las de los otros dos, y sacó una pistola cuyo cañón colocó sobre la cabeza de Iwan. Svetlana se sobresaltó y dio un respingo sobre su asiento, pero el otro se mantuvo sereno e inmóvil. Como si se esperase que algo así pudiera ocurrir.

- Sí que vas a parar-. Insistió Ilena, ya con menos calma.

- ¿Eres consciente de que si disparas, perderé el control del coche y, probablemente, moriremos todos?-. Le preguntó entonces Iwan, tratando de permanecer tranquilo.

- Tienes razón-. Contestó la chica, para a continuación mover el brazo y encañonar a Svetlana, que permanecía inmóvil, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar-. ¿Qué tal ahora? ¿Te convenzo así, o necesitas algo más?

Iwan sonrió, miró a Svetlana y luego volvió a girar la cabeza para hacer lo propio con la otra.

- Baja esa pistola, anda-. Le dijo, intentando relajar el ambiente con un tono distendido-. Prefiero pasar un día de mierda a tu lado que perder mi vida. Mira, precisamente ahí está la indicación de la estación de servicio.

Iwan dirigió el coche hacia la salida de la autovía y, después de una curva a la derecha, divisaron la gasolinera al final de una larga cuesta. Se encontraba en el margen izquierdo de la carretera, pero Iwan paró en el derecho, donde había una gran explanada en la que se encontraban aparcados un buen número de camiones. Justo

detrás de uno de ellos, fuera de la vista desde el otro lado, estacionó él. Solía hacerlo siempre así. Nunca aparcaba justo delante del lugar al que se dirigía, sino en un sitio cercano, pero apartado. De esa forma, caso de tener que huir por la razón que fuera, el propio coche podría, en su caso, servir de refugio en un momento dado, cosa que sería imposible si lo dejaba demasiado cerca: demasiado a la vista. Por las cosas a las que se dedicaba, hacía ya mucho que su vida podía depender de pequeños detalles como ese, y los seguía a rajatabla.

Ilena agarró la mochila con sus cosas, pero antes de comenzar a caminar para cruzar la calzada y dirigirse a la estación de servicio, se giró para decirles algo a sus acompañantes.

- No se os ocurra iros sin mí-. Les amenazó-. Recordad que sé quiénes sois, adónde vais y cómo. Basta un simple chivatazo anónimo para acabar con toda vuestra aventura. Así que no me jodáis.

- ¿Y cómo sabemos que no nos vas a dejar plantados tú?-. Le preguntó entonces Iwan.

- No lo sabéis-. Fue la respuesta de la chica, la cual acompañó con una sonrisa sarcástica. No obstante, un momento después, volvió a ponerse seria para seguir hablando-. Pareces idiota, de verdad. ¿No te das cuenta de que estamos en medio de ninguna parte? ¿Adónde coño crees que puedo ir si el coche está aquí y las llaves las tienes tú?

Podía parecer una misión fácil, pero no lo era. Para nada. Lo habría sido caso de tratarse de un trayecto corto, pero seguir a un vehículo desde Moscú hasta las inmediaciones de Kiev sin ser descubierto era algo prácticamente imposible. Es un trayecto que no se puede hacer de una vez. Hay que parar, aunque sea para llenar el depósito, y, en esas circunstancias, es muy difícil hacerlo sin perder de vista al objetivo. Vadik se lo había hecho saber a Aleksei cuando, la tarde anterior, le había llamado para encomendarle ese encargo, pero este restó importancia a esas cuestiones.

- Cuando ellos paren a repostar, tú paras a repostar. Cuando ellos paren a mear, tú paras a mear. Es cierto que pueden sospechar que alguien les está siguiendo si ven a un coche parar siempre a la vez que ellos, pero, en el fondo, da igual. A mí lo único que me importa es asegurarme de que llegan a su destino. Que no hay problemas, que no ocurre nada raro. De todos modos, procura que no te vean.

Vadik era indudablemente fiel y leal a Aleksei, y este lo sabía. Era por eso que le confiaba todo tipo de trabajos, hasta el punto que aquel podía permitirse vivir de eso. Y en todo tipo de trabajos cabía cualquier cosa: desde comprarle unos zapatos y

llevárselos a la oficina, hasta matar a alguien y deshacerse del cadáver. Vadik estaba siempre disponible para cualquier cosa y todo lo hacía con una eficacia absoluta. Y con discreción, algo fundamental en los ambientes en los que se movía. A ello ayudaba su aspecto vulgar y anodino. No era ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, aparentaba una edad indefinida entre los treinta y los cincuenta años, vestía de modo sencillo y, aparte de soler llevar unas gruesas gafas de pasta color marrón, no poseía ninguna característica que le hiciese resaltar entre la gente ni, por supuesto, llamar la atención. Aleksei confiaba ciegamente en él y fue en quien pensó la tarde anterior cuando, después de hablar con Ilena para convencerla de que tenía que viajar acompañada, comprendió que no podía olvidarse de aquel asunto sin más. Que tenía que asegurarse de que las cosas acababan como debían y así evitar complicaciones innecesarias. Decidió que se quedaría más tranquilo si encargaba a Vadik la misión de seguirles. De estar atento a cualquier cosa que sucediese y de informarle lo antes posible caso de ser necesario.

- Si pasa algo, cualquier cosa fuera de lo común, llamas a la oficina—. Le había dicho—. Y si no estoy en ese momento, dejas un mensaje en clave, como de costumbre.

Aquella mañana, Vadik se había levantado muy temprano para poder estar a tiempo en el lugar por donde iba a pasar el viejo Lada blanco que tendría que seguir. Le fue fácil localizarlo. Había aparcado a unos veinte metros de un semáforo por el que su objetivo tendría que pasar por fuerza. Un semáforo que regulaba un cruce de calles complicado, el cual era muy difícil de pasar sin tener que esperar unos minutos ante la luz roja. Desde ese lugar donde estaba estacionado, vería perfectamente el coche y la matrícula en cuanto se tuviera que detener, para así asegurarse de que no se equivocaba de vehículo. Y así fue, en efecto. A partir de ahí, bastaba con mantenerlos a la vista, a una distancia prudencial, y esperar. Simplemente, eso: conducir, observar y esperar.

El inicio del recorrido era, probablemente, el más complicado. Atravesar las avenidas y rondas de Moscú a primera hora de la mañana es sinónimo de tráfico. De mucho tráfico. Vadik lo tuvo ciertamente complicado para no perder de vista su objetivo y, a la vez, esquivar continuamente vehículos que se le cruzaban de un lado y de otro. En alguna ocasión, llegó a tener que saltarse algún semáforo en rojo para evitar que su misión terminase a la fuerza antes incluso de salir de la ciudad de origen. Pero una vez fuera de la misma, las cosas cambiaron por completo. Era muy sencillo conducir por la carretera general, doscientos metros por detrás de un coche y sin perderlo de vista. Imaginaba que eso sería así durante un buen número de kilómetros. El problema llegaría a la hora de tener que repostar la segunda vez, caso de que recordasen que en la primera también se detuvo el mismo coche. Pero eso era algo inevitable porque no lo podía hacer de otra manera. Y ya le dijo Aleksei que, aunque era mejor que no le vieran, no dejaba de ser algo secundario. De modo que, a la vista de que tenía por delante un buen número de horas de conducción monótona y aburrida, se acomodó en el asiento, puso algo de música y se dispuso a pasar el tiempo de la

mejor manera posible.

Sin embargo, las cosas no fueron así de simples y cuando llevaban recorridos pocos kilómetros desde que dejaron atrás la inmensa ciudad de Moscú, el viejo Lada tomó una salida y Vadik tuvo que reaccionar rápido para tomarla él también sin hacer ningún movimiento brusco que llamase la atención. El carril de salida era en cuesta arriba y, a continuación, a la derecha, se incorporaba a una carretera secundaria. Medio kilómetro más adelante, había una gasolinera en el margen izquierdo de la carretera. El Lada, sin embargo, se detuvo a la derecha. Vadik lo vio esconderse tras unos camiones, pero él decidió aparcar en la explanada que había justo delante de la gasolinera para, desde allí, vigilarles sin llamar la atención.

Apenas un par de minutos después, vio a la mujer morena cruzar la carretera con paso decidido, mientras sus acompañantes, la chica rubia y el joven, se quedaban cerca del coche. La primera entró en la cafetería de la gasolinera y Vadik dudó por unos instantes. No sabía qué hacer: si vigilar el coche y a los dos que se quedaron junto a él, o entrar en la cafetería para ver qué hacía la otra. Finalmente, recordó las palabras de Aleksei: “cuando ellos paren a mear, tú paras a mear”, y se decidió por la segunda opción.

Al atravesar la puerta, se sintió asqueado por el olor a tabaco. Siempre le molestó el olor a tabaco. De toda la vida, y, en aquel lugar, la atmósfera era casi irrespirable y hasta molesta para los ojos, debido a la especie de neblina que provocaba la mezcla de mucha gente fumando y una deficiente ventilación. Se trataba de un salón de proporciones considerables y muy bien iluminado gracias a unos grandes ventanales. Un buen número de mesas se esparcían a derecha y a izquierda. La barra estaba al fondo y en ella había varias personas. Bastantes de los presentes parecían ser lugareños que pasaban el rato en el único bar de la zona, más que viajeros que hubieran parado para hacer un descanso. Muchos le miraron cuando entró, aunque al momento dejaron de hacerlo para volver a concentrar su atención en lo que fuera que estuvieran haciendo. La mujer morena, no obstante, no se giró. Estaba sentada en la barra, en una esquina de la misma, de espaldas a la puerta. Vadik decidió sentarse en la barra él también, aunque en el otro extremo.

- Un café, por favor-. Pidió al camarero a la vez que colocaba un par de monedas sobre la barra-. Y cóbreselo de ahí cuando quiera-. No quería problemas ni pérdidas de tiempo caso de necesitar salir de allí deprisa y corriendo.

El camarero le puso el café de inmediato, cogió las monedas y, al momento, colocó el cambio justo en el mismo sitio donde se encontraban aquellas. Vadik le observó. Era un señor de cierta edad, bajito, muy delgado, calvo por la frente y con el pelo de la coronilla blanco y largo. Le resultó curioso su aspecto, aunque no le prestó mayor atención, ya que la tenía toda puesta en la mujer morena, que, al otro lado de la barra, se acababa de encender un cigarrillo y lo fumaba con parsimonia y tranquilidad. Como saboreándolo. Esa visión le relajó. No parecía tener ninguna prisa, así que decidió

tomarse su café con la misma tranquilidad. Le esperaba un largo y aburrido viaje y era bueno tomarse las cosas con calma. Era algo que, sin duda, y junto a la paciencia, iba a necesitar.

Cuando la mujer morena terminó su cigarro, llamó de nuevo al camarero y le pidió otro café. Parecía que pensaba quedarse allí otro rato, lo cual desconcertó a Vadik. Su actitud no era normal, algo raro debía tramar, porque no parecía muy lógico que dejara a sus acompañantes fuera y se dedicara a perder el tiempo en un bar de esa manera. Sobre todo teniendo en cuenta el larguísimo trayecto que aún les quedaba por recorrer. La seguía observando con disimulo, intriga y mucha curiosidad. Cuando el camarero le puso el café, ella le preguntó por los servicios y el viejo hombrecillo le señaló con la mano el lugar donde se encontraban. Entonces, se levantó y se dirigió hacia allí. Vadik agudizó sus sentidos. Tenía que estar alerta. En ese preciso instante, no controlaba ni el coche, ni a las personas que se quedaron junto a él ni a la joven mujer que entró en la cafetería. Solo veía el café humeante que esta última se acababa de pedir. Estaba intranquilo y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Una serie de pensamientos absurdos le cruzó la mente: “¿cuánto tiempo tarda una mujer en mear?” “Si es solo mear, claro” “Las mujeres tienen otro tipo de necesidades que los hombres no controlamos, así que cualquiera sabe”. En ese momento, sacudió la cabeza, en un intento de dejar de pensar en tonterías, y apuró su café. La mujer morena aún no había vuelto y su inquietud iba en aumento. Decidió ir él mismo a los servicios, aunque no sabía muy bien para qué, ya que no tenía intención de montar un escándalo entrando en el baño de mujeres. Aun así, cuando estuvo frente a la puerta, la golpeó con los nudillos. No hubo respuesta y el corazón le dio un vuelco.

- ¡Oiga!– Exclamó, volviendo a aporrear sobre la madera–. ¿Hay alguien ahí?

Seguía sin haber respuesta y Vadik se puso nervioso. Pero nervioso de verdad. De hecho, perdió los papeles por completo, pegó una patada a la puerta y con ella la abrió de par en par. No había nadie dentro. La cortina que cubría la gran ventana estaba corrida. La ventana estaba abierta.

Tras la marcha de Ilena, Iwan y Svetlana se habían quedado junto al coche, desconcertados, sin saber bien qué pensar ni qué hacer. De buena gana se hubieran marchado de allí de inmediato ellos dos solos, pero no se fiaban de la otra. Para nada. ¿Cómo hacerlo, en vista de la actitud que estaba manteniendo desde que la conocieron la noche anterior? No entendían por qué se comportaba de ese modo. ¿No sería más sencillo colaborar para así hacer las cosas más fáciles? Si se trataba solo de un día. ¿Por qué poner pegas a todo? ¿Por qué añadir complicaciones a algo tan complicado?

¿Por qué les juzgaba como si fueran principiantes sin ni siquiera darles la oportunidad de demostrar que igual no lo eran tanto? Era todo tan incomprendible que más les valía ni siquiera pensar en ello, llegar a Kiev de la mejor manera posible y, a partir de ahí, olvidarse de ella para siempre.

- ¿De dónde habrá sacado la pistola esa hija de la gran puta?— Fue Svetlana la que rompió el silencio, pasados unos minutos en los que ambos se mantuvieron callados. Paseaban por las inmediaciones del coche, estirando las piernas y tratando de relajarse. Lo primero era fácil de hacer. Lo segundo, les estaba resultando imposible.

- Ni idea, ¿qué más da? ¿Acaso alguien la ha registrado para comprobar qué llevaba? Nosotros mismos podríamos haber cogido una, pero no lo hemos hecho.

- Pues claro que no. Es una locura. Imagina que nos paran en un momento dado. Tenemos una historieta que contar para justificar nuestro viaje ante la policía, pero todo se iría al traste si nos descubren un arma. Deberíamos hacer algo, pero no sé qué.

- Ya lo sé, Sveta, pero tú misma lo estás diciendo. ¿Qué?

- Es que no sé qué es más peligroso, si seguir con ella o dejarla aquí.

- Ya lo he pensado, no creas. Pero ella tiene razón. Si se va de la lengua, estamos perdidos. Si nos paran con ella, igual no tanto.

- Vaya mierda.

- Pues sí, vaya mierda.

Los minutos pasaban y los dos chicos no hacían más que darle vueltas a la cabeza, lo cual no valía para nada porque no podían hacer otra cosa que seguir adelante con el plan establecido.

- ¿Y si nos amenaza con la pistola para que le demos las llaves del coche y nos abandona ella a nosotros?— Preguntó Svetlana en un momento dado.

- Entonces podríamos ser nosotros los que la delataríamos a ella—. Respondió Iwan de inmediato—. Lo mismo con lo que nos ha amenazado, pero al revés.

- Ya, eso es cierto.

- Piensa en positivo, Sveta. Hay demasiadas cosas en contra como para inventarnos más. Aguantemos como podamos. A partir de mañana, todo será diferente.

Los chicos seguían dando vueltas alrededor del coche, a pocos metros del mismo, tratando de relajarse el uno al lado del otro. Hacía un día espléndido y la temperatura había subido considerablemente una vez salió el sol. Al menos en eso, la suerte les estaba acompañando, porque mucho peor sería tener que hacer un viaje tan largo y complicado con mal tiempo. Además, había poco tráfico y, en aquel lugar, el silencio era total. Casi tétrico. De cuando en cuando, se oía el ruido del motor de algún coche que pasaba cerca de ellos por la carretera. Pero también era un silencio agradable. Si no fuera por todo lo que tenían encima y por delante, podrían dar un tranquilo paseo por la zona, adentrándose quizás en el pequeño bosque que se veía apenas unos pocos metros más allá. El día invitaba a ello. Si todo salía bien, igual no faltaba tanto para poder hacer algo así sin miedos ni incertidumbres. Ojalá. De hecho, ese era el objetivo

real de aquel viaje.

- ¿Pero dónde coño se habrá metido esta imbécil?– Exclamó Svetlana, rompiendo esa especie de remanso de paz que se había creado entre ellos.

- Es cierto–. Asintió Iwan–. Está tardando demasiado. No me gusta nada esto.

Svetlana iba a decir algo, pero el ruido de un coche saliendo a toda velocidad desde el otro lado de la calzada, donde estaba la gasolinera, se lo impidió.

- ¡Ese coche es mío!– Gritaba alguien mientras atravesaba corriendo la puerta principal de la estación de servicio–. ¡Me lo están robando!

Iwan tuvo un mal presentimiento y se acercó un poco para tratar de ver mejor. El coche robado avanzaba a toda velocidad hacia la calzada, atravesando la zona de aparcamiento junto a la gasolinera. Pero, una vez llegó a la carretera, no tuvo más remedio que reducir la marcha para incorporarse a ella y fue en ese momento cuando la vieron. Era Ilena, la cual, por un segundo, les miró, mostrándoles la misma sonrisa sarcástica que antes, para a continuación coger la carretera a toda velocidad en el sentido correcto hacia la autovía que abandonaron poco rato antes.

Iwan y Svetlana se quedaron petrificados, completamente inmóviles, observando cómo se alejaba el vehículo, sin capacidad de reacción. Aquello era inexplicable; incomprendible. Vieron entonces al dueño del automóvil, llegando al borde de la calzada y maldiciendo a voz en grito mientras miraba en la dirección hacia donde se había dirigido Ilena. Luego les miró a ellos, se ajustó las gruesas gafas de pasta marrón que llevaba y se dio la vuelta para volver por sus pasos, llevándose las manos a la cabeza y sin parar de maldecir. Fue en ese momento cuando Iwan reaccionó.

- Volvamos al coche. Inmediatamente. Ya.

- Pero...

- Ya, Svetlana–. Insistió Iwan, tirando de ella por un brazo–. Dentro hablamos.

Efectivamente, una vez dentro del coche y después de darse unos segundos para recapacitar, Iwan trató de decidir sobre la marcha qué era lo mejor que podían hacer.

- Tenemos que irnos de aquí lo antes posible, pero de un modo disimulado. No creo que nadie nos haya visto con Ilena porque estamos ocultos detrás del camión, pero la policía no tardará en venir y ese hombre sabe que hemos sido testigos de todo. Tenemos que procurar que no vean el coche, que no sepan que somos nosotros..., que no nos puedan reconocer a través de él. Tenemos que salir de aquí sin que nadie se dé cuenta, y no sé cómo hacerlo. En cuanto vean un coche salir de aquí detrás, sabrán que somos nosotros. Ese hombre sabrá que somos nosotros. Y sospechará, porque no es normal aparcar aquí detrás y no al lado de la gasolinera. Y cualquiera se preguntará cómo llegó Ilena hasta aquí, por lo que será fácil que nos relacionen con ella.

Iwan pensaba en voz alta y mientras más lo hacía, más negro lo veía todo. Se sentía atrapado. Pero lo peor no era eso. Lo peor era que tenía la mente bloqueada. No se le ocurría ninguna solución.

- Arranca–. Exclamó de repente Svetlana.

- Pero antes tenemos que decidir...

- ¡Arranca!– Insistió la chica, a voz en grito, mientras señalaba a un camión que estaba empezando a moverse, camino de la carretera–. Si nos ponemos junto a él, podremos salir de aquí sin que nos vean porque el propio camión nos ocultará–. Continuó–. Invade el arcén si es necesario. Lo justo para llegar a esos árboles de ahí delante. Una vez en ese punto, ya no nos verán de ninguna de las maneras.

Iwan comprendió la jugada y reaccionó de inmediato, haciendo caso a su compañera.

- Pero va en sentido contrario a donde nosotros queremos ir–. Dijo aun así.

- Da igual, Iwan. Ya tendremos tiempo de dar la vuelta. La idea es que no nos vean salir de aquí, ¿no? Pues esta es nuestra oportunidad.

Iwan manejó el vehículo con pericia y una vez se aseguró de que nadie les podría ver desde la gasolinera, se colocó detrás del camión, aminoró la marcha y resopló. Entonces, miró a Svetlana, le sonrió y le cogió la mano. Justo en ese momento, se cruzaron con dos coches patrulla de la policía con las sirenas encendidas.

- Debe haber una población cerca–. Comentó Iwan–. De otra manera, no es posible que hayan tardado tan poco.

- Pues llegaremos hasta ella y allí podremos dar la vuelta sin necesidad de hacer una maniobra extraña en medio de la carretera.

Efectivamente, había una pequeña localidad apenas un par de kilómetros más adelante y allí les fue fácil darle la vuelta a una manzana para volver a la carretera, ya en el sentido correcto, sin levantar ninguna sospecha. Iwan aceleró un poco entonces. Estaba deseoso de salir de aquel lugar de una vez y volver a la carretera principal. Pero el corazón le dio un vuelco cuando tuvo de nuevo a la gasolinera al alcance de su vista.

- Agáchate–. Le dijo a Svetlana–. Métete lo más abajo que puedas, disimula, haz como si estuvieras buscando algo en el suelo del coche.

- ¿Qué pasa?– Se extrañó la chica, al tiempo que hacía lo que el otro le había dicho.

- La policía está ahí–. Le describió Iwan mientras aminoraba la marcha. Estaban en una recta muy larga y si no iba demasiado deprisa, les daría tiempo a reaccionar–. No están en el lado de la calzada donde se encuentra la gasolinera, sino inspeccionando el otro. Donde están los camiones. Nos están buscando. Joder, si es que era evidente.

- ¿Y qué hacemos? Ya no podemos dar la vuelta...

- No, claro que no. Quédate ahí. Seguramente, ese hombre se habrá fijado más en ti que en mí. Eres guapa y muy rubia. Si me ven a mí solo conduciendo, seguramente, ni siquiera nos pararán. Esperemos tener suerte.

A pesar de esperárselo, Iwan se aterrorizó cuando, al verles acercarse, uno de los policías se plantó en medio de la calzada con un brazo en alto. El chico, sin embargo, trató de conservar la calma y fue reduciendo la marcha paulatinamente, sin brusquedades, como para darle al agente la opción de observar quién iba en el coche

sin necesidad de detenerlo. Y, efectivamente, al verle a él solo, el policía se apartó y le indicó con el brazo que podía continuar.

- Quédate ahí, no te muevas aún-. Le dijo a la chica mientras dirigía el coche hacia el tramo de incorporación a la carretera principal-. Sigue ahí, un poco más-. Le pidió, a pesar de haberse incorporado ya a aquella-. Vimos pasar a dos coches de policía y aquí solo había uno. A veces se coloca una patrulla un poco más adelante para interceptar a alguien que se haya querido saltar un control.

Efectivamente, apenas un kilómetro después, había otra pareja de policías, la cual tenía cortado uno de los dos carriles de la autovía y obligaban a todos los coches a pasar despacio por el otro. No les estaban deteniendo. Simplemente, como les pasó un momento antes, se limitaban a observar desde fuera, rápidamente, el interior de los vehículos. Y de igual manera, el policía en cuestión, sin hacer demasiado caso, agitó el brazo apremiándole para que continuara con la marcha.

- Lo que te decía, nos buscan a nosotros-. Repitió Iwan mirando hacia atrás para asegurarse de que el peligro había pasado-. A una pareja: una chica rubia y un hombre de pelo negro. Ya puedes incorporarte.

- ¿Y ahora qué?- Preguntó Svetlana mientras se volvía a acomodar en el asiento.

- Ahora, a alejarse lo más rápido posible de aquí-. Iwan alzó la mirada y resopló con alivio-. Por fin estamos tú y yo solos. Vamos a mirar la parte buena.

- Esto no ha terminado, Iwan-. Le advirtió la chica con gesto preocupado-. Sé que me has dicho que piense en positivo, pero... algo me dice que esto de Ilena no ha terminado. Que algo más va a haber.

Las carreteras rusas no eran buenas y el vehículo en el que viajaban estaba bastante viejo, pero podían mantener una velocidad media aceptable. Durante las siguientes horas, no tuvieron ningún problema. El trayecto era aburrido, había poco tráfico y el único paisaje del que podían disfrutar era el que les ofrecía la inmensa llanura que se extendía a ambos lados de la vía y que se perdía en el horizonte. A pesar de la cantidad de cosas que pasaban por sus cabezas, ambos iban callados y apenas quebraron en silencio para hacer algún comentario banal. La presión de la incertidumbre y la lucha contra el miedo aplastaban sus pensamientos, y mucho más su capacidad para traducirlos en palabras que pronunciar. Era mucho mejor esforzarse en intentar mantener la mente en blanco y limitarse a dejar pasar el tiempo y los kilómetros, con el único sonido de fondo del motor del coche y como única visión, las interminables extensiones de praderas nevadas que estaban atravesando.

El viaje estaba resultando tranquilo, pero eso era solo apariencia. Evidentemente, mientras más kilómetros recorrieran sin sobresaltos, más cerca estarían del destino y menos probabilidad de problemas tendrían, pero ambos sabían que algo iba a pasar. Es más, algo tenía que pasar. La idea de que todo iba a ser así de fácil era demasiado bonita. Tanto, que se trataba de algo irreal. En el fondo, eso era algo para lo que estaban preparados. Tenían su coartada perfectamente ensayada, así como sus

documentos en regla. Falsos, pero en regla. Nada tenía por qué salir mal porque, en el perfecto montaje que habían elaborado, no había nada que ocultar. No había nada raro, nada que pudiera despertar sospechas. Eso era así, salvo por un detalle que se les escapaba y del que eran perfectamente conscientes: Ilena no iba con ellos. Ilena lo sabía todo, tenía en su mano la posibilidad de destrozarles el plan y no iba con ellos. De hecho, transitaba, cualquiera sabía por dónde, en un coche robado; y era probable que, tarde o temprano, la localizaran. Y ella lo sabía todo sobre ellos. Esa incertidumbre era una carga demasiado grande. El no saber dónde estaba, qué hacía, qué estaba dispuesta a decir, cuáles eran sus intenciones. Era terrible e indignante tener su futuro en manos de otra persona de esa manera. De otra persona que había demostrado ser de todo menos cabal y responsable. Era un problema más que añadir a la inmensa complicación que suponía todo aquello que estaban llevando a cabo. Un problema que no tendría por qué haberse dado. Un problema estúpido e innecesario.

Y lo que tenía que pasar pasó, porque eso era así y ambos eran perfectamente conscientes de tal cosa. Al mediodía, tras más de cinco horas de viaje, cuando llevaban recorridos alrededor de cuatrocientos kilómetros y acababan de pasar la salida de la ciudad de Briansk, se encontraron con el siguiente control de carretera. Y este era ya bastante más serio que el que la policía improvisó tras el robo en la estación de servicio.

Había una pequeña caravana de coches parados y los agentes pedían los papeles uno a uno a cada uno de los ocupantes. Svetlana sacó de la guantera los documentos de identidad falsos que traían preparados. Normalmente, aquellos controles eran rutinarios y para nada excepcionales. Iwan aparentaba toda la tranquilidad que no tenía, pero Svetlana, no. Procuraba disimular sus nervios, pero a duras penas lo conseguía. Iwan la conocía y percibía, solo con mirarla, lo mal que lo estaba pasando.

- Todo va a ir bien-. Se vio obligado a decirle, ante lo que ella se limitó a respirar hondo y asentir con la cabeza.

Cuando les tocó el turno a ellos, el chico bajó la ventanilla y por ella se asomó un policía de altura considerable y armado con un rifle.

- Los documentos-. Se limitó a decir. Svetlana le dio inmediatamente los papeles a Iwan y este a su vez al agente.

- Aquí tiene, señor-. El policía los observó detenidamente y luego les miró a ellos con aire inquisidor.

- ¿Adónde se dirigen?

- A Kiev.

- ¿Y el motivo del viaje?

- Vamos a visitar a unos parientes. Mi abuela, que está enferma.

- ¿De quién es este coche?

- De mi madre-. Mintió Iwan-. Lo heredó de su padre, que fue militar destinado en Polonia-. Iwan sabía que mencionar que familiares suyos fueron militares podría

suavizar la situación. Además, no era para nada normal que una pareja joven dispusiera de un vehículo para viajar, a no ser que se diera alguna circunstancia como la que le estaba exponiendo a aquel policía.

- ¿En Polonia?

- Sí, señor. En la ciudad de Varsovia. Yo viví allí durante años.

- Yo estuve destinado allí cuando era mucho más joven—. Le dijo el policía en un polaco bastante correcto, aun con marcado acento ruso—. Ahora tienen más problemas que antes. La gente anda revuelta. ¿Por qué no viaja su madre?

- Porque se quedó cuidando a mi hermana pequeña—. Le contestó Iwan en el mismo idioma, consciente de la prueba a la que aquel hombre le estaba poniendo—. Está enferma. Siempre lo está. Nos turnamos para cuidarla.

- ¿Y su padre?

- Murió en Polonia a manos de los rebeldes—. Volvió a mentir Iwan. El policía le miró y relajó el gesto agresivo de su rostro.

- ¿Y ella?— Preguntó, volviendo al ruso y señalando a Svetlana con un movimiento del mentón.

- Es mi esposa, señor. Llevamos muy poco tiempo casados y apenas conoce a mi familia de Kiev. Es una buena ocasión para que estrechen lazos.

- Por favor, baje del coche y abra el maletero.

- Sí, señor—. Iwan bajó del coche y enseñó las mochilas al policía. Este las abrió y rebuscó un poco, para cerrarlas a continuación.

- Muy bien. Aquí tiene sus documentos. Puede continuar.

- Gracias, señor—. Iwan se volvió a montar en el coche y arrancó. Miró a Svetlana y al ver el terror reflejado en sus ojos, se dio cuenta de cómo le estaban temblando las piernas a él mismo.

- Vamos a parar en la próxima gasolinera—. Le dijo—. Necesito relajarme.

Pero Svetlana no contestó. Miraba fijamente por la ventanilla, clavando sus ojos en el arcén derecho de la carretera, donde los policías tenían parados a una serie de coches, a los cuales estaban haciendo un registro más exhaustivo. Iwan se extrañó de que la chica mirara hacia allá con tanta atención y se fijó él también. Junto a uno de esos coches, un policía estaba esposando a una mujer. Quiso fijarse mejor porque le resultaba familiar, pero, en ese momento, Svetlana se revolvió, dio la espalda a la ventanilla y le miró a él. Si antes su mirada reflejaba terror, su expresión en ese momento iba mucho más allá.

- No mires, acelera—. Le apremió la chica.

- ¿Qué has visto?

- ¡Acelera, Iwan! ¡Vámonos de aquí!

El chico obedeció, pisó fuerte el acelerador y se alejaron del lugar. Solo cuando habían puesto un kilómetro de distancia, volvió a hablar.

- Era Ilena, ¿verdad?— Svetlana se limitó a asentir con la cabeza, mientras Iwan

resoplaba y se pasaba una mano por el pelo—. ¿Nos ha visto?

- No—. Fue la lacónica respuesta de la chica.

- Menos mal.

- ¿Le falta mucho al depósito para acabarse?

- Aún aguantará unos cien kilómetros más.

- Pues no pares aún, Iwan. No pares aún. Vamos a alejarnos de aquí lo máximo posible.

El enorme edificio que albergaba la sede de la policía secreta soviética se alzaba, imponente, sobre la Plaza Lubianka de Moscú. Mientras se acercaba a él con paso rápido y decidido, Aleksei recordó el modo en que le impresionó aquella vista la primera vez que acudió allí, tantos años atrás, cuando acababa de empezar su carrera en las fuerzas de seguridad. Era un recuerdo que le hacía sonreír, como le puede pasar a cualquiera que rememore la ingenuidad típica de su juventud. La grandiosidad de aquella estructura era como una alegoría de lo que albergaba en su interior. Como si el propio edificio avisara al transeúnte de que lo que había allí dentro, las oficinas de la KGB, era tan imponente como lo que se veía por fuera, si no más. Aleksei, sin embargo, no se sentía intimidado por ese tipo de cosas. Tenía ya cerca de cincuenta años y hacía mucho que trabajaba allí. Casi veinticinco de ellos, la mitad de su vida. De hecho, había ascendido en el escalafón en varias ocasiones y, a aquellas alturas, ya ostentaba el cargo de mayor. Su dedicación era absoluta y el trabajo lo era todo para él. Todo. Aquel hombre vivía solo, no tenía familia, ni amigos ni ningún tipo de afición a la que dedicar su tiempo cuando sus obligaciones terminaban. Toda su existencia giraba en torno a su labor policial y a esas otras actividades clandestinas que tanto beneficio le reportaban. Pero hasta estas últimas se sostenían sobre la privilegiada posición que ocupaba gracias a su cargo. Pasaba mucho más tiempo en aquel edificio que en su propia casa y estaba tan acostumbrado a hacer el recorrido que le llevaba al mismo que apenas se fijaba en su forma o en lo que pudiera imponer o no a cualquier persona ajena a lo que se cocía en su interior. Se limitaba a caminar deprisa, con la vista al frente y la mente perdida en la infinidad de asuntos que solía tener siempre entre manos.

Aquel día, en concreto, era justamente así, incluso con mayor intensidad que de cotidiano. Tras la muerte del Primer Secretario, Yuri Andropov, apenas unos días atrás, todas las unidades de la policía y buena parte del ejército estaban movilizadas para mantener el orden en el país durante esos días en los que, de alguna manera, había una especie de vacío de poder. En realidad, no era tanto así, ya que las estructuras del estado eran lo bastante sólidas como para que todo funcionara como de costumbre en tanto en cuanto el nuevo líder ocupaba su nuevo despacho. Y mucho más cuando hasta eso se había producido ya. Sin embargo, no dejaba de ser un momento complicado, al menos hasta que el cambio se consolidase de un modo definitivo, algo que Aleksei entendía a la perfección, a pesar de que le suponía un trabajo extra que añadir al mucho que normalmente llevaba adelante. Oficial y clandestinamente.

La sala en la que trabajaban los miembros de su departamento se encontraba completamente vacía, ya que estaban casi todos movilizados, vigilando la zona de la ciudad a la que fueron destinados. Además, era mediodía y los pocos que se habían quedado de retén estarían almorzando. Solo Raisa, su secretaria, se encontraba allí y se

levantó de su asiento para ir a su encuentro en cuanto le vio.

- Hay un montón de mensajes que tengo que entregarle, mayor Petrovski-. Le dijo de modo apresurado-. El teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana.

- Lo suponía, por eso me he venido. No puedo quedarme a ver cómo pasea la gente por las calles y dejar de lado todo el trabajo pendiente. Lo tiene todo anotado, supongo.

- Sí, señor-. Contestó la secretaria, entregándole un fajo de papeles-. Aquí está todo.

- Muy bien, gracias, Raisa. Lo veré tranquilamente en el despacho. Acaba lo que estés haciendo y luego puedes irte a comer. Ya me encargo yo.

Una vez sentado en su escritorio, sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo pasó por la frente para secarse el sudor. Era un problema que le había acompañado durante toda su vida: sudaba mucho. Una barbaridad. Daba igual que fuera invierno o verano o que hiciera frío o calor, en cuanto caminaba un poco o la calefacción caldeaba el ambiente, él comenzaba a sudar. También le ocurría cuando se alteraba o se ponía nervioso. En otra época, cuando era más joven, se empeñó en buscar soluciones a tal problema, llegando a consultar a algún que otro médico, pero en vista de que nada de lo que intentaba tenía éxito, acabó por aburrirse y aceptar su circunstancia. Sabía que debería adelgazar un poco, ya que, aunque no era un hombre obeso, sí que tenía varios kilos de más. Y también pelarse, puesto que la abundancia de cabello en la cabeza aumentaba la sudoración. Sin embargo, ya no se preocupaba de su grueso aspecto ni de que su cabellera negra tuviera siempre un aspecto sucio y desaliñado por culpa del sudor. Había aprendido a centrarse en lo que de verdad le importaba y todo lo demás lo tenía completamente olvidado. No le importaba nada.

La mayoría de los mensajes que Raisa le había entregado trataba de cosas que no tenían demasiada importancia: asuntos del día a día sin mayor trascendencia. Pero dos de ellos sí que llamaron su atención. Leyó detenidamente el papel en el que se describía el primero. Era un mensaje en clave de la organización y debía atenderlo antes que ningún otro. Entendía que los miembros de los grupos clandestinos arriesgaban sus vidas en la calle mientras él se limitaba a organizar cómodamente los trabajos desde su privilegiada posición, y eso hacía a aquellas personas merecedoras de respeto y atención. Si le llamaban, era porque tenían un problema que él podía solucionar. Y había mucho dinero en juego como para no hacerles el caso que requerían.

El mensaje en cuestión era de Oleg, a quien llamó por teléfono para que le contara lo que sucedía. Y lo que sucedía no eran buenas noticias. Para nada.

- Como sabes, el grupo de los Ciesielski escondía el dinero en el refugio de mi carpintería-. Relataba-. En concreto, en dos lugares diferentes. En uno de ellos, se guardaba una cantidad suficiente para los gastos corrientes. En el otro, el grueso. Lo importante. Pues bien, el dinero de los gastos corrientes está, pero el otro...

- El otro, ¿qué?— Le apremió Aleksei.

- Del otro no hay ni rastro.

Aleksei se quedó callado unos segundos, tratando de procesar la información. No podía ser. No podían haber montado todo un operativo para sacar a dos personas del Bloque Soviético, con lo costoso que era algo así, a cambio solo de calderilla. Tenía que haber alguna explicación para ello.

- Pero tú mismo me dijiste que Rodion estuvo allí el otro día para dejar el dinero. ¿Cómo es posible?

- Efectivamente. El otro día, Rodion hizo exactamente lo mismo que hacía siempre que venía a dejar el dinero cuando lo cobraban y antes de repartirlo. Me llamó por teléfono para quedar conmigo a una hora en la que no me pusiera en un compromiso, bajó un momento al sótano, se supone que a dejar el dinero, luego subió y fuimos a tomar algo y charlar. Como de costumbre. Somos amigos desde hace tiempo, ya lo sabes. O éramos, porque aquella fue la última vez que le vi. Di por hecho que dejó el dinero allí, y el propio Iwan reconoció ayer que sí, que habían cobrado el botín, pero que aún no lo habían repartido.

Aleksei escuchó en silencio la explicación de Oleg y en silencio se mantuvo durante unos segundos, una vez el otro acabó, para a continuación decir algo.

- Tengo entendido que, aparte de ti, solo Gert y Rodion tenían la llave de la caja y, por tanto, solo ellos podían acceder a su contenido—. Observó, lacónicamente, intentando por todos los medios mantener la calma.

- Así es. Y la caja estaba intacta. No había sido forzada, pero en su interior no hay nada. Y yo no me he quedado con el dinero, eso te lo puedo asegurar.

- No me cabe duda de ello—. Aseguró Aleksei, convencido—. ¿Y es posible que alguno de estos dos chicos, Iwan o Svetlana, tuvieran la llave de la caja?

Esta vez fue Oleg quien se quedó en silencio por unos instantes. No tenía ni idea de qué responder a esa pregunta, pero la propia duda era una respuesta.

- No lo sé, pero es evidente que se trata de una posibilidad—. Admitió finalmente.

Aleksei suspiró, se pasó una mano por la cara, aporreó con los dedos sobre la mesa y luego le pegó a esta un puñetazo lleno de rabia. Solo entonces volvió a decir algo.

- Muy bien, Oleg. No te preocupes. Ya me hago yo cargo.

Después de colgar, Aleksei trató de dejar la mente en blanco. Aquel asunto le enfurecía, pero, en esos momentos, no ganaba nada dejándose llevar por tal circunstancia. Observaba con inquietud el último mensaje que le quedaba por atender. Se trataba de un aviso para que devolviese una llamada que había recibido de la comisaría de Vnúkovo.

- Vnúkovo...— Murmuró, pensativo.

No era extraordinario recibir una llamada de cualquier comisaría externa. Su equipo estaba inmerso en varios casos que seguían abiertos y podía surgir alguna información referente a alguno de ellos en cualquier lugar. Lo que le inquietaba era que esa

localidad se encontraba en la ruta que estaban siguiendo Iwan, Svetlana e Ilena y consideraba que era demasiada casualidad que precisamente ese día le llamaran desde allí. Mantuvo los ojos cerrados durante unos segundos, al tiempo que respiraba profundamente, tratando así de relajarse y apartar de sí el enfurecimiento que le había provocado la noticia que le dio Oleg. Luego los abrió, para a continuación descolgar el teléfono y hacer la llamada de rigor.

Tampoco allí le dieron buenas noticias. De hecho, la llamada no provenía exactamente de la policía de aquella localidad, sino de Vadik, que se encontraba en la comisaría, la más cercana al lugar donde le habían robado el coche y en la cual había puesto la obligada denuncia. Ante las insistentes preguntas de los policías y viéndose en un callejón sin salida al no querer decir toda la verdad acerca de lo que estaba haciendo allí, insistió en hablar con su amigo, el mayor Petrovski, del edificio Lubianka. Mencionar Lubianka era mencionar a la KGB, palabras mayores para unos policías de una pequeña comisaría. De modo que lo dejaron allí, retenido, hasta poder hablar con la persona en cuestión.

Una vez dentro de una sala en la que le dejaron solo a petición del propio Aleksei, Vadik le contó lo ocurrido, para consternación y desesperación de este.

- Uno de los clientes del bar llamó a la policía por su cuenta y se presentaron allí inmediatamente—. Relataba—. No pude hacer nada. Tuve que fingir para que no descubrieran mi verdadera misión.

A Aleksei se lo llevaban los demonios. Apenas se podía creer que algo tan aparentemente sencillo se pudiera complicar tanto en tan poco tiempo.

- Vi el coche en el que iban los otros dos chicos pasar el control que la policía montó junto a la gasolinera—. Continuó Vadik—. No sé si te servirá de algo, pero debes saber que continúan su viaje. Pero de la mujer morena no sé nada. Lo lamento muchísimo.

Una vez colgó el teléfono, Aleksei se echó hacia atrás en el mullido sillón de su escritorio y trató de tranquilizarse para así poder pensar mejor. Porque tenía mucho en qué pensar. El asunto se le había ido de las manos por completo y no había tiempo que perder. Tenía que encontrar la forma de recuperar el control lo antes posible. Las cosas se habían complicado. El hecho de que el mucho dinero que esperaba obtener por aquella operación al final se iba a quedar en una minucia debía pasar a un segundo plano. Era algo que le enfurecía porque parecía evidente que el grupo de Ciesielski había cobrado el precio por esconder al hombre que finalmente detuvieron, de igual modo que a él también le habían pagado por el escondite de Ilena. Ese dinero tenía que estar en algún sitio, y no podía evitar sentirse engañado. Pero tuvo que olvidarse temporalmente de eso porque había cosas más importantes. Porque, en esos momentos, tenía a una persona que sabía demasiado de sus actividades clandestinas circulando por las carreteras rusas en un coche robado. Un coche que pertenecía a uno de sus mayores colaboradores en dichas actividades. Un coche que estaba siendo buscado por

la policía. El riesgo era importante porque todas esas circunstancias juntas podían ponerle en peligro a él mismo si se descubría lo ocurrido en realidad, más allá del simple robo.

De todos modos, no era la primera vez que se veía en un aprieto semejante y tampoco era para perder los nervios. Simplemente, debía establecer prioridades y actuar paso a paso y por orden. Por la posición que ocupaba, tenía multitud de medios, tanto legales como clandestinos, para hacer frente a la situación y bastaba con saber elegir bien cuáles utilizar.

De entrada, decidió que la prioridad principal era dar con Ilena. Ese era el mayor peligro para él en esos momentos. Porque Iwan y Svetlana seguían con su viaje tal cual estaba planeado. Le hubiera gustado que Vadik les estuviese siguiendo, pero el hecho de que eso ya no fuese posible no estropeaba nada. No se trataba de un problema en ese preciso instante. En lo referente a ese asunto, todo estaba controlado, ya que aquella misma noche volvería a saber de ellos en cuanto llegaran al refugio que él mismo les había preparado y fueran recibidos por las personas que lo regentaban. Ya decidiría qué hacer respecto al hecho de que era más que probable que se hubieran llevado el dinero con el que esperaba quedarse, pero eso pasaba a ser algo secundario y quedaba pendiente para más adelante. Para cuando hubiese arreglado lo más urgente.

Respecto a Ilena, la primera idea que tuvo fue averiguar quiénes se estaban haciendo cargo de la búsqueda del coche robado, contactar con ellos y, haciendo uso de los poderes de su posición, ordenarles que le mantuvieran informado porque esa persona estaba involucrada en un caso que estaba investigando. Eso no solucionaría nada de momento, pero le devolvería el control de la situación. O parte del mismo. Tenía que saber dónde estaba. Tenía que encontrarla, detenerla y hacerse cargo de ella. Tenía que evitar que hablara más de la cuenta. Que la obligaran a ello, por la razón que fuera, o que lo hiciera por propia voluntad. Tenía que eliminar ese riesgo y lo tenía que hacer lo antes posible.

El teléfono sonó cuando estaba a punto de volver a cogerlo para llamar de nuevo a la comisaría de Vnúkovo, donde seguramente le dirían quién llevaba la búsqueda del coche robado.

- Tiene una llamada de una comisaría de Briansk-. Le informó Raisa al otro lado de la línea.

Aleksei se sobresaltó. Briansk. Esa ciudad también estaba en la ruta, pero mucho más adelante que Vnúkovo. “Hay días en los que todo sale mal”, pensó, temiéndose nuevas malas noticias, como no podía ser de otra manera.

Le llamaba directamente el comisario, bastante nervioso y hasta enfadado con la situación por la que estaba pasando.

- Hemos detenido a una persona que ha robado un coche-. Le contaba-. Le aseguro que no le molestaría si no intuyera que puede ser algo importante. Se trata de una mujer joven que dice llamarse Ilena, que asegura que tiene información relevante sobre una

tentativa de atentado en Moscú y que quiere hablar expresamente con usted: con el mayor Aleksander Petrovski, de la policía secreta. Dice que usted sabrá perfectamente de lo que hablo, aunque yo no tenga ni idea. Si le digo la verdad, he llamado para asegurarme de que esa persona existe, antes de considerar una tontería todo lo que esta mujer nos está diciendo. Y ahora que hablo con usted, me alegro de haber hecho esta llamada porque mi último deseo es entorpecer una posible investigación sobre este asunto.

Aleksei escuchó atentamente las explicaciones de aquel hombre, aunque se quedó solo con la información básica y relevante: que Ilena estaba detenida en una comisaría y que le estaban llamando desde allí. No pudo evitar sonreír. “Al final, no eran tan malas noticias”, pensó. Aparte de ese dato, todo lo demás le importaba un comino. Le bastaba con saber que su objetivo estaba localizado y retenido y que él se encontraba en disposición de tomar por completo el control de la situación.

- Le agradezco mucho su llamada, comisario-. Le respondió amablemente-. Le aseguro que se trata de una noticia estupenda. Pero ahora necesito que me haga un favor.

- Por supuesto, mayor-. Se apresuró a contestar el policía-. ¿De qué se trata?

- Métnala en un calabozo y vigílenla de cerca. No hablen con ella. No hagan caso de lo que les diga. Simplemente, enciérrenla y que no se mueva de allí. Le volveré a llamar en unos minutos para decirle qué vamos a hacer.

Aleksei volvió a echarse hacia atrás para recostarse contra el sillón de su escritorio. Seguía sonriendo, aunque, de pronto, un pensamiento hizo que esa sonrisa desapareciera por completo de su semblante. “¿De qué conoce esa puta mi verdadero nombre y el cargo que ocupo?”, se preguntó, aunque al momento comprendió que, aunque fuera enviada por parte de Czerwiek, este no era más que otro intermediario en la cadena. En verdad, no sabía con seguridad de dónde venía aquella mujer ni quién había organizado la misión que tenía que llevar a cabo. Y, por supuesto, no tenía ni idea de la información que podía tener quien fuera que lo hubiera hecho. Por mucho que tratara de minimizarlo, ese era un riesgo ante el cual siempre estaba expuesto. Sintió cómo se le nublaba la vista y su mente se bloqueaba durante unos segundos. Era una sensación conocida. Le había pasado lo mismo infinidad de veces a lo largo de su carrera en las fuerzas de seguridad. Siempre que algún asunto se complicaba más allá de lo que había supuesto en sus planificaciones previas, le ocurría lo mismo. Y sabía cómo reaccionar. Sabía lo que tenía que hacer. Bastaba con cerrar los ojos, respirar profundamente y relajarse. Sabía que si hacía eso, el bloqueo mental desaparecería y ya podría decir que se había adaptado a la nueva situación. Y su cabeza volvería a funcionar con normalidad. Fue justo eso lo que hizo. Y fue justo eso lo que ocurrió. Apenas segundos después, ya tenía claro lo que debía hacer. Totalmente claro. Incluso, ya estaba ideando un plan para llevarlo a cabo. Pero para eso necesitaba el permiso de su superior. Tenía que ir a hablar con él, lo cual era fácil porque su despacho se

encontraba justo al otro lado del pasillo. De modo que sacó el pañuelo, se secó una vez más el sudor de la frente, se levantó del sillón y se dirigió con paso decidido hacia la puerta del despacho para salir de él. No obstante, ya con la mano en el pomo, se detuvo un momento para volver a respirar hondo. Tenía que hilar fino. Lo que tenía en mente no era algo complicado. Para nada. Pero tenía que hilar fino.

Aleksei salió de su despacho y atravesó la sala en la que trabajaba su equipo para alcanzar el pasillo. A la izquierda del mismo se encontraban los ascensores y las escaleras. A la derecha, una serie de despachos y el acceso a otros pasillos, los cuales desembocaban en otras salas, hasta completar la especie de laberinto en que consistía la distribución de cualquier planta de aquel gigantesco edificio. Aleksei, no obstante, se dirigió a una de las puertas de la derecha, a la que llamó con un par de suaves golpes, para entreabrir la a continuación y asomar la cabeza.

- Con su permiso, teniente Kushkin.

- ¡Hola, Sasha!— Exclamó este tras levantar la cabeza y comprobar de quién se trataba—. Pasa, pasa, siéntate, me alegro de verte.

- Gracias, Piotr.

El teniente Piotr Kushkin siempre llamaba a Aleksei por el diminutivo de su verdadero nombre. Llevaban muchos años trabajando juntos y su relación se acercaba bastante a lo que comúnmente se entiende como amistad, algo que, sin duda, sería de una manera muy diferente si conociera la otra parte de la doble vida que el mayor Aleksander Petrovski llevaba. A través de sus gafas de pasta negra, Piotr observaba cómo Aleksei avanzaba con decisión por el suelo enmoquetado de su despacho y tomaba asiento en una de las cómodas sillas que había delante de su escritorio. Aquella oficina nada tenía que ver con la del mayor. Ni en dimensiones ni en lujo, aunque Aleksei sabía que aquello era nada comparado con lo que había en la tercera planta, donde estaban los jefes de verdad. De todas maneras, era algo que no le importaba. Él nunca fue una persona ostentosa. Amasaba el dinero que obtenía de forma clandestina, pero no para darse unos lujos que no se podía permitir si no quería llamar la atención, ya que con su sueldo serían imposibles, sino para tener una seguridad económica y darse recurrentes caprichos que disfrutar en su intimidad. Lo suyo con el dinero era más un asunto obsesivo. De acumular por acumular. Suponía que llegaría el día en el que el sistema estallara por los aires, y él quería tener las espaldas cubiertas por si le tocaba vivirlo.

Una vez sentado, observó a su amigo Piotr y sonrió. Aquel hombre tenía su misma edad, cerca de cincuenta años, aunque aparentaba unos cuantos más, sobre todo por culpa de haber perdido el cabello casi por completo. Su mirada, habitualmente fría, se volvía cálida cuando él estaba delante. Era un hombre muy trabajador, tenaz, perspicaz y tremendamente inteligente, pero Aleksei sabía que él lo era más. Siempre había sido su superior. A medida que Kushkin ascendía en el escalafón, tiraba de Petrovski a base de recomendaciones. Sin embargo, este último sabía cómo manejarle para hacer lo que

él pensaba que había que hacer, pero de manera que el otro creyera que era idea suya. Siempre había sido así, y aquel día tenía que volver a hacerlo. En su mente tenía claros los pasos a seguir y las palabras a emplear, pero tenía que ser cauto. Tenía que hilar fino. Siempre conseguía lo que se proponía de aquel hombre, pero eso era así porque siempre actuaba con cautela y con tino.

- Adelante, Sasha. Dime. ¿Qué te trae por aquí?

- He recibido una llamada de una comisaría de Briansk—. Le explicó, entrando de lleno en el asunto. Entre ellos, las cosas eran así. No perdían tiempo en el trabajo con formalismos. Y si querían charlar de asuntos personales, se tomaban una cerveza una vez acabada su tarea—. Ha habido un incidente. Esta mañana, en un control de carretera, han detenido a una mujer que horas antes había robado un coche cerca de Vnúkovo—. Evidentemente, Aleksei narra lo acontecido como algo ajeno a él, sin contar todo lo que sabía ni su relación con los protagonistas de la historia—. Como es rutina, siguieron el procedimiento normal y la llevaron a la comisaría para tomarle declaración. Pero la mujer se negó a hablar con alguien que no fuera el mayor Aleksander Petrovski, de Lubianka. Decía tener información sobre una tentativa de atentado que se supone abortada, pero que continúa en marcha. Los policías no hicieron caso en un principio, pero ella insistió e insistió, diciéndoles que hablaran conmigo y que me dijeran simplemente una palabra con la cual lo entendería todo: Pandora.

- ¡Pandora!— Exclamó Kushkin, sobresaltado. Todo lo que Aleksei había contado era verdad, salvo lo último. Ilena mencionó su propio nombre para llamar la atención de Aleksei. No pronunció esa otra palabra. Pero el mayor sabía que, solo con decirlo, su superior se volcaría en lo que fuera que le plantease.

La operación Pandora había supuesto un verdadero quebradero de cabeza para Aleksei por algo que ya le había ocurrido en ocasiones anteriores, pero nunca en un caso tan grave y de tanta relevancia. A él y a su equipo les habían asignado la investigación de una posible tentativa de atentado que él mismo estaba apoyando con sus grupos clandestinos. Cuando se había encontrado en una situación similar en el pasado, siempre supo derivar los casos de manera que acabaran en nada, pero lo de aquel asunto superaba por completo todo lo que él había vivido con anterioridad. El atentado debía ser contra Konstantin Chernenko. Cuando se empezó a proyectar, Chernenko era el máximo candidato a suceder al anciano Andropov como máximo líder soviético, pero tenía una gran cantidad de detractores dentro del propio régimen porque él también era un hombre de avanzada edad. Desde dentro del partido, y también de las fuerzas de seguridad, se clamaba por rejuvenecer la dirigencia del estado, por aportar ideas nuevas, por cambiar la gran cantidad de cosas que era necesario cambiar si se querían adaptar a los nuevos tiempos y evitar el colapso del sistema. Mucha gente dentro del partido miraba con buenos ojos a Gorbachov, mucho más joven y con un talante bien diferente, pero todo hacía indicar que mientras Chernenko, con todo su poder e influencias, estuviera por medio, esa regeneración se antojaba

imposible.

Y alguien con capacidad para ello decidió tirar por el sendero más corto y cortar por lo sano.

Aleksei no sabía quiénes eran las cabezas pensantes que tomaron tal decisión, pero sí que no era difícil que encontraran la forma de contactar con quienes podían ejecutar sus planes. Al fin y al cabo, él no era más que otro eslabón dentro de una inmensa cadena. Aquello podía provenir desde la central de inteligencia de cualquier país poderoso de occidente, hasta de dentro del propio régimen, a la vista de la cantidad de miembros del mismo que estaban en contra de que Chernenko tomara el relevo. Pero a Aleksei eso le daba igual. Solo sabía que alguien perteneciente a la cadena, en este caso Czerwiek desde Polonia, contactó con él para que organizase el escondite de una persona, y su encuentro con otra, a cambio de una importante cantidad de dinero. A partir de ahí, otros se hacían cargo. Pero también le encargaron la investigación de un chivatazo que les llevó sobre la pista de que algo gordo se estaba gestando.

Con la repentina, aunque esperada, muerte de Andropov, todo se complicó. Las fuerzas de seguridad del estado fueron movilizadas y Aleksei no pudo mantener la farsa del doble juego por más tiempo. Tenía que acabar con ese asunto con el menor daño posible para su organización.

Las cosas comenzaron a tener visos de solución cuando detuvieron al contacto de Ilena: al hombre al que el grupo de los Ciesielski debía esconder. Con esa detención, cortaban de raíz la tentativa de atentado, es decir, cumplía su misión con éxito una vez cobrado el dinero. Y todo iba según lo planeado, pero a sus hombres se les fue la mano y armaron un estropicio considerable en la panadería, cuando lo que se pretendía era hacer un registro de trámite y asegurar que allí no se encontró nada. Aleksei lamentó mucho lo ocurrido. Por eso se mostró tan receptivo a la hora de ayudar a Iwan y Svetlana. Sentía que se lo debía. Lo que nunca pudo imaginar era que no encontraría el dinero recaudado por los Ciesielski en el lugar donde debía estar.

E Ilena era la última pata de la mesa. El contacto del hombre que fue detenido. Aleksei no sabía exactamente para qué tenían que contactar, aunque tampoco le importaba. Solo sabía que con esa detención y el lamentable suceso de la panadería, el caso estaba cerrado. Y el asunto se olvidaría en cuanto sacara de escena a Iwan, Svetlana e Ilena. Sin embargo, aquella mañana, todo se había complicado hasta extremos que nunca pudo imaginar. Y ahora tenía la oportunidad de zanjarlo de una vez. De acabar con ello. A Ilena la tenía detenida en una comisaría de Briansk. A los otros dos, camino de un refugio que él mismo había organizado. Y sabía lo que tenía que hacer tanto con una como con los otros.

- He hablado con la mujer por teléfono-. Mintió Aleksei, continuando con su relato ante el teniente Kushkin-. Se trata de la persona que tenía que contactar con el hombre que detuvimos. Es evidente que robó el coche en su huida y también que, una vez atrapada, quiere negociar con la información que tiene.

Kushkin se había levantado de su asiento y en ese momento miraba por el ventanal, de espaldas a Aleksei. Meditó durante unos segundos y entonces se dio la vuelta. Su mirada había vuelto a la frialdad de costumbre.

- Negociar...- Murmuró, mirando fijamente a su subordinado-. Hay que sacarle toda la información que tenga y acabar con ella. Sin contemplaciones. Hay que zanjar este asunto de una vez-. Aleksei se mantuvo serio, aunque sonreía para sus adentros. Era justo lo que imaginaba que iba a decir y lo que él pensaba que había que hacer. Lo que más le convenía-. Encárgate tú personalmente. Desplázate a Briansk de inmediato, lo más rápido posible. Daré la orden para que te lleven en helicóptero esta misma tarde. No quiero fallos, no quiero ningún tipo de complicación. Ningún cabo suelto. Esto tiene que acabar y tú eres la persona en quien más confío. Actúa con discreción. Haz lo que tengas que hacer, que yo te cubro. Terminemos con esto de una vez y pasemos a otra cosa.

Aleksei volvió a su despacho completamente satisfecho. Lo había vuelto a hacer. Su jefe le había ordenado que hiciera lo que él mismo había decidido un rato antes. Pero se lo había ordenado él. La idea era de él. Podía actuar como quisiera, con las espaldas cubiertas. Una vez sentado de nuevo en su escritorio, respiró hondo y se regaló un par de minutos para pensar y relajarse. Después de eso, descolgó el teléfono para llamar a la comisaría de Briansk e informarles de que se trasladaba hacia allá inmediatamente para hacerse cargo de la situación. Luego, se levantó y se dirigió al armario donde guardaba la documentación de los casos archivados y no prescritos. Allí también tenía una pequeña maleta con una muda completa, ropa limpia y un neceser. Era bastante común que tuviera que hacer lo mismo que ese día: desplazarse con urgencia a algún lugar. Y le gustaba estar preparado para cualquier eventualidad. Cogió la maleta y la puso encima de su mesa. Luego, sacó una gruesa carpeta de un cajón. Allí tenía todos los documentos relacionados con el caso Pandora. La abrió y echó un vistazo rápido a los papeles que contenía. Luego, la cerró y la metió en la maleta. En un cajón de su escritorio tenía guardada su Makarov. La cogió, comprobó que estaba cargada de balas, la vació y la introdujo también. Las balas las guardó en el bolsillo de su chaqueta. Y, finalmente, del mismo cajón, sacó una cajita de madera que posó sobre la mesa. La abrió y contempló su contenido. Una jeringuilla de grandes dimensiones y un bote de cristal con tapón de goma y un líquido blanco en su interior. Sacó la jeringuilla y la observó, sonriendo. Luego, la volvió a introducir en su sitio, cerró la caja y la incluyó en su equipaje. En ese momento, sonó el teléfono.

- El helicóptero está listo, mayor Petrovski. Le esperan en la azotea del edificio.

- Gracias, Raisa. Voy para allá.

Aleksei cerró la maleta, agarró la chaqueta que tenía colocada en el respaldo de la silla y se la puso. Luego, cogió la maleta y se dispuso para marcharse. Pero antes, dejó la maleta en el suelo y echó mano del teléfono. Tenía que hacer una última llamada.

Hacía ya bastante tiempo que Igor tenía en la cabeza la idea de abandonarlo todo y cambiar de vida. Y aquella tarde, una vez colgó el teléfono, esa idea comenzó a convertirse en una necesidad imperiosa. Unos meses atrás, un hermano de Marja, su mujer, les había ofrecido una salida a la situación en la que se encontraban, proponiéndoles trabajar en su granja, ya que necesitaba ayuda y prefería pedírsela a ellos antes que tener que recurrir a cualquier otro. La idea era muy atractiva y requeriría de un traslado de residencia, pero ya no eran unos jóvenes con la mente abierta a ese tipo de cambios y les estaba costando mucho tomar la decisión, aun a sabiendas de que les convenía, y mucho.

Igor y Marja Pesec regentaban una pensión en las inmediaciones de Kiev, pero ya no les iba tan bien como en otra época. De hecho, no les daba para subsistir y tenían que buscar el dinero que les faltaba para ello en otro tipo de actividades. Actividades clandestinas. Ofrecían las habitaciones que no eran capaces de ocupar de manera legal a una organización que movía personas por el país y que necesitaba refugiarlas cada tanto en lugares seguros. El asunto era sencillo. Ellos, bajo la tapadera de su negocio legal, acogían a individuos como si fueran clientes y cobraban de la organización una vez se hubieran marchado. No tenían por qué saber nada de esos individuos. De hecho, era mucho mejor para todos que fuera así. Si el individuo en cuestión era cazado por la policía, ellos no tenían por qué ser sospechosos. Nadie tenía por qué culparles de nada. Tenían una pensión, pero no la obligación de saber si sus clientes eran delincuentes o no. Y esas personas anónimas que les enviaba la organización se habían convertido, prácticamente, en sus únicos clientes. Dependían de ellos, de ella, para sobrevivir, y sabían que eso no era vida. Que así no podían continuar. Que, tarde o temprano, algo saldría mal y ellos también lo pagarían.

La llamada que Igor acababa de recibir de Aleksei podía ser la antesala de algo así y su capacidad de resistencia al miedo estaba a punto de superar el límite.

El día anterior, el propio Aleksei se había puesto en contacto con ellos para encargarles una misión. Debían acoger a tres personas, una pareja y una mujer que les acompañaba, durante una noche. A la pareja tenía darles instrucciones para que se desplazaran al día siguiente a un lugar cercano a la frontera con Checoslovaquia. Y a la tercera persona, llevarla a una dirección en Kiev que le fue indicada. Eso era todo. Algo rápido, sencillo y beneficioso.

- Los dos primeros son una pareja joven—. Les había dicho—. Un chico de pelo negro y una chica rubia. Buenas personas, no son delincuentes ni nada por el estilo. Es más, les tengo aprecio y les debo un favor. Sabéis que no suelo decir nada de las personas

que os pido que acojáis, pero este caso es casi personal. No tanto, pero casi.

Sin embargo, esa misma tarde, les había vuelto a llamar. Y la versión había cambiado por completo. Pero por completo. De hecho, les había exigido, con un autoritarismo que rayaba lo insultante, que le avisaran cuando la pareja llegase porque iba a mandar a una patrulla para detenerles. Y les dio el número de teléfono de un hotel en el que iba a pasar alojado esa noche. Respecto a la otra mujer, les informó que ya no tendrían que hacerse cargo de ella. Que la olvidaran porque ya no formaba parte de la misión y que no aparecería por su casa. El desconcierto de Igor era evidente y no pudo evitar demandar más información.

- ¡Eso no es asunto tuyo!- Le espetó Aleksei de muy mala manera-. Límitate a hacer lo que se te dice y cobrarás por ello.

Pero Igor, bastante harto de todo, insistió de la manera que lo hacen los que tienen poco que perder porque están decididos a abandonar.

- Esto no es normal-. Le dijo, poniéndose serio-. Pides que meta en mi casa a gente peligrosa y me dices que vas a mandar a la policía. Nunca hemos hablado de algo así. Nunca ha tenido que venir aquí la policía y no me gusta nada. Creo que merezco más explicaciones.

Igor escuchó cómo, detrás de la línea, Aleksei respiraba profundamente durante unos segundos, para luego contestarle ya con más calma.

- De acuerdo. Se trata de un activista polaco que trabajó para nuestra organización durante años en su país y que desde hace un tiempo lo hace desde Moscú, de donde es la mujer que viaja con él. Hasta ahora, han colaborado con nosotros, pero nos han traicionado y son peligrosos. Es muy sencillo, Igor. La misión original se ha abortado. De modo que, cuando lleguen esta noche, me llamas. Da igual la hora que sea. Me llamas. Y en veinte minutos, una patrulla se presentará ahí, les detendrá y se acabó. Vosotros pasaréis por informadores y, aparte de lo que os pague la organización, posiblemente obtengáis hasta una recompensa oficial. Es todo.

Y, en efecto, parecía algo sencillo y hasta lucrativo. Pero Igor tenía miedo y no se fiaba. Ni de la situación ni de Aleksei. Este les debía dinero, nunca les había tratado con el respeto que él consideraba que se merecían y, para colmo, más de una vez les había amenazado con enviarles a la policía y detenerles si no se avenían a sus exigencias. ¿Por qué no les había podido pasar algo parecido a esa pareja, que el día anterior eran adorables y un asunto personal de Aleksei y esa tarde unos delincuentes, traidores y peligrosos? Igor sabía que Aleksei era perfectamente capaz de utilizarles para llevar a cabo alguno de sus maquiavélicos planes, cuyo único objetivo era salvarse a él mismo de algún embrollo en el que se hubiera metido por mor de la doble vida que llevaba. No estaba dispuesto a colaborar en semejantes asuntos, y mucho menos a condenar a unas personas que no sabía si eran culpables de algo o no. Su conciencia no se lo permitía y no quería vivir con esa carga. Pero, sobre todo, no estaba dispuesto a que la policía hiciera acto de presencia en su casa. Le aterrorizaba

la idea, por mucho que aquellos chicos fueran unos delincuentes. Al fin y al cabo, todas las personas que habían acogido hasta entonces lo eran. Ellos mismos lo eran, ya que llevaban a cabo actividades que eran delito.

- ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? No, no estás bien. ¿Qué pasa? Cuéntame.

Marja, su esposa, acababa de entrar en la habitación donde tenían el teléfono y donde él se encontraba, serio y meditabundo. Como siempre, le arrolló a preguntas. Ella era así, de mucho hablar y hacerlo rápidamente y de forma precipitada.

Igor le explicó con detalle lo que le acababa de ocurrir. La conversación que había mantenido con Aleksei y las ideas confusas que rondaban por su cabeza.

- No sé qué hacer-. Le reconoció-. Ya estoy muy harto, ¿sabes? Muy harto.

Marja se quedó de pie en mitad de la estancia, con una mano tapándose la boca en claro gesto de estar pensando en algo. Negaba con la cabeza y miraba al suelo. Y así se mantuvo durante unos segundos en los que imperó el silencio, para a continuación levantar el mentón y dirigirse a su marido.

- Yo no quiero a la policía en casa, Igor-. Le dijo con convicción-. Nosotros nos dedicamos a algo que es ilegal y no quiero que ni siquiera sepan que existimos.

- Pero ¿y si son peligrosos de verdad?-. Señaló Igor, haciendo como de abogado del diablo-. ¿Y si Aleksei dice la verdad? Si vienen aquí a ocultarse, es porque ellos tampoco están haciendo cosas legales.

- Pues habrá que conocerles antes de tomar una decisión, ¿no te parece?

- Yo también había pensado en eso.

- ¿No te había dicho Aleksei el día anterior que eran una pareja encantadora?

- “Buenas personas”, dijo exactamente. Y que les tenía aprecio personal.

- Esto huele mal, tienes toda la razón.

- Huele fatal. Y había pensado en algo, a ver qué te parece. Aleksei me dijo que el hombre es polaco y que trabajó para grupos clandestinos en su país. O sea, que debe conocer allí a gente. Por tanto, podríamos avisar a los Widelka y enviárselos a ellos, a la frontera con Polonia, en vez de a la checoslovaca como estaba previsto.

- A los Widelka...- Murmuró Marja.

- Sí. Les advertiríamos que no dijeran nada a nadie de que les han ayudado, al menos antes de que se marchen. Por su seguridad. Ni siquiera a Aleksei. Somos amigos y confiarán en nosotros. Y a la pareja les podríamos decir, simplemente, que hay cambio de planes, que la ruta original está comprometida y que hay que hacer las cosas de otra manera. Como si la orden viniera de arriba. Nos los quitamos de en medio, evitamos la visita de la policía y ganamos tiempo para desaparecer nosotros. Si les enviamos a un lugar diferente al que está previsto, para cuando quieran descubrir dónde se encuentran, nosotros ya estaremos muy lejos.

- No me parece mala idea.

- ¿Verdad que no?

- Pero antes de nada debemos verles y luego decidir.

- Por supuesto. Antes debemos verles. Y si decidimos hacerlo así, a Aleksei le diremos, simplemente, que aquí no se presentó nadie.
- Me parece bien-. Concluyó Marja, satisfecha-. Les vemos, decidimos y si las cosas son como pensamos, los mandamos con los Widelka.
- Y nos libramos de la visita de la policía.
- Y en cuanto esto acabe, nos vamos de aquí. Nos vamos con mi hermano.
- Sí, Marja. No te quepa duda. En cuanto esto acabe, nos vamos con tu hermano y desaparecemos.

Habían transcurrido dos horas desde que pasaron el control de carretera cuando Iwan y Svetlana atravesaron la teórica frontera con Ucrania. Y una hora más tarde, dejaron atrás la salida de la ciudad de Krolevets, otro de los puntos de referencia que tenían marcados en su ruta. A las cinco de la tarde, tuvieron que parar de nuevo para repostar y, de paso, estirar un poco las piernas. Lo hicieron cerca de Nizhyn, una ciudad que también venía indicada en los papeles que tuvieron que memorizar antes de salir y desde la que aún les faltarían alrededor de dos horas y media para llegar a su destino. A aquellas alturas, no sabían si esa cantidad de tiempo les parecía poca, para las ocho horas que llevaban ya, o una barbaridad, precisamente por eso: porque suponía un esfuerzo a acumular al que ya llevaban realizado.

El estado de alerta en el que se encontraban las fuerzas de seguridad del país hacia previsible que se encontraran con más controles en la carretera y, efectivamente, se toparon con otro cuando ya era casi de noche. Quizás por eso, lo pasaron con mucha más facilidad de lo que hubieran imaginado. Estaba situado justo antes del lugar en el que la carretera se bifurcaba y obligaba a los viajeros a elegir entre dirigirse hacia el norte, hacia la ciudad de Chernígov, o hacia el sur: hacia la capital, Kiev. Y era evidente que los policías que lo estaban llevando a cabo no veían el momento de irse a sus casas, sin duda cansados por tantas horas trabajando y pelados de frío. Porque el frío al raso a aquellas horas era ya bastante intenso. Por tanto, a pesar de pararles y preguntarles lo propio en ese tipo de circunstancias, apenas les prestaron atención y no les entretuvieron demasiado. Iwan continuó con el argumentario que utilizó unas horas antes, nuevamente haciendo hincapié en sus antepasados militares en Polonia. En esta ocasión, el policía, un señor orondo y ya con una edad, llegó a preguntarle incluso por el apellido de su abuelo materno.

- Nigmatulin.
- No me suena-. Le dijo el agente, ante lo que Iwan hizo una mueca. “¿De qué le va a sonar a este desgraciado el apellido de mi abuelo?” pensó, escondiendo una sonrisa

burlona—. Debe hacer ya tiempo que murió—. Continuó aquel sin hacer caso del gesto del chico.

- Sí, bastante. Unos quince años.

Estaban apenas a cien kilómetros de Kiev y consideraban que ya sería difícil encontrarse con otro control, toda vez que el lugar más probable donde podrían hacerlo sería en alguna de las entradas de la ciudad, y su trayecto terminaba antes porque su destino estaba en las inmediaciones, no en el interior de la misma. Por tanto, no era muy aventurado pensar que lo peor había pasado. Al menos en lo que a aquel día se refería. El coche estaba aguantando bien. Aún le quedaría que soportar otra jornada completa de viaje, pero no había razón para pensar que no lo pudiera conseguir. Esos pensamientos relajaron un poco el ánimo de Iwan, al que, aparte de todo lo que tenía encima, le comía la preocupación porque era consciente de que Svetlana lo estaba pasando especialmente mal. En la mirada de la chica se apreciaba claramente el miedo que estaba pasando y el hecho de no haber abierto prácticamente la boca en todo el viaje era muestra clara de la terrible inquietud que le dominaba. En esos largos ratos de silencio, llegó a pensar que quizás era un insensato y que igual se estaba tomando demasiado a la ligera la magnitud de la aventura en la que se habían embarcado. Fue como si, de repente, cayera en la cuenta de hasta qué punto aquello era de temerarios y de que sus vidas corrían serio peligro. Estaban tratando de abandonar clandestinamente la Unión Soviética, no sabían si lo conseguirían y, caso de hacerlo, no sabían cómo iban a sobrevivir después. El vértigo entró de lleno en su mente y, de nuevo, la inquietud volvió a apoderarse de él, porque, además, en todo aquello, estaba involucrada también la única persona que le importaba en el mundo. Por un instante, le entró un pánico atroz, pero, en ese momento de ceguera mental, surgió la dulce voz de Svetlana para, paradójicamente, sacarle de ese estado.

- Iwan, ya me encuentro mucho mejor—. Le aseguró, mostrándole una sonrisa—. Estoy mucho más tranquila y quería que lo supieras. Perdona por no haberte hablado apenas en todo el tiempo del viaje. A partir de ahora, todo va a cambiar en ese sentido. Te lo prometo. O, al menos, voy a poner todo de mi parte para que sea así—. Iwan se quedó sin palabras por un momento, pero rápidamente reaccionó.

- Me alegro mucho—. Le dijo, devolviéndole el gesto—. Ya nos queda poco para llegar a la primera parada de la ruta. Allí descansaremos y mañana lo veremos todo mucho más claro.

Las palabras de Svetlana le hicieron recuperar la tranquilidad y no pudo evitar sentirse un poco estúpido por dejarse vencer por el miedo, aunque solo fuera por unos instantes. Estar junto a ella le hacía sentir bien. Y saber que se encontraba mejor era magnífico.

Era noche cerrada cuando dejaron atrás la última localidad que tenían que atravesar antes de tomar el desvío para acceder a la carretera que les llevaría a su destino final. A partir de ahí, tenían que estar muy atentos. Habían hecho el viaje más rápido de lo

que esperaban. Sabían que quedaba ya muy poco para llegar, si no se perdían. Tenían que dejar pasar dos desvíos más a la derecha, coger el tercero y, tras atravesar la primera población que encontrasen, coger el segundo camino que salía de nuevo a la derecha. Un kilómetro más allá, estaba la casa adonde se dirigían. Vieron el primer desvío sin problemas. También el segundo. A partir de ahí, recorrieron varios kilómetros sin ver ningún desvío más. Los carteles en la carretera empezaban a anunciar la inminencia de Kiev, pero el tercer desvío se resistía a aparecer. Y cuando creían que se lo habían pasado sin darse cuenta y le echaban la culpa a la oscuridad de la noche y a que apenas había iluminación en la vía, se lo encontraron de golpe y casi se lo pasan. Iwan tuvo que frenar casi en seco y consiguió cogerlo. La oscuridad era casi absoluta. La noche no era como la anterior. El cielo se había nublado y no se veía la luna. Solo tenían la referencia que les daba la luz del coche. Avanzaron despacio por aquella carretera secundaria llena de baches y piedras. Tenían que evitar a toda costa dañar el vehículo. Al fondo, veían unas débiles luces que suponían que pertenecían a la localidad que debían atravesar. Poco a poco, fueron acercándose al pueblo hasta por fin llegar a él. La carretera lo atravesaba por medio y había edificios a ambos lados de la calzada. Como era de esperar, no se veía a nadie fuera de casa. Atravesaron la población y nuevamente se hizo la oscuridad más completa. Svetlana pegaba la cabeza a la ventanilla para no dejar de ver el primer camino a la derecha que tenían que dejar de lado. Lo vio sin problemas. La carretera en aquel tramo era completamente recta y con las luces del coche se apercibía suficientemente todo. Cuando divisaron el segundo camino y lo tomaron, sintieron una enorme alegría. Aquello sí que era el final del trayecto. Pero, de pronto, un sobresalto hizo que les diera un vuelco al corazón. Un hombre apareció como de la nada, en medio de la vía, y les hizo señales para que pararan. Así lo hicieron. El hombre abrió la puerta de atrás y subió al coche. Tenía una pistola y puso el cañón sobre el lateral de la cabeza de Iwan.

- Avanza y no digas nada-. Iwan estaba aterrorizado en esos momentos. Era la segunda vez que se encontraba en la misma tesitura aquel día, pero en esa ocasión no conocía a quien le estaba encañonando ni por qué. Condujo el coche muy despacio, sin ser capaz de abrir la boca, pero, de repente, entró en acción Svetlana, que se giró de súbito en el asiento, golpeó con el puño sobre la cara del sorprendido intruso y le arrebató la pistola, apuntándole de seguido a la cabeza.

- ¿Quién eres? ¿Qué quieres?-. Le gritaba la chica. Iwan no daba crédito a lo que veía. Sabía que su compañera de viaje siempre había sido muy resuelta cuando tenía que llevar a cabo acciones para el grupo, pero nunca la había visto hacer algo como aquello.

- ¡Tranquila!-. Dijo, aterrorizado, el intruso-. ¡Tranquila por favor! Soy... soy Pesec... Igor Pesec, vuestro contacto-. Svetlana no dejó de apuntarle con la pistola, mirándole fijamente a los ojos. Iwan detuvo el coche y se dio la vuelta.

- ¿Pero estás loco? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué nos asaltas así? ¿Se supone que

somos amigos!

- ¡Tranquilo! Por favor. Lo siento. No nos podemos fiar de nadie, y hoy menos que nunca. Nos han llamado de arriba. La ruta está comprometida y ha habido cambio de planes. Si, ya de por sí, cuando menos te lo esperas, alguien te puede traicionar o meter en un problema, imaginad en un día como hoy, dada la situación. Y eso te puede costar la vida. Por favor, tratad de entenderme—. Iwan se llevó las manos a la cabeza y resopló. Luego miró a Svetlana, que permanecía inmóvil.

- Baja el arma, Sveta—. Ella le miró y pareció como si acabara de salir de un trance. Bajó la pistola y se la entregó.

- Lo siento Igor. No sabíamos que había problemas ni cambio de planes. Llevamos doce horas de viaje, hemos pasado cuatro controles y... ¡joder! Nosotros nunca recibíamos a nuestros contactos con una pistola en la nuca. Aunque hubieran surgido problemas inesperados—. Iwan volvió a resoplar, intentando recuperar por completo la calma—. Gracias, de todos modos, por acogernos. Muchas gracias—. Igor miró a Svetlana sorprendido y sonrió.

- No parece que necesitéis demasiada ayuda viajando con ella—. Nadie dijo nada e Igor se sintió un poco ridículo—. Es broma. Avanza, ya casi estamos en casa.

La residencia de los Pesec era una gran casa de piedra que en otros años debió ser lujosa, pero que en aquellos días aparecía vieja y desvencijada. Se encontraba en medio de un pequeño bosque, medio oculta entre los árboles. Una verja de madera de aspecto frágil rodeaba la propiedad. En el interior de la misma también había árboles, la casa y, detrás, un pajar donde aparcaron el coche. La oscuridad lo seguía invadiendo todo. Igor, provisto de una linterna, les guió e invitó a entrar. Por dentro, la vivienda tenía un aspecto totalmente distinto al exterior. Sin grandes lujos, la tenían perfectamente ordenada, limpia y decorada. Nada más cruzar la puerta de entrada, se accedía directamente al salón, presidido por una enorme chimenea que estaba encendida. La diferencia de temperatura era ostensible respecto al exterior, y eso se agradecía sobremanera. Alrededor de la chimenea, tenían dispuestos dos sillones y un sofá, todo muy viejo, pero bien cuidado. Detrás del sofá, había una gruesa mesa de madera y seis sillas. Una alacena en la parte izquierda de la estancia completaba el mobiliario, sin tener en cuenta varias fotos enmarcadas, se suponía que de familiares. Gracias a la luz, pudieron ver claramente el aspecto de Igor. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, alto, moreno, de pelo corto y rizado. De grandes mejillas y pequeños ojos, su cara se antojaba extraña: peculiar al menos. Tenía aspecto de bonachón. Se le notaba nervioso y tenso, aunque eso no era extraño después del mal trago por el que había pasado en el coche. De detrás de la puerta de lo que se suponía la cocina, apareció una señora de edad indefinida, vestida con pantalones y camiseta y con un delantal colgándole del cuello. Tuvo que ser muy guapa de más joven, pero tenía el rostro algo deteriorado ya. Llevaba el pelo rubio totalmente recogido, lo que hacía que resaltaran unos grandes ojos verdes muy bonitos. Sonrió abiertamente y se

presentó.

- Hola, queridos, ¿cómo estáis? Imagino que muy cansados. Por favor sentaos, la cena está casi lista. Mi nombre es Marja. Marja Pesec. Soy la esposa de Igor. Dadme un beso. ¡Qué jóvenes sois! Hacéis una pareja encantadora. Dios mío, qué cara traéis. Definitivamente, estáis agotados. Sentaos, sentaos. Enseguida os traigo algo de comer.

- Muchas gracias, señora Pesec.

- Por favor, llamadme Marja. Igor ha ido a llevar vuestras cosas a la habitación. Aquí estaréis seguros. Nadie sospechará. Nosotros alquilamos habitaciones, ¿sabéis? Esta casa es demasiado grande, no tenemos hijos y hemos de darle algún uso. Aquí viene mucha gente, no creáis—. Les mintió, como hacía con todos aquellos a los que recibían para darles refugio—. Parece que estamos en el fin del mundo, pero esto está muy cerca de Kiev y no paran de venir personas a hacer gestiones desde toda Ucrania. A veces, necesitan pasar la noche y nosotros ofrecemos habitación y transporte hasta la ciudad. En ocasiones, los inquilinos vienen con su propio coche. Aquí no para de entrar y salir gente. Habéis tenido suerte. Esta noche sois los únicos, pero eso no es lo normal.

- ¿Y siempre les recibís de la misma manera?— Preguntó Iwan, aún impactado por el episodio de la pistola. Marja se quedó callada un momento, algo ruborizada, y contestó.

- Tenéis que perdonar a Igor. Es muy desconfiado. Seguramente, por eso seguimos aquí sin mayores problemas. Ha tenido varias experiencias desagradables y ya no se fía de nadie. Esperábamos vuestra llegada, pero no sabíamos cuándo, y hoy no teníamos prevista ninguna visita en coche. De hecho, por aquí casi nunca pasa ningún coche, a no ser que venga para acá. Desde arriba, se ve cuando un coche llega al pueblo. Por eso Igor salió a ver si se dirigía hacia aquí. Él sabe que ha quedado como un idiota, pero vosotros marcháis mañana y nunca os volveremos a ver; y nosotros nos sentimos más seguros así. Os ruego que lo comprendáis. Pero no hablemos más de eso, por favor, tengamos una velada agradable. ¿Dónde se habrá metido este hombre? Esperad, voy a buscarle. Poneos cómodos, vuelvo en un momento.

Marja salió de la sala y se dirigió al cuarto que utilizaban como despacho. Allí se encontró a Igor escribiendo algo en un papel. El hombre levantó la cabeza y sonrió con gesto preocupado.

- ¿Qué vamos a hacer con ellos?— Le preguntó a su esposa.

- Parecen adorables. Creo que deberíamos ayudarles.

- No te parecerían tan adorables si hubieras visto el golpe que me pegó la chica y cómo me quitó la pistola—. La mujer puso un gesto de sorpresa al escuchar eso, ya que suponía que habían llegado a la casa bajo la amenaza del arma de su marido y no al revés, pero Igor le quitó importancia—. Sin embargo, ¿sabes qué te digo?— Continuó—. Que me da igual. Que les vamos a ayudar. Y en cuanto se vayan ellos, mañana por la mañana, preparamos nuestras cosas y nos iremos nosotros también.

- Estoy de acuerdo—. Aceptó Marja—. Tenemos que pensar en nosotros mismos, no en los demás. Terminemos con esto y vayámonos.

- Exacto. Voy a llamar a Radek Widelka y estoy con vosotros en un momento.

Marja volvió al salón, pero no se detuvo, sino que siguió su camino hacia la cocina.

- Voy a por la cena—. Les dijo a los chicos con una amable sonrisa—. Igor viene en un minuto—. Momentos después, volvió a entrar en el salón, llevando una camarera con platos, vasos, cubiertos, manteles, servilletas, una jarra de agua y una olla humeante—. Espero que os guste.

- A mí me gusta todo, se lo aseguro—. Dijo Svetlana, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente a la olla—. Muchas gracias.

- Bueno,— continuó Marja— antes de nada, quisiera que estuviéramos de acuerdo en una cosa. Nosotros no os vamos a preguntar nada acerca de vuestra misión. Ni queremos oír nada al respecto. Y tampoco os vamos a contar acerca de nuestras colaboraciones. Pienso que así es mejor para todos.

- De acuerdo—. Contestó Iwan.

- Una cosa sí que tengo que decirles—. Intervino Igor, entrando en el salón en ese momento, mientras todos dirigían sus miradas hacia él.

- Bueno, sí, claro—. Comprendió Marja, dejando a su marido continuar.

- Como os dije antes, la ruta está comprometida. No es seguro que la continuéis tal y como estaba previsto. Yo no sé de dónde venís, ni cuál es el destino final de vuestro viaje, ni el porqué del mismo. Pero sí tengo que saber vuestra próxima parada porque es mi función orientaros para llegar a ella. En principio, la idea era llevaros a un lugar seguro en la frontera con Checoslovaquia para cruzarla. Pero, dadas las circunstancias, me han informado de que hay cambio de planes. Cambio de frontera, para ser exactos. No os dirigiréis a Checoslovaquia, sino a Polonia—. En ese momento, Igor entregó a Iwan un papel escrito de su puño y letra—. Ahí tenéis las indicaciones para llegar al lugar de vuestra siguiente parada. Espero que entendáis mi letra.

- Tibrozne...— Murmuró Iwan mientras leía.

- Es un pequeño pueblo que se encuentra en la zona de los Cárpatos y justo al lado de la frontera con Polonia. Está a unas diez horas en coche desde aquí. Más o menos, la misma distancia del lugar a donde habríais ido caso de no haber sido necesario realizar cambios. Allí os recibirán los Widelka y serán ellos quienes os den más instrucciones. Es todo lo que sé y lo que os puedo decir. Por favor, memorizad lo que pone en ese papel y destruidlo. Por seguridad, ya sabéis.

- Sí. Es el procedimiento normal—. Aseveró Svetlana.

En ese momento, se hizo un incómodo silencio que fue roto por la amable voz de Marja.

- Pero no os cortéis, por favor—. Dijo, señalando a la olla—. Servíos sin miedo. Hay de sobra.

La comida caliente que Marja Pesec había preparado fue como un regalo del cielo

para Iwan y Svetlana. Estaban muy cansados y habían pasado un día terrible, cargado de tensión y miedo. La conversación con los Pesec fue muy amena y divertida. Aunque en verdad fue casi un monólogo de Marja, que les contó todo acerca del modo de vida en aquella zona. Pero para ellos fue reparador poder hablar de cosas sin importancia, sentir el calor familiar de un hogar, aunque no fuera el suyo, y desconectar: dejar de pensar durante un rato en todo lo que les venía ocurriendo en los últimos días y en el inmenso reto que tenían ante sí. Sabían que corrían peligro y que eso sería así durante un tiempo indeterminado. El miedo y la incertidumbre venían copando sus pensamientos desde que la situación saltó por los aires días atrás, pero aquella noche, no. Aquella noche, pudieron distraerse y relajarse gracias a la amabilidad de Marja, y para ellos fue como una pequeña liberación. Solo hasta que al día siguiente volvieran a emprender el viaje, pero fue justo eso: pequeña, pero toda una liberación.

CAPÍTULO 4

Jueves, 16 de Febrero de 1984

- ¿Que no ha ido nadie? ¿Pero cómo que no ha ido nadie?

Aleksei estaba enfurecido, y no era para menos. Al otro lado de la línea telefónica, Igor le informaba de que había pasado toda la noche en vela esperando a sus fugitivos, pero que allí no había aparecido ninguna persona. Eran apenas las seis de la mañana y Aleksei aún dormía cuando recibió la llamada.

- Aquí no ha venido nadie y, después de lo que hablamos ayer, creí que debía informarte de ello.

Aleksei se sentó sobre la cama y repitió, una vez más, el ejercicio de respirar hondo para aclarar la mente y así poder pensar en algo. Tuvo que hacerlo durante un pequeño rato, tiempo en el que Igor esperó, impaciente, a recibir instrucciones.

- Has hecho bien, Igor—. Dijo, finalmente, el mayor de la KGB—. Y te lo agradezco. Ahora te voy a dar un número en el que me podrás localizar a partir del mediodía. Si no lo han hecho ya, no creo que aparezcan, pero si lo hacen, llámame, ¿de acuerdo? Retenlos allí con la excusa de que hasta mañana no pueden continuar el viaje y llámame. Estaré fuera durante la mañana, pero a partir del mediodía, me localizarás ahí.

Una vez le dio dicho número y colgó el teléfono, Aleksei se puso en pie y se dedicó a pasear lentamente por la habitación, con pasos cortos, dando vueltas alrededor de ella, de un extremo a otro. Trataba con ello de relajarse y pensar qué hacer a continuación. La cosa se le había complicado sobremanera, y eso que el día anterior parecía ir todo sobre ruedas, sobre todo después del excelente trabajo que realizó con Ilena. Una vez llegó a la comisaría de Briansk y después de los saludos protocolarios con el comisario y los inspectores, se encerró con ella en una sala con el objetivo supuesto de interrogarla y el real de matarla. Ni más ni menos. Y lo hizo con sangre fría. En un principio, pidió que alguien entrara con él para ayudarlo, y el comisario le asignó a un agente de la comisaría. Después de entrar en la sala y cerrar la puerta, el agente inmovilizó a la chica y él sacó la jeringuilla y el bote con tapón de goma de la cajita de madera que se había llevado. Llenó la jeringuilla con la mitad del líquido que contenía el bote, el suero de la verdad le llamaban, y se lo inyectó. Era de lo más habitual drogar a los sospechosos para interrogarles. Una vez hecho eso, solo había que esperar unos minutos a que la sustancia hiciera efecto. Entonces, pidió al agente que le dejara solo y que nadie le molestara. Después de que el policía saliera, echó el pestillo de la puerta, se subió a una silla, cogió el pañuelo con el que solía secarse el sudor, cubrió con él la cámara de seguridad que había allí instalada, bajó y, acto

seguido, volvió a llenar la jeringuilla con el resto de líquido que quedaba en el bote.

- No hacía falta que me drogaras-. Le dijo entonces Ilena, con cierta dificultad-. Pensaba decirte la verdad de todas maneras. Es lo que más nos conviene a los dos. A mí y a ti-. Aleksei se detuvo por un momento y la miró con curiosidad-. Os he salvado-. Continuó Ilena-. A ti y a esos dos chicos. En el coche, antes de salir de Moscú, me di cuenta de que alguien nos seguía. Lo confirmé una vez fuera de la ciudad y no tuve más remedio que actuar. Tú debes saber mejor que nadie que, en este mundillo, no te puedes fiar ni de tu sombra. De manera que obligué a los chicos a que nos detuviéramos en un área de servicio. No les dije nada de mis sospechas. Me limité a actuar como una loca para poder librarnos de la amenaza y que ellos pudieran huir sin saber nada del porqué de mi comportamiento. Y por eso me empeñé en hablar contigo. Para que supieras que hay alguien tras nuestra pista.

Aleksei escuchó, impertérrito, las explicaciones de aquella joven mujer y llegó a apiadarse de ella durante unos segundos. Parecía evidente que había actuado de buena fe. Ella no sabía que la persona que les estaba siguiendo era un colaborador suyo. De hecho, se maldijo a sí mismo por no haber previsto que algo así pudiera ocurrir. Iwan y Svetlana eran poco más que aficionados, pero Ilena, no. Ilena era una persona con experiencia y él debería haber supuesto que no se iba a quedar con los brazos cruzados si descubría lo que estaba sucediendo. Lo ocurrido era culpa de él y la actitud de aquella mujer había sido la propia de una persona leal con la causa. Sin duda, merecía que le echara una mano, pero al momento recordó lo que había estado hablando con su jefe un rato antes y decidió que tenía que acabar con aquello. Que tenía que cortar por lo sano, por injusto que fuera. No podía dejarla viva, y mucho menos permitir que se marchara. No podía poner en riesgo su posición. ¿Qué explicación podía dar a aquellos policías de Briansk para dejarla ir sin más? Si ellos no estuviesen de por medio, igual podría hacer algo por esa mujer, pero, en aquellas circunstancias, no le quedaba más remedio que seguir el guión que él mismo había planteado ante su superior y no salirse de él ni un ápice. De modo que, pasados unos segundos de reflexión, cerró el bote ya vacío, cogió la jeringuilla y se dirigió hacia donde estaba Ilena.

- ¿Qué vas a hacer, hijo de puta?-. Le preguntó esta al comprobar que sus palabras no habían tenido el efecto deseado-. Acabo de contarte lo ocurrido. Os he salvado: a ti, a esos dos chicos, a vuestra organización, ¿qué más quieres?-. Aleksei no le hizo caso. Con ella ya drogada, no le fue complicado inyectarle esa nueva dosis, ya mortal, mientras observaba en su mirada el terror mezclado con la desesperación de saber lo que estaba ocurriendo y no poder hacer nada, al estar drogada e inmovilizada-. Por favor, he hecho lo que he podido. Os he salvado-. Repetía con un tono lleno de angustia-. Por favor...

Ilena no tardó en morir y, una vez comprobó que tal cosa había sucedido, Aleksei se sentó en una de las sillas que había en aquella sala y se limitó a leer un periódico que

se había traído con él y que tenía guardado en la maleta. Una hora más tarde, salió de la sala e informó al comisario del fatal desenlace. Tampoco era algo extraordinario que un sospechoso muriera por sobredosis.

- Afortunadamente, he conseguido sacarle la información que necesitaba-. Se limitó a decir Aleksei. Y allí les dejó, a cargo del cadáver, mientras él se marchaba a su hotel, completamente satisfecho. Solo faltaba esperar la llamada de Igor para poder completar la misión que él mismo se había autoimpuesto.

Pero dicha llamada no llegó en el tiempo y la forma que él hubiera esperado. De hecho, se quedó dormido y fue el sobresalto provocado por el sonido del teléfono lo que le despertó, ya a primera hora de la mañana. No lo entendía. Si Iwan y Svetlana no habían ido a Kiev, ¿qué diablos habían hecho entonces? Lo primero que se le ocurrió fue que hubieran tenido un accidente, algo que podría comprobar de inmediato en cuanto llegara a su despacho. De haber pasado eso, el asunto estaría solucionado. O sería fácilmente solucionable al menos. Pero no lo consideraba probable. En verdad, estaba convencido de que Iwan se la había jugado. Le había utilizado para salir de Moscú gracias a sus medios y se había llevado el dinero. Aunque, en el fondo, era consciente de que eso tenía poco sentido, ya que, teniendo dinero, escondite y un coche, solo hubiera necesitado ocultarse durante unos días, marcharse con el coche después y utilizar dicho dinero para empezar una nueva vida donde fuera. ¿Para qué acudir a él entonces? ¿Para qué engañarle, sabiendo que le descubriría y trataría de vengarse? ¿No era eso más peligroso que, simplemente, esperar a que bajara la presión policial y huir después?

- Tiene que haber algo más-. Se dijo a sí mismo en ese momento-. Algo que se me escapa, y tengo que dar con ellos para averiguarlo.

Fuera como fuese, el hecho de que aquellos dos chicos estuviesen por ahí, cualquiera sabía donde, y con una motivación desconocida que provocó tan extraño comportamiento no dejaba de ser un peligro para él.

- Ellos saben de mí-. Continuó pensando-. Saben quién soy, a qué me dedico y aunque no me conocen personalmente, sí que han sido capaces de contactar conmigo. Conocen la forma de hacerlo.

Tenía que dar con ellos. Tenía que recuperar el control de la situación. No podía dejar ese cabo suelto porque lo que esos chicos habían hecho era muy extraño y, como tal, sospechoso. Y no estaba dispuesto a permitir que se pusiera en riesgo su posición y su integridad. Por tanto, era imprescindible hacer lo que fuera para dar con ellos. Imprescindible, sin ningún género de duda.

Durante un tiempo indeterminado, continuó paseando en el interior de la habitación. Y a medida que paseaba, se relajaba. Y a medida que se relajaba, pensaba con mayor claridad. El problema principal que tenía respecto a aquellos chicos era el no saber hacia dónde se dirigían, pero una posible solución al mismo se le vino a la mente, de manera que empezó a desarrollar una teoría cargada de lógica. No es que la lógica

garantizara el éxito, pero sí que aumentaba considerablemente la probabilidad de alcanzarlo. Y eso le provocaba una sonrisa. Siguió paseando, dándole vueltas a la cabeza, hasta que, en un momento dado, se detuvo, se llevó la mano al mentón y se sentó sobre la cama. Entonces, agachó la cabeza, la rodeó con las manos y comenzó a murmurar las conclusiones a las que había llegado, como quien recita de memoria una lección. Finalmente, una vez satisfecho con lo que había decidido, se puso en pie de un salto y comenzó a preparar sus cosas.

- Dentro de un rato, estaré con Kushkin explicándole lo sucedido-. Se dijo a sí mismo-. O lo que a mí me interese que él crea que ha sucedido.

Aleksei recogió a continuación sus cosas y las guardó en la maleta. Poco después, estaba desayunando en el bar del hotel. Antes, había hecho la llamada pertinente para poder hacer el viaje de vuelta del mismo modo que hizo el de ida. Necesitaba llegar lo antes posible a Moscú, al edificio Lubianka, al despacho del teniente Kushkin. Necesitaba ponerse en marcha. Ponerlo todo en marcha. No había tiempo que perder.

- El problema principal está erradicado-. Informó Aleksei a su amigo Piotr, una vez sentado delante de él en el despacho de este-. Pero, por la información que le he sacado, tenemos un nuevo problema que resolver.

- ¿Un nuevo problema?- Preguntó con preocupación el teniente-. Explícate, Sasha.

Aleksei se acomodó en el asiento, presto a recitar la teoría que había desarrollado esa mañana en la habitación del hotel. Antes, desde su despacho, había hecho las llamadas necesarias para comprobar que no había habido ningún accidente en el que estuvieran involucradas personas con la descripción de Iwan y Svetlana. Por tanto, estos debían estar siguiendo su camino. El que fuera.

- La mujer me dijo que hay otras dos personas involucradas-. Comenzó a relatar el mayor Petrovski-. Una pareja joven, de veintitantos años. Un chico alto, de pelo lacio y negro, y una chica de mediana estatura, rubia y de pelo rizado. Huían por la misma ruta que ella en un viejo Lada blanco, pero se entiende que consiguieron atravesar el control de carretera en el que fue apresada ella.

- Comprendo. Continúa, Sasha.

- Según la mujer, él es un activista polaco que trabajó en aquel país para los rebeldes y que lleva unos años en Moscú. Ella, por su parte, es rusa. Sabemos que el hombre que detuvimos en el transcurso de la operación Pandora venía de Polonia, por lo que es fácil de intuir que es allí adonde huyen, ya que es donde este hombre del que hablo debe tener contactos y lugares donde refugiarse. Evidentemente, no lo podemos asegurar al cien por cien, pero es lo más probable. Lo más lógico.

Aleksei hizo hincapié en esa última palabra porque sabía que Kushkin era un fanático de la lógica. Quizás fuera su mayor virtud, a la vez que su mayor defecto, al menos para quien conociera esa obsesión del teniente de la KGB. Era fácil anticiparse a las decisiones de aquel hombre conociendo tal cosa. Siempre se decantaba por lo más lógico. Siempre.

Kushkin escuchaba con atención a su amigo y subordinado. Su mirada se había vuelto fría, como le solía ocurrir cuando estaba concentrado en su trabajo.

- Hay que atrapar a esas dos personas—. Sentenció, para satisfacción de Aleksei—. Hay que encontrarles y acabar con ellos. Acabar con esta historia de una vez. Estoy de acuerdo contigo en que lo más lógico es que se dirijan a Polonia, pero, por precaución, no debemos descartar del todo otras posibilidades—. En ese momento, Piotr se levantó de su asiento y se dirigió al mueble de estanterías que había al otro lado de su despacho. De allí, sacó un gran mapa enrollado, el cual desplegó sobre su mesa a continuación—. Si huían en dirección a Ucrania, es perfectamente factible tu teoría sobre que se dirigen a Polonia. Pero, como digo, no debemos descartar otros posibles destinos.

Kushkin hizo otra parada en su alocución y Aleksei se mantuvo en silencio, esperando las órdenes que imaginaba que iba a recibir.

- Encárgate tú, Sasha—. Continuó el teniente—. Escoge a tus dos mejores hombres y libéralos de las vigilancias en las calles. Quiero que os concentréis completamente en esto. Montad un operativo, vigilad las fronteras más cercanas a la zona por la que estaban huyendo. Me fío de tu intuición, por lo que será preciso tener especial cuidado en la frontera de Ucrania con Polonia, pero enviad la alerta también a las fronteras polacas más al norte y a las de Rumanía, Hungría y Checoslovaquia. Pongámonos en marcha de inmediato. Si lo hacemos bien, tarde o temprano, saltará la liebre y sabremos en qué lugar concentrar nuestros esfuerzos.

Aleksei volvió a su despacho absolutamente satisfecho. Una vez más, había sido capaz de dirigir a su antojo la voluntad de su jefe, de manera que este le había ordenado que hiciera justo lo que a él le interesaba. Solo quedaba ponerse en marcha, ejecutar el plan y esperar los resultados.

- Han dejado un sobre para usted, mayor Petrovski—. Le informó Raisa cuando este pasó por delante de su mesa, al tiempo que alargaba el brazo para entregárselo.

- ¿Sabes de qué se trata?

- No. Viene completamente cerrado y me han dicho, simplemente, que se lo entregue.

- De acuerdo. Ahora le echo un vistazo. Gracias, Raisa.

Aleksei entró en su despacho, cerró la puerta, posó el sobre encima de su mesa, se quitó la chaqueta, la cual colgó en la percha correspondiente, y se sentó en su sillón. Respiró hondo entonces. Se sentía tranquilo y relajado y, aunque estaba deseando ponerse en marcha para intentar dar con aquellos dos chicos, ya con el respaldo de su superior, decidió concederse unos minutos, como solía hacer cuando el estrés le abrumaba. Pero antes, echó mano del sobre que le había entregado Raisa, lo abrió y comenzó a leer el contenido del papel que había en su interior. “Relación de Bienes Incautados”, rezaba el encabezamiento.

- Es la lista de cosas que han encontrado en el registro de la casa de Rodion—.

Murmuró en voz baja. Y continuó leyendo sin demasiado interés. Sin embargo, a mitad de folio, una de las referencias llamó poderosamente su atención. Según ponía en aquel documento, en la residencia del miembro del antiguo grupo de los Ciesielski, y entre otras muchas cosas, habían encontrado un sobre grande con una importante cantidad de dinero en su interior. Y, casualmente, o quizás no tanto, dicha cantidad coincidía exactamente con la que él mismo había cobrado de los polacos por esconder al hombre que finalmente fue detenido en el marco de la operación Pandora.

- No puede ser-. Exclamó, al tiempo que le daba un vuelco el corazón-. ¡Mierda! ¡No puede ser! No había llevado el dinero a la caja fuerte del refugio de Oleg. ¡Lo tenía en su casa! ¡En su puta casa!

Aquello significaba que Iwan no le había engañado, y lo descubriría justo a continuación de recibir la orden de Kushkin de dar con él de la manera que fuera.

- ¡Qué torpe he sido, joder!- Se lamentó, llevándose las manos a la cara-. Tenía que haberlo comprobado antes. Tenía que haberme asegurado de que el dinero estaba donde se suponía y luego organizarles la huida. Pero es que lo lógico era que estuviese en la caja fuerte. ¿Por qué no lo llevo allí, como normalmente? ¿Para qué fue entonces al refugio el otro día, tal y como me dijo Oleg?

Para colmo, ya no podía hacerse con aquel dinero porque estaba decomisado por la policía.

- ¿Qué puedo hacer ahora?- Se preguntaba a sí mismo mientras se levantaba del sillón y comenzaba a dar vueltas por el despacho-. Y si no me han engañado, ¿dónde están entonces? ¿Adónde han ido? ¿Por qué no están con los Pesec? ¿Qué coño está pasando aquí?

La mente se le llenó de preguntas sin respuesta y comenzó a agobiarse hasta casi llegar a la angustia, pero, en un momento dado, se paró en seco, agitó la cabeza y se obligó a relajarse.

- Da igual lo que hayan hecho y lo que esté pasando-. Se dijo entonces-. Da igual todo porque todo sigue igual. Han cambiado los motivos, pero no los objetivos. Sigo teniendo que dar con ellos. No solo por orden de mi jefe, sino porque tengo que recuperar el control de la situación, que ahora mismo tengo completamente perdido. Tengo que preservar mi seguridad. No puedo dejar que esos chicos sigan por ahí sin ser yo quien controle adónde van y con quién hablan. No puedo permitirlo. Tengo que dar con ellos.

Una vez terminada la perorata que se soltó a sí mismo, volvió a su sillón, se sentó y se echó atrás contra el respaldo para relajarse. Y la mente se le aclaró definitivamente. No importaba que Iwan no le hubiese engañado. Seguía teniendo un comportamiento extraño y necesitaba saber qué estaba pasando. Por tanto, tal y como había concluido segundos antes, en verdad, todo seguía igual.

- Tengo que dar con ellos-. Se insistió una vez más-. Tengo que hacerlo. Y lo antes posible, además.

El coche avanzó con decisión por el camino que conducía al pueblo. Tanto Iwan como Svetlana se encontraban, ciertamente, mucho mejor. El comer y dormir bien y el radical cambio de ambiente que habían disfrutado gracias a la familiaridad de los Pesec, sobre todo de Marja, habían hecho que afrontasen la siguiente fase de su ruta con una mentalidad del todo diferente. A pesar de que el día era muy gris y no paraba de lloviznar, lo veían todo de un color totalmente distinto que la jornada anterior. Apenas se habían incorporado a la carretera principal cuando, al tomar una curva a la izquierda, apareció, enorme, la ciudad de Kiev justo debajo de una colosal nube de polución, magnificada aún más por la sombría mañana. La carretera circunvalaba la urbe, con lo que no tendrían que atravesarla, y ello les permitiría ahorrar un tiempo precioso. Habían salido bastante más tarde que la mañana anterior. Bien era cierto que la distancia a recorrer era sensiblemente menor, pero ese tiempo de desfase posiblemente lo echarían de menos al final. No obstante, eso no impedía que ambos estuvieran de buen humor, lo cual permitía que conversasen al menos un poco más que el día antes, en el que viajaron cerca de mil kilómetros, durante casi doce horas, sin apenas mediar palabra, presos ambos del miedo y la preocupación.

- ¿No te hace ilusión volver a Polonia?— Se interesó Svetlana en un momento dado.

- No—. Respondió Iwan tajantemente—. Si fuera a Checoslovaquia, donde viví de niño, pues puede. Pero Polonia me da igual.

- ¿Y qué recuerdas de cuando vivías en Checoslovaquia?

- Recuerdo mucha felicidad. Recuerdo a mi padre como si fuera ayer. Era un hombre alto y delgado. Llevaba gafas y hablaba muy bien. Me refiero a que parecía entender de todo y cuando se dirigía a mí, lo hacía como si fuera un adulto. Aprendí mucho de él, aunque bastante menos de lo que lo hubiera hecho de haber tenido más edad. Obviamente, no comprendía muchas de las cosas que me contaba. Pero otras sí, a pesar de lo niño que era. Y bastantes las he comprendido con el paso de los años. Recuerdo que los domingos, si hacía buen tiempo, íbamos a una colina que hay a las afueras de Kosice y allí pasábamos el día, comíamos y correteábamos mi hermana pequeña y yo. En aquella época, aún se soñaba con vivir en libertad en Checoslovaquia. Fue antes de la Primavera de Praga. Eran todos unos ingenuos, incluido mi padre.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque pensaban que podrían doblegar a los soviéticos solo con buenas intenciones, y aquello le costó nada menos que la vida y la felicidad a todos nosotros, su familia. Desde entonces, no hemos hecho más que dar vueltas y sufrir. Yo tenía nueve años cuando lo de la Primavera de Praga. Recuerdo perfectamente cómo tuvimos que huir casi con lo puesto hacia Polonia para vivir de la caridad de los mismos que mataron a mi padre. Igual pensaban que los occidentales iban a mediar en el conflicto.

Nos dejaron tirados. Nunca osarían tocar al gigante ruso.

- Es triste que hables mal de mi país y no me afecte.

- Tu país no son los tiranos que lo gobiernan. Tu país está sometido. Un día, será libre, seguro, pero nosotros no podemos esperar a que ese día llegue. No es justo que tengamos que vivir así.

- Yo llegué a ser feliz con mis tíos—. Aseguró Svetlana con un tono compungido—. Recuerdo mi infancia con alegría. Luego, cuando fui consciente de las cosas, comprendí que gente como yo, de mi misma edad, en otras partes del mundo, tienen unas perspectivas muy distintas. No sabía si yo quería también tenerlas o prefería seguir como estaba, pero me hubiera gustado haber sido yo quien eligiera esa opción. Que no me viniera impuesta. Aunque la verdad es que no ha sido hasta estos días en los que se ha precipitado todo cuando me he dado cuenta que yo sí que siempre he sido una ingenua.

- Todos hemos sido ingenuos—. Sentenció Iwan—. Muchas veces, me he preguntado qué ganábamos haciendo lo que hacíamos. Nos limitábamos a esconder a personas durante un tiempo y luego se iban sin que nos enterásemos de para qué servía todo aquello. Nos sentíamos héroes por hacerlo. Me pregunto cuántas veces se habrán aprovechado de nosotros igual que nosotros de los Pesec. Si imaginaran que nos dirigimos a Austria, o a Alemania, a ser libres, mientras ellos seguirán allí, apuntando con una pistola a todo el que aparezca con un coche para preservar, supuestamente, su seguridad. ¿Crees que si supieran nuestra misión, hubieran sido tan atentos con nosotros? Me pregunto a cuánta gente habremos ayudado a escapar, arriesgando nosotros nuestras vidas. Hemos sido ingenuos incluso el otro día, o anoche, estudiándonos toda la ruta de memoria. Si el hombre de Czerwiek hubiera memorizado su ruta, en vez de llevarla escrita en un papel, tus tíos aún estarían vivos.

- Ya, es posible. Pero nosotros no estaríamos ahora mismo aquí, camino de Occidente. Paradojas del destino.

- Qué razón tienes.

- Creo que hay que aceptar las cosas tal y como vienen. En mi opinión, hay que ser consecuentes con las ideas de cada uno y actuar en base a eso. Tú siempre has querido hacer lo que estás haciendo ahora y lo has hecho todo siempre en función de eso. Y de tu propia desgracia, has sacado una oportunidad.

- ¿Y cuáles son tus ideas para estar aquí ahora?— Svetlana dudó por un instante. No podría decir que su idea básica en este sentido era ir con él aunque fuera al fin del mundo.

- Yo pienso que soy consecuente con mis ideas—. Acertó a contestar—. Creo que siempre lo he sido. Y con ese convencimiento, voy aceptando lo que me trae la vida, día a día. Me he encontrado con todo esto. Ha sido de golpe y por eso me está costando trabajo, pero lo estoy aceptando y aquí estoy. Simplemente eso.

Iwan miró a su compañera, sonrió y la cogió de la mano.

- Ojalá la vida te hubiera dado más de lo que has recibido. Ojalá te lo dé en el futuro, porque eres una persona admirable. De verdad te lo digo. Eres lo mejor que he conocido nunca—. La chica sonrió con algo de rubor e Iwan, cariñosamente, le apretó la mano que aun sostenía—. Lo mejor.

- Gracias, Iwan.

La segunda parte del viaje estaba siendo mucho más tranquila y relajada. Había muy poco tráfico y no encontraron ningún control policial. Eran casi las once cuando atravesaron la ciudad de Zitomhyr y pasadas las dos cuando dejaron a un lado Rivne, que se encontraba a mitad del camino. Llevaban seis horas de viaje a esas alturas. Si quedaban otras seis, llegarían al destino final, en la frontera con Polonia, a las ocho. Iban cumpliendo el horario previsto, así que pararon a repostar de nuevo y a comer algo mientras estiraban un poco las piernas. Aquello duró apenas un cuarto de hora. No podían emplear más tiempo. Después de eso, siguieron rumbo a Luvov, la siguiente ciudad importante que se encontrarían en el camino, unos trescientos kilómetros más allá. De allí al final, quedarían otras tres horas de trayecto, pero no se les estaba haciendo especialmente pesado esta vez. Al menos hasta ese momento. El mejor humor de ambos les permitía seguir de charla y pasar las horas y los kilómetros de un modo más ameno. De otro modo, hubiera sido complicado, porque el paisaje era de lo más monótono. Grandes extensiones de campos sembrados y enormes huertas a ambos lados de la carretera era todo lo que se podía ver. Al fondo, sin embargo, se empezaban a divisar las montañas, que no eran más que las postrimerías de la cordillera sobre la que se asentaba la frontera entre la Unión Soviética en la parte de Ucrania, Checoslovaquia y Polonia. Se veían muy sombrías y lúgubres, como un lugar tétrico al que a pocos les apetecería ir. Pero, ironías de la vida, para Iwan y Svetlana eran la primera puerta hacia su añorada libertad.

Rondaban las cinco de la tarde cuando iniciaron la travesía de la ciudad de Luvov. A pesar de la insistente, aunque débil, lluvia, había gente paseando por las calles. Se les veía acostumbrados a aquella meteorología y no parecían amilanarse por cuatro gotas, aun persistentes. Iwan estaba muy cansado ya, aunque no quiso decir nada. Trataba de no preocupar a Svetlana, ya que ella no sabía conducir y no le podría relevar. No quería, por nada del mundo, estropearle ese buen humor que tenía aquel día, al menos en comparación con el anterior, y que tan agradable le estaba haciendo la marcha. Sin embargo, hubiera dado lo que fuera por salir un momento y dar un pequeño paseo. Pero él mismo llevaba todo el día insistiendo en que tenían que seguir adelante sin parar, sin perder el tiempo, con la idea de llegar lo antes posible. Sabía que tenía que resistir. No había otra opción, pero le iba a costar trabajo. Svetlana, ajena a todo aquello, seguía aparentemente tranquila y relajada. En su interior, no obstante, mantenía un punto de resquemor, un hilo de preocupación. Trataba de no pensar en lo negativo, sino en todo lo contrario, pero, a veces, los malos presagios regresaban a su mente. Ciertamente, no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían ni qué iban a hacer allí. Nunca

le gustó la aventura. Siempre fue metódica y disciplinada, como le enseñaron a golpe de martillo en las escuelas soviéticas. Nada que ver con la inquietud y la incertidumbre de todo aquello en lo que estaba involucrándose sin posibilidad de marcha atrás. Sabía que Iwan no era así. Que él había pasado por muchos cambios en su vida y que la monotonía era algo a lo que no estaba acostumbrado, aunque, seguramente, fuese de las cosas que más anhelase en el mundo. Pero ella, no. Ella siempre tuvo una existencia muy simple. Ni siquiera las actividades clandestinas de sus tíos habían complicado para nada esta. Tanto era así, que, verdaderamente, nunca fue consciente de que podían correr serio riesgo, hasta que algo salió mal y todo se precipitó. Sabía que, en teoría, algo así podía ocurrir, pero ahora estaba sufriendo la traumática diferencia entre la teoría y la práctica. Simplemente, y aunque pareciera paradójico, nunca se había preparado para saber qué hacer el día en el que algo como aquello ocurriera. Ahora, todo era diferente. Y parecía que habían pasado mil años desde aquella terrible noche en el zulo de la panadería, llorando la muerte de sus familiares y aterrorizada por lo que se le podía venir encima. Siempre deseó huir algún día con Iwan, pero, muchas veces, los sueños son sueños y no deben nunca dejar de serlo. Y cuando eso ocurre, pierden todo su encanto. En el caso de Svetlana, su sueño se había convertido en pesadilla. Pero, además, de las que uno no despierta. Una pesadilla completamente real.

Era noche cerrada y Iwan creía que las piernas le iban a estallar, pero seguía callándose. La conversación hacía tiempo que había cesado. Svetlana, incluso, llevaba un buen rato dormida, dejándole solo con sus dolores. En algún momento, llegó a pensar en parar, en el convencimiento de que ella no se daría cuenta, pero no lo hizo. Quería llegar lo antes posible. Acababan de pasar Matkiv, la última localidad antes del desvío hacia Tibrozne. El paisaje de sembrados y huertas había dejado paso a la plena montaña. Sin embargo, curiosamente, ya no llovía. Estaba nublado, pero se adivinaba el cielo a veces. La noche, pues, no era tan oscura como la anterior. Cuando Svetlana despertó, se encontró a Iwan conduciendo muy despacio, atento a no pasarse la salida que tenían que tomar, y le recriminó el no haberla avisado antes para así poder ayudarle. El cambio de carretera, una vez más, fue drástico. Si la general era mala, aquella que se dirigía a Tibrozne la superaba con creces, toda llena de baches y socavones. Nuevamente, tuvieron que conducir muy despacio para evitar dañar el coche. Ya faltaba muy poco para poder abandonarlo definitivamente. Aquel camino final hacia el pueblo se les hizo eterno. Iwan reconoció, finalmente, sus dolores de piernas y llegaron a parar cinco minutos, descanso que, aunque corto, le sentó de maravilla. Eran casi las ocho. Habían cumplido con el horario de un modo casi exacto. Ahora solo tenían que encontrar, unos doscientos metros antes de llegar al pueblo, un viejo hotel abandonado a pie de vía y coger el camino a la derecha que se hallaba justo después. Un poco más allá, encontrarían la casa de los Widelka, la familia que les iba a acoger, de los que no sabían absolutamente nada más que el apellido. Tardaron

apenas un par de minutos en llegar a la casa y alguien esperaba en la puerta. No le pudieron ver con nitidez, simplemente intuyeron que era un hombre de corta estatura. Iwan detuvo el coche y bajó del mismo. El hombre se acercó sin dudar.

- Vosotros debéis ser los enviados de mi amigo Igor.

- Sí, así es. Yo me llamo Iwan y ella es Svetlana.

- ¡Ah! Bienvenidos. Os estaba esperando. Me presento. Mi nombre es Radek Widelka. Regento una cantina en Tibrozne. En otra época, era el dueño del hotel en ruinas que habéis dejado atrás. Ellos me lo quitaron. Los que mandan y deciden sobre estas cosas, me refiero. Se lo dieron al hijo de alguien importante, el cual lo abandonó hace ya tiempo. A mí me dejaron con la cantina. Aquí antes había turismo, pero ya hace mucho que no es así. Pero entrad, por favor. Estáis en vuestra casa. Déjame las llaves del coche. Iré a esconderlo. De todos modos, nunca más os servirá. Espero que no le tengáis demasiado cariño. Os dejo con mi señora. Está en la cocina, ahora mismo sale.

Radek Widelka era un señor mayor. Debía rondar los sesenta y cinco años. Su estatura era corta y su cara, arrugada, pero en ella destacaban unos ojos grandes que desprendían muchísima energía. Tenía una pequeña casa fuera del pueblo, el cual se podía ver perfectamente desde allí, a escasamente un kilómetro de distancia. La vivienda era una edificación de una sola planta, hecha en piedra. La puerta era de madera, gruesa y vieja; y desde la entrada, se accedía directamente la sala de estar, presidida, cómo no, por la chimenea, delante de la cual se encontraba una mesa ya preparada para cenar. Eso y un antiguo mueble-cómoda era todo el mobiliario a la vista. A la izquierda de la chimenea, había una puerta cerrada, supuestamente la que debía dar a las dependencias porque, a la derecha, se podía ver otra, entreabierta, que daba a la cocina, de la que salió la señora Widelka, con el pelo recogido en un gran moño y un delantal sucio de la propia faena. Abrió ambos brazos en señal de bienvenida. Era una mujer de pequeña estatura, como su marido, pero gruesa. Tenía la cara redonda, de piel llamativamente lisa, y unos ojos exactamente iguales a los de Radek, grandes, muy abiertos y llenos de vida.

- Por favor, sentaos, estábamos a punto de cenar. Creíamos que ya no llegaríais hoy. No podía imaginar que erais tan jóvenes. Normalmente, cuando recibimos gente, suelen ser mayores. ¿Qué tal el viaje?

- Muy largo—. Contestó Svetlana. En ese momento, apareció de vuelta Radek.

- Qué tal, Alina, ¿cenamos? Esta pareja tiene que estar muerta de hambre. Mira que pinta de cansados tienen.

- Uy, perdón, no os he dicho mi nombre, pero ya lo dijo él. Me llamo Alina Ratkova. Widelka desde que me case con este hombre hace ya demasiados años. Perdonad. Ahora hablaremos tranquilamente. Voy a traer la cena.

Apenas un par de minutos después, estaban los cuatro sentados a la mesa, con comida caliente por delante, algo muy de agradecer después de tantas horas viajando casi sin descanso.

- ¿No puede resultar sospechoso que alguien aparezca por aquí en coche?— Preguntó Iwan una vez estuvieron todos acomodados—. No creo que sea muy común que alguien venga a este lugar así, sin más.

- No te preocupes por eso—. Le tranquilizó Radek—. Nosotros vivimos fuera del pueblo y yo voy a todas partes en coche. Lo normal es que nadie os haya visto, teniendo en cuenta la hora que es. Y de haberlo hecho, os habrá confundido conmigo. Mañana por la mañana, abandonaréis este lugar y se acabó el problema.

- ¿Y si alguien nos ve mañana?— Esta vez fue Svetlana quien hizo la pregunta.

- Yo hago pequeños negocios al otro lado de la frontera. Les diré que sois gente de allá y que os he invitado a mi casa. No sería la primera vez. Está todo controlado.

- ¿Puedo preguntarle cómo vamos a atravesar la frontera?— Se interesó a continuación Iwan—. Si no le pongo en un compromiso con ello, claro.

- En absoluto. La atravesaremos a pie.

- ¿A pie?— Exclamó Svetlana, bastante sorprendida.

- Claro que sí, jovencita. ¿No te gusta pasear por el campo?

- Explíquese, Radek—. Le pidió Iwan, sonriendo.

- Nada, es muy simple, continuaremos por este camino en el que se encuentra nuestra casa, cruzaremos un pequeño bosque, llegaremos al río, lo remontaremos un poco por la orilla hasta llegar al vado, lo atravesaremos y ya está. Habremos llegado a Polonia.

- ¿Así de simple?— Preguntó Iwan con gesto de desconcierto.

- Si, así de simple.

- Me cuesta creer que sea tan fácil cruzar una frontera de la Unión Soviética—. Intervino entonces Svetlana.

- ¿Y cuánta gente crees que la conoce? Además, ¿qué interés tiene para nadie pasar de Ucrania a Polonia? Todavía si se tratara de cruzar a Occidente, pues, sin duda, todo sería más complicado. Estamos en medio de la montaña. Muy lejos de la primera ciudad medianamente importante. Nadie se acuerda de esto. Mucha gente va y viene de Tibrozne a Kizhir, el primer pueblo polaco al otro lado del río. Antiguamente, aquí venía gente a veranear. Funcionarios, me refiero. En aquella época, nada de esto era posible. Pero ya hace mucho que todo aquello cambió y ya nadie se acuerda de este rincón del mundo. No os preocupéis por el paso de la frontera. Es algo cotidiano.

- Está bien—. Aceptó Svetlana—. ¿Y una vez allí?

- El cosario os llevará a Dolniek, la primera parada de autobús que hay.

- ¿El cosario?— Iwan mantenía una permanente sonrisa porque le parecía inverosímil la forma de salir de la Unión Soviética que aquel hombre les estaba planteando y le divertía mucho escucharla.

- Sí, es un camionero que recorre los pueblos de la zona. Lleva y trae cosas, compra y vende, se dedica a eso. Y transporta a personas a bajo precio. Lo hace a diario. No llega a Kizhir hasta mediodía, así que nos da tiempo de sobra.

- ¿Y qué haremos cuando lleguemos a Dolniek?– Se interesó Svetlana.

- En Dolniek, hay una pensión. Podréis pasar allí la noche sin problemas. Al día siguiente, podéis coger el autobús que va a Rzeszów, que ya es una ciudad importante, y desde allí podéis dirigirlos a donde queráis. No os puedo decir más. Me dijeron que tenéis contactos en Polonia. Que hubo que cancelar vuestra ruta original y que tendréis que improvisar.

Iwan se quedó petrificado, aunque consiguió ocultar el gesto de incredulidad que le causó lo que acababa de escuchar. ¿Improvisar? ¿Improvisar qué? No sabía que hubiera que improvisar nada. ¿Es que les iban ayudar a cruzar la frontera con Polonia para luego abandonarles allí a su suerte? ¿Ese era el plan maestro que Aleksei había diseñado desde su poltrona? ¿Esa era la alternativa al plan que se había venido abajo, supuestamente por culpa de la estúpida actitud de Ilena? ¿Se iban a limitar a sacarles de la Unión Soviética, como quién se quita un problema de encima, para olvidarse de ellos a continuación? Esos pensamientos le hicieron agarrarse un enfado monumental, y ese enfado destrozó de un golpe el pánico que sufrió en un principio. Y, de alguna manera, también le tranquilizó. Era de suponer que Aleksei confiaba en que, como, hasta pocos años antes, había vivido en Polonia, sabría adónde dirigirse, o bien recordaría de memoria el teléfono de alguno de los amigos que tuvo allí en el pasado. Y, efectivamente, sí que recordaba, no ya uno, sino varios números de teléfono. Alguno seguiría operativo. Sin duda, alguno seguiría operativo. Pero eso no quitaba para que considerara aquello como una auténtica chapuza. Algo muy gordo tuvo que pasar para que el plan original se cayese y la alternativa fuera algo tan burdo. Y por mucho que se supiera capaz de salir adelante, a pesar de todo, no podía evitar sentirse indignado. Confiado en sus posibilidades, pero indignado.

- ¿Pero cómo se les ocurre abandonarnos a nuestra suerte en un país extranjero?– Se quejaba Svetlana, hecha un manojo de nervios.

Se encontraban ya en la habitación donde dormirían, después de haber disfrutado de la deliciosa cena preparada por Alina y de una corta sobremesa. Los Widelka se mostraron como una pareja encantadora, pero la preocupación que Iwan y Svetlana sentían tras la revelación de Radek de que tendrían que buscarse la vida, una vez atravesada la frontera con Polonia, les impidió disfrutar de esa hospitalidad como les hubiera gustado. Como sí que hicieron la noche anterior con Marja Pesec.

Dentro de lo que cabía, la inquietud de Iwan era más controlable, ya que él sabía a quién podía dirigirse una vez estuvieran en el país vecino. No tanto la ayuda que, efectivamente, podrían recibir, pero sí a quién pedirla. Svetlana, sin embargo, estaba completamente perdida. Y más que inquietud o incertidumbre, lo que le dominaba era una verdadera sensación de pánico.

- Es que no tenemos dinero polaco,– continuaba quejándose la chica– ni documentos, ni ningún lugar adonde ir..., yo ni siquiera hablo el idioma. ¿Qué vamos a

hacer?

- No te preocupes—. Trataba de tranquilizarla Iwan, a pesar de que él tampoco veía las cosas del todo claras—. Yo tengo contactos a los que podemos acudir. Trabajé con grupos clandestinos polacos durante varios años cuando vivía allí. Llegué a conocer en persona al líder de todos ellos, a Czerwiek. Fueron ellos quienes me dieron la dirección de tus tíos cuando me trasladé a Moscú. ¿Es que ya no recuerdas cómo nos conocimos tú y yo?

- Claro que me acuerdo, Iwan. ¿Cómo no lo voy a hacer?

- Tampoco hace tanto que me marché de Varsovia. Unos pocos años. Recuerdo de memoria varios teléfonos. Estoy convencido de que, si no todos, algunos de ellos seguirán siendo útiles.

- ¿Y el dinero? ¿Y los documentos? Y te repito, Iwan, yo no hablo polaco.

- El dinero se cambia. Tenemos rublos, que es una moneda mucho más cotizada que el zloty polaco. No será difícil que nos lo cambien. El tema de los documentos se solucionará en cuanto demos con nuestros contactos. Y lo del idioma..., eso es secundario. Tampoco hablas eslovaco, ni checo, y, en principio, nos dirigíamos a Checoslovaquia. Lo fundamental es tener contactos que nos ayuden. Y de eso tenemos, no te preocupes.

Svetlana no durmió demasiado bien aquella noche. Evidentemente, ver que Iwan se mostraba tan seguro de lo que debían hacer le relajaba. No le quitaba sus preocupaciones, pero sí que le relajaba. De hecho, el chico se quedó profundamente dormido nada más posar la cabeza sobre la almohada. Y aunque él tenía el don de desconectar de todo y dormir a pierna suelta toda la noche, fuera cual fuera la circunstancia, no dejaba de ser sintomático de su tranquilidad el poder hacerlo de nuevo en aquella ocasión. Pero ella no era así. Ella no tenía esa facilidad. Ella seguía dándole vueltas a todo en su cabeza y ni siquiera cuando logró aparcar a un lado sus incertidumbres acerca de lo que iba a pasar a partir del día siguiente consiguió relajarse lo suficiente como para poder dormir. Porque había otro tema que no dejaba de merodear por su cabeza continuamente. No era, ni de lejos, tan grave como el otro. No era algo a vida o muerte, pero le preocupaba. Después de aceptar las explicaciones de Iwan, no pudo evitar acostarse pensando en cómo todo el mundo les trataba como pareja y resaltaba su compenetración. Ella sabía que no eran pareja, obviamente, aunque disfrutaba mucho al oír esos comentarios. Pero Iwan no decía nada ni hacía el más mínimo gesto. Ella no era capaz ni siquiera de intuir qué pasaba por la mente de él cuando oía esas cosas. Necesitaba saber mucho más para sentirse algo más segura de lo que estaba haciendo. ¿Para qué acompañar a Iwan? Si verdaderamente fueran pareja, estaría todo meridianamente claro, pero no con aquella incertidumbre. ¿No estaría pecando de ingenua por enésima vez? Un sinnúmero de pensamientos encontrados bloqueaba su mente mientras miraba cómo el chico dormía profundamente, con su pelo lacio y negro totalmente revuelto y un gesto de enorme tranquilidad en el rostro.

¡Cuánto le quería! Le tenía allí, a su lado, compartiendo lecho con ella. ¡Qué situación tan extraña! Por tercera noche consecutiva, dormía junto a él, y en ningún momento había habido ni el más mínimo gesto o insinuación. Todo había discurrido con total naturalidad. La que siempre mantenía Iwan con ella. Como si todo fuera lo más normal del mundo. Con la de respuestas que ella necesitaba para poder siquiera plantearse esa conclusión. Y, sin embargo, a ella no dejaba de llamarle la atención el hecho de que él no se cansara de halagarla, de decirle que por nada en el mundo la dejaría sola, de insistirle en que nunca se habría metido en aquella aventura sin ella, de cogerle la mano y acariciarla, de besarle en la cabeza o en la mejilla. En definitiva, de darle un sinfín de muestras de cariño y afecto. Y ella sabía que lo decía y hacía con total sinceridad. Que no estaba fingiendo. Que le salía de dentro. Cuántas esposas o novias desearían aquello de sus maridos o parejas. Y, sin embargo, ella casi nunca tenía un gesto hacia él; y si alguna vez lo había tenido, él se lo había devuelto multiplicado por dos. Él hablaba continuamente de las cosas que iban a hacer juntos, de lo agradecido que estaba de que le acompañase, de que nunca se separarían... ¿sería su manera de decirlo todo sin entrar a fondo en el asunto? ¿O hablaba simplemente de su amistad? ¿Podría ser que, como ella no le trataba del mismo modo, por mera inseguridad, él no terminara de ver tampoco las cosas claras? Eso sí que sería irónico. Y, sin embargo, perfectamente posible. Se planteó la idea de hablar con él. Era la única manera de obtener respuestas: solicitándolas. Pero decidió no hacerlo inmediatamente. Al menos hasta que terminara aquello en lo que estaban inmersos. De todos modos, ya no había marcha atrás. Estaba metida hasta el tuétano en aquella aventura al lado de aquel chico. No había elección posible. Se trataba de seguir adelante o seguir adelante. De modo que decidió no preocuparse más porque no había nada que pudiera hacer. Continuaría como hasta entonces y ya tendría tiempo de hablar con él cuando hubieran salido del embrollo en el que estaban. Y ese fue el pensamiento que, finalmente, la tranquilizó. A partir de ahí, consiguió dormir.

Viernes, 17 de Febrero de 1984

Tras desayunar copiosamente y despedirse de Alina, Iwan y Svetlana cogieron las mochilas y, en compañía de Radek, partieron andando por el camino hacia el río que servía de frontera con Polonia. El coche quedó allí. Suponían que acabaría sirviendo de medio de transporte para otros, igual que les sirvió a ellos, aunque no era algo que les preocupara en manera alguna. De hecho, Iwan bendecía la idea de no tener que conducir más. Prefería mil veces andar, como estaban haciendo aquel día. El camino era muy bonito y el hecho de que hiciera un día soleado permitió que aquel paseo por la senda del bosque fuera de lo más agradable, dadas las circunstancias. Una vez llegaron a la orilla del río, y después de remontarlo unos cientos de metros, cruzaron el vado sin otro problema que no fuera tener que descalzarse, mojarse los pies, secárselos, ya en el lado polaco de la orilla, y volver a ponerse los zapatos. No encontraron a nadie a lo largo del camino hacia allí y tampoco lo hicieron durante el trayecto hasta el lugar donde Radek les dejó, con la localidad de Kizhir ya a la vista, a apenas un kilómetro de distancia.

Kizhir era una población muy pequeña, de casas viejas de piedra y calles de gravilla sin asfaltar. La gente estaba en el trabajo: los hombres en el campo y las mujeres en las casas, cuyas puertas, al tratarse de un día de sol, estaban abiertas de par en par. En la plaza, se había congregado cierto número de personas, esperando la llegada del camión del cosario. Según Radek, muchos de ellos serían sus compañeros de viaje hacia las diferentes poblaciones que atravesaba en su ruta. A Iwan le gustó la idea de que más gente hiciera el viaje. Así, pasarían inadvertidos.

- No tendréis problemas por el camino-. Les había dicho Radek antes de despedirse de ellos-. Mucha gente hace ese recorrido. Nadie os dirá nada. Además, por aquí no suele haber nunca policía. Es un sitio demasiado recóndito. Una vez en Dolniek, la cosa puede cambiar, pero que una pareja viaje en autobús con algo de equipaje camino de Rzeszów o algún otro lugar no es nada extraordinario. Espero que tengáis toda la suerte del mundo.

- Muchas gracias, Radek-. Le contestó Iwan, dándole la mano.

El camión del cosario llegó y la gente se congregó alrededor del mismo. Iwan y Svetlana se dispusieron a hacer lo propio. Svetlana estaba algo más tranquila que la noche anterior, aunque el hecho de no entender una palabra de lo que oía a su alrededor no ayudaba a la hora de mantener esa sensación. El problema principal no era tanto que no manejara el idioma, sino que, al no hacerlo, no podía controlar al cien por cien la situación, y para eso no había solución posible más allá de que Iwan le tradujera lo más importante. Pero no tenía más remedio que aceptarlo.

Cuando el camionero terminó su faena de carga y descarga, preguntó en voz alta a

quién se tenía que llevar aquel día. Varias personas, la mayoría con algo de equipaje, dieron un paso al frente y se dirigieron a la parte de atrás del camión, donde se encontraba aquel hombre. Pagaron el importe y fueron subiendo uno a uno, acomodándose entre los trastos. Svetlana y Iwan se pusieron los últimos en la cola y cuando les llegó el turno, fue el chico quien habló.

- Tenemos rublos, no zlotys-. Le dijo, ante lo que el camionero les miró con gesto de curiosidad-. Espero que no suponga un problema.

- ¿Problema? Ninguno. Podéis pagarme en rublos-. Dicho eso, aquel hombre cogió a Iwan de un brazo y lo apartó disimuladamente para hablarle fuera del alcance de los oídos del resto-. Es más, si tienes más dinero, yo estaría interesado en cambiártelo. El rublo se cotiza mucho por estos lares.

- Sí que tengo más-. Contestó el chico después de pensarlo un momento-. ¿Cómo lo podemos hacer?

- Ven conmigo.

El camionero se llevó a Iwan a la cabina de la camioneta y le invitó a subir. Svetlana, presa de los nervios porque no acababa de entender qué pasaba, tuvo que quedarse sola un momento, aunque lo hizo junto a la portezuela que el chico, por precaución, dejó abierta mientras estaba en el interior. No tardó demasiado, no obstante, en terminar. Un par de minutos después, bajó de la cabina y se dirigió a ella con una sonrisa.

- Me ha cambiado parte del dinero. La mayoría la seguimos teniendo en rublos, pero ya podemos manejarnos en ese sentido sin problemas. Una preocupación menos.

El trayecto hasta la localidad de Dolniek se les hizo eterno. Viajar en la trasera de un pequeño camión cargado de los más variopintos objetos, acompañados de una decena de personas, sin ver paisaje alguno por estar el remolque cubierto por una loneta y por aquella carretera en estado calamitoso fue algo parecido a una pesadilla. La gente permanecía callada todo el tiempo, como concentrándose en aguantar aquel suplicio. Iwan y Svetlana iban sentados juntos sobre unas cajas de madera. Él la sujetaba por la cintura porque sabía que la incertidumbre le estaba afectando especialmente y quería mostrarle cercanía. Y ella se sentía mucho mejor así. Jamás rechazaría el abrazo de Iwan, y menos en momentos como aquel, en el que, tanto física como mentalmente, no se encontraba nada bien.

El camión paró en varias poblaciones antes de llegar a Dolniek, lo cual fue muy de agradecer por el descanso que suponía. En cada una de ellas, todos los viajeros bajaban para que cargasen y descargasen. Había personas que se quedaban y otras que se incorporaban. Al menos, el clima estaba acompañando: hacía sol y la temperatura era agradable. La gente que viajaba con ellos parecía muy reservada. Nadie hablaba y no hacían más que mirar a un punto fijo. Iwan y Svetlana también permanecían callados. Él, como todos, mantenía la vista clavada al frente y abrazaba a su compañera; y ella, con la cabeza sobre el hombro de Iwan, miraba hacia abajo y

trataba de no pensar en nada. Así pasaron las horas, avanzando lentamente hacia el destino final, que no alcanzaron hasta cerca de las cuatro de la tarde. Los dos dieron gracias al cielo porque aquello hubiera terminado, pero en cuanto el dueño del camión desplegó la loneta que servía de cierre por la parte trasera del mismo y pudieron ver lo que había en el exterior, el mundo se les vino encima.

- Esto está lleno de policías-. Exclamó Svetlana en un susurro.

Iwan miró a un lado y a otro antes de bajar. Efectivamente, había muchos agentes uniformados en la plaza donde el camión había parado, aunque no tenían montado ningún control, sino, simplemente, deambulaban por allí con sus armas enfundadas. El chico agarró de un brazo a Svetlana para impedir que bajase inmediatamente y a continuación se dirigió a una señora que se encontraba justo detrás de ellos.

- ¿Sabe usted dónde podemos ir a comer algo?-. Le preguntó, al tiempo que la dejaba pasar. La señora, agradecida, hizo algo parecido a sonreír y contestó.

- ¿Ves aquella calle de allí enfrente? Si la coges y avanzas por ella, sales del pueblo. Pero justo al final de la misma, hay una cantina. Es un buen lugar para comer.

- Gracias, señora.

A continuación, y antes de bajar, tradujo las indicaciones a Svetlana.

- Vamos a salir del camión con seguridad, sin vacilar, sin mirar a ninguna parte, y nos vamos a dirigir directos hacia ese lugar. Que parezca que sabemos perfectamente adónde vamos.

- De acuerdo-. Asintió Svetlana, comprendiendo que el motivo por el que su compañero le decía eso era, ni más ni menos, intentar no llamar la atención.

Y fue justo así como lo hicieron. Un par de policías, un tanto sorprendidos, se quedaron observando cómo un grupo de personas se bajaba de aquel camión de mercancías, pero al ver que se dispersaba, yendo unos a un lado y otros a otro con total naturalidad, dejaron de prestar atención. Iwan y Svetlana avanzaron con decisión y paso firme y tomaron la calle que les dijo la señora, para recorrerla sin mirar atrás. Solo una vez lo hizo Iwan, cuando ya llevaban unos doscientos metros recorridos, para asegurarse de que nadie les estaba siguiendo. Y solo al ver que así era, consiguió relajarse un poco.

- ¿Qué vamos a hacer ahora?-. Preguntó Svetlana, en cuya mirada se observaba claramente el miedo que estaba pasando.

- No lo sé-. Tuvo que contestarle Iwan-. Por lo pronto, vamos a ir a la cantina y comeremos algo. Preguntaremos dónde está la pensión, aunque...

- Aunque qué...-. Le apremió Svetlana, casi al borde de la histeria.

- No sé si es normal que haya tanta policía en un sitio como este, pero estoy convencido de que no. Por tanto, debe haber alguna alerta, deben estar buscando algo o a alguien. Eso quiere decir que no sería raro que nos pidieran los papeles y...

- Y no tenemos papeles-. Fue Svetlana la que completó la frase mientras luchaba por no perder los nervios.

- No, aún no-. Concluyó Iwan-. Tenemos que tranquilizarnos y pensar cómo lo podemos hacer para pasar la noche y coger ese autobús mañana sin llamar la atención de nadie y sin que nos paren para identificarnos.

- Pues a mí, sobre la marcha, no se me ocurre nada.

- Claro. Sobre la marcha, a mí tampoco. Por eso tenemos que tranquilizarnos antes de pensar.

La cantina estaba llena de gente, lo cual era una buena noticia porque, de ese modo, era más fácil pasar desapercibidos. No obstante, consiguieron hacerse con una mesa y no tardó en atenderles un joven camarero, que les mostró una agradable sonrisa.

- Dos menús, supongo.

- Sí, exacto, dos menús-. Respondió Iwan, devolviéndole el gesto-. Y no traiga vino, mejor agua, ¿no, querida?- Preguntó, dirigiéndose a Svetlana-. Esta, a pesar de no entender una palabra, asintió con la cabeza y sonrió. Era algo que habían ensayado el día anterior. Cuando él se dirigiera a ella en tono de pregunta, debía responder con ese gesto. De esa manera, disimularían el hecho de que ella no hablaba apenas ninguna palabra en polaco. Era una forma más de no llamar la atención. Porque sus vidas podían depender de eso. De no llamar la atención. Y, para conseguirlo, no era buena idea que alguien supiera que ellos eran extranjeros.

Minutos más tarde, el joven camarero volvió con los platos y los posó sobre la mesa. A continuación, hizo el ademán de marcharse, pero se dio la vuelta y les volvió a sonreír antes de decirles algo.

- No son ustedes de aquí, ¿verdad?- Les preguntó-. Quiero decir, no son ustedes polacos. Tiene usted un acento peculiar, pero no logro adivinar de dónde es.

Iwan sonrió mientras trataba por todos los medios de pensar algo sobre la marcha para contestar, decidiendo, finalmente, contar parte de la verdad sobre sí mismo.

- Yo soy eslovaco-. Le dijo-. Nací en Kosice, pero llevo desde los nueve años viviendo en Varsovia.

- Ah, eslovaco-. Exclamó aquel chico, volviendo a sonreír-. Ya decía yo, no me suelo equivocar con estas cosas. ¿Y usted?- Le preguntó directamente a Svetlana, la cual, tragándose su miedo, sonrió con amabilidad.

- Lo siento-. Dijo en polaco, señalándose la garganta y fingiendo una afonía. Eso también lo habían ensayado.

- Oh, perdón-. Se disculpó el camarero-. Vaya, siento que no se encuentre bien. ¿Y qué hacen aquí, en un lugar tan recóndito?

- Hemos venido a visitar a unos familiares-. Contestó Iwan, que cada vez estaba más inquieto. No entendía a qué venían tantas preguntas y no le gustaba nada la situación.

- ¿Ah, sí? ¿Y cómo se llaman? Aquí nos conocemos todos.

- ¿Eres policía o algo por el estilo?- Le preguntó entonces Iwan, forzando un tono de broma que provocó la carcajada de aquel chico.

- No, no, para nada—. Le respondió sin dejar de reír—. Disculpa mi atrevimiento. Soy demasiado entrometido.

- Es que he visto a tanto policía por aquí que ya no sé qué pensar—. Siguió bromeando Iwan, decidiendo sobre la marcha que era buen momento para intentar averiguar algo de lo que se estaba cociendo en aquel lugar—. ¿Sabes qué está ocurriendo? No creo que sea normal que haya tantos en un lugar como este.

- Están buscando a un par de rusos, se supone que peligrosos, que pueden haber cruzado la frontera. Nos han dicho que estemos atentos y que les digamos si vemos algo sospechoso. Pero no nos han dicho nada de eslovacos ni de polacas afónicas. No tenéis por qué preocuparos.

Iwan y Svetlana dieron cuenta con parsimonia de la comida que les habían servido. Y lo hicieron con gran esfuerzo, porque lo que aquel camarero les había contado les quitó el hambre por completo, aparte de multiplicarles la inquietud y el miedo.

- Nos están buscando a nosotros—. Se lamentó Svetlana en un susurro, a lo que Iwan no fue capaz de decir que no.

- No tiene por qué, pero sí, es probable—. Fue lo que pudo contestar—. Pero no lo entiendo. ¿Cómo es posible?

- Ilena habrá contado algo—. Supuso la chica. Iwan puso gesto de extrañeza.

- ¿Contado qué? ¿Qué ha podido haber dicho para que nos busquen en Polonia? Todavía en la Unión Soviética..., ¿pero aquí?

- No lo sé Iwan. Pero es demasiada casualidad. No sé por qué, pero nos están buscando. O al menos, cabe esa posibilidad. Deberíamos actuar como si fuera así. Sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos papeles.

- En eso estamos de acuerdo—. Concluyó Iwan—. ¡Joder! Eso quiere decir que no podemos ir a la pensión. Será el primer lugar que tengan controlado. Tendremos que buscar un sitio donde pasar la noche. Alguna casa abandonada, se me ocurre.

- Y tampoco podemos arriesgarnos a coger el autobús mañana—. Continuó razonando Svetlana—. Demasiada suerte hemos tenido con que no pararan a la gente que se bajó del camión.

- Igual podríamos cogerlo de vuelta y deshacer el camino—. Propuso Iwan—. Hacer algo que vaya en contra de la lógica, de lo que ellos supongan que podamos decidir.

- ¿Y adónde iríamos?

- A casa de los Widelka, claro. Nos esconderíamos allí. Ellos tienen contacto con los de arriba. Podríamos esperar un tiempo a que las cosas se serenasen mientras elaboramos un plan un poco más serio.

- Pero les meteríamos en un follón considerable, cuando no tienen culpa de nada.

- ¿Y qué quieres? ¿Dar la vida por la seguridad de unos desconocidos? Tenemos que pensar en nosotros mismos, Sveta, no en los demás—. La chica agachó la cabeza y aceptó que su compañero tenía razón.

- Parece arriesgado, pero no más que coger el autobús.

- De todos modos, no decidamos ahora. Tenemos la tarde y toda la noche para seguir pensando. Es bueno tener ya una idea, pero hay que seguir pensando. Ahora debemos irnos. Busquemos un refugio.

Ya era de noche cuando comenzaron a dar vueltas por las calles de aquella población, que a esas horas estaban prácticamente desiertas. No sabían adónde ir porque no conocían el lugar. La idea de encontrar una casa abandonada era buena, pero ¿cómo saber si cualquiera sospechosa de estarlo lo estaba efectivamente o no? Iwan trataba por todos los medios de que el miedo no le bloquease, consciente, además, de que era justo eso lo que le ocurría a su compañera, que llevaba un rato sin abrir la boca. Recorrían una calle tras otra, buscando algún lugar donde parar, pero no encontraban nada acorde con lo que necesitaban. De cuando en cuando, alguno de ellos miraba hacia atrás para asegurarse de que nadie les seguía. Y nadie lo había hecho hasta entonces, pero, en un momento dado, vieron la silueta de un policía, a lo lejos, que parecía mirar hacia donde ellos se encontraban, lo cual les obligó a virar en seco para entrar en una bocacalle de la vía por la que estaban transitando. Avanzaron por ella con decisión y, momentos más tarde, el chico se giró para observar.

- ¡Mierda!- Exclamó-. No te gires, Sveta. Sigue avanzando. Creo que el policía nos está siguiendo.

Siguieron caminando con paso firme, cambiando de calles y mirando hacia atrás cada tanto. Efectivamente, el policía les estaba siguiendo a cierta distancia. No les daba el alto, pero tampoco les dejaba. El miedo que sentían en ese momento era atroz. Ahora sí, Iwan tenía la mente completamente bloqueada y toda su atención se centraba en encontrar algún lugar, el que fuera, donde poder ocultarse y dar esquinazo al agente. Pero no lo encontraban. Parecía imposible hacer algo así y la capacidad de pensar se les había esfumado. A Svetlana, hacía ya rato. A Iwan, desde el momento en el que supo que alguien les seguía. Y cuando ya comenzaban a plantearse la idea de resignarse a buscar una excusa que dar a aquel policía, con la lejana esperanza de que les dejara en paz, oyeron el susurro de una voz que les sacó de su agarrotamiento.

- Aquí, venid-. Les decía. Iwan giró la cabeza y vio, escondida tras una esquina, la silueta de alguien que les hacía gestos con el brazo para que se acercasen-. Venid, rápido.

Tras un instante de vacilación, Iwan reaccionó y, tirando del brazo de Svetlana, se dirigió hacia el lugar donde les indicaban y reconoció al camarero de la cantina en cuanto se acercó lo suficiente para verle el rostro.

- Vamos, entrad aquí, corred-. Les dijo, señalando una puerta entreabierta. Sin dudarlos, hicieron lo que les decía. El chico entró tras ellos y cerró la puerta con sigilo-. Agachaos, ahí, debajo de la ventana.

Svetlana se acurrucó en el suelo, sentada, mirando hacia abajo, pero Iwan y el camarero se asomaron con cuidado para ver cómo el policía pasaba por delante, avanzaba unos pasos, retrocedía, se paraba a mirar a un lado y a otro y, finalmente, se

marchaba. Los dos chicos resoplaron aliviados entonces y se sentaron en el suelo, junto a la otra, a continuación.

- Llevo un buen rato siguiéndoos-. Les dijo entonces el camarero-. Me parecisteis sospechosos desde el principio y como os fuisteis de la cantina a la vez que yo terminaba mi turno, decidí comprobar si estaba en lo cierto. Y lo estoy, ¿verdad?

- ¿Qué quieres de nosotros?– Le preguntó Iwan con un angustioso tono de voz.

- Nada, nada, solo ayudaros-. Se apresuró a contestar el otro-. Disculpad, no me he presentado. Me llamo Marcin. Veréis, yo..., no sé cómo explicaros. Yo estoy en contra del régimen, del sistema. No puedo hacer nada contra él, pero me encantaría. Odio a la policía, odio que tomen el lugar donde vivo para buscar a gente por pensar de cierta manera, cuando, seguramente, piensen igual que yo. No sé qué pasa con vosotros, cuál es vuestro problema, pero no tenéis pinta de ser malas personas. Estáis huyendo, tendréis vuestros motivos, pero si respondéis correctamente a una pregunta que os voy a hacer, os puedo sacar de aquí.

- ¿Una pregunta?– Repitió Iwan, entre hastiado y extrañado-. ¿Qué pregunta?

Marcin se puso en pie entonces, cerró las cortinas, encendió una luz y se sentó sobre el apoya-brazos de un sillón que había en la sala de estar donde se encontraban.

- ¿Huis por asuntos políticos?

- ¿Por asuntos políticos?– Volvió a repetir Iwan. El camarero no dijo nada y se le quedó mirando. Entonces, el otro comprendió a qué se refería y respondió-. No somos ladrones, ni criminales ni nada por el estilo. Nosotros también odiamos el sistema y huimos de él. Nos han obligado a huir de él. Sí, huimos por asuntos políticos.

- Perfecto. Lo suponía. Y ni tú eres eslovaco, ni ella es polaca y apuesto a que ni siquiera está afónica.

- Ahí te equivocas-. Replicó Iwan, ya bastante más relajado-. Yo sí soy eslovaco. Y sí que me fui a Varsovia con nueve años, como te dije. Lo que no te dije fue que después me trasladé a Moscú y que es de allí de dónde venimos. Efectivamente, ella, ni es polaca ni está afónica. ¿Hablas ruso?

- Sí-. Contestó Marcin en ese idioma-. Mejor o peor, casi todo el mundo en Polonia habla ruso.

- Pues utilicemos el ruso a partir de ahora, porque ella no se entera de nada si hablamos en polaco.

- De acuerdo.

En ese momento, se hizo un silencio incómodo en el que unos y otros se miraban, como escudriñándose, sin acabar de decidir qué hacer o qué decir a continuación. Finalmente, pasados unos segundos, fue Iwan el primero en reaccionar, deseoso de reducir, en la medida de lo posible, esa incertidumbre que les estaba matando.

- ¿En esta casa tenéis teléfono?– Preguntó, a lo que Marcin contestó de manera inmediata.

- Sí, sí, por supuesto. Está ahí, en la habitación de al lado. Puedes usarlo si lo

necesitas.

- Tengo que llamar a alguien para que nos aclare qué podemos hacer a partir de ahora. Decías antes que nos puedes sacar de aquí, ¿verdad?

- Sí-. Respondió Marcin-. Pero antes necesito saber qué queréis hacer. Adónde pretendéis ir. Puedo ayudaros, pero, para eso, tengo que saber más.

- De acuerdo-. Aceptó Iwan-. Deja que llame por teléfono y, con suerte, en unos minutos, todos tendremos las cosas más claras.

La habitación en la que Marcin tenía el teléfono era una especie de despacho, o sala de estudio, con estanterías llenas de libros, diferentes objetos decorativos y una mesa de escritorio, ante la cual se sentó Iwan.

- ¿Tienes papel y bolígrafo?-. Le preguntó al camarero mientras echaba mano al teléfono, a lo que este reaccionó de momento, dándole lo que le pedía.

Con gesto serio y concentrado, Iwan marcó un número y esperó a que contestaran, aunque, pasados unos instantes, al ver que nadie lo hacía, colgó el aparato e hizo la misma operación con un segundo. El resultado fue el mismo y no tuvo más remedio que intentarlo con un tercero. Tampoco obtuvo respuesta. Iwan resopló entonces y en su rostro se adivinó una mueca de preocupación. Trató, no obstante, de no ponerse nervioso. Que no contestaran a los teléfonos no tenía que significar, necesariamente, que no estuvieran operativos. Sobre todo teniendo en cuenta que no era la mejor hora para llamar a nadie. Por un momento, se planteó la posibilidad de dejarlo todo para por la mañana y dedicar las siguientes horas a relajarse y descansar, algo que necesitaban imperiosamente si querían aclarar la mente después de un día tan tremendamente complicado. Sin embargo, decidió intentarlo de nuevo con el último número que recordaba de memoria y, en este caso, el resultado sí que fue satisfactorio.

- El tiempo pasa y no podemos hacer nada para evitarlo-. Fue lo primero que dijo Iwan cuando descolgaron del otro lado. Era la primera frase de un santo y seña que utilizaban cuando él vivía en Polonia.

- Y, sin embargo, la vida parece detenerse cuando miro a los ojos de ella-. Contestó alguien de inmediato a continuación.

- ¿Pawel Jankow?

- Sí, soy yo...

- Pawel..., soy Iwan Smalek-. Desde el otro lado de la línea, se hizo el silencio durante unos segundos, que a Iwan se les hicieron eternos, hasta que, finalmente, hubo una reacción.

- Iwan, amigo mío, qué sorpresa. ¿Cómo estás? En la vida me hubiera imaginado recibir hoy esta llamada.

- Ahora mismo, daría lo que fuera por sentarme contigo a tomar unas cervezas y contarte mi vida, pero, desgraciadamente, te llamo porque estoy en un serio aprieto y necesito ayuda.

- Pero ¿dónde estás? ¿Qué puedo hacer por ti?

Iwan explicó a su amigo Pawel la situación, aun a grandes rasgos, mientras el otro escuchaba con atención. Hizo especial hincapié en que era dos personas las que estaban atrapadas y que su mayor problema, más incluso que sospechar que les estaban buscando a ellos, era que no tenían documentos polacos y que estarían perdidos en el caso de que la policía les parase para identificarles. Pawel no era más que un colaborador que la organización tenía en Polonia, al igual que lo era Iwan en su día. Vivía en Varsovia, muy lejos de donde ellos se encontraban en esos momentos, con lo que le sería imposible prestarles ayuda de manera directa. Sin embargo, tenía forma de contactar con quien sí que podía. Con quien sí que tenía medios para hacerlo. Y ese era el motivo por el que Iwan le había llamado.

- Dame media hora para hacer un par de llamadas y llámame tú de nuevo pasado ese tiempo-. Le dijo Pawel con convencimiento-. No te preocupes, que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para arreglar vuestra situación.

Iwan esperó cuarenta y cinco minutos antes de volver a contactar con su antiguo compañero. Durante ese tiempo, estuvieron hablando con Marcin acerca del modo en que este podía hacer que salieran de allí, a pesar de los controles de la policía.

- El repartidor que nos suministra los pedidos para la cantina es amigo mío-. Les explicó el chico-. Conduce un camión y reparte a establecimientos situados a bastantes kilómetros a la redonda. Él y yo hacemos... negocios de vez en cuando. Ya sabéis, contrabando de cosas, compramos, vendemos..., en fin. Es alguien de confianza, todo el mundo le conoce en esta zona desde hace mucho tiempo y... si estáis dispuestos a pagarle, os puede sacar de aquí.

Iwan miró a Marcin con gesto de desconfianza. Al final, era todo cuestión de dinero, nada de altruismo o de defender causas perdidas, aunque eso era algo que había supuesto desde un principio y no le importaba especialmente. Lo que más le preocupaba era ponerse en manos de unas personas a las que no conocía de nada y de las que no tenía ni idea de si eran de fiar o de si de verdad tenían la capacidad de lograr que unos fugitivos burlasen la vigilancia policial. No obstante, eso era pensar por pensar, ya que no tenían otra opción más que esa: que ponerse en sus manos. Eso, o que Pawel le diese unas noticias extraordinarias en cuanto volviera a telefonearle, cosa de lo que dudaba tanto que, en verdad, no contaba con ella.

- ¿Tenéis la posibilidad de llegar a Rzeszów?-. Le preguntó este último cuando le tuvo de nuevo al otro lado de la línea telefónica. Iwan repitió la pregunta en voz alta y mirando a Marcin, a lo que este contestó asintiendo con la cabeza.

- Sí-. Respondió Iwan lacónicamente.

- Pues apúntate esta dirección y este teléfono y memorízalos. Es un refugio de la organización-. Le dijo, para a continuación dictarle la información-. Miroslaw, un hombre de Czerwiek, os estará esperando. Utiliza el mismo santo y seña que has empleado conmigo. Él ya sabe de vosotros y se encargará de todo a partir de entonces. Ya sabes, como de costumbre. Es todo lo que te puedo decir. Lamento no poder

ayudarte más.

- No digas tonterías, Pawel—. Le dijo entonces Iwan—. Me has dado la vida y te lo agradezco en el alma. Ojalá algún día te lo pueda devolver.

- Ojalá algún día nos tomemos esas cervezas, pero por el placer de tomarlas, no por devolver nada.

- Cuenta con ello, amigo.

Lo primero que hizo Boris cuando colgó el teléfono fue mirar la hora. Eran las siete de la tarde, aunque si le hubieran dicho que era ya de madrugada, se lo habría creído. Se le estaba haciendo eterna la jornada. Llevaba todo el día sentado en aquella mesa, en medio de una sala prácticamente vacía del edificio Lubianka. La mayoría de sus compañeros estaban fuera, haciendo labores de vigilancia en las calles, lo mismo que había estado haciendo él hasta que, la tarde anterior, su jefe directo, el mayor Petrovski, les había asignado a él y a su compañero Fiodor Kovalev una tarea bien diferente: la de organizar un operativo para la búsqueda de dos personas a lo largo de buena parte la frontera oeste de la Unión Soviética. Y llevaban todo el día, junto a su superior directo, atendiendo llamadas procedentes de los más variopintos lugares y filtrando la información que les daban. Información totalmente irrelevante en todos los casos, lo cual hacía insufrible aquel trabajo tan aparentemente importante. Sin embargo, lo que le había dicho aquel policía que le acababa de llamar desde la localidad polaca de Dolniek sí que tenía bastantes visos de ser útil. Especialmente porque aquella localidad se encontraba en una de las zonas a las que tenían que estar más atentos.

Boris Komarov era uno de los oficiales más prometedores con los que contaba la policía secreta soviética. Se trataba de un joven alto, flacucho y de pelo rubio, el cual llevaba siempre revuelto y despeinado, muy en consonancia con su aspecto descuidado y desgarrado. Apenas tenía veintiséis años, pero, a pesar de su juventud, podía presumir de una hoja de servicios, aparte de intachable, cada vez más extensa y plagada de éxitos y reconocimientos. Sabía que ese era el motivo por el que había sido elegido para esa misión, y eso le enorgullecía. Pero la paciencia no era la mayor de sus virtudes, y aquel día había estado moviéndose entre el hastío y la impotencia por tener que trabajar tanto para no obtener resultados. No obstante, en ese momento, estaba comprendiendo que la perseverancia suele llevar al éxito y que merecía la pena atender decenas de llamadas inútiles si, finalmente, una de ellas servía para dar un paso de gigante en la investigación.

Después de concederse unos segundos de respiro para procesar la información que acababa de recibir, levantó la mano y llamó al mayor Alexander Petrovski, que estaba sentado en la mesa que se encontraba justo delante de él, la cual estaba orientada para poder verse las caras simplemente levantando las cabezas. A su lado estaba su

compañero Fiodor. La disposición de las mesas no era aleatoria, ya que, situadas de esa forma, los tres podían trabajar y compartir la información que iban recibiendo sin necesidad de moverse, y así aprovechar el tiempo de mejor manera.

- Me acaban de contar algo que puede ser de mucho interés-. Les dijo, con ese aire de petulancia que le caracterizaba, obteniendo inmediatamente la atención de su compañero y su superior.

- Adelante, Boris-. Le animó Alexander-. ¿De qué se trata?

- Un policía que se encuentra ejerciendo la vigilancia en la localidad polaca de Dolniek ha estado hablando con alguien que lleva y trae a personas y mercancías por aquella zona. Por lo visto, este mediodía, ha llevado en su camión, entre otra mucha gente, a una pareja joven: un chico moreno de pelo lacio y una chica rubia de pelo rizado. He recibido infinidad de informaciones semejantes a lo largo del día, pero esta, en concreto, tiene una particularidad-. Boris hizo una pausa en ese momento. Le gustaba hacerlo así cuando sabía que tenía acaparada por completo la atención de sus interlocutores.

- Vamos, Komarov, no te hagas el interesante-. Le apremió el mayor, que conocía perfectamente el carácter de su subalterno-. Continúa.

- Bien, de acuerdo. Resulta que ese chico alto, moreno y de pelo lacio le ha cambiado una importante cantidad de rublos por zlotys polacos, lo cual ha llamado la atención de ese transportista. Y como estaba avisado por la policía para que informase de cualquier cosa sospechosa que viese, pues se ha comportado como un ciudadano modélico y ha advertido de algo tan llamativo como esto.

El mayor no hizo caso del tono sarcástico con el que Boris había relatado lo ocurrido y observó, pensativo, el mapa que había sacado y ya tenía delante de él.

- Dolniek...- Murmuró en voz alta, para a continuación quedarse callado mientras pensaba. Observó detenidamente el nombre de las poblaciones cercanas a la frontera en esa zona. Se fijó con interés en la parte ucraniana y una de ellas le llamó poderosamente la atención-. Tibrozne...- Pensó-. Widelka..., serán cabrones-. Aleksei conocía perfectamente a Radek Widelka porque era uno de los contactos de la red clandestina que él lideraba, pero se suponía que Iwan y Svetlana, no-. ¿De qué le van a conocer ellos?- Seguía pensando, sin hacer caso del modo en que sus subordinados le miraban, impacientes. Efectivamente, esos dos chicos no tenían por qué conocerles, pero era una casualidad descomunal que dieran la impresión de haber aparecido en una zona tan cercana a ese paso fronterizo tan recóndito y que él conocía tan bien. Y él no creía en casualidades, y mucho menos en las descomunales. Sí era probable que le conociera Igor Pesec, ya que en más de una ocasión había escondido a gente a la que tuvo que dar las instrucciones pertinentes para que continuaran su ruta camino de aquella pequeña localidad fronteriza. Y una idea descabellada se le ocurrió en ese momento. Una idea que, de confirmarse, le sumiría en el mayor enfado que se hubiera agarrado en todos los días de su vida-. No puede ser que todos me estén engañando de

esta manera tan miserable—. Pensó para sí, antes de levantarse de la mesa.

- Disculpadme—. Se dirigió a sus subordinados—. Tengo que ir al despacho a hacer una llamada. Será cuestión de pocos minutos. En cuanto vuelva, seguimos hablando de este asunto.

Y dicho eso, recorrió los escasos metros que separaban la mesa en la que llevaba trabajando todo el día de la puerta de su despacho, la atravesó y cerró. Una vez dentro, se sentó en su mullido sillón, mucho más cómodo que la silla que llevaba horas ocupando, y trató de relajarse, respirando hondo durante un par de minutos. Luego, se secó el sudor de la frente, agarró el teléfono y marcó el mismo número por enésima vez en el último día y medio. El resultado fue el mismo. No respondían, lo cual le parecía desconcertante.

- ¿Dónde se habrá metido este hijo de puta?— Murmuró, pensando en Igor Pesec, al tiempo que golpeaba la mesa con furia con el puño.

Efectivamente, había llamado a Igor en repetidas ocasiones desde el día anterior. Quería saber si Iwan y Svetlana habían aparecido por allí, aunque fuera mucho más tarde de lo previsto. Era consciente de que tal cosa era más que improbable, pero quería descartarla por completo. Sin embargo, desde aquella ocasión en la que el propio Igor le había llamado al hotel de Briansk el día anterior por la mañana, no había podido contactar con él, lo cual era inaudito, ya que al menos su mujer solía estar siempre en casa. Era como si hubiesen desaparecido, y toda la situación que se estaba creando le parecía desconcertante, aparte de mosquearle una barbaridad. Le parecía extraño que Iwan y Svetlana no aparecieran por las inmediaciones de Kiev. Le parecía una casualidad tremenda que se les pudiera haber localizado en un lugar tan cercano a la casa de los Widelka. Y le parecía rarísimo que los Pesec no dieran señales de vida. Y lo peor era que, juntándolo todo, lo que resultaba era algo así como si los Pesec le hubieran mentido, hubieran recibido a los dos chicos y, en vez de enviarles a Checoslovaquia, como estaba previsto, y de llamarle a él para poder detenerles, como les había ordenado, les hubieran mandado con los Widelka, por su cuenta y riesgo, para que atravesaran la frontera por allí. No entendía las razones por las que los Pesec hubieran podido hacer algo así. No tenía ni idea, pero lo cierto era que las cosas tenían toda la pinta de haberse producido de ese modo.

Aquello era algo que le producía un enfado gigantesco, pero concentró todos sus esfuerzos en calmarse y pensar. Enfadarse no valía para nada. Lo que tenía que hacer era aclarar las cosas y ponerse manos a la obra, ya concentrando toda su atención en la zona en la que aquellos dos chicos parecían encontrarse. Y para aclarar las cosas, lo mejor que podía hacer era, sin duda, llamar a Radek Widelka.

- Yo no tengo ni idea de nada, como debe ser—. Le decía Radek, una vez Aleksei le pidió explicaciones acerca de por qué acogió a aquellos dos chicos. Porque Radek no tuvo ningún problema en reconocer que les acogió, a pesar de las recomendaciones que recibió de Igor, de igual manera que había acogido a otras personas con anterioridad—.

Yo recibí una llamada de Pesec, como tantas otras veces, y no pregunté más. Les alojé y les ayudé a cruzar la frontera. Es todo. Aparte, el vehículo en el que vinieron está aquí, a buen recaudo. Podéis venir a recogerlo cuando queráis. ¿Hay algún problema?

Aleksei respiró hondo y, esta vez sí, se relajó completamente. El enfado seguía ahí, pero ya no copaba sus sensaciones. Ya era dueño de ellas otra vez. Por supuesto, creía en lo que le decía Radek. Sabía que era sincero, al revés que Pesec, que no daba señales de vida y eso debía ser por algo. Pero Radek se comportaba con naturalidad. No era más que un medio para el engaño, pero no el que engañaba. De modo que, tras decirle que se podía quedar con el coche como pago por los servicios prestados, se despidió de él y sonrió. Ya tenía localizados a Iwan y Svetlana, lo cual era una noticia tan magnífica que ningún enfado, por fuerte que fuera, podía hacerle sombra. Era el momento de entrar en acción. Tenían que cercar la localidad, evitar que nadie saliera de ella sin ser identificado e interrogar a los vecinos. Alguien tenía que saber algo. Se trataba de una población pequeña en la que cualquier forastero llamaría la atención. Alguien tuvo que ver a unos desconocidos deambulando por allí. Si además aportaban una descripción, raro sería que no dieran con ellos en muy poco tiempo. Aun así, por si acaso, Aleksei decidió ir un poco más allá. Sabía a quién tenía que llamar para averiguar dónde se encontraba el refugio más cercano a Dolniek del que disponía la organización de Czerwiek en Polonia. Fue Czerwiek quien envió al individuo que detuvieron durante la operación Pandora. Fue Czerwiek con quien trabajó Iwan durante sus años en Polonia. Y sería alguien cercano a Czerwiek con quien contactaría este una vez de vuelta a dicho país, por lo que sería a ese refugio adonde más probablemente se dirigiría, caso de ser capaz de saltarse el cerco que iban a poner en Dolniek. Y, efectivamente, le bastó una llamada para averiguar que ese lugar se encontraba en la ciudad de Rzeszów. Le era imposible conocer la dirección, a tanto no llegaban sus contactos ni tampoco se lo hubieran dicho, caso de saberlo, por motivos obvios de seguridad, pero sí que pudo averiguar la ciudad donde se encontraba. También allí tenían que reforzar la vigilancia. No se trataba de algo complicado. Polonia era un país satélite de la URSS y la KGB tenía total capacidad para llevar a cabo allí operativos de ese estilo sin ningún tipo de problema. Bastaba con organizarlos y emitir las órdenes correspondientes. Aleksei volvió a sonreír e hizo el ademán de levantarse del sillón para regresar con sus subordinados, pero antes volvió a descolgar el teléfono para llamar a una de las comisarías de Kiev, darles los datos de los Pesec y pedirles que fueran a su casa para que, caso de encontrarles allí, les detuvieran.

- De mí no se ríe ni mi puta madre-. Murmuró mientras colgaba el teléfono.

Y, entonces sí, se levantó del sillón, salió del despacho y se volvió a sentar enfrente de Boris y Fiodor.

- Muy bien, chicos, pongámonos en marcha.

CAPÍTULO 5

Sábado, 18 de Febrero de 1984

Iwan no durmió bien aquella noche y era bien temprano por la mañana cuando decidió no dar más vueltas en la cama, resignarse a no conciliar más el sueño y quedarse boca arriba, inmóvil, pensando en todo eso que se traían entre manos. Ciertamente, Marcin les salvó la vida permitiéndoles permanecer en la casa en la que les había ocultado. La tarde anterior, cuando ya se supieron a salvo, estuvieron charlando y les contó que pertenecía a su abuela, la cual no se encontraba allí en esos días, ya que estaba visitando a una de sus hijas que vivía en una población cercana.

- Lo hace de vez en cuando-. Les explicó-. Y durante unos cuantos días, no dormiré aquí. Yo, sin embargo, tengo que hacerlo en casa de mis padres porque es donde vivo y, dadas las circunstancias, no es conveniente comportarse de un modo diferente al habitual, para no despertar sospechas. Pero vosotros podéis pasar la noche aquí. No hay ningún problema. Luego hablaré con mi amigo el repartidor y mañana a primera hora, antes de ir a trabajar, vendré y os explicaré qué podemos hacer.

No fue una noche agradable para ninguno de los dos, aunque Svetlana sí que había conseguido coger el sueño y yacía a su lado completamente dormida. Sin embargo, eso no había sido así durante todo el tiempo. Ni mucho menos. De hecho, de madrugada, habían pasado un largo rato hablando acerca de la situación en la que se encontraban.

- No me fío nada de esta gente-. Le había dicho Iwan en esas horas muertas que tuvieron que pasar tratando de descansar, aunque sin apenas poder hacerlo.

- Pues no tenemos otra opción que hacerles caso-. Se lamentó la chica-. Sea como sea, ahora mismo, estamos muchísimo mejor que como nunca me podría haber imaginado por la tarde. Yo ya me veía detenida por la policía o muriéndome de frío al raso.

- Y tratando de volver a la Unión Soviética mañana por la mañana-. Apostilló Iwan-. No cabe duda de que tienes razón, pero yo, hasta que no estemos con el hombre de Czerwiek, que es en quien de verdad confío, no podré estar un poco más tranquilo. Tenemos que permanecer alerta. Hay que salir de aquí como sea.

Iwan y Svetlana se encontraban en la cocina desayunando cuando Marcin apareció por la casa de su abuela con esa sonrisa confiada que tenía el día anterior, cuando les atendió en la cantina, pero que perdió por completo más tarde, por la noche, cuando consiguió ocultarles y permitirles escapar del policía que les estaba siguiendo. Eso era buena señal, al menos así lo pensó Iwan, ya que suponía que aquel chico debía encontrarse mejor porque habría recibido buenas noticias de su amigo, el que les podría sacar de aquel lugar en su camión de reparto.

- He hablado con él por teléfono—. Les explicó, refiriéndose a este último—. Hoy lleva el camión cargado hasta arriba, lo cual es algo magnífico porque así será más fácil ocultaros detrás.

- ¿Ocultarnos detrás?— Repitió Iwan con gesto de desconfianza—. ¿Ocultarnos dónde?

- Entre la mercancía. Muchas veces, hemos escondido cosas de ese modo. Riesgo siempre hay, pero es mucho mejor que ir a la vista.

- No es lo mismo ocultar objetos que personas. Y mucho menos cuando a esas personas las están buscando.

Marcin respiró hondo y lanzó a Iwan una mirada de comprensión. Era evidente que tenía toda la razón del mundo.

- No olvides que nosotros también nos arriesgamos—. Le dijo entonces—. El que lleva el camión, por motivos obvios; y yo, por lo que pueda él contar, caso de que os descubriesen. Pero en estos dos días que llevamos rodeados de policías, lo que hemos visto es mucha vigilancia, pero nada más. Si os ocultáis bien, tendrían que descargar el camión por completo para dar con vosotros. Y eso es algo que no están haciendo. No tienen desplegada a tanta gente como para dedicarse a un trabajo tan minucioso. Al menos por esta zona—. Iwan le miraba fijamente, sin decir nada de palabra, pero expresando con su gesto el hecho de que no confiaba del todo en lo que les estaba proponiendo—. Riesgo siempre hay—. Insistió el otro—. Pero ten en cuenta también que se trata de alguien muy conocido en esta zona, que ese camión circula por aquí todos los días, que le han parado cientos de veces y que mi amigo, incluso, conoce a muchos de los policías que están destinados en esta región, precisamente por eso: porque ha pasado por un sinnúmero de controles. Hay veces que, cuando le ven, hasta le dejan pasar sin pedirle papeles porque ya saben de quién se trata. Te vuelvo a repetir, riesgo siempre hay, pero pocas opciones vas a encontrar en las que este sea tan pequeño.

Y no era solo que no hubiera pocas opciones mejores. Es que no había ninguna más.

De repente, una serie de golpes y voces altisonantes provenientes de la calle les sobresaltaron. Marcin se levantó de inmediato de la mesa de la cocina para ir a toda prisa al otro extremo del pasillo, donde se encontraba la puerta de entrada y las ventanas que daban a la calle. Iwan y Svetlana le siguieron, unos pasos por detrás, pero se detuvieron de golpe cuando el otro, que observaba el exterior, oculto tras las cortinas, les pidió que lo hicieran con un gesto con la mano.

- Hay mucha policía—. Les informó en voz baja—. Se han dividido por grupos y están registrando casa por casa.

Iwan resopló e hizo una mueca.

- Era de esperar—. Se lamentó—. Ayer nos vieron desaparecer por esta zona y estarán buscándonos.

- Pero, ¿qué coño habéis hecho para que os busquen con tanta insistencia?— Preguntó Marcin, desconcertado. Iwan se pasó la mano por el pelo y negó con la cabeza.

- No lo sabemos ni nosotros—. Respondió—. Somos víctimas colaterales. Lo gordo lo hicieron otros. No sabemos qué, pero fueron otros. Nosotros, simplemente, estamos en medio.

Marcin le miró con cara de no comprender nada, pero no insistió. Volvió a mirar por la ventana un par de segundos y a continuación se apartó de ella y comenzó a dar instrucciones.

- Se aproximan tres policías—. Les dijo—. Conozco personalmente a uno de ellos. Es uno de los jefes aquí y se me está ocurriendo algo. Tenéis que confiar en mí. Iwan, tú vuelve a la cocina y escóndete en el cuartillo de la despensa. Y tú, Svetlana, entra ahí, en la primera puerta, ya sabes, el cuarto de baño. Desnúdate, envuélvete en una toalla, mójate el pelo y cúbrelo con otra.

Los dos chicos se quedaron inmóviles, atónitos, mirándole fijamente, como si no hubieran comprendido ni una palabra de lo que les había dicho.

- Vamos, no hay tiempo—. Insistió Marcin. Pero Iwan y Svetlana seguían inmóviles. De pronto, alguien aporreó la puerta—. ¡Vamos! Por favor..., confiad en mí.

Los golpes contra la puerta les hicieron reaccionar e, inmediatamente, se apresuraron a hacer lo que aquel chico les había dicho. Marcin, por su parte, esperó unos segundos a que volvieran a llamar.

- ¡Abran inmediatamente o echamos la puerta abajo!— Se escuchó desde afuera.

- ¡Voy, voy! ¡No hace falta que echen abajo nada!— Marcin abrió y se encontró, frente por frente, con un policía corpulento y de mediana edad, flanqueado por otros dos que esperaban justo detrás de él—. Hola, Bartek...— Saludó con confianza al primero, al que conocía. Este le miró con gesto de hastío.

- ¿Qué haces aquí, Marcin? ¿Cómo que no estás en tu casa?— Marcin sonrió con picardía y Bartek hizo lo propio—. Tenemos que registrar la vivienda. Estamos buscando a unos prófugos y nos obligan a peinar el pueblo.

- Pocos prófugos vas a encontrar aquí—. Le dijo Marcin sin dejar de sonreír de la misma forma—. Puede que otras sorpresas, pero prófugos...

Bartek soltó una carcajada y miró a Marcin con gesto de complicidad.

- ¿Dónde tenemos que mirar?— Marcin bajó la mirada, sin cambiar el gesto, y se rascó la cabeza. Estaba tratando de hacer tiempo para que la chica pudiera terminar de prepararse.

- Preferiría que no lo hicieseis...

- Y yo preferiría no hacerlo y que me estuvieras sirviendo un buen desayuno en la cantina. Pero son las órdenes.

- Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué mosca os ha picado? Tanto policía por todas partes.

- Ni idea. Yo solo hago lo que me dicen. Un joven moreno de pelo lacio y una chica rubia de pelo rizado. Rusos. O, al menos, procedentes de allí. Supongo que en Moscú sería como buscar una aguja en un pajar, pero no creo que en un poblacho como este

haya mucha gente de fuera con esas características. Venga, Marcin, no es más que un trámite. Ya sé que nos conocemos, pero tengo que hacer mi trabajo. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás en tu casa?– Marcin volvió a sonreír y a hacer ese gesto de bajar la mirada y rascarse la cabeza.

- Ya sabes lo que estoy haciendo aquí.

- No lo sé, pero me lo figuro. ¿Dónde tenemos que mirar para certificarlo?– Marcin comprendió que no podía estirar más el tiempo, señaló el lugar con el mentón y los dos policías que venían con Bartek se precipitaron hacia el baño. Desde dentro, se oyó el grito de Svetlana en cuanto abrieron la puerta y, a continuación, vieron cómo uno de ellos la sacaba de allí, sosteniéndola con fuerza de un brazo. Llevaba una toalla que le envolvía desde por encima del pecho hasta los muslos y otra ocultando su cabellera mojada. Bartek volvió a reír con fuerza, al igual que los otros dos agentes.

- Pero bueno, ¿dónde has encontrado a esta monada?– Exclamó, acercándose a ella–. Tú no eres de por aquí, ¿verdad preciosa?– Le preguntó a Svetlana, la cual le miraba, presa del pánico, sin entender una palabra de lo que aquel hombre decía. Tampoco es que a Bartek le interesara la respuesta. La siguió mirando con gesto burlón durante unos segundos y, a continuación, de un rápido movimiento, le quitó la toalla que llevaba anudada, dejándola completamente desnuda. La chica hizo el ademán de taparse el cuerpo con las manos, pero los otros dos agentes la sujetaron con fuerza por los brazos para obligarla a quedar totalmente expuesta. El policía, entonces, comenzó a manosearle los senos mientras a la chica se le escapaban las lágrimas y lanzaba a Marcin una mirada desesperada. Éste trataba de mantener el tipo, a pesar de estar empezando a perder el control de la situación, el cual trató de recuperar.

- Bartek, por favor, no seas cutre–. Le dijo al policía, el cual se dio media vuelta y le miró con severidad.

- Mis hombres y yo nos vamos a tomar un descanso y a relajar tensiones con esta preciosidad. ¿O no te parece bien?

- Bartek, por favor–. Insistió Marcin. Entonces, el policía se le acercó, hasta el punto de susurrarle unas palabras al oído.

- Esto te va a costar dinero–. Le dijo.

- Eso ya lo sé. No es ningún problema.

Bartek se apartó un poco entonces, sonrió y propinó a Marcin un par de palmadas en la mejilla.

- Vámonos–. Ordenó, finalmente, el policía al mando. Los otros dos agentes pusieron cara de decepción, pero soltaron a Svetlana, la cual se tapó inmediatamente con la toalla y corrió por el pasillo en dirección a la cocina. Los policías, por su parte, se dirigieron a la puerta de salida–. Y tú–. Añadió Bartek, dirigiéndose a Marcin–. El día que le cuente a tu abuela que aprovechas sus ausencias para traer putas a su casa, se te va a caer el pelo.

- El día que hagas eso, contaré yo lo tuyo y huiremos juntos del pueblo–. Respondió

aquel.

Una nueva carcajada de Bartek remató la despedida.

Marcin cerró la puerta inmediatamente y se dirigió, raudo, hacia la cocina. Allí, se encontró a Svetlana, abrazada entre sollozos a Iwan, el cual la apartó a un lado con delicadeza en cuanto vio al otro y pegó a este un puñetazo en la cara que le hizo caer al suelo. Desde su escondite, lo había oído todo y estaba enfurecido.

- ¿No se te ocurre otra forma de salir del paso que humillarla?— Le preguntó, presa de la indignación—. ¡Hijo de puta! ¿En esto consistía tu ocurrencia?

Marcin se quedó sentado en el suelo unos segundos, con la cabeza gacha y limpiándose la sangre que le había salido en el labio inferior. Luego, se levantó con algo de trabajo y se sentó en una de las sillas.

- Lo siento—. Se disculpó—. No se me ocurrió otra cosa, fue todo demasiado rápido. Tenía la esperanza de que no se propasara tanto, pero..., lo siento, de veras.

Iwan respiró hondo, tratando de relajarse. Luego, volvió a abrazar a Svetlana y la besó en la cabeza.

- Ve a vestirme, preciosa. Y tranquilízate. Ya ha pasado.

La chica salió de la cocina y Iwan se sentó en una silla, justo en frente del otro.

- Bartek, el policía, y yo nos conocemos desde hace años—. Dijo Marcin entonces—. Es un hombre sin escrúpulos, sin moral, sin principios. Solo le mueve el dinero y por dinero es capaz de cualquier cosa. Hemos hecho negocios muchísimas veces. Es evidente que os ha descubierto, pero me ha hecho entender que, a cambio de dinero, está dispuesto a hacer la vista gorda. Y eso es una noticia extraordinaria.

- Ah, ¿sí?— Exclamó Iwan con desconfianza—. ¿Y por qué es una noticia extraordinaria que la policía nos haya descubierto?

Marcin respiró hondo y trató de ordenar sus ideas antes de seguir hablando. Estaba, ciertamente, tenso, después de la escena que había protagonizado momentos antes. Sentimiento que se multiplicó cuando Svetlana volvió a aparecer, ya vestida y con cara de muy pocos amigos. No podía evitar sentirse mal. Como en deuda con aquellas dos personas. Estaba decidido más que nunca a ayudarles.

- La policía, no. Bartek—. Contestó entonces—. Por eso se me ocurrió hacerla pasar a ella por..., en fin..., ya sabes. Los otros policías piensan que ella es..., eso. Se lo han tragado.

- ¿Y si el otro les dice lo que sabe? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo va a hacer?

- A Bartek le importan un bledo las órdenes, las misiones, vuestra búsqueda o que os atrapen o no, siempre que pueda sacar tajada—. Aseguró—. A él solo le importa él mismo y si les dice algo, el negocio en potencia se le viene abajo. Cuando traemos cosas de contrabando, siempre me pongo en contacto con él para que me diga cuándo va a haber controles en esta zona y cuándo le toca a él y a su grupo hacerlos. Le pago, él mira para otro lado y todos salimos ganando. Y en vuestro caso..., en fin...,

contrabando de cosas, de personas, ¿qué más da? Ya digo que mientras él saque tajada...

Iwan escuchaba aquellos argumentos mientras peleaba en su interior contra sí mismo. No se fiaba de aquel muchacho. No le gustaba nada la idea de ponerse en sus manos. No conocía a quien conducía el camión que les podría sacar de allí. Era consciente de que ya habían sido descubiertos y de que no tenían donde ir, pero también de que disponían de algo de tiempo para decidir la mejor opción: la mejor salida. Y no se fiaba. No terminaba de hacerlo. Sabía que, a su manera, y en dos ocasiones, aquel joven les había sacado de un entuerto considerable, pero, aun así, no lo acababa de ver claro.

Svetlana le miraba y parecía como si le estuviera leyendo el pensamiento. Seria y con gesto de determinación, daba la impresión de que la humillante experiencia por la que acababa de pasar le hubiera quitado algo del miedo que arrastraba desde que los acontecimientos se precipitaron días atrás. Como si tuviera la mente más clara. De hecho, sus palabras, y el tono en el que las pronunció, así lo hacían intuir.

- No pienses más, Iwan-. Le espetó-. No tenemos otra opción y pensar solo sirve para perder el tiempo. Pongámonos en marcha de inmediato y salgamos de este agujero lo antes posible-. En ese momento, hizo una pausa y miró con desprecio a Marcin-. Permanecer aquí solo vale para arriesgarnos a que nos pase cualquier cosa.

Iwan la miró con algo de desconcierto, ya que no se esperaba tanto convencimiento por parte de ella, pero, al momento, aceptó que tenía toda la razón del mundo. Y eso le aclaró la mente a él también.

- Tienes razón-. Dijo finalmente-. Pongámonos en marcha-. Y dicho eso, se giró hacia Marcin-. ¿Cuándo podemos salir?

Marcin suspiró y se pasó las manos por la cara antes de contestar.

- Florian, que así se llama quien lleva el camión de reparto, llegará aquí alrededor del mediodía, más o menos a la hora a la que hoy entro a trabajar en la cantina. A esa hora, hace aquí la descarga y la carga y después sigue con su ruta. Luego, a media tarde, ya de vuelta hacia Rzeszów, pasa de nuevo por Dolniek. Ese sería el momento ideal para subir al camión y marchar, pero antes tengo que hablar con él de nuevo porque si hay tanta policía en el pueblo hoy por la mañana, es probable que haya más controles en la carretera que los que había ayer. Lo que hablamos Florian y yo esta mañana ya no tiene ningún valor. Tengo que saber qué está pasando, cómo está la situación y, una vez con esa información, hablar con Bartek. Porque si hay controles de carretera, tengo que quedar con él para que el camión los pase cuando él esté a cargo y por el lugar donde él se encuentre.

- En conclusión: que no sabremos nada hasta la tarde y que, muy probablemente, hoy no podamos salir.

- Todo depende, pero hoy parece complicado. Y mañana es domingo y no hay reparto, así que lo más probable es que no podáis hacer el viaje hasta el lunes.

Iwan cerró los ojos y respiró hondo. Pensó algo durante unos segundos y a continuación volvió a hablar.

- Necesitamos un plano de la ciudad de Rzeszów.

- Eso está hecho.

- Y tinte negro para el pelo—. Marcin puso un gesto de sorpresa al oír esa petición, pero, inmediatamente, se le fue la mirada hacia la rubia cabellera de Svetlana y la entendió automáticamente.

- Eso es más difícil de conseguir—. Les tuvo que decir.

- ¿Las mujeres no se tiñen el pelo en este rincón del mundo?— Iwan hizo la pregunta en tono de burla y Marcin no tuvo más remedio que reír.

- Salgo ahora mismo a buscarlo. Antes de que tenga que entrar a trabajar, tendréis aquí el plano y el tinte. Y esta tarde, ella será morena—. Dicho eso, se levantó de la mesa y se dispuso a salir de la cocina, pero antes de atravesar el dintel de la puerta, se dio la vuelta para añadir algo—. No os olvidéis de las cejas. Es un detalle revelador que no deberíais pasar por alto porque os podría delatar.

Aleksei paseaba, enfurecido, por aquella solitaria sala del edificio de la KGB en Moscú. Sus dos subalternos, Boris y Fiodor, las únicas personas que se encontraban allí con él, le miraban, temerosos e impacientes. Sabían que ellos no tenían culpa de la falta de resultados. Que ellos no estaban sobre el terreno y que no podían más que filtrar y procesar las informaciones que se iban recibiendo y emitir las órdenes pertinentes, siempre bajo la supervisión y tutela del mayor Petrovski. Pero eran ellos quienes estaban allí con él, y eran ellos quienes recibirían el peso de toda la furia de su superior.

- Pero ¿cómo es posible que no hayan sido capaces de encontrarles en una población tan pequeña?— Bramaba el mayor, entre incrédulo e indignado—. ¿Nadie les ha visto? ¿Nadie sabe dónde están? ¿Qué especie de inútiles se hacen pasar por policías en aquel lugar?

- Según dicen, han registrado casa por casa y no han dado con ellos—. Apuntó Boris, como a modo de excusa.

- Y el pueblo sigue cercado—. Añadió Fiodor en el mismo tono—. Tarde o temprano, tienen que aparecer.

Aleksei les miró fijamente, con gesto de mayúsculo enfado, pero respiró hondo y trató de relajarse. Aquellos dos jóvenes oficiales no tenían culpa de nada. De hecho, estaban haciendo un trabajo extraordinario y no era justo desahogar su furia contra

ellos, por muy ingenuas que fueran esas últimas apreciaciones.

- Pueden haber escapado ya-. Le dijo, ya más calmado-. Pueden haber conseguido ayuda de alguien. Pueden haberse echado al monte y estar ocultos en una cueva. Puede, incluso, que no sean ellos los que se encuentran allí y ahora mismo estén huyendo tranquilamente por otra zona.

En ese momento, Aleksei hizo una pausa y les miró con un gesto entre tierno e inquisitorial. Entonces, sacó el pañuelo del bolsillo, se secó el sudor de la frente y continuó hablando.

- Sea como sea, lo más lógico es que estén aun en Dolniek, lo bastante bien ocultos como para que no hayan podido dar con ellos. Lo siguiente en el escalafón de la lógica es que hayan huido de aquella localidad antes de que la cercaran. Esto es muy complicado que haya podido pasar, por una simple razón de tiempo, pero tenemos que trabajar con todas las hipótesis. Y como lo normal es que se dirijan a alguna población importante donde los grupos clandestinos tengan refugios, y la más cercana es Rzeszów, tendremos que concentrar nuestras fuerzas allí. También en el resto de poblaciones de la zona, pero especialmente allí. De modo que, aparte de mantener el cerco a Dolniek, así como la vigilancia, hay que contactar de nuevo con la policía de Rzeszów para decirles que intensifiquen la presión. Se trata de una ciudad más grande, pero hay que dar con ellos. Volved a darles la descripción, pero, esta vez, decidles que la chica puede haberse teñido el pelo. Si están ocultos en algún lugar, les ha dado tiempo a cambiar de aspecto en la medida de sus posibilidades. Otro dato que puede ser esclarecedor es el idioma. Sabemos que él habla polaco. Ella, no estamos seguros. Pero, sea como sea, lo harán con acento extranjero porque ninguno es nativo de allí. Deben andar perdidos porque no son de la ciudad y no la conocen bien. De hecho, lo más probable es que no la conozcan en absoluto. Seguramente, llevarán mochilas o bolsas de algún tipo con las que transportar sus pertenencias. Y lo normal es que no lleven papeles. Que vigilen las estaciones de autobús y de tren. Que pongan en alerta a los taxistas. Que observen a la gente que baja y sube de los buses urbanos. Que se fijen en los que pasean sin rumbo fijo, los que comen en restaurantes o en cualquier lugar de la calle y los que descansan en los parques. Que hablen con la gente, que se corra la voz. Es posible que dos personas pasen desapercibidas durante algún tiempo, pero no indefinidamente. Algún fallo tienen que cometer, como les pasó con el cambio de rublos por zlotys. Y tenemos que estar atentos porque en cuanto lo cometan, les cazamos. Y hay que hacerlo lo antes posible. Antes de que entren en contacto con los grupos clandestinos polacos. Suponemos que aún no lo han hecho y nuestras posibilidades de atraparles menguarán considerablemente cuando lo hagan. Así que presionad a la policía polaca para que ellos presionen sobre el terreno. Presionadles hasta la extenuación, que no se relaje nadie. A ver si podemos acabar con esto de una puta vez. ¿Está claro?

Boris y Fiodor asintieron con convicción y se pusieron a trabajar de inmediato.

Aleksei, por su parte, les dejó y se encerró en su despacho durante un rato. Lo necesitaba. Necesitaba rebajar esa terrible tensión que le dominaba y así aclarar la mente, porque había ocasiones en las que tenía que pararse a pensar quién era: el líder engañado y furioso de una red de grupos clandestinos o el veterano mayor de la KGB al que se le estaba yendo de las manos una misión, a priori, sencilla. Y, en medio de esa confusión, temía meter la pata en un momento dado, mezclando los personajes, lo cual sería fatal para él y sus intereses.

El problema principal de todo aquello en lo que estaba metido era que se trataba de una misión inventada por él mismo y que había alcanzado el rango de internacional, cuando, en verdad, aquellos dos muchachos a los que perseguían no tenían ninguna importancia. Ninguna. ¿Qué más daba si escapaban y lograban ocultarse para siempre? ¿Qué más daba? Era él mismo quien había elevado aquello a asunto de estado y seguridad nacional, involucrando a su propio jefe y gastando una enorme cantidad de dinero, cuando se trataba de algo que nada tenía que ver con su trabajo, sino con esa otra cara oculta de su vida. El problema principal era que estaba mezclando esas dos caras. Que estaba utilizando los medios de la primera para preservar sus intereses en la segunda. Y la cosa se le había ido de las manos. Completamente y sin posibilidad de vuelta atrás. Porque esa era otra. No había vuelta atrás. Tenía que continuar con la farsa, porque la otra opción era admitir que había mentido a todo el mundo, incluyendo a su jefe. A su gran amigo y valedor: al teniente Piotr Kushkin. Que le había mentido, manipulado y utilizado.

Definitivamente, tenía que continuar con la farsa y detener a aquellos dos jóvenes, algo que se había convertido en una verdadera obsesión. Ya no era cuestión de dinero ni de venganza. El dinero le importaba ya un bledo. ¿Qué más daba? Sí, era cierto que se trataba de mucho y que lo había perdido, pero, en verdad, no lo necesitaba para otra cosa que no fuera saciar su avaricia. Además, lo había perdido por su propia torpeza, no por culpa de ninguna otra persona. Y podía conseguir más, mucho más, en cualquier momento. No. Aquello ya no importaba. Aquello era secundario. De hecho, en esos momentos, pagaría lo que fuera por hacer borrón y cuenta nueva. Por olvidarse de toda aquella historia, volver a su trabajo habitual y reorganizar su red de grupos clandestinos, una vez caído el de los Ciesielski. Ojalá pudiera volver al pasado, a unos días antes. Ojalá fuera posible dar marcha atrás, olvidarse de toda aquella farsa y continuar tranquilamente con su vida.

Pero no. No podía ser. La farsa era demasiado grande como para poder darle la espalda. La farsa consistía, nada más y nada menos, que en dar caza a unos peligrosos delincuentes, cuyo objetivo había sido atentar contra Konstantin Chernenko en el marco de la operación Pandora. Y no podían dejarles escapar. A ese tipo de delincuentes no se les podía dejar escapar. El propio sistema no lo permitía. El propio sistema utilizaba los castigos a delincuentes de ese tipo como método de autoafirmación. Castigos ejemplares que engrandecieran la imagen de fortaleza del propio régimen.

Hasta ese punto había llegado su farsa y ya no podía dar marcha atrás diciendo a sus jefes que aquellos chavales no eran más que dos mindundis.

No obstante, había una cosa que no acababa de entender. ¿Cómo era posible que fueran tan escurridizos? Eso era algo que no le cabía en la cabeza. ¿Cómo era posible? En la vida se pudo imaginar que tuviera a dos personas tan válidas entre los miembros de sus grupos. Nunca les había prestado atención. Jamás. Les conocía, sabía quiénes eran, pero nunca les había prestado atención. Y ahora lo lamentaba. Lo consideraba un error muy grave cuyas consecuencias estaba pagando en esos días. Como tampoco conocía a los Pesec, los cuales habían desaparecido. Al menos no hasta el punto de prever sus reacciones. Había mandado a unos policías de Kiev para detenerles y éstos le dijeron que la casa en la que residían estaba abandonada. Era como si les hubiera tragado la tierra. Sin duda, había cometido un inmenso error durante aquellos años y decidió sobre la marcha que jamás le volvería a ocurrir. Que, a partir de aquel día, se empeñaría en conocer a fondo a las personas con las que se tenía que codear para que nunca más ocurriera nada parecido a aquello que le estaba amargando la vida en esos momentos.

Porque se la estaba amargando, y mucho. Sabía que se le agotaba el tiempo. Que lo más probable era que pronto, muy pronto, si no les daban caza inmediatamente, aquellos dos chicos entraran en contacto con Czerwiek y su organización, y eso era sinónimo casi de haberlos perdido. Porque Czerwiek en Polonia era inabordable. Casi invencible. Al menos él no tenía la capacidad para vencerle, ni tampoco tanta influencia en el mundo clandestino como para actuar en aquel país. Czerwiek era el tipo de persona que no cometía errores como el que él estaba asumiendo en aquellos momentos. Czerwiek manejaba todos los hilos de la organización que lideraba, conocía a la mayoría de sus miembros y los trataba de un modo casi fraternal, no como él, que mantenía unas distancias enormes: una especie de aura de misterio que hacía que la gente le temiese. A Czerwiek no le temían. A Czerwiek le tenían cariño y matarían por él. Jamás le traicionarían porque él jamás lo haría con ellos, con su gente. Aleksei sabía que él no podía decir lo mismo de la suya, ni la suya de él. Por eso no tenía capacidad para vencer a Czerwiek. Ni siquiera como mayor de la KGB. Él apenas contaba con un par de jóvenes colaboradores, mientras que el polaco disponía de toda una organización puesta al completo a su disposición y de una especie de ejército de disidentes dispuestos a hacer cualquier cosa por su jefe y por su causa.

No, él no tenía capacidad para vencerle y mucho se estaba temiendo que su farsa iba a acabar como un sonoro fracaso a nivel profesional. Para él y para su jefe, eso también. Tan sonoro como de alto nivel. Al más alto nivel. Se le había ido de las manos la cosa, pero tenía que seguir adelante con ella. No le quedaba otra opción.

CAPÍTULO 6

Lunes, 20 de Febrero de 1984

La mañana del lunes amaneció nublada y muy fría. Sobre todo, eso: muy fría, aunque al menos no llovía. O más bien, no nevaba, que eso sería lo que habría ocurrido caso de haber habido precipitaciones. Finalmente, fue imposible hacer el viaje a Rzeszów el sábado por la tarde, así que el día anterior también lo tuvieron que pasar escondidos.

Marcin apareció por casa de su abuela a eso de las doce, tal y como había quedado con Iwan y Svetlana, de modo que estos ya estaban preparados. Florian se había trasladado la noche anterior a Dolniek para pasarla allí, en la pensión, y hacer su ruta por la zona a tiempo de poder realizar el trayecto de vuelta a Rzeszów al mediodía porque era cuando Bartek iba a estar al mando del férreo control de salida por la carretera que se dirigía a dicha ciudad. Por tanto, ya estaba todo organizado para que ese día pudieran emprender por fin el viaje.

La tarde anterior, habían estado hablando de dinero. Iwan era consciente de que aquella operación de huida, que, al final, fue bastante menos improvisada de lo que había supuesto en un principio, le iba a costar bastante, como, efectivamente, así fue. Y eso que Marcin renunció a la parte que a él le debía corresponder.

- Sé que ayer se lo hice pasar muy mal a Svetlana y no quiero que os vayáis con tan mal recuerdo de mí—. Les dijo—. Os quiero ayudar de verdad, no se trata de dinero. Y prefiero dejarlo estar. De ese modo, se me alivia la conciencia de alguna manera.

Los chicos agradecieron el gesto de Marcin. En verdad, el enfado se les había pasado. Se trató de una situación especialmente desagradable, pero lo cierto fue que aquel muchacho les había salvado la vida en dos ocasiones y había encontrado la forma de elaborar un plan de huida lo bastante serio como para tener fundadas esperanzas de que saliera bien. Hay ocasiones en las que el fin justifica los medios. No siempre, pero aquella podía ser, perfectamente, una de ellas.

- Cuando contacte con mi gente de aquí, de Polonia, les hablaré de ti, de lo que tienes aquí montado y les diré cómo pueden encontrarte—. Le dijo Iwan—. Si de verdad quieres luchar contra el sistema, con ellos podrás hacer cosas que de verdad merezcan la pena en ese sentido.

- Para mí sería un honor—. Le reconoció Marcin.

Fuera como fuese, por mucho que aquel muchacho hubiera renunciado a su parte, la cantidad que Iwan tuvo que pagar fue apreciable, aunque no le importó. Salir de allí era más importante que cualquier otra cosa y el dinero que aún le quedaba era mucho más que el que tuvo que desembolsar. Muchísimo más, ya que llevaba encima todo lo que tanto él como Svetlana habían ahorrado durante años. Se trataba de un dato que no

reveló en ningún momento y que solo ellos dos manejaban. Si los otros lo hubieran conocido, les habrían pedido bastante más por sus servicios.

El plan de huida era simple. Muy simple. Lo complicado era tener los contactos y los medios necesarios para llevarlo a cabo, pero, una vez disponibles, lo demás era sencillo de hacer. Florian apareció un rato después, tras aparcar el camión justo a la vuelta de la esquina, donde había espacio para ello. Cuando llegó, Marcin salió a la calle con él, le acompañó de vuelta al vehículo mientras hacían como que charlaban de cualquier cosa y se aseguró de que no había nadie cerca. Florian se quedó entonces en la esquina de la calle y Marcin volvió a la casa, avisó a Iwan a Svetlana, los cuales se mantuvieron ocultos justo en el dintel de la puerta de salida de la misma, mientras su anfitrión se dirigió a la esquina opuesta. Iwan se asomó con cuidado en un par de ocasiones y cuando ambos, Florian y Marcin, le dieron el visto bueno con un gesto, una vez seguros de que no había nadie que les pudiera ver, salieron a toda prisa hacia donde estaba el primero, el cual les ayudó a subir al camión por la parte trasera, les indicó dónde ocultarse y cerró el portón. Segundos después, el motor arrancó y el camión comenzó a vibrar con fuerza. El viaje comenzaba y Iwan y Svetlana se sonrieron a la luz de una pequeña bombilla que Florian tenía instalada en la parte del fondo, donde ambos estaban ocultos en medio de un montón de cajones perfectamente apilados y sujetos a las paredes mediante un aparentemente seguro sistema de enganches, cuerdas y tiras cuero. Iwan apenas reconocía a su compañera después de que se hubiera cortado el pelo y pintado de negro, lo cual también hizo con las cejas. A simple vista, parecía una persona completamente diferente.

Apenas unos minutos después de comenzar la marcha, el camión se detuvo y se escucharon voces desde fuera. Acababan de llegar al control e Iwan apagó la luz inmediatamente. El portón trasero del camión se abrió y alguien, era de suponer que un policía, subió al container, echó un rápido vistazo y bajó del mismo. Según Marcin, Bartek entregaría a Florian, como salvoconducto, un documento en el que rezaría que aquel camión llevaba una carga de entrega urgente y que ya había sido revisado convenientemente. Ello no aseguraba al cien por cien que no fuera registrado en otro control, pero sí que reducía prácticamente a cero las probabilidades de que ello ocurriera. Y mucho más en aquellos días en los que los policías tenían que llevar a cabo tantas inspecciones y no podían perder el tiempo en registros inútiles.

El viaje fue muy incómodo. El camión, debido a sus dimensiones, se movía mucho. Continuamente. Y eso dificultaba tremendamente la tarea de mantener el equilibrio. A pesar de ir sentados, tenían que estar constantemente estirando los brazos para apoyarse en cualquier sitio y no caer, algo que, en más de una ocasión, no pudieron evitar. Aun así, Iwan se dedicó a repasar el plano de Rzeszów que Marcin le había conseguido y que, junto a su compañera, había tratado de memorizar a lo largo del día anterior. Svetlana, a su lado, trataba de hacer también lo propio. Mientras mejor se pudieran orientar cuando estuvieran en la ciudad, menos sospechas levantarían. No

bastaba con no consultar el plano en público, cosa que era evidente, sino que sería muy conveniente, incluso, poder moverse por aquellas calles como si supieran perfectamente adónde se dirigían.

- Florian nos dijo que el autobús que podemos coger en el lugar donde nos él dejará nos puede llevar hasta aquí-. Señaló Iwan, indicando con el dedo un punto del mapa-. Y aquí al lado, muy cerca, se encuentra la plaza en la que paran la mayoría del resto de autobuses urbanos, en el centro de la ciudad. Es ahí adonde nos debemos dirigir para coger el otro autobús que nos llevará a nuestro destino..., aquí-. Iwan posó el dedo en otro punto, en el otro extremo del mapa, indicando el lugar donde se encontraba la dirección que le dijo su viejo amigo Pawel, la cual ya sabía de memoria también-. De todos modos,- continuó el chico- no está de más que sigamos repasando la distribución de las calles en los alrededores de esa plaza. Por si acaso. Una vez allí, no podemos dudar. Tenemos que simular que conocemos el lugar. Es algo imprescindible.

No obstante, con tanto movimiento, mantener la atención permanentemente centrada en el plano les era imposible, por lo que, de vez en cuando, tenían que dejar de hacerlo para evitar marearse. Y para comer algo también, ya que no tenían seguridad ninguna de poder hacerlo una vez llegaran a su destino. Descansaban de la tarea de leer y memorizar calles, pero no de pensar. Eso era imposible. Iwan no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Trataba de encontrar una explicación al hecho de que les estuviesen buscando con tanta insistencia. Suponía que Ilena habría dicho algo sobre ellos, pero no acertaba a encontrar un porqué más o menos lógico en ese sentido y barajaba otro tipo de opciones. Una de ellas giraba en torno a la posibilidad de que todo fuese cosa de Aleksei: que no hubiese encontrado el dinero con el que contaba y que toda esa persecución fuese cosa de él. Que, por la razón que fuera, Rodion no lo hubiese llegado a guardar en la caja fuerte y que el policía pensase que le habían engañado y se lo habían llevado ellos. Eso sería motivo de sobra para que aquel hombre se hubiese agarrado un enfado monumental, posiblemente hasta el punto de mover cielo y tierra para dar con ellos y recuperar lo que él consideraba que era suyo. Pero tal explicación resultaba absolutamente ridícula. ¿De verdad Aleksei le creía capaz de hacer algo así? Sería completamente absurdo ponerse en sus manos para poder huir y, a la vez, engañarle, sabiendo a lo que se dedicaba. Sabiendo que utilizaría los medios que le reportaba su cargo para recuperar el dinero y vengarse de tal engaño. No tenía ningún sentido. Pero es que, además, aun suponiendo que eso fuera así, hubiera entendido la persecución dentro de la Unión Soviética, pero no le cabía en la cabeza cómo era posible que continuara en Polonia con tanta intensidad. Aleksei no tenía capacidad para ello, o eso suponía. Y yendo más allá incluso, si era cosa de Aleksei, ¿por qué no les detuvo en casa de los Pesec o de los Widelka? ¿Por qué les permitió salir del país si les tenía localizados hasta el mismo día en que cruzaron la frontera? Definitivamente, nada parecía tener sentido. Todo aquel asunto era una

verdadera incógnita e Iwan no acababa de entender qué podía estar pasando. Simple y llanamente, no lo podía entender.

El viaje duró un poco más de dos horas, pero a ellos les pareció una eternidad. El camión se detuvo en otras dos ocasiones, debido a otros tantos controles, pero el salvoconducto que Bartek había preparado les valió para que la carga no fuera comprobada en ninguna de ellas y todo se limitara a esperar el turno para poder continuar. Cuando Florian abrió el portón y salieron del vehículo, a eso de las cuatro de la tarde, sentían dolores por todo el cuerpo.

- En cuanto deis un paseo a pie y estiréis los músculos, os sentiréis mucho mejor-. Les dijo el camionero.

Se encontraban junto a un descampado, cerca de una zona industrial, aunque lo bastante apartados de ella como para que se tratara de un lugar prácticamente desierto. Aparte de algún que otro coche que pasaba por la amplia avenida en la que Florian había aparcado el camión, allí no se veía absolutamente a nadie.

- Al otro lado del descampado, encontraréis la parada de autobús que os comenté-. Les dijo-. No puedo hacer más por vosotros. Os deseo mucha suerte.

- Muchas gracias, te aseguro que ya has hecho mucho-. Contestó Iwan antes de despedirse-. “Y nosotros te hemos pagado muy bien para que lo hagas”-. Pensó a continuación mientras se alejaban camino de la parada.

El autobús tardó un buen rato en llegar, lo cual fue algo parecido a una tortura porque en la calle hacía un frío intenso. Svetlana se había quitado el pañuelo negro con el que solía recogerse el pelo y, tras guardarlo en un bolsillo del abrigo, se cubrió la cabeza con un gorro de lana. Iwan hizo lo propio para, de esa manera, aparte de combatir el frío, mantener sus rostros ocultos de la vista de cualquiera. De todos modos, nadie parecía fijarse en ellos. A nadie parecía importarle una pareja de jóvenes pelados de frío cogiendo un autobús en una ciudad polaca cualquiera. Eso estaba bien. Mientras más desapercibidos pasaran, más posibilidades tendrían de alcanzar su destino sin percances ni dificultades. Sin embargo, después del largo trayecto que efectuaron por la ciudad, cuando llegaron a la parada en la que debían abandonar el autobús y pusieron pie en tierra, el mundo se les vino encima. Les bastó con echar un vistazo a su alrededor y recorrer unos metros de calle para comprobar la ingente cantidad de policías que había desplegada por todas partes.

- Esto es increíble-. Se quejaba Iwan, absolutamente desconcertado. Se habían ocultado en el soportal de un bloque de pisos para pensar qué hacer a continuación.

- ¿Todo este despliegue es por nosotros de verdad?-. Murmuró Svetlana mientras se ajustaba bien el gorro y la bufanda para mantenerse lo más oculta posible.

Iwan no contestó. Se limitó a respirar hondo, mirar a un lado y a otro y observar detenidamente la situación. Los policías vigilaban concienzudamente las calles y estaban parando a personas y pidiéndoles la documentación. De repente, se dio cuenta de algo y lo compartió con Svetlana.

- Están parando solo a parejas—. Le dijo—. Pero no a cualquier pareja, sino solo a las compuestas por un joven moreno y una chica rubia o morena y de pelo rizado. Como nosotros. De hecho, parece como si tuvieran en cuenta que te has podido teñir el cabello. Es que vienen a por nosotros con todas las de la ley. Es increíble.

Svetlana pensó durante unos segundos y a continuación contestó.

- Separémonos entonces—. Propuso—. ¿Recuerdas el parque público que, según el plano, había justo en la plaza donde paran los autobuses?

- Sí—. Contestó Iwan. Lo recordaba perfectamente.

- Vayamos allí, sentémonos en bancos separados, aunque a la vista el uno del otro, y observemos tranquilamente lo que está ocurriendo cerca de las paradas. Luego, nos volvemos a juntar en un lugar oculto y decidimos qué hacer en base a lo que hayamos visto.

Iwan estuvo de acuerdo y lo hicieron de ese modo. Y, haciéndolo de ese modo, confirmaron que, efectivamente, los policías solo paraban a parejas jóvenes. De hecho, pasaron por separado junto a algunos de los que estaban efectuando esos controles y nadie se fijó en ellos. Era evidente. Les estaban buscando y tenían órdenes precisas en base a las cuales realizar dicha búsqueda.

Una vez sentados en el parque, se mantuvieron atentos a lo que acontecía. También había policías vigilando por allí, recorriendo el lugar y observando por todas partes. Iwan miró hacia donde estaba Svetlana, la cual se había quitado una bota y examinaba su interior, como si se le hubiera colado una piedrecilla o tuviera algún problema similar que le impidiera andar con comodidad. Era su forma de disimular e Iwan sonrió al verla. Le parecía un recurso muy inteligente, por lo sencillo y práctico que era. Él, sin embargo, se limitó a simular que estaba descansando y se encendió un cigarrillo. Sabía que no hacía un día demasiado agradable como para sentarse en un parque a fumar, pero no era el único que lo estaba haciendo. Había allí más gente en poses parecidas. Incluso, comprobó cómo un policía pasaba de largo cerca de ellos, pero se detenía junto a otro banco cercano para pedir la documentación a una joven pareja que charlaba tranquilamente. En el parque, había pocos agentes, pero en las paradas de los autobuses, pasaba todo lo contrario. De hecho, había un par de policías en cada una de ellas, observando a las personas que subían a cada vehículo e identificando a las que les parecían sospechosas. Era evidente que no podrían coger allí el bus urbano que les debía llevar a su destino. Deberían buscar otra opción.

Una vez terminado su cigarrillo, y después de comprobar que no había ningún policía cerca en ese momento, Iwan se levantó del banco que ocupaba. Svetlana seguía escudriñando su bota y agitándola en el aire para tratar de sacar así la supuesta piedrecita, pero cuando vio que él se levantaba, hizo un gesto de aprobación, volvió a calzarse y se levantó ella también. Con un gesto, Iwan le señaló un lugar oculto en medio de unos setos, un poco más adelante, y hacia allí se dirigieron.

- No podemos coger el autobús en esta plaza—. Le dijo Iwan una vez estuvieron

juntos de nuevo—. También en las paradas están identificando a las parejas.

- Hagámoslo por separado—. Propuso Svetlana.

- No. No me gusta nada esa idea. Tú no hablas polaco y no quiero que no estés conmigo si en un momento dado nos paran. No se trata de recorrer a pie un trayecto corto, como antes, y es demasiado arriesgado. Tenemos que buscar otra opción.

Entonces, la chica se paró a pensar un par de segundos y volvió a proponer algo.

- Sabemos qué autobús tenemos que coger. ¿Por qué no miras en el plano dónde tiene las siguientes paradas y nos dirigimos hacia alguna de ellas? Quizás allí no haya tanta vigilancia como en esta zona tan céntrica.

- Buena idea—. Aceptó Iwan, sacando a continuación el mapa y consultándolo lo más rápido que pudo. No parecía haber cerca nadie que les pudiera ver. Y, de hecho, nadie pareció haberles visto. Sin embargo, después de haber guardado el plano y cuando ya habían salido de su improvisado escondrijo para marcharse, Svetlana se detuvo en seco y se llevó una mano al bolsillo del abrigo.

- ¡Mi pañuelo!— Exclamó, para a continuación darse la vuelta y volver por sus pasos. Avanzó unos metros precipitadamente hasta llegar al banco en el que había estado sentada hasta momentos antes, se agachó y recogió algo del suelo. Entonces, se dispuso a volver hasta donde se encontraba Iwan, que observaba a su compañera sin terminar de entender el porqué de lo que estaba haciendo. Estaba decidido a preguntarle por ello, pero no le dio tiempo. Se quedó mirando fijamente a un punto, justo detrás de ella, y le hizo un gesto. La chica giró la cabeza y comprendió lo que ocurría. Un policía les había visto y se acercaba, indicándoles con la mano que no se movieran. Ambos se volvieron a mirar entonces y no hicieron falta las palabras. Eran perfectamente conscientes de lo que había que hacer. Si los dos sabían hacia dónde debían dirigirse y alguien amenazaba con detenerles, la única opción que había era evidente: correr. Correr, intentar despistar a su perseguidor y alcanzar lo antes posible el lugar al que tenían que llegar.

Y eso hicieron. Echar a correr lo más rápido que pudieron, aterrorizados, pero completamente decididos. El policía les dio el alto repetidas veces y al ver que no le hacían caso, sacó el arma y disparó al aire. La gente, ya de por sí sorprendida al ser testigo de la persecución, comenzó a gritar y a quitarse de en medio. Iwan, que era más veloz e iba por delante, aunque con cuidado de no dejar descolgada a Svetlana, comenzó a doblar esquinas y a cambiar de calles, con la idea de tratar de despistar a su perseguidor, aunque siguiendo una ruta lógica para no desviarse de su destino final. Seguido muy de cerca por Svetlana, fue cambiando continuamente de dirección. Había logrado memorizar la distribución de las calles en esa zona y estaba seguro de lo que hacía, pero, aun así, no era capaz de despistar al policía; y el mundo se le vino encima cuando, por error, entró en un callejón sin salida. Por mucho que hubieran memorizado el plano en la medida de lo posible, el riesgo de fallo era evidente, y mucho más en una situación de extrema tensión como aquella. Una vez en el callejón, Iwan siguió

corriendo por inercia, pero Svetlana se paró en seco para agacharse junto a un contenedor de basura antes de que llegara el policía, el cual pasó por su lado sin verla y, un par de metros más adelante, sacó su arma, se detuvo, apuntó hacia Iwan y le volvió a dar el alto. El chico levantó los brazos al ver que no había salida y se dio la vuelta, resignado, pero Svetlana, que había agarrado un tablón de madera que encontró en el suelo, apareció por detrás del agente y le golpeó con él en la cabeza. El policía cayó al suelo y soltó el arma, la cual quedó a los pies de la chica. Svetlana no lo pensó ni por un segundo. Cogió la pistola y le apuntó. Pero, en ese momento, otro policía apareció por el callejón y, sin mediar palabra, disparó, aunque no acertó a darles a ninguno de ellos. La chica entonces se giró hacia él y le disparó a su vez, dándole en una pierna y haciéndole caer al suelo.

- ¡Dale con la tabla en la cabeza!- Le gritó la chica a Iwan, refiriéndose al primer policía, y aquel, que se había acercado hasta ponerse a su lado una vez el agente cayó al suelo, automáticamente le hizo caso, dejándolo inconsciente. Ella se dirigió entonces hacia el otro policía, que trataba de arrastrarse para coger el arma que se le había caído. Svetlana le volvió a disparar, aunque esta vez no le dio, pero consiguió que aquel hombre se quedase quieto.

- ¡Como te muevas, te mato!- Le gritó la chica en ruso y el hombre, que pareció haberla entendido, se quedó inmóvil, mirándola fijamente.

Iwan siguió a Svetlana con el tablón en la mano y golpeó al otro policía. Tuvo que hacerlo un par de veces para dejarlo inconsciente también. Entonces, sin mediar palabra, ambos salieron del callejón, mirando al suelo y con paso firme. Hicieron un pequeño recorrido guiados por la memoria de Iwan, que tenía esa parte del plano en la cabeza, camino de la parada del autobús. Ninguno de los dos hablaba. Ni siquiera se miraban. Trataban de huir de allí lo más rápido posible, pero sin llamar la atención. Recorrieron un par de calles, giraron a la derecha en una esquina, luego a la izquierda y, finalmente, a la derecha otra vez para alcanzar la avenida en la que se encontraba la parada que buscaban. Una vez en dicha avenida, Iwan alzó la cabeza y vio venir a lo lejos un autobús. La parada estaba aún a unos doscientos metros y se vieron obligados a dar una carrera para poder alcanzarla a tiempo de cogerlo. Eso fue un golpe de suerte, ya que, de esa manera, no tuvieron que esperar ni un minuto en mitad de la calle, junto a una parada de autobús, completamente expuestos y corriendo el riesgo de ser descubiertos. Subieron al vehículo, pagaron el billete y desaparecieron del lugar. Lo peor parecía haber pasado y trataron de relajarse mientras el autobús hacía el recorrido. Aun así, permanecieron callados, inmóviles y con la vista clavada en el suelo, aunque atentos a lo que pasaba a su alrededor.

Cuando llegaron a la parada que Iwan sabía que les correspondía, bajaron a la calle y el frío les dio una bofetada de realidad. Mientras estuvieron corriendo, no lo notaron para nada. Luego, en el interior del autobús, el ambiente era cálido y hasta agradable. Pero una vez fuera, ya de noche cerrada, la sensación térmica era desagradabilísima.

De modo que se ajustaron los gorros y se apretaron las bufandas. Miraron a un lado y a otro y comprobaron que estaban en un lugar solitario, lúgubre y hasta casi tétrico. Se trataba de una zona industrial, diferente a aquella donde les dejó Florian a primera hora de la tarde. Era evidente, por tanto, que la dirección que les dieron correspondía a una nave. No tuvieron tiempo de llamar por teléfono para avisar al hombre de Czerwiek de su llegada, pero habían esperado encontrar a alguien en el lugar al que correspondía la dirección, esperanza que se vino abajo casi por completo al ver el sitio en el que se encontraban.

Recorrieron a pie y en silencio algunas de aquellas calles oscuras y desiertas. La iluminación era casi inexistente y tuvieron que utilizar la linterna que llevaban para alumbrar los letreros y comprobar el nombre de aquellas. Finalmente, llegaron al lugar que marcaba la dirección y el mundo se les vino definitivamente encima. No se podía decir con exactitud que aquella nave estuviera abandonada, pero su aspecto era lamentable e incluso siniestro. Estaba cerrada a cal y canto. La puerta consistía en una persiana metálica que estaba perfectamente encajada en el suelo mediante un grueso cierre en el centro de la misma y dos más en cada uno de los extremos.

- Tenemos que entrar aquí como sea-. Murmuró Iwan. Eran las primeras palabras que salían de su boca desde el incidente en el callejón-. Ya es de noche y tenemos que refugiarnos.

Svetlana siguió en absoluto silencio y no dijo nada. Iwan, por su parte, utilizó la linterna para examinar minuciosamente la persiana metálica, en un intento por hallar alguna forma de abrirla, pero fue un ejercicio inútil. Luego, se retiró hasta encontrar una posición en la que tener una visión general de la nave. Tenía un par de ventanales, pero estaban protegidos por rejas. A un lado, pared con pared, se erigía otro local de parecidas dimensiones e igual de bien protegido. Sin embargo, por el otro lado, la nave hacía esquina con un angosto callejón.

- Vamos a mirar por ahí-. Propuso Iwan, y los dos chicos se dirigieron a ese lugar, en el que encontraron una puerta trasera que también daba acceso a la nave-. Esto es otra cosa-. Exclamó Iwan, con una sonrisa, al ver que tenía un cierre de muy mala calidad.

Al chico no le costó demasiado trabajo reventarlo y así poder acceder al interior. Y, una vez dentro, comprobaron que el lugar no estaba abandonado, pero sí sucio y muy mal cuidado. Aparte de una zona despejada en la parte central, justo delante de la puerta principal, el resto del espacio estaba invadido por un sinnúmero de cajas de madera y de cartón, apiladas de cualquier manera, en un desorden muy cercano al más absoluto caos. Al fondo, sin embargo, en una de las esquinas de la pared opuesta al portón de entrada, había otro hueco libre, y fue allí adonde se dirigieron. Dejaron las mochilas a un lado y se sentaron en el suelo, reposando las espaldas contra la pared. Iwan resopló entonces, aliviado. Se sentía, por fin, a salvo y miró a su lado para compartir esa sensación con Svetlana. Pero la sonrisa que se le escapaba se le heló al ver el rostro

de su compañera. Tenía un lamentable gesto de desesperación y una lágrima se escapaba de uno de sus grandes ojos. Y cuando sus miradas se cruzaron, la chica rompió a llorar y Iwan no tuvo más remedio que abrazarla.

- No puedo más-. Era todo lo que decía entre sollozos-. No puedo más Iwan, no puedo. No puedo seguir.

Iwan la rodeaba con sus brazos y le acariciaba la cabeza.

- Todo va a salir bien, Sveta-. Le dijo-. Ahora, descansa y no pienses en nada.

- ¿Que todo va a salir bien?- Exclamó la chica con desesperación-. Pero míranos. Estamos tirados en medio de ninguna parte. Tienen a toda la policía de la ciudad movilizada, buscándonos. Hemos herido a dos de ellos, les hemos disparado. No tenemos comida y no podemos salir a buscarla. No podemos salir, ¿entiendes? Si ya de por sí querían dar con nosotros a toda costa, imagina ahora después de lo que hemos hecho. Si nos dejamos ver...

- No va a pasar nada-. Insistió Iwan, interrumpiéndola-. Aquí no nos van a encontrar. Y mañana buscaremos un teléfono, llamaremos al número que nos dieron, vendrán a buscarnos y se acabó.

- No podemos salir de aquí-. Repitió Svetlana sin dejar de llorar-. No podemos dejarnos ver. ¿Cómo vas a hacer esa llamada?

- La haré, no te preocupes. La haré y no pasará nada. Ahora, descansa y no pienses.

- No puedo más, Iwan. No puedo. No puedo seguir.

- Descansa, preciosa-. Le volvió a decir el chico, echándola delicadamente sobre su regazo-. Descansa, no te preocupes. Confía en mí.

La jornada había sido agotadora. Y no solo agotadora. También decepcionante. Y frustrante a más no poder. Y lo peor no era eso, sino que aún no había terminado. Ni mucho menos. Es más, era probable que todavía hubiera que soportar un largo rato de trabajo duro para poder irse a casa de una vez.

Aleksei permanecía en pie sobre la moqueta del despacho de Piotr Kushkin. No recordaba ninguna ocasión anterior en la que el teniente no le hubiera invitado a sentarse cuando había ido a verle. Eso era clara muestra de su enfado. De su monumental enfado. Más allá, incluso, de las voces y los improperios que soltaba cuando se encontraba así, eran detalles como ese los que hacían ver que la cosa se estaba poniendo seria de verdad.

- ¡Es que no lo entiendo!- Se quejaba a gritos Piotr-. Dos asesinos consiguen huir por las carreteras soviéticas durante dos días completos, cruzan la frontera, logran

escondese de modo que no son descubiertos, aun buscando casa por casa, en una pequeña población, consiguen saltarse el cerco policial para salir de la misma y marcharse de allí, llegan a una ciudad más importante, los descubren, dan con ellos, les persiguen, les encierran en un callejón sin salida y los cabrones van, hieren a dos policías y escapan. ¡Y escapan! Dos policías armados los tienen acorralados en un callejón y escapan. ¿Cómo es posible, Alexander?– Le preguntó, hecho un basilisco–. ¿Cómo es posible?– Insistió, acercándose para gritárselo al oído.

Aleksei no decía nada porque no tenía nada que decir. Él también estaba enfurecido porque tampoco entendía cómo era posible que las cosas se hubieran desarrollado de esa manera, pero, por alguna razón, Kushkin le estaba tratando como si él tuviera alguna responsabilidad en lo sucedido, cuando era evidente que el operativo estaba bien montado y los fallos los habían cometido otros. Y eso le decepcionaba mucho.

- Esos hijos de puta habrán contactado ya con los rebeldes polacos–. Siguió hablando el teniente–. ¿Eres consciente de hasta qué punto complica eso las cosas?– Le preguntó–. ¿Eres consciente?– Le volvió a gritar al oído, pero Aleksei se mantuvo en silencio. Él no contestaba a preguntas retóricas, aparte de que hablar en esos momentos solo complicaría las cosas, y él lo sabía perfectamente–. ¿Qué le digo yo ahora a los de arriba?– Continuó Kushkin–. ¿Cómo justifico el gasto tan enorme que estamos haciendo para no ser capaces de cerrar del todo la operación Pandora? Un gasto inmenso para nada. Para fracasar. Yo no me llevo bien con los fracasos, Aleksander. Yo no he llegado hasta aquí fracasando. ¿Sabes lo que te digo, Aleksander? Que me niego a fracasar. Que ellos habrán ganado una batalla, pero la guerra sigue abierta. Aún nos quedan balas. Y si ahora las cosas están más difíciles que antes, pues movilizaremos a más recursos.

Kushkin dejó de hablar en ese momento mientras daba vueltas por su despacho, a pasos lentos, con la mano en el mentón, devanándose los sesos en busca de una solución. De cómo hacerlo a partir de ese momento para darle la vuelta a la situación y salir victoriosos del envite.

Aleksei no decía nada, pero, igual que su jefe, también pensaba. Aquello estaba llegando a un nivel de ridículo difícilmente asumible. Su jefe estaba hecho una furia porque se les estaban escapando dos mindundis que él consideraba asesinos experimentados y que conseguían esquivar a las fuerzas de seguridad como si efectivamente lo fueran. Dos mindundis que no eran nadie, pero que estaban impidiendo cerrar oficialmente una operación que se encontraba completamente finiquitada desde la semana anterior, aunque eso era algo que no podía decir porque él mismo se había encargado de que eso fuese así, engañando a todo el mundo para actuar sobre dos personas en un ámbito que no tenía nada que ver con su actividad profesional. Y mucho menos con la de su jefe. Las cosas se habían salido completamente de madre. Ciertamente, no sabía qué más hacer. No se le ocurría nada, estaba bloqueado. No era capaz de creerse que, después de los operativos montados y

de todo lo que había ocurrido, hubieran logrado escapar. Los habían tenido cercados en Dolniek y en Rzeszów. Incluso, en esta última ciudad, retenidos a punta de pistola en un callejón sin salida, como bien había dicho su jefe un momento antes, y habían logrado escapar. ¿Qué se podía hacer contra eso? ¿Qué más se podía hacer?

- Vamos a movilizar a todas las unidades en Polonia-. Kushkin volvió a hablar después de unos minutos de pensativo silencio-. Y si hace falta echar mano del ejército, pues se hace. Vamos a multiplicar la vigilancia y los controles en todas las ciudades y vamos a montar operativos especiales en todos los pasos fronterizos. Hay que dividir el país en zonas y asignárselas a cada uno de los oficiales, para que las controlen cada uno con sus hombres. Hay que aumentar la presión sobre la disidencia. Hay que descubrir si están llevando a cabo algún movimiento extraño, más allá de sus actividades habituales. Si tienen que acoger nada menos que a los que quisieron asesinar al mayor candidato a primer ministro ruso, algo raro tiene que pasar. Algún movimiento especial tienen que hacer, y en cuanto lo hagan, estaremos allí para cazarles y acabar con esto de una puta vez. Necesitaré permiso de los de arriba para eso, pero quiero que todo esté organizado lo antes posible para poder ejecutar las acciones en cuanto nos lo concedan. Sin perder ni un mísero minuto. Hay que empezar a trabajar ya. ¡Ya! De inmediato. Quiero todo organizado hoy para empezar a movilizar los recursos esta misma noche. ¿Está claro?– Aleksei se mantuvo en silencio, como venía haciendo desde el inicio del monólogo de su superior, pero, en esta ocasión, éste sí que requería una respuesta-. ¡Que si está claro, mayor Petrovski!– Le gritó una vez más junto al oído.

- Sí, señor-. Balbuceó Aleksei, completamente enajenado-. Perfectamente claro.

Cuando Aleksei salió del despacho de su superior, era consciente de que, aquella noche, no iban a dormir ni él, ni los dos subordinados que tenía colaborando con él en aquella misión. Que la tendrían que pasar en la oficina preparando todo aquel inmenso operativo. Organizando a las fuerzas desplazadas en Polonia para que no hubiera una ciudad importante ni ningún paso fronterizo sin su correspondiente vigilancia. Enviando a todas ellas la descripción y las características de las personas que estaban buscando. Y llevando a cabo tan ingente trabajo con la esperanza de que Czerwiek y sus hombres cometieran algún fallo que les permitiera a ellos darles caza, cosa que él sabía que era muy difícil. Aquello suponía más dinero, más medios, más trabajo y más esfuerzo para absolutamente nada. Porque nada iban a obtener con ello. Porque, aun suponiendo que detuvieran a los dos chicos, no estarían deteniendo a personas de más importancia que cualquier ladrón de poca monta de los suburbios de Moscú. Movilizar tanto dinero, medios, personas y recursos para algo así era algo lamentable. Aleksei se enfurecía solo de pensarlo, pero no le quedaba más remedio que seguir adelante. Era su farsa y no podía detenerla. Prefería mil veces una bronca como la de ese día, un fracaso, incluso una sanción, antes que revelar su doble vida. Antes siquiera que admitir públicamente lo que estaba ocurriendo para así detener todo aquel

despropósito. Mientras soportaba ser el blanco de las iras de su superior, no podía dejar de pensar en lo injusto que aquel hombre estaba siendo porque él no podía ser responsable de los errores de otros. Sin embargo, en verdad, sí que lo era. Kushkin no era consciente de ello, pero Aleksei sabía que sí que lo era. Él tenía la culpa de todo lo que estaba sucediendo y se merecía la bronca que había recibido, aunque, de hecho, la recibiera por motivos bien distintos a los reales. Pero el culpable era él y no podía parar aquello. No podía si quería seguir vivo.

CAPÍTULO 7

Martes, 21 de Febrero de 1984

Estaba empezando a amanecer y la todavía débil luz de la mañana se asomaba por los ventanales de la parte frontal de la nave. Iwan no había sido capaz de dormir en toda la noche. Dio un par de cabezadas, pero no pudo pasar de un estado de duermevela y se sentía agotado. Absolutamente. Se mantuvo durante horas en la misma postura, sentado en el suelo y recostando su espalda contra la pared. No había querido moverse para no despertar a Svetlana, que sí que durmió toda la noche sobre su regazo, completamente pegada a él para mantenerse en calor gracias al contacto de sus cuerpos. Tuvo un sueño muy inquieto, pero sueño a fin de cuentas. Y eso le satisfacía. Estaba convencido de que las lágrimas y la desesperación del día anterior eran culpa del cansancio y suponía que, después de esas horas de sueño, se encontraría mejor. Eso haría que su agotamiento mereciera la pena.

Durante la noche, a largos ratos, la había estado contemplando. Se sentía confuso. Quería a aquella muchacha. No había querido tanto a alguien desde que su madre y su hermana murieron. Pero no sabía qué significaba aquel cariño y, durante esas horas de duermevela, cayó en la cuenta de que nunca había estado enamorado. O al menos nunca había sido consciente de haberlo estado. No sabía qué era eso ni tampoco cómo identificarlo, caso de sentirlo. Durante sus últimos tiempos en Polonia, había compartido lecho con una joven en varias ocasiones, pero nunca sintió nada por ella. Al menos, en comparación con lo que sentía por Svetlana. De hecho, apenas la había recordado en todo el tiempo que había pasado desde que se trasladó a Moscú. Era de suponer, por tanto, que lo que sentía por aquella chica que dormía pegada a él era mucho más parecido a lo que se entiende por amor que lo que lo hizo con la otra. Sin embargo, el hecho de comparar ese cariño con el que tuvo por su madre o su hermana le volvía a confundir. Definitivamente, no tenía ni idea de esas cosas. Era todo un ignorante en ese aspecto y tampoco tenía a nadie con quien comentarlo o a quien pedir consejo. ¿Acaso los sentimientos que sus padres tenían el uno para con el otro eran semejantes a los que tenían con sus respectivos padres o hermanos? ¿En eso consistía el amor? Se suponía que no. Que el cariño fraternal era una cosa completamente diferente al amor, aunque se asemejaran en muchos aspectos. Y entonces, ¿lo que él sentía por Svetlana era cariño fraternal porque había sido lo más parecido a una familia que tuvo desde que perdió la suya propia, o era amor porque, en verdad, ella no era parte de la misma?

No tenía ni idea. Definitivamente, no tenía ni idea. Eso sí, contemplándola durante la noche, sintiéndola en su regazo, tan frágil, tan hundida como había estado la tarde

anterior, no le cabía duda de que haría lo que fuera por ella. Se sacrificaría en lo que hiciera falta por darle lo que necesitase. Como aquella misma noche, en la que prefirió no dormir él, a pesar de lo cansado que estaba, con tal de que durmiera ella, porque era evidente que lo necesitaba más.

Tampoco tenía dudas de que quería estar a su lado. Siempre. Que no quería perderla. Que haría lo que fuera para retenerla junto él, para hacerla feliz, para verla sonreír. Claro que eso mismo sentía por su madre y por su hermana. Exactamente lo mismo. Llegó a plantearse que la única diferencia radicaría en los celos. En lo triste que se sentiría si ella conociera a algún otro y le prefiriera antes que a él. Pero es que eso también lo hubiera sentido si se tratase de su hermana. Sería como verla alejarse, como tener que compartirla de alguna manera.

No obstante, en ese último aspecto, sí que veía diferencias. Muy posiblemente, ahí estaría la respuesta a sus preguntas. Eso sí, le encantaría tener a alguien con quien poder hablar sobre el tema y que le aconsejase. O, al menos, que le orientase, ya que él se encontraba absolutamente perdido. Por no hablar de que tampoco tenía una idea clara acerca de lo pensaba y sentía ella. Svetlana era una persona muy fría y muy desconcertante. Al menos así lo percibía él. Podía llevarse todo el día callada y medio ausente y, de repente, acercarse y darle un prolongado abrazo lleno de cariño. Podía mostrarse como alguien calculador y determinado, como la tarde anterior, capaz de decidir sobre la marcha sobre asuntos que podían poner en riesgo su vida, de agarrar un trozo de madera y estamparlo contra la cabeza de un policía, incluso de coger un arma y disparar, para luego, poco después, echarse a llorar como una niña pequeña y verse incapaz de salir a la calle a buscar una cabina de teléfono. Ella era así, desconcertante hasta tal punto que a veces no sabía ni cómo tratarla. Él la admiraba con todo su ser y se sentía admirado por ella de la misma manera. Y querido. Muy querido, aunque de esa forma tan peculiar que tenía ella de mostrar cariño. Con esa distancia que siempre ponía, como si tuviera construido un alto muro a su alrededor a través del cual era imposible cruzar, pero, por otro lado, sin separarse jamás de su lado. Dándolo todo por él, entregándose por completo, preocupándose continuamente por su bienestar. Incluso, reconociendo abiertamente que se iría con él al fin del mundo porque era con él con quien mejor se encontraba.

Pero, aun así, para Iwan, todo eran dudas. Respecto a lo que sentía él y también respecto a lo que sentía ella. Y era evidente que la situación en la que se encontraban no era, precisamente, la más idónea para aclararlas. Sin embargo, sabía que, tarde o temprano, tendría que meterle mano al asunto. Tendría que aclarar todas esas cosas. Con ella, evidentemente. Siempre con ella. Tendrían que hablar, tendrían que ser sinceros el uno con el otro y tendrían que decidir qué iban a hacer con sus vidas. Pero eso sería una vez que toda aquella aventura en la que estaban inmersos hubiera acabado. Una aventura que requería de toda su atención. Tenían que escapar. Tenían que hacerlo, aunque solo fuera para poder aclarar ese asunto que tantas dudas le

provocaba.

De repente, en un momento dado, un ruido le sacó de golpe de sus pensamientos. Iwan echó mano de la pistola que le quitaron el día anterior al policía y que se llevaron con ellos. Svetlana seguía durmiendo, pero no la despertó. Se limitó a permanecer alerta, con la pistola levantada, apuntando a un punto imaginario justo delante de ellos. Momentos después, alguien apareció, portando también un arma y apuntándoles. Se trataba de un hombre de mediana edad, alto y delgado, de pelo negro y revuelto y con una barba descuidada.

- ¿Quiénes sois?— Les preguntó, con un profundo torrente de voz—. ¿Qué hacéis aquí?

Iwan no dejaba de apuntarle. Con la espalda contra la pared, las dos piernas completamente estiradas sobre el suelo y un gesto en el rostro que era la viva imagen del agotamiento. Svetlana, acurrucada sobre el regazo de él, abrió los ojos y miró al hombre, pero permaneció completamente inmóvil.

- El tiempo pasa y no podemos hacer nada para evitarlo—. Iwan dijo la primera frase del santo y seña que también utilizó con Pawel.

- Y, sin embargo, la vida parece detenerse cuando miro a los ojos de ella—. El hombre respondió con la segunda, aunque no dejó de apuntarles. Iwan bajó el arma y la posó de mala gana sobre el suelo.

- ¿Miroslaw?— Le preguntó entonces. El hombre, que seguía mirándoles con desconfianza, ladeó la cabeza con gesto de curiosidad.

- Sí—. Contestó, sin dejar de apuntarles—. ¿Quiénes sois?

- Soy Iwan Smalek. Ella es Svetlana. Me manda Pawel Jankow. No nos conocemos, pero hubo una época en la que fuimos compañeros.

Miroslaw mantuvo el arma levantada durante unos segundos, pero luego la bajó, se la guardó y puso un gesto de profunda preocupación.

- Pero ¿qué hacéis aquí, en este estado?— Preguntó, utilizando el ruso. Era evidente que había sido informado de que Svetlana no hablaba polaco—. ¿Cómo no me habéis llamado? ¿No tenéis mi número? Habría venido de inmediato a echaros una mano.

- Nos ha sido imposible llamarte—. Le reconoció Iwan—. Pensábamos hacerlo hoy por la mañana, pero te nos has adelantado.

- Supuse que estabais aquí—. Dijo entonces Miroslaw—. Bueno, en verdad, tenía la esperanza de que estuvierais aquí. Tienen hasta a parte del ejército movilizado, buscándoos. Lo de ayer con los policías..., fuisteis vosotros, ¿verdad?— Iwan se limitó a asentir con la cabeza, dejando que el otro continuara hablando—. Lo suponía. Y como se sabe que escapasteis, quise creer que fuisteis capaces de llegar hasta aquí. Estuve esperando vuestra llamada hasta quedarme dormido. Cuando desperté, me vine para acá de inmediato. Me alegro de que hayáis encontrado la forma de entrar, ya os imaginaba muertos de frío en el callejón. He venido lo más rápido que he podido, pero tampoco me fiaba del todo... ¡yo qué sé! ¿Y si os hubieran pillado durante la noche?

Sabíais esta dirección. ¿Y si os hubieran obligado a decírla? ¿Y si lo hubierais hecho y no fueseis vosotros, sino unos policías infiltrados tratando de engañarme? De todos modos..., es evidente que no lo sois. Perdonad que os haya amenazado con el arma.

- No hay nada que perdonar-. Le aseguró Iwan-. Todo lo contrario. Te estamos muy agradecidos.

- Y, por favor, poneos en pie, os enseñaré un lugar mucho más apropiado para descansar. El verdadero refugio. Venid conmigo.

En la pared del fondo de la nave, apenas un par de metros a la izquierda de donde habían pasado la noche recostados, se encontraba una gran estantería llena de cajas. Por la facilidad con la que Miroslaw apartó una de ellas, era de suponer que estaban vacías. Detrás de ella, había una especie de palanca, aunque bien oculta, y aquel hombre la giro con un decidido golpe de mano. Se oyó un ruido metálico y entonces Miroslaw se colocó junto al lateral de la estantería y la empujó, desplazándola con cierta dificultad. En el suelo, aparecieron los rieles sobre los que se sustentaba el mecanismo y en la pared quedó al descubierto un dintel sin puerta que daba acceso al escondite. Miroslaw entró primero, encendió la luz y les miró con gesto satisfecho.

- Pasad-. Les invitó-. No es la suite de un hotel del lujo, pero es seguro, que es lo importante.

El refugio consistía en un estrecho habitáculo de un metro de ancho y que recorría, de extremo a extremo, toda la pared del fondo de la nave, a modo de doble fondo de la misma.

- Es estrecho, pero funcional-. Se disculpó aquel hombre-. Y tiene casi de todo. Ahí,- señaló con la mano hacia la izquierda- detrás de esa puerta, hay un baño con ducha y lavabo. Y ahí- esta vez señaló a la derecha- podéis ver las dos literas. Una encima de la otra, ya que es demasiado estrecho para ponerlas juntas-. Se volvió a disculpar, suponiendo que eran pareja-. La puerta se cierra igual que se abre-. Continuó, tirando de la estantería desde dentro, utilizando un manubrio que había instalado por la parte interior, hasta que sonó el “clic” que indicaba que estaba completamente cerrada. La palanca también se podía accionar desde dentro-. Y, para finalizar, esto de aquí- señaló un interruptor que se encontraba en el centro de la pared del fondo- es el accionador del extractor de aire, que permite que aquí dentro se pueda respirar. El tubo está incrustado en la pared y sale al exterior por el techo, por lo que es imposible de ver desde la calle.

- Esto está genial-. Exclamó entonces Iwan-. Nunca había visto nada parecido.

En la parte central, junto a la salida y pegado a la pared, un largo tablero de madera ocupaba la mitad del ancho del espacio a modo de mesa. Debajo del mismo, había unos taburetes que se podían sacar para sentarse y volver a meter en el sitio original para no entorpecer el paso. Y junto a la puerta del baño, había otra estantería llena de artículos de primera necesidad: desde comida o útiles de aseo hasta sábanas y mantas.

- Lo que no hay es cocina. Y si queréis beber agua, habréis de utilizar el grifo del

lavabo. El tiempo que estéis aquí, tendréis que comer frío, pero de eso me encargo yo. Aquí tenéis algo para picar y en el coche tengo un termo de café. Ahora os lo traigo. Esto es así de estrecho para que, caso de que inspeccionen la nave, no se den cuenta de que le falta un trozo de largo. Ya he sufrido un par de registros y nunca han dado con este refugio. También traje la cámara de fotos.

- ¿La cámara de fotos?— Se extrañó Iwan.

- Sí. Os haré una foto a cada uno para preparar vuestros documentos. Cuando estén listos, mañana o pasado, podremos irnos a ver a Czerwiek.

- ¿A Czerwiek? ¿Vamos a ver a Czerwiek?

- Sí, pero no aquí en Rzeszów. Iremos a Cracovia, donde tenemos un refugio mucho más grande. Czerwiek se acuerda mucho de ti. Te tiene cariño y quiere verte. No te conozco, nunca oí hablar de ti, pero tuviste que ser bueno para que Czerwiek se preocupe de ese modo. Pero no quiero molestaros más. Iré a por el café, traeré la cámara, os haré las fotos y os dejaré descansar, que buena falta os hace.

Cuando Iwan despertó, había perdido completamente la noción del tiempo y casi de su propia situación. Al abrir los ojos, tuvo que pararse a pensar detenidamente para recordar dónde se encontraba. Había estado durmiendo un número indeterminado de horas en la litera de abajo y al recuperar la consciencia, se encontró boca arriba y con las piernas apoyadas sobre el regazo de Svetlana, que estaba sentada sobre la cama, al pie, apoyando la espalda contra la pared. La chica salió del estado de duermevela en el que se encontraba, miró la hora y sonrió al verle despierto.

- Llevas cinco horas dormido profundamente—. Le dijo—. En un par de ocasiones, he tenido que acercarme para comprobar que respirabas y que no habías muerto.

Iwan rio abiertamente mientras se desperezaba.

- ¿Qué haces ahí?— Le preguntó—. Te habrás aburrido como una ostra.

- He hecho lo mismo que tú por mí—. Le contestó, regalándole una mirada de profundo cariño—. Velarte. Habrás pasado una noche horrible mientras yo dormía y aquí no hay otra cosa mejor que hacer que quedarme a tu lado. De todos modos, yo también he dormido un poco durante este tiempo.

Iwan sonrió y se incorporó, apoyando él también la espalda contra la pared y sentándose junto a ella.

- ¿Cómo estás?— Se interesó el chico—. Veo que mejor. Al menos, sonrías y no lloras.

Svetlana cerró los ojos y agachó la cabeza antes de contestar.

- Sí, estoy bien. Pero estaba deseando que te despertaras porque tengo que pedirte perdón y darte explicaciones. Ayer me encontraba muy mal y no pude hacerlo, pero ahora estoy mucho mejor y creo que es el momento.

Iwan miró a su compañera con gesto de profunda extrañeza. No entendía nada de lo que le estaba diciendo.

- ¿Explicaciones? ¿Por qué? ¿Qué tipo de explicaciones?

- Si ayer por la tarde no me hubiera vuelto para recoger el pañuelo que se me cayó en el parque, probablemente no habiéramos tenido que pasar por todo lo que hemos pasado. Me siento responsable y me gustaría explicarte por qué lo hice.

- No hace falta que me expliques nada—. Le dijo Iwan, sonriéndole con ternura.

- Sí hace falta. Ese pañuelo es muy importante para mí. Es, quizás, el objeto más valioso que tengo. Nunca te lo he contado porque siempre ha sido algo que me he guardado para mí, pero ahora quiero hacerlo.

- De acuerdo. Pues adelante. ¿Qué significa para ti ese pañuelo?

La chica suspiró entonces y se acomodó en el asiento que ocupaba antes de continuar.

- Ese pañuelo perteneció a mi madre—. Le dijo, tratando de que no se le notara demasiado el modo en que le emocionaba hablar de ese asunto—. Es el pañuelo negro que se colocaba en la cabeza para recogerse el pelo. El último que tuvo. Me lo dio mi tía Eva hace ya unos años y, desde entonces, lo he cuidado como si fuera un tesoro porque es lo único que me queda de ella. De mi madre. ¿Sabes? Yo no me acuerdo de su cara, del rostro que tenía. He visto alguna foto que tenía en casa mi tía, pero lo que recuerdo es la foto, no a ella. Recuerdo especialmente una en la que ella tenía este pañuelo puesto. Decía mi tía que como ella era tan rubia, el contraste con el negro del pañuelo hacía que resaltara su belleza. Como en esa foto. Pero las fotos también las he perdido y ya no me queda nada. Nada en absoluto. Salvo el pañuelo. Y no lo quiero perder también. No podría soportar haberlo perdido, habérmelo dejado en el suelo en un lugar cualquiera de una ciudad cualquiera y que alguien se lo hubiera quedado sin tener ni idea del inmenso valor que para mí tiene. Por eso me volví. Debería haber tenido más cuidado, no haber permitido que se me cayese, lo sé, pero..., en fin, las cosas pasaron así y lo siento mucho.

Iwan volvió a sonreírle con gesto de profundo afecto y le pasó el brazo por encima de los hombros para abrazarla.

- No lo sientas—. Le dijo con dulzura—. No hay nada que sentir. Ojalá yo tuviera algún objeto así. Algo que me recordara a las personas que me faltan. Ojalá, en serio. Muchas veces lo he pensado. No tengo nada de mi padre, ni de mi madre ni de mi hermana. Yo tampoco recuerdo el rostro de mi padre. Y el de las otras dos lo acabaré olvidando, y eso es muy triste. Hiciste bien con volver para recogerlo. No hay nada que perdonar ni que sentir, de verdad. Ya te digo, ojalá yo tuviera algún objeto así.

En ese momento, se oyó un ruido proveniente de fuera del refugio y Iwan agarró la pistola y apuntó hacia la salida. La estantería corredera se movió y por el hueco apareció la cabeza de Miroslaw, que entró en el zulo con las manos en alto y una sonrisa. Iwan bajó el arma entonces y le devolvió el gesto. Svetlana también sonreía.

- Vengo acompañado—. Fue lo primero que dijo, dirigiendo la mirada hacia afuera y haciendo un gesto con la mano—. Pasa, Ania. Te presento a nuestros invitados.

Ania era una mujer joven, delgada, de pelo rojizo y ondulado y mediana estatura. Tenía una cara un tanto peculiar, con algunas pecas en las mejillas y unos bonitos ojos azules. No era especialmente guapa, pero tenía un semblante agradable, y eso le daba atractivo. Vestía de manera informal, con pantalones y jersey, y entró en el refugio con una gran sonrisa y algo de rubor en las mejillas.

- Hola-. Les saludó en ruso, acompañando la voz con un gesto con las manos-. Me alegro de que estéis bien.

Entre tanto, Mirosław cerró la estantería que hacía las veces de puerta y le dio más potencia al extractor de aire para que no se cargara demasiado el ambiente con tanta gente en el interior de aquel lugar.

- Ania acaba de llegar de Cracovia-. Les informó-. Trabaja directamente con Czerwiek y es parte esencial de nuestro plan para sacaros de aquí y llevaros a esa ciudad.

- ¿Acabas de llegar de Cracovia?- Repitió Svetlana con gesto de sorpresa. Ania sonrió con amabilidad antes de contestar.

- Os estábamos esperando desde hace un par de días. Desde que os pusisteis en contacto con Pawel Jankow. Deberíais haberle dado un teléfono de contacto. De haberlo hecho, habríamos ido a buscaros a Dolniek. Pero no teníamos forma de contactar con vosotros para organizar algo así, de modo que tuvimos que esperar a que llegais aquí y nos llamaseis. Tenemos un plan de huida diseñado desde entonces para llegar a Cracovia, el cual incluye la organización, la documentación y los medios de transporte. Cracovia está a dos horas de carretera desde aquí. Estaba preparada para salir desde hace dos días, ya os digo, y Mirosław me llamó esta mañana.

- ¿Y en qué consiste ese plan de huida?- Se interesó Iwan.

- Haréis el viaje por separado-. Les informó Ania-. Ya que buscan a una pareja, evitaremos que viajéis de ese modo. Ella irá conmigo y utilizaremos el tren. Y tú viajarás con Mirosław en el coche.

- ¿Y por qué no al revés?- Preguntó Svetlana con curiosidad-. ¿Por qué no nosotras en el coche y ellos en tren?

Ania le dedicó una amable sonrisa.

- Porque es mucho más común ver a hombres conduciendo que a mujeres-. Le contestó-. Así de sencillo. Esperamos tener reveladas las fotos mañana por la mañana. Aquí tenemos útiles para falsificar documentos, así que, seguramente, estará todo preparado por la tarde. A ti te daremos un pasaporte ruso-. Dijo, dirigiéndose a Svetlana-. Serás Jana, la hermana de mi querido esposo militar, fallecido hace pocos años en acto de servicio aquí en Polonia. Vienes mucho a visitarme. De hecho, en el pasaporte tienes sellos de las visas correspondientes a las anteriores visitas. Y tú,- añadió, girándose hacia donde estaba Iwan,- tú serás Leszek, que has tenido que desplazarte a Rzeszów para una entrevista de trabajo. Allí coincidiste con Mirosław, hicisteis amistad y volvéis a casa juntos. Antes de irnos, os traeré ropa adecuada, tanto

para vestir, como para hacer un equipaje. Porque, evidentemente, la gente que viaja, lo hace con equipaje.

Svetlana escuchaba a aquella joven mujer desgranar el plan con cierto aire de sorpresa. No tanto por el plan en sí, que era muy simple, sino por la seguridad con la que lo explicaba. Seguridad que se la transmitía a ella a su vez, algo que necesitaba sin ningún género de duda. Iwan, por su parte, sonreía, satisfecho. Lo que estaba oyendo era justo lo que esperaba. Un plan claro, sencillo, fácil de llevar a cabo y con los medios necesarios. Y, muy importante también, que quien lo organizaba, se involucraba en él. No era lo mismo elaborar un plan para que se juegue la integridad otro, que hacerlo sabiendo que uno mismo se la va a jugar también. Aquello tenía otra pinta. No cabía ninguna duda de que aquello tenía otra pinta.

Aquella noche fue, para ellos, la más tranquila desde hacía muchas. Como si de una pequeña tregua se tratara, relajaron sus pensamientos durante unas horas y aunque no se olvidaron de la situación tan complicada en la que se encontraban, ya que eso era imposible estando metidos en aquel zulo, sí que pudieron descansar, no solo los cuerpos, sino también las mentes. Sobre todo, las mentes. Porque dormir, durmieron poco. O al menos tardaron bastante tiempo en hacerlo porque, una vez Ania y Mirosław se marcharon, comenzaron a charlar y no dejaron hacerlo hasta más allá de la media noche. Primero durante la cena, que apenas consistió en un par de bocadillos que sus protectores les habían traído aquella tarde. Y luego, una vez dieron cuenta de ellos, sentados a lo ancho sobre la litera de abajo, recostando las espaldas contra la pared.

- ¿Qué piensas hacer cuando llegues a Occidente?— Preguntó Svetlana a su compañero en un momento dado, en un intento de encontrar algo de luz al fondo de aquel túnel en el que sentía que se encontraba. Iwan suspiró y elevó la mirada antes de responder.

- No lo sé. Siempre quise huir, siempre fue mi mayor sueño, pero nunca pensé en qué haría una vez lo cumpliera. Supongo que buscar un trabajo y vivir de él. Como hace todo el mundo.

- A mí es una cosa que me preocupa muchísimo porque yo no hablo ningún idioma que no sea el ruso—. Se lamentó la muchacha—. Y ya me contarás adónde voy a ir yo si ni siquiera me puedo comunicar.

- Tú al menos conoces un oficio—. Le recordó Iwan—. Eres enfermera, y las enfermeras son necesarias en cualquier parte del mundo. Los idiomas se aprenden, eso es secundario. Yo, sin embargo..., yo no tengo oficio ninguno. No sé hacer nada, no tengo ninguna profesión.

- ¿Cómo que no sabes hacer nada? Tú sabes hacer muchas cosas.

- Claro, muchas cosas clandestinas y peligrosas—. Bromeó el chico—. Sé utilizar un arma, sé huir de la policía, sé muchas cosas, sí, es cierto.

- No te burles de mí—. Respondió Svetlana, riendo ella también—. Me refiero a que

tú tienes mucho más mundo que yo, que, hasta hace cuatro días, jamás había salido de mi estrecho círculo.

- Sea lo que sea, lo haremos juntos. No vamos a estar solos porque nos vamos a tener el uno al otro. Además, pensar en estas cosas ahora mismo es absurdo porque no sabemos ni siquiera dónde vamos a terminar y con qué medios vamos a contar.

- Ya, pero yo tengo mucho miedo-. Reconoció la chica-. Trato de vencer el temor que me da la situación en la que nos encontramos ahora mismo pensando en que es algo que merece la pena porque el objetivo final es el que es. Se supone que nos dirigimos hacia algo bueno, pero, luego, trato de pensar en qué consiste eso tan bueno y solo se me ocurren cosas malas. Y eso me hace estar aún más temerosa.

Iwan miró a su compañera con gesto de profundo cariño, le pasó el brazo por la espalda y se la acercó, abrazándola. Ella, como solía hacer, apoyó la cabeza sobre el hombro de él.

- Los países de Occidente son tierras de oportunidades-. Le dijo-. Allí hay libertad para hacer lo que quieras, la gente tiene derechos, hay leyes que se cumplen, hay prosperidad..., hay trabajo. Y en una tierra de oportunidades, la gente con ganas acaba saliendo adelante, por mucho miedo que tengan al principio. No sé dónde vamos a terminar ni con quién o con qué vamos a poder contar, pero sí sé que vamos a tener oportunidades. Las que sean, pero las vamos a tener. Eso es lo único en lo que yo pienso. A mí, si me dan la oportunidad de aprender un idioma, o un oficio, o de trabajar en algún sitio, lo que sea, la voy a aprovechar. Eso es todo. Y a partir de ahí, todo dependerá de nosotros. Pensar en otra cosa no vale para nada, como tampoco intentar hacerse una idea de en qué van a consistir esas oportunidades porque esos países, esas sociedades, son completamente diferentes a lo que nosotros hemos conocido a lo largo de nuestras vidas y, seguramente, no nos podemos hacer ni la más mínima idea de en qué puede consistir lo que nos vamos a encontrar.

- Supongo que habrá gente dispuesta a echarnos una mano-. Señaló Svetlana, tratando de pensar en positivo-. Y también que esta gente que nos está ayudando ahora, si finalmente consigue sacarnos del Bloque, no nos dejará al otro lado de la frontera con una mano delante y otra detrás.

- Claro que no, Sveta-. Le aseguró Iwan, aun sin estar del todo seguro de lo que decía-. Claro que no. Para hacer cruzar a personas al otro lado, necesitan tener a otras personas allá colaborando con ellos. Y estoy seguro de que esas mismas personas nos servirán de ayuda en los inicios.

- ¿Estás seguro?-. Repitió la chica con desconfianza.

- Por supuesto, Sveta-. Le mintió su compañero-. Por supuesto.

El timbre de la casa sonó y el mayor Kiril Sorokin supo que el coche había llegado.

- Qué eficiente es este Ulianov-. Se dijo a sí mismo en referencia al oficial que venía a recogerle y que se había adelantado en diez minutos a la hora prevista.

Una sonrisa se le escapó. Estaba de buen humor. El día anterior, habían llegado órdenes desde Moscú para que un buen número de militares se movilizara en apoyo a la búsqueda de dos peligrosos delincuentes huidos desde la Unión Soviética. Sorokin no sabía exactamente qué delito habrían cometido, pero muy grave debía ser el asunto para que la respuesta fuera tan contundente. En el fondo, le daba igual. A él le gustaba la acción. Era militar por vocación, mucho más allá de que ello le proporcionara un estatus y, por ende, unos privilegios que estaban vetados al grueso de la población. Y el hecho de estar en su base en Cracovia sin nada más que hacer que llevar a cabo labores de control, maniobras y estar disponible para posibles operativos le aburría. Solo cuando se montaban estos operativos y le encomendaban misiones, encontraba sentido a su profesión. Era lo que le estimulaba, lo que hacía que siguiera amando a aquello a lo que se dedicaba.

Y eso que la misión que le habían impuesto esta vez tenía toda la pinta de ser de lo más aburrida también. Debía trasladarse con sus hombres al sur, a la región de los Montes Beskides, una importante serranía perteneciente a los Cárpatos y que suponían la frontera entre Polonia y Checoslovaquia. Y esa era la clave. La frontera. Debían reforzar la vigilancia de los pasos fronterizos porque esos dos delincuentes llevaban días huyendo. Partieron desde Moscú y se sabía que habían sido capaces de llegar hasta Polonia y de saltarse el cerco al que habían sido sometidos, pero no conocían exactamente su paradero ni el lugar al que se dirigían. Por eso tenían que intentar dar con ellos a lo largo de todo el país y procurar que no salieran del mismo. Además de la policía, buena parte de las unidades del Ejército Rojo con base en Polonia estaban movilizadas, cada una con distintas misiones, y a la que él dirigía le había tocado vigilar parte de la frontera sur, estableciendo su base provisional en la ciudad de Zakopane, la más importante de la comarca.

Sorokin conocía bien aquella zona y por eso suponía que se iba a tratar de algo sencillo. La conocía porque él y su familia solían ir mucho por allí, ya que era un lugar bastante frecuentado por esquiadores, deporte al que él era muy aficionado. Y, sin duda, le enviaron a él por dicho conocimiento. Se trataba de una zona lejana, apartada y de no muy fácil acceso. No tanto la localidad de Zakopane, que tenía una población considerable para pertenecer a una zona de montaña, pero sí los pasos fronterizos, por donde el tránsito de personas era muy reducido, por no hablar de prácticamente nulo. Era una zona muy fácil de vigilar, y mucho más en invierno, ya que, debido a la nieve, las zonas transitables eran muy escasas y solitarias y costaba trabajo pensar que unos fugitivos se fueran a aventurar a quedar expuestos en un lugar donde todo el mundo se

conoce y no hay posibilidad de pasar desapercibido. Sorokin suponía que lo normal sería que trataran de esconderse en cualquier lugar con cierta masificación de personas, mucho más difíciles de vigilar. Y ese era el motivo por el que daba por hecho que se iba a tratar de una misión sencilla y aburrida.

De todos modos, aunque eso fuera así, siempre era mejor que quedarse en Cracovia. Por eso estaba de tan buen humor que hasta canturreaba cualquier cosa mientras terminaba de sacar del armario la ropa que se iba a llevar y la colocaba en la maleta. Una vez terminó, fue al baño, preparó su neceser, volvió a la habitación y lo introdujo también en el equipaje. Y hecho eso, cerró la puerta del armario y dedicó unos segundos a observarse en el espejo de pie que tenía en un rincón del dormitorio y en el que se podía ver a sí mismo de cuerpo entero. Siempre fue una persona presuntuosa y le gustaba admirarse, sobre todo cuando llevaba puesto su uniforme, como en aquella ocasión. Se trataba de un hombre alto, fuerte y apuesto, de pelo rubio y corto y gesto de determinación. Se consideraba a sí mismo atractivo y se sabía bueno en su trabajo, lo cual le daba una enorme seguridad en sí mismo que reflejaba ante los demás, de manera que causaba respeto ante sus subordinados y hacía que sus superiores confiaran en él. Tenía una hoja de servicios intachable, había disfrutado de varios ascensos, cuando apenas había superado los cuarenta años, y estaba convencido de que no tardarían en llegar más, así como su soñado traslado de vuelta su Rusia natal. Porque ese era su gran objetivo. Volver algún día al lugar donde nació, siendo ya un militar de alta graduación, y disfrutar de un plácido retiro en el que recordar con orgullo lo conseguido tras años de esfuerzo.

- ¡Kiril! ¿Te queda mucho? Que te están esperando, hombre.

La voz chillona de su mujer le sacó de sus ensoñaciones y le obligó a dejarse de tonterías y terminar de prepararse de una vez. Si había alguien en el mundo que no se veía intimidada por su imponente aspecto, esa era aquella mujer bajita, delgada y de porte austero que había tomado como esposa casi veinte años atrás. Nadia, que así se llamaba ella, mandaba en casa de la misma manera que él lo hacía en los cuarteles. Y a él le parecía justo que fuera así. Si era ella quien estaba a cargo de todo lo que se hacía de puertas para dentro, era lógico que también fuera quien organizara y que los demás obedeciesen. Pero, claro, si a eso le unía que aquella mujer tenía un genio del demonio y un carácter fortísimo, el resultado era que, al final, le tenía más respeto a ella que a cualquier superior con quien se hubiese relacionado a lo largo de todos sus años de carrera.

- ¡No, ya voy!— Le respondió a voz en grito para que le oyera sin problema a pesar de estar en la planta de arriba de la casa.

Entonces, se apresuró, se echó un último vistazo en el espejo, se ajustó la gorra, cerró la maleta, la cogió, salió del dormitorio y bajó las escaleras con paso decidido. Una vez abajo, se topó en Saskia, su hija, que se disponía a subir en ese momento.

- No te olvides de llamarme si finalmente vas a ir a la montaña este fin de semana—.

Le dijo—. Voy a estar allí, ya sabes, y va a haber movimiento. Si vas, te organizaré el transporte para que no pierdas el tiempo en los controles.

- Sí, papá—. Le contestó la chica de mala gana—. Descuida, que me vas a tener perfectamente controlada si al final voy.

“Jodidas adolescentes”, pensó Kiril en ese momento. “Como si no tuviera cosas que controlar”. “Lo único que quiero es ayudarla, y mira cómo contesta”. Aun así, se le escapó una sonrisa. Él era exactamente igual cuando tenía su edad, diecinueve años. Él también era hijo de militares, también fue adolescente y también tuvo que ir escoltado a cualquier parte por el temor de su padre a que alguien le hiciera daño. Y de igual manera que le pasaba a su hija, él también consideraba que aquel hombre solo trataba de controlarle y sobreprotegerle. Le daba igual lo que dijera su hija. La entendía, pero le daba igual. No podía permitir que, siendo quien era, fuese por la vida sin protección. Estaba obligado a ello.

Viktor Ulianov se encontraba en el hall, charlando animadamente con Nadia, y Kiril le ofreció una sonrisa y le saludó con efusividad. Se trataba, sin duda, del oficial en quien más confiaba. Sin duda. Le consideraba una persona eficiente, trabajadora y muy leal, aparte de un buen amigo. Y a pesar de su juventud, rondaba los treinta años, para él era su mano derecha: el hombre en quien delegaba los asuntos más importantes. Tenía un aspecto extraño, eso sí, siempre lo pensó. No era ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni gordo ni flaco. Era llamativamente vulgar, igual que su gesto natural o su forma de moverse. Pero se trataba de una persona tan inteligente como muy pocas había conocido en su vida. Solía estar siempre en segundo plano. Atento, pero en segundo plano. Escuchaba más que hablaba, pero cuando abría la boca, era para dar una lección maestra. Lo hacía con un tono de voz plano y monótono, y sin alzarlo. No le hacía falta. Viktor analizaba las situaciones, escuchaba a todos y cuando se sentía preparado, exponía sus conclusiones, que solían ser las acertadas, y sus soluciones, que solían ser las más indicadas. Después de que él hablara, las reuniones tocaban a su fin porque nada más quedaba por añadir y nada de lo que decía se podía discutir. Era un verdadero genio. Un superdotado para aquello a lo que se dedicaba, con la virtud añadida de que no pretendía llamar la atención ni se le conocía mayor ambición que la de hacer bien su trabajo y no molestar.

- Ya nos podemos ir, querido Viktor—. Exclamó el mayor Sorokin, aunque su esposa le detuvo, agarrándole de un brazo.

- Un momento, querido Kiril—. Bromeó la mujer, para a continuación echarle un vistazo de arriba abajo. Entonces, le arregló el nudo de la corbata, le puso bien una de las solapas de la chaqueta y le colocó en su sitio un mechón rebelde del pelo. Y, una vez conforme, se puso de puntillas y le regaló un beso en los labios—. Ahora sí. Ya os podéis ir.

Sorokin sonrió a su mujer antes de salir de casa. A pesar de ese carácter tan fuerte que tenía, no dejaba de ser cariñosa y atenta con él. A su manera, pero no dejaba de

serlo. Por eso la quería. Porque ella lo era todo y lo era con todas las consecuencias. No había medias tintas ni posibilidad de engaños o malos entendidos.

Durante el trayecto, Sorokin repasó con Ulianov los detalles del operativo que tenían que llevar a cabo. O más bien al revés, ya que era el subalterno quien exponía sus propuestas para recibir el visto bueno de su superior. El mayor Sorokin dejaba que las cosas fueran así. A pesar de su vanidad, era de la opinión de que la clave del triunfo de todo jefe radica en su capacidad para rodearse de personas válidas y dejarlas trabajar. Que su función debía ser, no tanto mandar, sino organizar el trabajo. Y nunca, bajo ningún concepto, coartar la libertad de un buen profesional a la hora de desarrollar sus ideas, sino aprovecharse de ese caudal de propuestas y, en todo caso, debatirlas para perfeccionarlas.

- Lo primero que deberíamos hacer es alertar a la población—. Opinó Ulianov, ya metido en faena—. En una comarca en la que, como tú mismo dices, todo el mundo se conoce, la aparición de forasteros resalta mucho.

- Estoy de acuerdo—. Contestó Sorokin.

- También deberíamos tener cuidado con no pasar por encima de la policía local. Necesitamos su colaboración, ya que son quienes mejor conocen la zona.

- En eso también coincidimos. De hecho, creo que son ellos quienes deben llevar a cabo tu primer punto. Quienes han de alertar a la población, ya es a ellos a quienes conoce la gente. En ellos pueden confiar, o al menos mucho más que en nosotros, que no dejamos de ser extranjeros. Sí, Viktor, tienes razón. Lo primero que tenemos que hacer es ganarnos el favor de la policía local, dándoles protagonismo en todo este asunto.

- Exacto, Kiril. Necesitamos tenerlos de nuestro lado. Eso lo facilitará todo. No podemos permitir que perciban a estos delincuentes como rebeldes contra los opresores y se sientan más identificados con ellos que con nosotros. He sabido de casos en los que esto ha ocurrido. Y es algo muy sencillo de evitar, simplemente manteniendo una actitud correcta.

- Muy bien, Viktor. Continúa entonces.

- Una vez coordinados con la policía local y alertada la población, lo demás debe ser sencillo. De hecho, no debe quedar otra cosa más que esperar y estar atentos. Propongo desplegar al grueso de nuestros hombres en la población más grande, en Zakopane. Enviar retenes a las más pequeñas y dejar que sea la policía local quien tome el mando en ellas. Y reforzar la vigilancia en los puestos fronterizos, aunque estos, al ser tan pequeños, recónditos y poco frecuentados, serán fáciles de controlar. Un par de hombres por puesto debe ser suficiente. Ah, y una cosa más.

- Adelante.

- Deberíamos hacer que los vigilantes del lado checoslovaco se prestasen a colaborar, caso de ser necesarios. No estaría mal que les advirtiéramos. Indudablemente, no estarán interesados en que unos peligrosos delincuentes se cuelen

en su país.

- De eso me encargará yo-. Aseguró Sorokin-. Aparte de visitar a las autoridades en cada una de las poblaciones y de coordinarnos con la policía local, me presentaré en cada puesto fronterizo, como máximo responsable del operativo, para hablar con los checoslovacos. Por muy fácil que parezca el asunto, tenemos que tener todos los cabos atados. Luego, aparte de todo eso, yo estaré coordinándolo todo en la base que establezcamos en Zakopane, pero siempre disponible para cualquier cosa. Y quiero que tú te dediques a hacer rutas por todos los puntos en los que establezcamos vigilancia. Además de la radio y el teléfono, quiero apoyo presencial. Yo seré la cabeza visible en la localidad donde más presencia tendremos y tú lo serás en el extrarradio.

- Así se hará. Y, aparte, me gustaría preguntarte por una cosa más.

- ¿De qué se trata?

- De tu hija, Kiril. ¿Qué va a hacer al final? ¿Irá a la montaña el fin de semana, o no? Porque si es que sí, habrá que preparar su escolta también.

Sorokin observó a su subalterno y sonrió. No le dejaba de sorprender. Era capaz de tener en cuenta hasta el más mínimo detalle a la hora de llevar a cabo las misiones de la mejor manera posible. No se le escapaba nada. Nunca. Ni siquiera lo que no correspondía propiamente a aquellas, pero podía afectarles en cierta forma. Por eso le tenía en tan alta estima. No podía ser de otra manera.

- Pues no lo sé, Viktor-. Contestó Kiril en un suspiro-. No me lo ha confirmado aún. Estos chavales parece que disfrutan manteniendo el suspense hasta el final en tonterías como esta. Será para hacerse los interesantes, supongo.

- Pues deberíamos saberlo, porque el asunto es serio.

- Lo sé, Viktor, lo sé...

- De todos modos, tampoco nos debemos preocupar en exceso por algo así. No será complicado emplear a un par de hombres en eso, con tantos efectivos como tendremos disponibles.

CAPÍTULO 8

Jueves, 23 de Febrero de 1984

Cuando oyeron el golpe de la manivela que abría la puerta del zulo, Iwan y Svetlana ya estaban listos para partir. En verdad, lo estaban desde hacía bastante rato, ya que no habían dormido demasiado durante la noche. No estaban especialmente cansados sin embargo. Habían tenido que esperar un día completo más, con su correspondiente noche, para poder emprender el viaje a Cracovia. Mirosław y Ania necesitaron ese tiempo para preparar dicho viaje en condiciones y la espera merecía la pena. Claro que el hecho de tener que permanecer en el interior de aquel recinto sin absolutamente nada que hacer, solamente esperar, permitió a los dos chicos relajarse y descansar, de manera que, a pesar de que apenas tuvieron sueño por la noche y de que durmieron poco, por la mañana, lejos de estar cansados, se encontraban deseosos de ponerse en marcha de una vez.

Una vez desplazada la estantería que hacía las veces de puerta, apareció Ania, con su agradable sonrisa, y les invitó a salir. Allí se encontraba también Mirosław.

- Ya está todo listo—. Les dijo la primera, entregándoles la documentación que correspondía a cada uno—. También traemos algo de café caliente. Si os parece, vamos a desayunar algo mientras repasamos el plan para el viaje, ¿de acuerdo?

Era temprano. Muy temprano. Apenas habían pasado las seis de la mañana, pero era mejor así, sin duda. Todos deseaban terminar con el trámite del desplazamiento lo antes posible, sobre todo porque era la parte más peligrosa y cuanto antes se la quitaran de en medio, mucho mejor. La noche anterior, Mirosław había aparcado en el interior de la nave el coche con el que Iwan y él mismo harían el viaje, aunque antes dejarían a Ania y a Svetlana en las inmediaciones de la estación de ferrocarril. En el maletero, ya se encontraban los equipajes que llevarían, de modo que, con los documentos de identidad que les acababan de entregar, ya estaba todo listo para partir.

Durante el corto desayuno, entre todos repasaron las circunstancias ficticias que expondrían caso de ser parados por la policía. No era algo complicado, con lo que no les llevó demasiado tiempo, pero nunca estaba de más insistir en ello para que no quedara ningún cabo suelto.

Una vez terminado el tentempié, los cuatro montaron en el coche, que era conducido por Mirosław, y se pusieron en marcha. Aun era noche cerrada, algo que no dejaba de tener su importancia, ya que mientras más oscuridad hubiera, menos se vería desde fuera quiénes viajaban en el interior del vehículo. Aunque habían pasado dos días desde el incidente con la policía, Iwan y Svetlana no dejaban de ser buscados insistentemente y hasta que no llegaran a la estación, no se separarían. Y la policía

seguía buscando a una pareja. Por tanto, se trataba de un detalle menor, pero que, sin duda, tenía su relevancia.

Apenas encontraron tráfico durante el trayecto. Las calles estaban desiertas, lo cual era algo que esperaban. La mayoría de la gente aun no había salido de sus casas para ir a trabajar, aunque en breve la situación sería bien distinta. Sin embargo, en las inmediaciones de la estación, la cosa se complicó. No tanto por la afluencia de gente, que la había, pero no en demasía, sino por la presencia policial. También lo esperaban, como no podía ser de otra manera. Mirosław llevó a cabo lo que habían decidido previamente y no se detuvo cerca de la entrada, sino que lo hizo un par de calles más allá, para evitar que ningún policía se percatase de su presencia. Y una vez parados en un lugar oscuro y discreto, Ania y Svetlana bajaron rápidamente, abrieron el maletero y cogieron su equipaje. Iwan también se bajó para ayudarlas y, antes de que se fueran, cogió a Svetlana de las manos.

- Tened mucho cuidado-. Le dijo, con gesto de preocupación. La chica trató de sonreír, pero no respondió nada. Tampoco hizo falta. Con la mirada, fue suficiente. Lo que sí que hizo fue acercarse para darle un beso en la mejilla, tras lo cual, Iwan le sonrió con cariño.

- No os preocupéis-. Dijo entonces Ania-. Hemos hecho esto muchísimas veces. No va a haber ningún problema.

Una vez Iwan volvió a subir al coche, Mirosław dio la vuelta con velocidad y se dirigió de nuevo a la avenida en donde se encontraba la entrada principal de la estación. Una vez allí, se detuvo en un lugar oculto, pero desde donde podían ver dicha entrada, y fueron testigos de cómo las dos chicas conseguían pasar el primer control de personas sin ningún tipo de problema. Mirosław sonrió satisfecho entonces.

- Todo va a salir bien-. Insistió-. Ya lo verás.

El primer tramo del trayecto lo hicieron en silencio. Especialmente en tanto en cuanto salían de la ciudad y cogían la carretera que les llevaría hasta Cracovia. Mirosław iba muy atento al tráfico. No tanto por los coches que se iba encontrando, sino alerta para comprobar dónde podía haber algún tipo de control policial en el interior de Rzeszów, con el objetivo de anticiparse y, si era posible, cambiar de recorrido y esquivarlo. Mientras menos se expusieran, mucho mejor. No pudieron evitar, sin embargo, el que había justo a la salida de la ciudad.

- Me lo suponía-. Señaló Mirosław con el gesto tenso-. Nadie puede salir de Rzeszów sin identificarse.

La fila de coches que esperaban para pasar por el improvisado puesto de vigilancia era considerable, aunque nada comparado con como sería, previsiblemente, en hora punta. Ese era otro de los motivos para partir tan temprano: evitar esperas innecesarias.

Varios policías armados se dedicaban a aproximarse, uno a uno, a los coches que había en la fila, la cual se formaba en el carril izquierdo, dejando el derecho libre para

que los que recibían el permiso para continuar lo hicieran sin necesidad de esperar a que los que tenían delante terminaran de ser registrados. A Mirosław, sin embargo, le obligaron a salirse de la cola y estacionar a la izquierda.

- Nos van a hacer un registro pormenorizado-. Se lamentó-. Relájate, Iwan-. Recomendó a su compañero al ver el miedo en su mirada-. No va a pasar nada. Recuerda bien lo que tenemos que decir y céntrate en eso. Hablas muy bien el polaco, apenas se te nota el acento extranjero. Además, lo hemos preparado todo pensando expresamente en cosas como esta. No vamos a tener problemas.

Una vez estacionado el vehículo, un policía les ordenó que salieran del mismo, y así lo hicieron. Fuera hacía frío. Mucho frío. Además, estaba lloviendo débilmente, lo cual era bueno, ya que esa incomodidad dificultaría el trabajo a los agentes. Iwan llevaba puesto un grueso gorro de lana, lo cual, unido a la barba que le empezaba a crecer, ya que hacía varios días que no se afeitaba, le daba un aspecto algo diferente al que tenía en la foto que desde Moscú se había divulgado. Una foto bastante antigua, por otra parte. Eso debía ser suficiente para que no fuera reconocido con facilidad. O, al menos, así lo esperaban.

- A ver, la documentación-. Les requirió uno de los policías.

Tanto Mirosław como Iwan le entregaron sus documentos de identificación, así como un justificante de la supuesta empresa que les había hecho las entrevistas, evidentemente falso, en el que se certificaba que, en efecto, habían ido allí y las habían llevado a cabo. Además, el primero sacó de la guantera los papeles del coche, que estaban perfectamente en regla, sin necesidad de haber falsificado nada.

- Lo necesito para el trabajo que llevo a cabo ahora, aunque supongo que tendré que devolverlo si me conceden este otro-. Les informó Mirosław, en referencia al coche, tratando de atraer para sí la atención de los policías y así se fijasen menos en Iwan. Lo que decía no era falso, aunque la empresa en cuestión era dirigida por un importante colaborador de Czerwiek, el cual ponía a disposición de la organización todos los recursos que estaban en su mano, como, por ejemplo, ese vehículo.

- ¿Ha utilizado un coche de empresa para acudir a una entrevista de otra diferente?-. Preguntó el policía sin poder evitar que se le notase que era algo que le divertía.

- No es un coche de empresa-. Aclaró Mirosław-. Me lo concedieron por el hecho de trabajar en esa empresa, para facilitarme el trabajo, pero para uso personal.

- De acuerdo. No tiene mayor importancia. Abra el maletero-. Le ordenó el policía entonces. Mirosław así lo hizo y aquellos hombres inspeccionaron el interior, utilizando una linterna. Palparon los laterales y el fondo mientras Iwan y Mirosław contenían la respiración, ya que el dinero del primero lo habían guardado en un compartimento que se encontraba perfectamente oculto debajo de la moqueta que cubría la parte inferior. Era necesario desmontarla para dar con él y resultaba complicado que se pararan a hacer algo así cuando no había ninguna otra cosa que levantase sus sospechas. Pero no dejaba de ser el momento más delicado del registro.

Y, efectivamente, no lo hicieron, pero sí que se afanaron con las maletas, echando un vistazo en su interior, tanto al contenido como a la propia maleta en sí, tratando de encontrar dobles fondos y objetos escondidos. Luego, registraron minuciosamente el interior del coche, incluso debajo de los asientos, pero nada encontraron porque nada había. Aun así, no parecían darse por satisfechos y, a continuación, centraron su atención en Iwan, a quien habían dejado un tanto de lado hasta entonces.

- ¿Cómo hizo usted el viaje de ida?- Le preguntó el policía.

- En tren.

- ¿Y de qué conoce a este señor?

- Estaba sentado a mi lado mientras esperábamos el turno para hacer la entrevista.

- ¿Por qué vuelve con él y no lo hace en tren de nuevo? ¿No compró billete de vuelta?

- No—. Respondió Iwan con contundencia.

- ¿Y por qué?

- Porque no sabía si me tendría que quedar más tiempo o si podría volver inmediatamente después de la entrevista.

- Pero no me ha respondido a por qué viaja con él de vuelta y no en tren.

- Porque es más cómodo, más barato y más ameno. Compartimos el gasto de gasolina y viajo acompañado.

- También viajaría acompañado en el tren—. Iwan se encogió de hombros e hizo una mueca con la boca. Sabía que aquel hombre intentaba ponerle nervioso acosándole con preguntas sencillas e incluso absurdas, buscando, sin duda, un punto débil o algún fallo que le delatase. Pero él estaba acostumbrado a esas cosas. No era, ni mucho menos, la primera vez que se encontraba en una situación parecida y actuaba con absoluta naturalidad. Estaba concentrado en hablar con la mayor corrección posible y que así no se le notara el acento, pero actuaba con normalidad. Incluso, ese gesto de encogerse de hombros le salió tan bien, como respuesta a un comentario tan absurdo, que hizo que aquel policía comprendiera que no había más donde rascar.

- Pero no deja de ser más cómodo y más barato compartiendo un coche—. Insistió Iwan, a pesar de todo, justo antes que les devolvieran los papeles y les dejaran marchar.

- Lo has hecho fenomenal—. Le aseguró un sonriente Mirosław, una vez fuera de peligro—. Pero fenomenal, es evidente que tienes tablas.

- Ya, puede ser. Pero lo que no sabes es cómo me temblaban las piernas—. Dijo entonces Iwan, provocando la carcajada del otro.

- Salta a la vista que eres bueno. Con gente como tú, es más fácil llevar a cabo las misiones.

Una vez fuera de la ciudad, y cuando lo más difícil parecía haber pasado, el gesto de Mirosław se relajó por completo. Iwan, sin embargo, seguía bastante inquieto. Hubiera dado lo que fuera por saber cómo le iba a Svetlana. Estaba convencido de que

bien, pero no le gustaba nada la idea de tener que hacer ese trayecto por separado. Entendía perfectamente que hubiera que hacerlo así. De hecho, de haber tenido él que montar esa huida, la habría organizado del mismo modo. Pero no veía el momento de llegar a Cracovia y reencontrarse con ella.

- Hacéis una bonita pareja la otra chica y tú-. Le dijo en ese momento Mirosław, tratando de desviar los pensamientos a cosas más agradables y así relajar el ambiente, después de haber tenido que pasar un rato tan tenso-. ¿Desde cuándo os conocéis?

Iwan sonrió antes de contestar. Todo el mundo les había tratado hasta entonces como si fueran eso: una pareja, pero nadie les hizo ningún comentario que diera pie a desmentir tal hecho. Hasta ese momento.

- No somos pareja-. Le reconoció-. Nos conocemos desde hace unos años y tenemos mucha compenetración, pero solo eso.

Mirosław arqueó las cejas en gesto de sorpresa e hizo una mueca con la boca.

- Pues hubiera jurado que sí-. Aseguró entonces-. Os miráis como si lo fuerais-. Iwan volvió a sonreír ante el comentario, pero no dijo nada y continuó mirando al frente. En ese momento, fue Mirosław quien sonrió a su vez-. Te gusta esa muchacha, ¿verdad?

Iwan no contestó de inmediato. En verdad, no sabía qué decir ante eso y recordó lo que había estado pensando un par de noches atrás, en la nave, cuando, sentado contra la pared, velaba el sueño de su compañera mientras él era incapaz de dormir. En concreto, se le vino a la mente su deseo de encontrar a alguien con quien comentar ese asunto, con la esperanza de que le aclarara alguna de las dudas que a veces asaltaban su mente. Y, por alguna razón, sintió que estaba ante una buena oportunidad de hacerlo. No conocía de nada a aquel hombre, pero, precisamente por eso, nada perdía por hablar con él sobre aquello.

- En verdad, no lo sé-. Le dijo-. No sé qué significa exactamente gustar. He estado con alguna que otra chica, pero sin compromiso de por medio, con lo que no se puede decir que tenga mucha experiencia en estos temas. Sé que le tengo mucho cariño, pero como se le puede tener a cualquiera con quien compartes muchas horas a lo largo de los días.

Mirosław soltó una carcajada al escuchar aquello y Iwan se sintió extraño. Como si hubiese dicho una tontería que provocase la risa de aquel hombre.

- ¿Pero qué dices, chaval? ¿Qué es eso de cariño? Cariño se siente por una madre, por un amigo o hasta incluso por un perro. Joder, yo mismo os he cogido cariño en estos días, y no os conozco de nada.

- Pues no sé qué decirte entonces-. Contestó Iwan con algo de rubor-. Ya te digo que yo de estos temas no sé mucho. ¿Cómo puedo distinguir el cariño de... de eso otro?

Mirosław se mantuvo en silencio durante unos segundos, sin dejar de mostrar una leve sonrisa, mientras miraba de reojo a su acompañante.

- ¿Te apetece besarla?-. Le preguntó, y Iwan puso un gesto de sorpresa.

- ¿Besarla?

- Sí, besarla. Acercar tu rostro al suyo, abrazarla, darle un beso en los labios y permanecer así..., yo qué sé, toda la vida si hiciera falta.

Iwan volvió a sonreír entonces.

- Joder, yo qué sé. Sí, claro que sí. Pero es que ella no deja de ser muy guapa. A cualquier hombre le puede apetecer besar a una chica guapa.

- No-. Le contradijo Mirosław-. A ver, sí. A cualquier hombre le puede apetecer eso, sí. Pero yo no me refiero a una chica guapa cualquiera, sino a la chica más guapa del mundo para ti. Y para que una chica sea la chica más guapa del mundo para uno, no es necesario que lo sea para los demás. De hecho, no es necesario ni tan siquiera que sea objetivamente guapa.

- Lo siento, pero no te entiendo.

Mirosław volvió a mirar de reojo al muchacho que tenía a su lado. Se mantenía atento a la conducción, pero procuraba que aquel chaval se percatara de sus gestos porque con ellos pretendía ayudarse para expresar lo que quería decir.

- Si te pusieran por delante a todas las chicas guapas del mundo, incluida ella, ¿a quién besarías primero?– Iwan puso un gesto de extrañeza al oír aquello, pero al momento comprendió la pregunta y sonrió. No dijo nada, pero ¿qué importaba eso? Tras aquella sonrisa, sobraba cualquier palabra-. Pues ahí lo tienes, muchacho-. Remató Mirosław, satisfecho-. Ahí lo tienes.

El viaje por carretera hasta Cracovia no tuvo mayor complicación que la persistente lluvia que les obligó a hacerlo un poco más lento de lo que les hubiera gustado. No utilizaron la vía principal, sino que se introdujeron por carreteras secundarias, por donde era mucho más difícil conducir, pero también les proporcionaba mayor seguridad, ya que era complicado que en ellas hubiera tanta vigilancia como en la otra. De hecho, hicieron un viaje absolutamente tranquilo. Lento, pero tranquilo. Apenas encontraron tráfico; solo se toparon con un control de carretera, a la salida de una pequeña población, pero lo pasaron sin problemas porque la pertinaz lluvia dificultaba sobremanera el trabajo de los policías y les dejaron seguir tras simplemente identificarles. Y después de cerca de cuatro horas de trayecto, cuando aun no era ni mediodía, encontraron las primeras señales que indicaban la inminencia de Cracovia. Ellos, sin embargo, no entraron en la ciudad, sino que se quedaron en las afueras, en una zona industrial, el lugar donde Iwan supuso que se encontraría el refugio.

- A Czerwiek le gustan las zonas industriales para ocultarse-. Aseguraba Mirosław-. Y tiene razón. Son lugares mucho más discretos que las ciudades en sí. Entran y salen coches, furgonetas y camiones, va y viene gente de lo más variopinta: compradores, vendedores, trabajadores. No es como un bloque de pisos o una barriada, en la que la mayoría de la gente se conoce de vista y la presencia de cualquier extraño llama la atención. En lugares como este, es mucho más fácil pasar desapercibido.

Después de coger un desvío de la carretera por la que transitaban y de tomar otra que se encontraba en un estado lamentable, entraron en la zona industrial por una calle accesoria y avanzaron por ella hasta el final de la misma, para girar entonces a la derecha, incorporarse a la principal, girar de nuevo, esta vez a la izquierda, avanzar unos metros y detenerse delante de la puerta de un pequeño garaje.

- Ya hemos llegado—. Exclamó Miroslaw con una sonrisa de alivio mientras Iwan le miraba con gesto de extrañeza.

- ¿Aquí es?

- Más o menos. Espera, que voy a abrir.

Miroslaw bajó del coche y sacó unas llaves del bolsillo, con las que abrió el pequeño portón. Luego, volvió al vehículo, avanzó lentamente y lo introdujo dentro de aquel espacio.

- Quédate aquí—. Le dijo entonces, a lo que Iwan asintió con la cabeza—. Puedes bajarte para estirar las piernas, pero no salgas de aquí. Es más seguro así. Vengo en un momento. Voy a avisar a los demás.

Miroslaw salió del garaje y cerró con llave por fuera. El garaje quedó casi a oscuras, ya que solo entraba luz por la rejilla superior de la puerta metálica de entrada. Aun así, era suficiente para echar un vistazo y comprobar que allí no había nada. Absolutamente nada. Cuatro paredes, un techo y eso era todo. Iwan se estiró, tratando de relajar todos los músculos de su cuerpo, y luego comenzó a dar vueltas alrededor del coche. Sentía las piernas agarrotadas y necesitaba algo de ejercicio. Estaba muy extrañado. Le habría gustado recibir más información: que Miroslaw le hubiese contado qué era aquel sitio y adónde iban a ir a continuación, aunque entendía que la seguridad de la organización estaba por encima de todo, incluso de sus miembros. Le parecía evidente que no le mostrasen a las claras en qué consistía aquel refugio, el cual debía tener una importancia capital para aquel grupo cuando el propio Czerwiek lo había elegido para reunirse con él. Pero le había decepcionado un poco el hecho de que su compañero de viaje durante tantas horas no le hubiese explicado al menos que se iba a quedar solo durante unos minutos, en un lugar cerrado y solitario como aquel, mientras preparaban todo lo demás. Sabía que era un pensamiento absurdo, una tontería y algo que no tenía la más mínima importancia. Más aun después de todo lo que habían hecho por él y por Svetlana, pero lo cierto era que le hubiese gustado saber algo más.

Unos diez minutos después de que Miroslaw se marchase, la puerta del garaje se volvió a abrir. Iwan se había acostumbrado a la oscuridad y el repentino golpe de luz le deslumbró, aunque fue capaz de percibir la silueta de tres hombres entrando en aquel lugar. El último cerró la puerta y la oscuridad volvió a hacerse protagonista, pero la luz de una linterna volvió a cegarle de nuevo.

- Siento la espera—. Iwan reconoció la voz de Miroslaw, que se mantenía a unos metros de distancia mientras los otros dos hombres se le acercaron. Uno de ellos le inmovilizó con fuerza por detrás y el otro, delante de él, sacaba de un estuche una

pequeña jeringuilla—. Y más siento esto que te tenemos que hacer, pero es necesario.

- ¿Qué pasa?— Exclamó Iwan, visiblemente alterado—. ¿Qué estáis haciendo?

- Lo siento, Iwan. Lo siento, de verdad.

En ese momento, sintió un fuerte pinchazo en el cuello y, apenas unos segundos después, todo comenzó a darle vueltas y no cayó al suelo porque aquellos hombres le tenían bien sujeto.

Justo a continuación, se quedó completamente dormido.

Lo primera imagen que vio Iwan cuando despertó fue la del rostro sonriente de Svetlana a apenas una cuarta de distancia del suyo. Y lo primero que hizo fue justo eso mismo: sonreír. Se encontraba aturdido y un poco mareado, y le dolía levemente la cabeza, pero reencontrarse con la chica y comprobar que se encontraba bien le supuso un inmenso alivio.

- Me alegro muchísimo de verte—. Le dijo, ante lo que ella volvió a sonreír, le acarició el rostro y le besó en la mejilla.

- Y yo de verte a ti. ¿Cómo estás?

Iwan resopló y se incorporó un poco para mirar a su alrededor y comprobar que se encontraba en algo parecido a un dormitorio. Estaba echado sobre una cama doble situada justo en el centro de la estancia, en la cual había una puerta a la derecha, un armario al fondo y una mesa de escritorio con un par de sillas a la izquierda. No había ventana y la única iluminación era la que daba una pequeña lámpara situada sobre dicha mesa.

- ¿Dónde están mis cosas?— Exclamó de pronto, poniéndose en pie con tanta prisa que tuvo que apoyarse en la pared para no caer de bruces.

- Tranquilo, Iwan—. Le contestó Svetlana, que se había sobresaltado ante la reacción de su compañero—. Están ahí, en el armario.

El chico se precipitó entonces hacia allí, abrió la puerta, sacó la maleta con la que había hecho el viaje desde Rzeszów y la colocó rápidamente sobre la cama. Entonces, desabrochó los cierres para abrirla y rebuscó precipitadamente hasta dar con lo que buscaba: una bolsa de cuero con una cremallera, la cual abrió también e introdujo la mano para palpar su contenido. Y fue entonces cuando se tranquilizó y resopló aliviado. Se sentó en la cama, sacó el dinero que había en su interior y lo contó por encima.

- Parece que está todo, menos mal—. Suspiró—. Hijos de puta, qué susto me han dado.

- ¿Por qué no iba a estar todo?— Preguntó Svetlana con ingenuidad.

- Pues porque la bolsa con el dinero viajó escondida en un cubículo oculto en el maletero del coche que solo Mirosław sabía cómo abrir. Y porque me inyectaron esa mierda para dormirme antes de que lo sacara de allí. De hecho, ese hombre ha tenido que quitar la moqueta del maletero, descomponerlo por el fondo, sacar la bolsa, meterla en mi maleta y ponerla en ese armario. Al final, es un tío legal, pero vaya susto me ha dado el cabrón.

- Supongo que era necesario que hicieran las cosas de esta manera—. Trató de justificarle la chica—. A mí también me drogaron, pero Ania ya me lo había advertido durante el viaje. Se ha portado fenomenal conmigo. Hemos hecho hasta amistad.

- A mí no me dijeron nada, aunque, en verdad, entiendo que no lo hicieran. Yo tampoco se lo hubiera dicho de haberse dado la situación al revés. Estas cosas es

mejor hacerlas así. ¿Qué hora es?

- Las dos de la tarde-. Contestó Svetlana después de mirar el reloj-. Hemos dormido unas dos horas, pero supongo que yo llegué antes. Cuando desperté, hace un pequeño rato, estabas ahí, a mi lado. Completamente dormido. Qué alegría me dio de verte, de verdad. Qué alivio más grande.

Iwan se acercó entonces para abrazarla.

- Todo va a salir bien-. Le dijo-. Estamos en manos de gente muy buena-. Entonces, se separó, la miró a los ojos y volvió a sonreír. No se acababa de acostumbrar a verla con el pelo negro, pero ese era un detalle sin importancia. Lo verdaderamente relevante era que ya estaban otra vez juntos-. Y cuéntame, ¿qué tal fue el viaje?

- Tenso-. Resopló la chica-. Muy tenso. Justo antes de entrar en la estación, tuvimos que enseñar los papeles a la policía, que controlaba el paso. Luego, otra vez al subir al tren. Y dos veces más durante el trayecto, porque el tren hizo dos paradas y después de cada una de ellas, la policía hacía una ronda para identificar a las personas que viajaban, preguntarles quiénes eran, adónde se dirigían y el motivo del viaje. La coartada de Ania era perfecta. No tuvimos ningún problema, pero la tensión era terrible. Al menos para mí. ¿Y vosotros, qué tal?

- Pues a nosotros nos registraron el coche justo a la salida de Rzeszów-. Le contó Iwan, para a continuación narrarle el suceso con detalle-. Ese fue el peor momento, porque después, aparte de un pequeño control más, no hubo nada. Kilómetros y kilómetros de carreteras secundarias y lluvia, pero nada más. Pero cuéntame, ¿qué es eso de que te has hecho amiga de Ania?- Preguntó el chico, que se había quedado intrigado con el comentario de su compañera.

- No sé, es extraño. Es como si hubiéramos conectado, ¿sabes? Me ha contado un montón de cosas. Bueno, y yo a ella también, claro. ¿Te haces una idea de qué nacionalidad tiene?

- Pues no, la verdad. No había pensado en eso. Sé que polaca no es porque tiene acento cuando habla en este idioma. Y rusa, tampoco. Eso es evidente.

- Es austriaca, Iwan-. Dijo ella, ante lo que al chico se le escapó una mueca de sorpresa-. Pertenece a una organización humanitaria que trabaja en varios países de Europa Oriental. Por lo visto, cruza continuamente la frontera de Austria con Checoslovaquia de manera legal, con permisos por trabajar en esa organización, y pasa largas temporadas en esta parte, colaborando con estos grupos desde hace varios años. Especialmente en Eslovaquia, pero en otros lugares también, como aquí en Polonia. Su idioma es el alemán, pero habla también eslovaco, polaco y ruso. Es una mujer impresionante.

- ¿Una organización humanitaria? ¿Qué quiere decir eso?

- Ayudan a personas con pocos recursos-. Le explicó la chica-. Ancianos que requieren de cuidados, enfermos que necesiten atención, más allá de lo que les ofrece el sistema, personas con problemas legales que necesitan un abogado..., no sé, muchas

cosas. Y lo hacen sin cobrarles nada. Obtienen dinero de donaciones. De hecho, ese es el trabajo principal de Ania: conseguir donantes y dinero. Por lo visto, hay gente en Occidente que hace aportaciones a organizaciones así. Aparte, reciben ayudas de los Estados. Y, luego, según me contó ella, también consiguen dinero colaborando con grupos como este que tú tan bien conoces. Ella les ofrece los servicios que esa organización les puede dar y ellos les pagan.

- Eso no me sorprende, la verdad—. Admitió Iwan—. La organización de Czerwiek no solo se dedica a actividades subversivas o a apoyar a la disidencia. También hacen eso que dices: ayudan a personas con pocos recursos y que pasan por dificultades por culpa de los fallos del sistema. No me extraña que colaboren con otras organizaciones como esa de la que hablas. Pero lo que no entiendo, entonces, es por qué ha sido ella la que se ha desplazado hasta Rzeszów para ayudar a gente como nosotros.

- Según dice, aunque su trabajo es el que es, al final se acaba implicando muchísimo más, como si fuera una integrante más de esos grupos. Y en este caso, se encontraba en Cracovia, trabajando con ellos, cuando tu amigo de Varsovia les llamó para contarles nuestro problema. Estuvieron sopesando distintas opciones para echarnos una mano y ella ofreció una solución para mí que les pareció bien. Tenían claro que juntos no podíamos hacer el viaje porque la policía busca a una pareja. Y una vez decidieron cómo sacarme a mí, ya habían resuelto el cincuenta por ciento del problema. El otro cincuenta era sacarte a ti, y para eso decidieron emplear el coche de Mirosław. De hecho, si hubiéramos contactado con ellos antes, nos habrían sacado de Dolniek utilizando un plan semejante.

- Ese es un error que cometimos—. Reconoció Iwan—. Deberíamos haberlo hecho así, nos habríamos ahorrado un montón de problemas, pero en la tensión del momento, ni siquiera se me ocurrió.

- La verdad es que a mí tampoco.

En ese momento, la puerta se abrió y tras ella apareció Ania con esa amable sonrisa que tanto le caracterizaba. Primero, asomó la cabeza con cuidado, y cuando comprobó que ambos estaban despiertos, entró y se dirigió a ellos.

- Me alegro de que estéis bien—. Les dijo—. Y siento mucho que hayáis tenido que pasar por esto, pero era absolutamente necesario. Espero que lo comprendáis.

Iwan sonrió con gesto resignado.

- Mientras consigamos salir del lío en el que estamos, lo demás es secundario.

- Claro que sí. Si queréis, podéis venir conmigo. Os están esperando.

La habitación en la que habían estado durmiendo se encontraba al final de un pasillo que daba acceso también a otras estancias a lo largo de todo su recorrido. Se trataba de un lugar parco y aséptico. No había ningún tipo de mobiliario ni de decoración. Las paredes estaban pintadas de amarillo claro y el suelo y las puertas eran de color blanco. La luz era artificial, lo cual, unido al hecho de que en el dormitorio no había ventanas, les hizo pensar que se encontraban en una especie de búnker, algo

comprensible teniendo en cuenta que aquello no era más que un refugio: un lugar oculto a los ojos de la gente. En el otro extremo del pasillo, había otra puerta. Ania la abrió y dejó pasar delante de ella a los dos chicos, que accedieron a una especie de sala de reuniones. Una estancia amplia, donde tampoco había ventanas, y con una gran mesa de madera rodeada de sillas como único mobiliario. En una de esas sillas estaba sentado Mirosław, el cual miró a Iwan con gesto arrepentido, y a su lado, otros dos hombres. Todos se levantaron para recibirles y uno de ellos se les acercó con una gran sonrisa.

- Me alegro muchísimo de verte, amigo-. Saludó a Iwan, abrazándole a continuación.

- Y yo a ti-. Le contestó el chico con tanto alivio que casi llegó al punto de emocionarse-. No sabes de qué manera. Mira, ella es Svetlana, mi compañera de viaje-. Y entonces, se giró hacia la chica y le sonrió-. Este señor es Czerwiek, de quien tanto te he hablado.

- Yo también me alegro de mucho de verle-. Le dijo la chica-. De igual manera que él, si no incluso más.

Czerwiek le sonrió y la besó en la mejilla como muestra de cercanía.

- Siento mucho lo que le ha ocurrido a tu familia-. Le dijo entonces-. Tú no te acuerdas, pero no es la primera vez que nos vemos. Yo era muy amigo de tu tío Gert. Supongo que sabes que él vivió un tiempo en Polonia cuando era joven. Fue entonces cuando nos conocimos, y siempre hemos mantenido el contacto y colaborado en muchas ocasiones. Hace unos años, le visité en Moscú. Tú eras muy niña y no lo recordarás, pero sé quién eres. Y el hecho de que os enviase a Iwan no fue por casualidad. Lo hice porque sabía que con vosotros estaría bien. He lamentado muchísimo la muerte de tus tíos y estoy aquí para ayudarlos. Os aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ello.

- Muchas gracias.

Svetlana tuvo que secarse una lágrima que se le escapó después de escuchar aquellas palabras. Aquel hombre no tenía pinta de líder rebelde, sino más bien de algo así como un abuelo entrañable. No tanto por la edad, ya que no debía llegar ni a los sesenta años, pero sí por ese gesto tan cercano y esa forma de hablar y de comportarse. Y también por su aspecto físico, ya que era un hombre de mediana estatura, algo grueso y sin apenas pelo en la cabeza. Pero, desde detrás de las gafas que llevaba, mostraba una mirada fuerte y llena de confianza que hizo que aquellos dos chicos se relajaran completamente.

- A Mirosław y a Ania ya les conocéis-. Dijo a continuación-. Y él es Albin-. Señaló al otro hombre que quedaba, un señor de mediana edad y porte serio, alto, de pelo negro y barba-. Es mi segundo. Mi mano derecha. Venid, sentaos aquí con nosotros. Os voy a contar el estado de la situación.

Czerwiek se sentó presidiendo la mesa. Iwan y Svetlana hicieron lo propio a un lado. Mirosław, Ania y Albin se sentaron enfrente de estos. Y una vez todos

acomodados, el líder volvió a tomar la palabra.

- Supongo que os estaréis preguntando qué está ocurriendo; por qué os persiguen con tanta insistencia. Estoy al tanto de todo lo que os ha ocurrido porque en estos días se lo habéis contado a Miroslaw y él me lo ha contado a mí. Aparte, nosotros tenemos nuestros informadores y, por lo que hemos sabido a través de ellos, es el propio Aleksei quien está al mando de esta búsqueda, lo cual, seguramente, os sorprenderá sobremanera porque, por lo que nos habéis contado en estos días, fue él mismo quien se comprometió a ayudaros a escapar. La respuesta a todo esto es sencilla, pero compleja a la vez. La clave tiene que estar en la doble vida que lleva Aleksei. El hecho de ser, al mismo tiempo, instigador y perseguidor de actividades clandestinas. No lo sé con seguridad absoluta porque, como comprenderéis, no voy a llamarle para preguntárselo directamente, pero no es la primera vez que ocurre algo parecido. La diferencia es que, la mayoría de las veces, ese hombre fue capaz de reconducir la situación, de manera que nadie saliera perjudicado. No siempre, pero sí la mayoría de las veces. Lo que sí que sé con certeza es que os están buscando a vosotros dos porque os incluyen dentro de una operación policial en la que no tenéis nada que ver de un modo directo. Nosotros mismos, desde aquí, enviamos a un par de personas para llevar a cabo una misión. Una de ellas era el hombre que vosotros debíais esconder en vuestro refugio en Moscú, el cual fue detenido y, a partir de ahí, se desencadenaron los acontecimientos.

- Esa persona llevaba la dirección de nuestro refugio escrita en un papel-. Intervino Iwan en ese momento-. Fue esa torpeza el motivo por el que se desencadenó todo.

- He oído algo sobre ello-. Asintió Czerwiek-. Pero eso no puede ser. Eso no es así, no me lo creo. Alguien con tanta experiencia como ese hombre no comete un error tan básico. Esa debe ser la coartada que ha utilizado Aleksei para frustrar una operación que conocía, porque era parte de ella, y que también perseguía, porque él no deja de ser policía y no decide las misiones que se le asignan. Y esta se la han asignado a él. Tenéis que entender que Aleksei, a pesar de tener un cargo, no tiene poderes ilimitados y ha de obedecer órdenes. Vosotros no sabéis nada de ella, pero esta operación era importante. Muy importante. Es un asunto de seguridad nacional para los rusos, algo que se escapa a unos simples colaboradores como vosotros. Estáis en medio de algo que ni os va ni os viene, pero estáis en medio. Y, por la razón que sea, no pueden cerrar esa operación sin deteneros a vosotros. Cerrarla sin hacerlo sería cerrarla en falso. Y al ser una operación de tan alto nivel, debe estar dirigida o auspiciada por cargos superiores al de Aleksei, el cual debe obedecer. Seguramente, en un principio, estaría convencido de sacaros, de haceros huir, pero algo ocurriría en algún momento para que la cosa se torciese de esta manera.

- Lo que haya dicho Ilena podría haber tenido algo que ver-. Señaló entonces Svetlana, que se encontraba un tanto incómoda porque Albin no dejaba de mirarla a hurtadillas y con un gesto extraño.

- Eso tampoco me lo creo-. Aseguró Czerwiek-. Esa mujer es muy peculiar. Tiene una forma de trabajar que se sale de la lógica, hace las cosas de una manera extravagante, pero no es una chivata. Es más, esa forma de proceder es parte de su genio. En verdad, es una fuera de serie. O era, perdonad, estoy hablando de ella en presente cuando me consta que la han matado. Era parte fundamental de la operación. Tenía información básica sobre el objetivo que debía compartir con el hombre que fue detenido. Una vez la arrestaron, es posible que la obligaran a confesar lo que fuera, pero no sobre vosotros. Lo que sabía era de una importancia tan grande que el hecho de que compartiera vehículo durante unas horas con gente como vosotros es irrelevante. Ella nunca delataría a nadie por voluntad propia. Pongo la mano en el fuego por ello. Es más, no ganaría nada haciéndolo. Y si la drogaron para sacarle información, lo máximo que habría dicho, involuntariamente, sería que vosotros no tenéis nada que ver porque esa es la verdad. A mí me parece más lógico que haya tenido que ser el propio Aleksei quien os haya delatado para cubrirse a sí mismo. Para justificar qué hacía una sospechosa como Ilena en un coche con otras dos personas en una huida que él mismo organizó. Pensad que Aleksei no puede decir la verdad. Y si no puede decir la verdad, vosotros sois igual de peligrosos que Ilena a los ojos de sus superiores. Eso debe ser lo que explique toda esta persecución.

Iwan suspiró entonces y se pasó las manos por la cara. Luego, miró a Svetlana, que hacía lo propio con él para así evitar la extraña mirada de Albin, y después volvió sus ojos de nuevo hacia Czerwiek.

- ¿Y cuáles son las opciones ahora?– Le preguntó, finalmente.

Czerwiek hizo una mueca antes de contestar.

- Debéis permanecer ocultos-. Concluyó-. Al menos, unos días. La presión policial es enorme. Por todas partes. Os están buscando con intensidad, pero en algún momento tendrán que relajar esa presión. Mientras tanto, sería un suicidio dejaros ver.

- ¿Y después?

- Después, depende más de vosotros que de mí. Yo os ayudaré, pero antes debo saber a qué os tengo que ayudar.

Iwan sacó entonces la bolsa de cuero, que llevaba con él, y la posó encima de la mesa, delante de Czerwiek.

- Ayúdanos a salir del Bloque-. Le pidió, en un tono que sonaba claramente a súplica-. Por favor. Ahí están todos nuestros ahorros. No sé si será suficiente para pagaros. Si no lo es, trabajaré en lo que me digas hasta reunir la cantidad que sea necesaria.

Czerwiek miró a Iwan con cierto gesto de decepción. Luego, cerró los ojos durante un par de segundos y los abrió para mirar también a Svetlana, que permanecía callada. Y a continuación, cogió la bolsa, la abrió, echó un rápido vistazo a su interior y la volvió a dejar donde estaba.

- Me había hecho la ilusión de que volverías a trabajar con nosotros-. Le reconoció,

empleando un tono amigable. Iwan no contestó, pero le miró con gesto desesperado. Czerwiek también le miraba mientras parecía pensar en algo, para a continuación agachar la cabeza. Y cuando la volvió a levantar, su semblante reflejaba una enorme preocupación—. Estás quemado—. Le dijo, utilizando la palabra que empleaban para definir a las personas que, después de pasar por algo traumático, ya no tenían la cabeza en condiciones para seguir aguantando la presión de aquellas actividades, llegando a constituir hasta un verdadero peligro para las mismas. Al escuchar aquella palabra, Iwan no pudo evitar que se le escapase una lágrima—. Estás completamente quemado—. Insistió Czerwiek. Y a continuación, se levantó de su silla para acercarse a él y darle un sentido abrazo. Luego, se giró para dirigirse a Svetlana, la cogió de las manos y le sonrió—. Os sacaré de aquí. Habrá que montar un plan de fuga en condiciones, pero con ese dinero que traéis, se podrá pagar uno casi perfecto. Necesito un poco de tiempo para idearlo, pero tened por seguro que os sacaré de aquí.

En ese momento, Albin se levantó de su silla y se dirigió hacia la puerta.

- ¿Puedes venir un momento?— Le pidió a Czerwiek, el cual le miró con extrañeza primero, para inmediatamente hacerle caso y dirigirse hacia la salida él también. Albin le dejó pasar delante de él, salió de la sala y cerró a sus espaldas. Y ya en el pasillo y fuera del oído de todos los demás, le dijo lo que le tenía que decir.

- He tenido una idea—. Le aseguró, con gesto serio y convencido—. Me he estado fijando en esa chica y he tenido una idea.

CAPÍTULO 9

Domingo, 26 de Febrero de 1984

La mañana de aquel domingo de finales de febrero había amanecido esplendorosa y Rolan lo agradeció sobremanera. Era el primer día en el que se podía ver el sol de todos los que llevaba vigilando aquel puesto de control de la frontera entre Polonia y Checoslovaquia. La unidad del ejército a la que pertenecía había sido movilizada la noche del martes anterior para desplazarse desde su base en Cracovia hacia la frontera sur al mando del mayor Sorokin, a quien conocía personalmente, ya que había sido destinado a hacer de escolta tanto de él como de su familia en varias ocasiones, algo que le hacía sentir orgulloso porque significaba que confiaban en él. Sin embargo, en aquella ocasión, no tuvo tanta suerte con la misión que le encomendaron. O quizás sí, ya que la vigilancia de un puesto fronterizo tenía mucha más importancia que un simple control de carretera, pero es que aquel puesto fronterizo se encontraba en plena alta montaña y los rigores del invierno aún eran de consideración.

Rolan era un hombre joven, alto y robusto; de pelo rubio, piel muy blanca y ojos pequeños de mirada viva. A sus veinticinco años, tenía aspiraciones de prosperar en el ejército. De hacer carrera y ascender en el escalafón. De triunfar, en definitiva, y ponía todo su empeño en ello. Se sabía valorado por sus superiores, pero era consciente de que tendría que hacer muchos méritos antes de alcanzar sus objetivos. De que no había más remedio que soportar misiones tan desagradables e incómodas como aquella, en la que llevaba días pelándose de frío en aquel lugar tan bonito como inhóspito. Porque no cabía duda de que aquel sitio era precioso a la vista. Además, se trataba de una zona frecuentada por los potentados a los que les gustaba practicar el esquí. Como el mayor Sorokin. De hecho, había estado en aquella región más de una vez como escolta y la conocía de alguna manera. Al menos lo suficiente para saber que iba a ocurrir lo que, efectivamente, estaba ocurriendo: nada. Absolutamente nada. Aquel era un lugar tranquilo hasta el extremo, y mucho más en invierno, cuando, por los rigores propios de la estación, la actividad de las personas quedaba reducida al mínimo. Al menos en los lugares alejados de las pistas de esquí, como aquel. Sin duda, la vigilancia de un puesto fronterizo no dejaba de tener su importancia, pero es que por aquel no pasaba prácticamente nadie. No había nada que vigilar y los días transcurrían lentos y tediosos a la espera de que una nueva orden les obligara a recoger sus bártulos y volver a la base, cosa que deseaba con toda su alma porque aquella misión se le estaba haciendo interminable.

Hacía un rato que salió del pequeño edificio en el que estaba la oficina de la aduana. Se trataba de una construcción de dimensiones reducidas en la que, aparte de

una pequeña cocina y un aseo, se encontraba la oficina en sí, la cual constaba, simplemente, de una mesa, una silla y un mueble archivador. Y eso era todo. En ella, trabajaban de cotidiano tres personas: Radoslav, un hombre áspero, rudo y silencioso, que rondaba la cincuentena y que se dedicaba a las labores administrativas; y dos miembros de la policía local. Dos por el número, ya que no siempre eran las mismas personas, debido al sistema de turnos que tenían establecido. Radoslav trabajaba solo durante el día y por la noche se quedaban de guardia los policías a los que les tocara en cada momento. Y a esa reducida plantilla se habían unido durante esos días dos soldados, los cuales también variaban según turnos rotatorios. Rolan había hecho la noche del viernes y la mañana del sábado. Descansó por la tarde y por la noche y aquel domingo por la mañana se encontraba de nuevo allí, en compañía de su amigo Andrei, cuyos turnos coincidían, por lo que siempre les tocaba hacer juntos la vigilancia. Andrei se había quedado en la oficina mientras él salía a estirar las piernas. A veces lo hacían juntos, pero, en esa ocasión, su compañero prefirió quedarse al lado de la estufa.

A Rolan le gustaba pasear, a pesar del frío. Y mucho más en días como aquel, en el que se podía ver el sol, aunque apenas calentase. El lugar en el que se encontraba merecía ser observado con tranquilidad. La frontera entre ambos países la delimitaba el río Bialka, y en aquel punto en concreto la marcaba el puente que lo cruzaba. A un lado del mismo, se encontraba el puesto fronterizo polaco; y al otro, el checoslovaco. Rolan se dirigió hacia el puente porque le gustaba la vista que se disfrutaba justo en mitad del mismo, desde donde se podía observar el fluir del río y las altas cumbres que les rodeaban. Una vez allí, se recostaba contra la barandilla y encendía un cigarro, el cual fumaba plácidamente mientras respiraba el aire limpio de la montaña. La misión era aburrida y estaba pasando muchísimo frío, pero, a cambio, gozaba de tranquilidad y de un escenario bucólico.

- Una por otra-. Se dijo a sí mismo mientras le daba una calada al pitillo.

Momentos después, apareció por allí Blazej, un policía eslovaco que trabajaba en su lado correspondiente de la frontera y con el que había hecho cierta amistad durante esos días porque a los dos les gustaba eso de pasear hasta el puente y volver, y allí coincidían y se ponían a charlar, en la medida en que el idioma se lo permitía. Rolan hablaba ruso y se defendía en polaco. Blazej hacía lo que podía con este último y el ruso lo chapurreaba. Su lengua natal era el eslovaco. Aun así, era suficiente para que dos personas se puedan comunicar si tienen voluntad de ello, como les ocurría a ellos dos, aunque fuera utilizando palabras de varios idiomas y recurriendo a los gestos cuando con lo otro no llegaban.

- Un día tranquilo, por lo que veo-. Bromeó Blazej cuando llegó al lado del otro. Todos los días eran tranquilos. Absolutamente tranquilos.

- Qué ganas tengo de que pase lo que tenga que pasar de una vez y poder volver a casa.

- Cracovia no puede ser tan bonito y tranquilo como esto, pero tendrá otras cosas.
- Los militares no estamos hechos para mirar paisajes. Yo querría venir aquí de vacaciones, si pudiera, no a pelarme de frío mientras veo cómo no pasa nada.
- Yo me acuerdo mucho de estos momentos de tranquilidad cuando tengo que hacer cosas que entrañan peligro. Puedes tomártelo como unos días de descanso, aunque, en verdad, no lo sean.
- No sé, es extraño todo esto que está pasando. Entiendo que no nos puedan decir todo lo que ocurre, pero pagaría por saber qué hacemos aquí y si tan importantes son esas personas a las que están buscando.
- Cuando vino a visitarnos vuestro jefe el otro día, nos dejó muy claro que se trata de algo relativo a la seguridad nacional de la Unión Soviética. Daba la impresión de que sí, de que son muy importantes.
- Ya. Pero importantes para quién. A saber qué habrán hecho.
- Bah. En cualquier momento os llamarán para que volváis porque les han pillado en cualquier otro sitio. Por aquí no pasa nadie, ya lo estás viendo.
- Y me quejo yo, que voy a estar solo unos días, cuando tú has de permanecer aquí continuamente.

Blazej no contestó, sino que se quedó mirando a un punto fijo a las espaldas de Rolan.

- ¿Qué pasa?— Preguntó este, a lo que el otro le hizo un gesto con el mentón, señalando el puesto fronterizo del lado polaco.

- ¿No querías acción?— Le dijo, con una sonrisa burlona—. Pues mira, ahí tienes un vehículo que acaba de llegar.

Rolan miró hacia atrás y de momento se puso en marcha para dirigirse hacia allí. Justo en ese momento, apareció Andrei, su compañero, haciéndole gestos para que se diera prisa, de modo que aceleró el paso. Cuando llegó, se encontró a los dos policías polacos custodiando un coche con distintivo oficial y a Andrei hablando con un par de soldados que se acababan de bajar del mismo.

- Estos dos compañeros dicen que vienen escoltando a la hija del mayor Sorokin y a una amiga, las cuales quieren pasar la frontera para visitar no sé qué sitio que hay al otro lado, donde se ven bonitos paisajes.

Andrei hablaba con un tono mezcla entre ceremonioso y burlesco que casi hace reír a Rolan, aunque consiguió no exteriorizarlo.

- Y comer en un restaurante que les han recomendado—. Apostilló uno de los dos soldados que acababan de llegar, siguiendo con la mofa.

- Joder—. Exclamó Rolan, elevando la mirada al cielo—. Para esto hemos quedado. Días y días sin ver pasar a nadie por aquí, y la primera persona que lo hace es la hija del jefe.

- No te quejes tanto, que yo tengo que hacer de niñera—. Replicó el mismo soldado, provocando la carcajada de los demás.

- ¿Dónde están los pasaportes?— Preguntó entonces Andrei—. Al menos, hagamos las cosas bien. Sigamos el protocolo.

- Están en el coche. Espera, que voy a por ellos.

- Voy contigo—. Se ofreció Rolan—. Quiero verla. Conozco a esa chica de vista. He estado en el grupo de escolta de su familia alguna que otra vez. Como dice mi compañero, hagamos las cosas bien, aunque sea un mero trámite.

- De acuerdo, vamos.

Los dos soldados que acompañaban a las chicas y Rolan se dirigieron al vehículo, que estaba parado unos metros más allá. Cuando llegaron, uno de los primeros abrió la puerta y pidió a las dos jóvenes que bajaran un momento para entregar los pasaportes en mano.

- Es simple protocolo—. Les dijo, a modo de disculpa—. Será solo un momento.

Las dos chicas bajaron del coche de mala gana y entregaron sus pasaportes a Rolan. Este los abrió, los miró y luego hizo lo propio con ellas. Iban muy abrigadas y los gorros de lana y las bufandas cubrían parte de sus rostros, pero los rizos rubios, las gafas de montura negra y ese inconfundible lunar en la mejilla hacían perfectamente reconocible a Saskia, la hija del mayor Sorokin.

- ¿Vamos a tardar mucho en terminar?— Le apremió esta, al comprobar que aquel hombre se había quedado quieto, mirándolas, como si estuviera pensando en algo.

- No, señorita—. Contestó Rolan de inmediato—. Solo necesito saber cuál es el plan que tienen, para estar alerta. Eso es todo.

Fue uno de los soldados quien respondió.

- Cruzaremos la frontera y las llevaremos en el coche hasta el lugar al que se dirigen. Luego, mi compañero se quedará con ellas como escolta y yo regresaré porque hay mucho que hacer en otros lugares, ¿qué os voy a contar? Y dentro de tres de horas, volveré para recogerles y las llevaremos de vuelta.

Rolan volvió a quedarse callado y pensativo durante unos segundos, para a continuación volver a decir algo.

- Perfecto. No hay problema. Si os parece, y para que a la vuelta no tengáis que esperar de nuevo al otro lado de la frontera, explicaré esto a los policías checoslovacos para así agilizar el trámite. Ellos están involucrados en el operativo, ya sabéis. El propio mayor Sorokin se empeñó en hacerles partícipes por si es necesario que nos echen una mano en un momento dado.

- Me parece bien—. Concluyó el otro soldado—. Lo haremos así—. Y entonces se dirigió a las chicas—. Ya podéis volver al coche. Nos vamos. A ver si acabamos con esto de una vez—. Esto último lo dijo por lo bajo, mascullando, y dirigiéndose directamente a Rolan, el cual no pudo evitar echarse a reír de nuevo.

El coche avanzó lentamente y enfiló el puente que cruzaba el río para atravesarlo, mientras Rolan hacía el mismo recorrido a pie un poco por detrás. Desde el otro lado, Blazej, que había permanecido atento en la distancia, cumplió con su obligación y les

dio el alto, pero Rolan le indicó con un gesto que les dejara pasar. Momentos después, cuando llegó a su altura, le explicó la situación.

- Cuando vengan de vuelta, les dejas pasar y en paz de nuevo. No te compliques la vida con los caprichos de una niña consentida, hija de un hombre con algo de poder.

Rolan y Blazej continuaron con su charla y, minutos después, el mismo coche cruzó el puente de vuelta y el conductor, su único ocupante ya, les saludó con la mano cuando pasó por su lado.

- Voy a volver al puesto—. Dijo entonces el primero—. A ver si entro un poco en calor. Luego te veo.

Después de tomar un café caliente y algo de comer, organizaron en el interior del puesto una partida de cartas entre Rolan, Andrei, Gawel y Jazek, estos dos últimos eran los policías polacos que estaban de turno. Como siempre, Radoslav prefirió no jugar y quedarse en su mesa escuchando la radio, como solía hacer. Ese hombre era así, lo habían comprobado casi desde el primer día y no se preocupaban por él. Al principio, sí que trataron de integrarle, pero pronto se percataron de que todo esfuerzo era inútil y casi se podría decir que, para los demás, pasó a formar parte del mobiliario del lugar.

Gracias a los grandes ventanales de aquella oficina, podían vigilar lo que pasaba fuera sin necesidad de salir, algo que era muy de agradecer debido al frío. Y ya el primer día, uno de los policías polacos se trajo de casa una mesa y unas sillas plegables que pusieron en el centro de la estancia para poder pasar el tiempo entretenidos de esa forma. Algo tenían que hacer, porque, de otra manera, el tedio podía amenazar con conseguir que perdieran la cabeza.

Y como había estado ocurriendo, día tras día, desde que llegaron, el tiempo fue pasando sin que ocurriera absolutamente nada digno de mención. Hasta que, en un momento dado, un coche se acercó y estacionó justo al lado de la entrada a la oficina. Aquel vehículo sí que lo conocían, ya que era el que utilizaban el oficial Viktor Ulianov y el soldado que le acompañaba en cada momento para hacer la ronda por todos los puntos de vigilancia que tenían desplegados por la zona que había sido asignada a su unidad. Era algo que agradecían mucho. Tanto Sorokin como Ulianov se preocupaban continuamente por sus hombres, estaban siempre atentos a sus necesidades y a prestarles apoyo si era necesario. Incluso, les escuchaban. Les pedían su opinión a la hora de llevar a cabo ciertas operaciones, por si de ahí podían sacar ideas para hacerlo de mejor manera. Rolan sabía que eso no era normal. Que la mayoría de mandos y oficiales no trataban de ese modo a sus subordinados. Y, en cierta manera, se sentía un afortunado por ello.

- Si algún día llego a tener hombres a mi mando, les trataré del mismo modo—. Se decía a sí mismo muy a menudo.

- ¿Podemos entrar en la partida?— Fue lo primero que preguntó Ulianov cuando accedió a la oficina. Lo hizo con una agradable sonrisa, para a continuación apretar la mano de sus hombres con efusividad. Siempre lo hacía así, aunque les hubiera visto un

rato antes.

- Permítanos invitarles a un café primero, oficial-. Le ofreció Andrei entonces-. Deben estar pelados de frío.

- Somos rusos, joder-. Exclamó entonces aquel hombre entre risas-. No nos podemos quejar del frío. Pero un café sí que me apetece. Adelante, pues.

Una vez preparado el café, se sentaron todos, menos Radoslav, a la mesa plegable para tomarlo. Pasaban los días y no ocurría nada, lo cual quería decir que todo estaba saliendo bien en lo que a ellos concernía, y eso hacía que los jefes estuvieran de buen humor.

- Un día tranquilo de nuevo, supongo-. Se interesó Ulianov, una vez sentado delante de su café.

- Totalmente-. Le certificó Andrei-. No ha pasado nada relevante.

- Nada-. Confirmó Rolan a continuación-. Aparte de lo de la hija del mayor Sorokin, nada de nada.

- ¿La hija del mayor Sorokin?- Exclamó Ulianov con gesto de profunda extrañeza-. ¿Qué ha pasado con la hija del mayor Sorokin?

- Pues que atravesó la frontera hace un rato en compañía de una amiga y de su escolta-. Contestó Rolan de momento, relatando a continuación y brevemente lo acontecido-. Nos dijeron los compañeros que estarían unas tres horas viendo no sé qué y comiendo en un restaurante y que luego volverían a recogerlas. De hecho, ya tienen que estar a punto de hacerlo.

- No tenía constancia de que la hija del mayor fuera a venir-. Dijo el oficial-. Sabía que era posible que lo hiciera, pero no me han dicho nada. De hecho, yo no he organizado su escolta, cuando quedé con su padre en que lo haría, caso de que, finalmente, se decidiera a venir.

Todos aquellos hombres se miraron unos a otros con gesto de extrañeza y permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Rolan, de nuevo, se decidió a decir algo.

- Yo la vi. La hice bajar del coche para que nos entregaran los pasaportes y la vi. He ido de escolta de esa familia alguna vez, ya lo sabe, y la conozco de vista. Era ella. Tiene un aspecto muy peculiar, es difícil equivocarse. Era ella. Lo decía el pasaporte y la vi con mis propios ojos.

- Tengo que llamar al mayor-. Viktor se levantó de la silla que ocupaba, se dirigió de inmediato hacia donde estaba el teléfono y marcó precipitadamente los números.

Kiril Sorokin acababa de salir de su improvisado despacho en la base provisional de Zakopane cuando uno de sus hombres le llamó, impaciente. Estaba a punto de salir a la calle para despejarse un poco. Y no porque hubiera estado trabajando duro aquella mañana, sino más bien todo lo contrario. Más bien porque se aburría sobremanera por no tener prácticamente nada que hacer. Ya lo había supuesto desde el principio. La

misión que le habían asignado iba a ser un tedio absoluto porque aquella zona era muy tranquila y no podía ser de otra manera. Llevaban días allí, tenían perfectamente controladas todas las carreteras, poblaciones y puestos fronterizos. Y los habitantes del lugar que, de alguna manera, podía ser más comprometido, la localidad de Zakopane, seguían con la monotonía de sus vidas con total normalidad. Allí no pasaba nada relevante, él lo sabía, y una vez todo estaba controlado, no había nada más que hacer. Por eso se aburría. Y por eso también, algo en su interior se revolvió cuando vio el gesto de preocupación de ese soldado que le estaba llamando.

- Viktor Ulianov al teléfono—. Le dijo—. Dice que es un asunto de extrema urgencia.

¿Un asunto de extrema urgencia? ¿De verdad había pasado algo tan relevante como para calificarlo de ese modo? La inquietud se apoderó de él y ensombreció esa especie de sensación de alegría que le había invadido al comprobar que por fin ocurría algo.

- Pásame la llamada al despacho—. Le ordenó, para a continuación entrar en él y cerrar la puerta. Una vez dentro, se acomodó en la silla del escritorio y descolgó el aparato.

- Dime, Viktor, ¿qué ocurre?

Al otro lado de la línea, Ulianov no se anduvo por las ramas y entró directamente en el meollo de la cuestión.

- ¿Tu hija se decidió a venir al final, Kiril?

- Pues no—. Le respondió de inmediato—. Y ya no va a venir. De haberlo hecho, se habría venido el viernes por la tarde. Ayer por la mañana a lo más tardar. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

Viktor Ulianov le contó entonces lo que había acontecido esa mañana en el paso fronterizo del río Bialka, ante la estupefacción de su superior, que no acababa de encontrar una explicación a todo aquello.

- No quiero meterme donde no me llaman, Kiril, pero no sería la primera vez que tu hija hace cosas por su cuenta, sin avisar previamente. Sin embargo, no es eso lo que me preocupa. No deja de ser una adolescente y ya sabemos cómo son a veces. Lo que me preocupa es que llevaba escolta y si tú no sabías de su viaje, ¿quién la ha organizado?

Kiril se quedó callado durante unos segundos mientras intentaba pensar en algo que diera un poco de lógica a algo tan extravagante como eso que le estaban contando. Y al no ocurrírsele nada, decidió cortar por lo sano.

- Hablaré con mi mujer, Viktor. Supongo que ella sabrá qué está ocurriendo. No te preocupes más por esto. Dedícate a lo tuyo, que ya me encargo yo. Solo faltaba que tuvieras que emplear tu tiempo en mis asuntos personales.

Dicho eso, colgó el teléfono, para volverlo a descolgar inmediatamente, marcar el número de su propia casa y esperar. Segundos más tarde, alguien contestó. Se trataba de una voz femenina, pero no era la de su esposa, y el corazón le dio un vuelco.

- ¿Saskia?— Preguntó, casi sin atreverse a hacerlo.

- ¿Eres tú, papá? ¿Qué pasa?

- ¿Estás en casa, Saskia?

- Pues claro que estoy en casa, vaya pregunta más tonta. ¿Adónde estás llamando si no? A veces me pregunto cómo es posible que te hayan dado un cargo en el ejército, con ese despiste que tienes-. Kiril no hacía caso de lo que le decía su hija. Miraba al frente, boquiabierto, pensando, incapaz de encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo. Hasta que, de repente, algo pasó por su mente. Una idea que fue como el fogonazo de lucidez necesario para acabar de comprenderlo todo-. ¿Estás bien, papá?– Continuaba hablando la chica al otro lado de la línea-. ¿Quieres algo?

- No cariño, no pasa nada-. Le contestó Sorokin con dulzura-. Me he equivocado. No era a casa adonde quería llamar.

Dicho eso, colgó el teléfono, se echó hacia atrás, recostándose en el respaldo de la silla, elevó los brazos y entrecruzó las manos contra su nuca. Se mantuvo así, pensativo, durante unos segundos y a continuación reaccionó, pegando un fuerte puñetazo contra la mesa.

- ¡Hijos de puta!

Las primeras luces de la ciudad checoslovaca de Bratislava comenzaron a aparecer en el horizonte cuando habían pasado poco menos de siete horas desde que cambiaron de coche, una vez pasada la frontera con Polonia. Tres horas antes, habían hecho una parada en Zvolen, en el centro de Eslovaquia, para continuar el viaje separados. Ania y Svetlana lo hicieron en un coche; y Iwan y un compañero de la primera, en otro. Un compañero de trabajo y también del resto de actividades que llevaban a cabo a la sombra del mismo. El plan había sido un éxito. Un absoluto y extraordinario éxito. No tanto Iwan y Ania, que conocían bien cómo se las gastaban Czerwiek y sus hombres a la hora de montar operativos, pero Svetlana estaba totalmente maravillada. Y eso a pesar de que ella había sido la clave: la gran protagonista de la farsa que les había servido para huir. O mejor, para seguir huyendo. Y que se había comportado de una forma brillante, interpretando el papel que le tocaba de manera perfecta. Sin ningún tipo de fisuras. Pero eso no quitaba para que le pareciese alucinante aquello de lo que habían sido capaces gracias a las mentes pensantes de aquellos disidentes polacos que había conocido en esos días.

Todo comenzó el jueves anterior, al mediodía, cuando Iwan suplicó a Czerwiek que les ayudara a huir y, justo a continuación, Albin se levantara de su asiento y pidiera a su jefe que le acompañara un momento fuera de la sala en la que se encontraban. Apenas un par de minutos después, volvieron a entrar y el líder les informó de que tenían una idea para llevar a cabo esa huida, que a lo largo de esa tarde la madurarían y que al día siguiente regresarían para exponérsela y comenzar a trabajar en ella.

- Por ahora, os quedaréis en este refugio-. Les dijo Czerwiek a Iwan y Svetlana-. Es completamente seguro y no hay un lugar mejor para permanecer. Ania se quedará con vosotros y Mirosław regresará a su casa, ya que ha terminado su trabajo, y muy bien, por cierto-. Apostilló, dirigiéndole una amable sonrisa a su subordinado-. Mañana continuaremos hablando-. Concluyó.

Iwan y Mirosław se fundieron en un abrazo cuando este último se despidió.

- Me alegro de que no me tengas en cuenta el mal trago que te he hecho pasar con lo de la inyección-. Le dijo el polaco-. Sabes bien que las cosas hay que hacerlas así, que no hay más remedio.

- La próxima vez, me lo adviertes con anterioridad, por favor, que soy de fiar-. Bromeó Iwan como respuesta.

- No habrá próxima vez-. Sentenció Mirosław entonces-. Sé que no la habrá, estoy convencido de ello. Ah, y recuerda lo que te dije: que lo mejor que te puede ocurrir en la vida lo tienes delante. No lo dejes pasar.

- No lo haré-. Aseguró Iwan, consciente de que se refería a Svetlana-. Aunque ahora mismo hay asuntos más urgentes.

Aquella tarde fue tediosa, pero tensa. No tenían nada que hacer, absolutamente nada,

y no veían el momento de que llegara la mañana siguiente para que Czerwiek, o quien fuera, les aclarara un poco su futuro más inmediato. Aunque, eso sí, echaron el rato de manera agradable gracias a la amable forma de ser de Ania y a la seguridad que desprendía.

- La última vez, entré en Polonia de manera clandestina y es así como tengo que salir-. Les dijo-. Otras veces lo hago solicitando permisos a través de la empresa para la que trabajo, pero, en esta ocasión, oficialmente, no me encuentro aquí. Sé que es algo que Czerwiek tiene en cuenta y es muy posible que vaya con vosotros.

- A mí me encantaría que lo hicieras-. Le reconoció Svetlana, y Ania la cogió de las manos en gesto cariñoso y sonrió.

- Y a mí también. Me apetece mucho poder ayudaros. Para eso estoy aquí: para ayudar a gente como vosotros.

- ¿Puedo preguntarte cómo lo hacéis para sacar a gente del Bloque?- Intervino entonces Iwan.

Ania volvió a sonreír e hizo una mueca con la boca.

- Puedes preguntármelo, pero yo no puedo responderte-. Le dijo-. Al menos, aun no, pero espero que lo comprobéis vosotros mismos en breve.

- Es algo que me preocupa mucho-. Reconoció Iwan-. No se me ocurre cómo se puede hacer, no tengo ni idea.

- Nuestro método es prácticamente infalible-. Aseguró Ania-. Laborioso, pero casi infalible. No sé qué tendrán Czerwiek y Albin en mente, mañana nos enteraremos, pero si al final acaba dependiendo de mí, confío en que lo comprobaréis dentro de no mucho. Si depende de mí, puedes relajarte y pensar en otra cosa. Te lo puedo asegurar.

El viernes por la mañana, Czerwiek y Albin aparecieron por el refugio con mucho que contar.

- Como os comenté, Albin tuvo ayer una idea acerca de cómo plantear vuestra huida y le hemos dado forma-. Fue lo primero que dijo Czerwiek-. Vamos a exponérsela a continuación, pero antes, quiero advertiros que vosotros tendréis que interpretar un papel. Como si fuerais actores. Si todo sale como debe, es casi imposible que os detecten, pero deberéis concienciaros y prepararos, ¿de acuerdo?- Los chicos asintieron con la cabeza, expectantes, y Czerwiek le cedió la palabra a Albin.

- Ayer me estuve fijando en ti-. Dijo este, dirigiéndose directamente a Svetlana-. Por apariencia de edad, altura y rasgos faciales, tienes un gran parecido con la hija del mayor Sorokin, un militar de reconocida importancia que tiene su base aquí, en Cracovia, pero que acaba de recibir la orden de trasladarse con sus hombres a una zona montañosa del sur, fronteriza con Checoslovaquia, para vigilar los pasos y las carreteras con el objetivo de dar con vosotros. A muchos de los militares soviéticos con base en Polonia les han asignado misiones similares en diferentes zonas. Y la idea, a grandes rasgos, es que cruces la frontera haciéndote pasar por ella. Vosotros dos- añadió, dirigiéndose a Iwan y Ania- la acompañaréis, evidentemente. Mi idea es que tú

te hagas pasar por uno de los soldados de la escolta— le dijo a Iwan— y ella, digamos que por una amiga que la acompaña. Viajaríais en uno de nuestros coches, al que pondríamos un distintivo oficial falsificado, para así evitar los controles y darle credibilidad al asunto, y que sería conducido por uno de nuestros hombres, que también iría disfrazado de soldado y que completaría la supuesta escolta. Él os dejaría una vez pasada la frontera y volvería con nosotros. Y nuestros colegas en Checoslovaquia os recogerían para llevaros a un lugar seguro y hacerse cargo de vosotros a partir de entonces. Ania les conoce bien a todos ellos. Son gente de fiar.

En ese momento, Albin hizo una pausa y todos se miraron, unos a otros, mientras trataban de procesar la información.

- ¿Cómo sabes todas esas cosas acerca de un mando militar soviético?— Preguntó una desconcertada Svetlana. Fue el propio Iwan quien le respondió.

- Ellos tienen sus..., sus espías, díganoslo así. Colaboradores dentro de los propios militares. Gente que está con ellos, que vive con ellos, con los que tienen relación de alguna manera. Cuando yo estaba en Varsovia, me dedicaba a eso. Vivía en el barrio militar soviético, mi madre era hija de un militar, de hecho. Me enteraba de muchas cosas, unas veces por casualidad y otras porque indagaba para enterarme. Y compartía esa información con la gente del grupo que trabajaba allí. Con el tiempo, llegué a implicarme mucho más, pero al principio me dedicaba únicamente a eso. Y tienen muchos más informadores de ese estilo.

Czerwiek asintió con la cabeza y sonrió.

- Pero él era uno de los mejores que teníamos—. Le dijo a Svetlana, refiriéndose a su compañero—. No estoy aquí, ayudándoos, por gusto o solo por dinero. El dinero servirá para pagar a los hombres y para comprar todo lo necesario, pero no estoy aquí por eso, sino porque Iwan se lo merece. Porque se lo ganó durante mucho tiempo y a mí me gusta que mi gente sepa que yo agradezco sus esfuerzos. Para colmo, tú eres casi como la hija de un viejo amigo y no me pienso quedar de brazos cruzados cuando sé que estáis en problemas. Pero dejemos de hablar del pasado y sigamos haciéndolo del futuro. Continúa, Albin.

- De acuerdo—. Aceptó este después de carraspear—. Resulta que la familia del mayor Sorokin va con frecuencia a aquella zona a pasar sus días libres. De vacaciones, de fin de semana, cosas así. Y no necesariamente juntos. De hecho, Saskia, que así se llama la hija del mayor, a menudo viaja sola, sin sus padres, y en compañía de amigos. Siempre con escolta, eso por supuesto, pero lo que quiero decir con esto es que nadie se sorprendería de verla por allí en un momento dado. El problema es que, para ejecutar este plan, debemos actuar muy rápido porque hoy es viernes y deberíamos llevarlo a cabo el domingo. Mañana ya no da tiempo, por lo que tiene que ser necesariamente el domingo. Tiene que ser durante el fin de semana porque, el resto de días, ella va a la universidad; y tiene que ser este fin de semana porque corremos el riesgo de que el próximo las cosas hayan cambiado de alguna manera y no podamos

hacerlo por la razón que sea. Además, sabemos que no hay organizada escolta para ella en estos días, con lo que suponemos que no se va a mover de casa. Es el momento perfecto para que Svetlana se haga pasar por ella, ya que no hay riesgo de que coincidan allí. Claro que habrá que caracterizarla, empezando por teñirla de rubia, como Saskia. Y luego, tendremos que ensayar.

- ¿Que ensayar?— Preguntó la chica con extrañeza.

- Sí, que ensayar—. Repitió Albin—. Tienes que ser ella en lo físico y en su personalidad, por si es necesario que intervengas. Te explicaremos cómo es ella, qué carácter tiene, cómo se mueve, cómo habla, cómo gesticula, etcétera, y ensayaremos distintas escenas que se pudieran llegar a dar para asegurarnos de que sabrás cómo reaccionar en cada caso. Además, tenemos que hilar fino porque tú no hablas polaco, por lo que hemos de plantearlo de manera que, de ser necesario, otros hablen y tú solo estés. Puedes hablar con los soldados rusos en su idioma, pero no con la policía polaca, que también está movilizada. Es complejo y arriesgado, pero difícilmente nadie obligará a la hija de un mando militar a hacer algo que no quiera, como por ejemplo hablar.

- Por eso os decía que debéis concienciaros de que tendréis que interpretar personajes—. Intervino Czerwiek en ese momento—. En especial tú, Svetlana, pero los demás, también. El personaje Saskia, el personaje escolta de Saskia y el personaje amiga de Saskia. Pero todo gira en torno a ella, a la hija del mayor Sorokin. ¿Te ves preparada para eso?

Svetlana miró entonces a Iwan, el cual le sonrió con gesto de determinación. Luego hizo lo propio con Ania, que la cogió de una mano y asintió con la cabeza para darle ánimos.

- Sí, claro que sí—. Exclamó la chica con convencimiento—. Una vez hemos llegado hasta aquí, haré lo que haga falta. Lo que sea necesario.

Svetlana volvió a ser rubia esa misma mañana. Había prisa, pues era necesario hacerle una foto para el nuevo pasaporte, esta vez con el nombre de Saskia Sorokina, así como un documento de identidad checoslovaco. Sin embargo, eso no fue posible hasta la tarde, ya que faltaba el objeto estrella del atrezo: unas gafas de pasta negra y cristales sin graduación que obligatoriamente tendría que llevar porque era el rasgo más distintivo de la imagen de la chica a quien se quería suplantar. Para la documentación checoslovaca no hacía falta, pero para la otra, era imprescindible. El propio Albin había movido cielo y tierra el día anterior para conseguirlas, una vez Czerwiek le dio el visto bueno a su plan, pero hasta ese viernes por la tarde no las tuvieron preparadas. Y la foto pudo ser hecha por fin, no sin antes utilizar maquillaje para pintarle en la mejilla un llamativo lunar negro, también imprescindible para hacerse pasar por la hija del mayor Sorokin.

Entretanto, aquella tarde, había aparecido por el refugio Gregorz, quien también haría el viaje como segundo miembro de la supuesta escolta. Él sería quien conduciría

el coche, quien llevaría la voz cantante en cada momento en que tuvieran que entablar diálogo con quien fuera y quien regresaría a Polonia una vez dejara a los otros tres al otro lado de la frontera. Hablaba ruso a la perfección, algo fundamental para comunicarse con los soldados de aquel país, llegado el caso. Además, fue quien trajo consigo los uniformes de soldado que tanto él como Iwan vestirían. Se trataba de un hombre joven, de edad, altura y fisonomía muy similares a las de Iwan. Lo único que les diferenciaba claramente era que Gregorz llevaba el pelo mucho más corto, pero, una vez se lo recortaron al otro, le perfilaron la barba, que ya le había crecido bastante, y ambos se pusieron el traje militar, el parecido entre ellos resultó asombroso.

- Esto no es por casualidad-. Les aseguró Albin, que llevaba la voz cantante de todos aquellos preparativos-. Hay una foto de Iwan circulando por ahí para que los vigilantes traten de identificarle si se cruzan con él. También de Svetlana, pero ya estamos viendo que ella irá completamente caracterizada. La idea es que ambos supuestos escoltas se parezcan mucho para que ninguno resalte y nadie se acuerde del rostro de la foto que tienen. Es un truco sencillo, pero que suele ser muy efectivo.

El día del sábado, lo dedicaron a ensayar. Continuamente, hora tras hora, de un modo tan machacón que resultó, no ya solo pesado, sino hasta agotador. Ensayaron multitud de casos posibles que se pudieran dar: desde que les pararan en un control de carretera, cosa que era factible, aunque muy improbable por viajar en un coche con distintivo oficial, hasta el momento clave en el que tuvieran que presentar sus pasaportes en la frontera, algo que, de todos modos, tratarían de evitar, ya que tenían la esperanza de que pudieran saltarse el trámite, al tratarse de la hija de uno de los jefes, y que solo fuese necesaria la intervención de Gregorz. Y también, otros escenarios posibles, como que tuvieran que parar en algún lugar a comer y alguien les dijera cualquier cosa, o algo tan sencillo y básico como detenerse en un momento dado para ir al baño.

Svetlana se sentía impresionada por el hecho de que aquel plan, elaborado casi sobre la marcha, pareciera tener en cuenta hasta el más mínimo detalle. Nunca en su vida había visto algo así, un planteamiento tan serio: tan bien preparado. Y era algo que la hacía sentir muy segura y confiada porque daba la impresión de que no había absolutamente nada dejado al azar.

- Estos tíos son unos fueras de serie, ya te lo dije-. Le insistió Iwan en un momento dado-. Yo confío en ellos con los ojos cerrados. Les conozco perfectamente. Por cosas como esta, te decía hace unos días que estaba convencido de que todo saldría bien en cuanto consiguiéramos contactar con ellos.

Y fue ya al final del día cuando apareció de nuevo Czerwiek para explicarles los detalles definitivos de tan elaborado plan. Los que él mismo había estado cerrando personalmente mientras los demás hacían su parte del trabajo. Con él regresó Ania, que se había ausentado buena parte de la tarde porque el líder necesitaba de ella para que

le echase una mano en ciertos asuntos.

- Saldréis mañana a primera hora, muy temprano-. Les informé-. Se tardan de tres horas a tres horas y media en llegar hasta el punto por donde cruzaréis la frontera y pretendemos que lo hagáis al mediodía. Pero habréis de empezar temprano porque, lamentablemente, tendremos que sedaros de nuevo para sacaros de aquí e ir al garaje. Y habrá que esperar a que despertéis antes de que podáis salir. Siento mucho que tenga que ser así, pero la seguridad de mis hombres es innegociable y es imprescindible que no sepáis la ubicación del lugar donde nos encontramos ahora mismo-. Czerwiek hizo un alto para observar la reacción de los chicos, los cuales asintieron con la cabeza en gesto de resignada aceptación-. Bien. Seguimos. Una vez en Checoslovaquia, a escasos kilómetros de ese puesto fronterizo, Gregorz os dejará junto a una casona abandonada que se encuentra casi al pie de la carretera. Allí os estará esperando alguien con otro coche. Os cambiaréis de ropa allí mismo. Gregorz se traerá de vuelta los uniformes y las gafas, que probablemente nos harán falta en un futuro para otros operativos, y vosotros continuaréis vuestro viaje-. A continuación, Czerwiek les expuso la explicación que darían en el puesto fronterizo: que aquella chica, Saskia, pretendía visitar con una amiga un lugar cercano a la frontera, ya en Checoslovaquia, y comer allí. Que uno de los escoltas las acompañaría y que el otro volvería tres horas después para recogerlas-. Esas tres horas es el tiempo que se tarda en llegar a Zvolen, ya en Eslovaquia, vuestra siguiente parada en el camino-. Continuó-. Para cuando se quieran dar cuenta de la farsa y salten las alarmas, ya estaréis allí, o muy cerca. Al menos lo bastante lejos de la frontera como para que no corráis ningún peligro por el operativo que, sin duda, improvisarán sobre la marcha en las inmediaciones. Y es justo aquí cuando empieza la parte más complicada. O mejor, la más arriesgada, ya que es el único paso que no controlamos al cien por cien porque no tenemos la absoluta certeza de cómo van a reaccionar los soviéticos una vez sepan que estáis en Checoslovaquia. Esta parte la ha organizado Ania, así que le cedo la palabra a ella.

- La última fase de la huida es el traslado desde Zvolen hasta Bratislava-. Les informé aquella mujer a continuación-. Y la he organizado yo porque tengo bastantes más medios y contactos que Czerwiek en esta zona. Yo trabajo mucho en Checoslovaquia. De hecho, ahora mismo y oficialmente, me encuentro allí. La organización para la que trabajo opera fundamentalmente en ese país y yo me muevo por él de manera legal. Además, tanto yo como muchos compañeros pasamos de Viena a Bratislava con bastante frecuencia, por lo que me haré cargo de todo una vez estemos allí. Como ha dicho Czerwiek, el traslado de Zvolen a Bratislava es la fase más delicada de la operación. Alcanzar Zvolen será sencillo, pero a la hora a la que llegaremos, ya habrán saltado las alarmas. No sabemos qué harán para intentar localizarnos en Eslovaquia, pero lo hemos organizado para que les sea lo más difícil posible. De entrada, hasta ahora, están buscando a una pareja, pero la frontera la habremos cruzado tres personas. Además, en Eslovaquia se nos unirá una cuarta: un

compañero al que conozco muy bien y que también se mueve por ese país de manera legal. Viajaremos los cuatro en un coche desde las montañas de la frontera con Polonia hasta Zvolen. Será un viaje fácil porque a esas horas os estarán buscando en Polonia, no al otro lado de la frontera, y, además, esa zona es muy tranquila. No hay tráfico, ni controles ni nada que nos pueda poner en dificultades. El problema empieza a partir de entonces porque ya sabrán que estamos en Checoslovaquia, porque no sabemos qué harán y, sobre todo, por Svetlana. Iwan me preocupa menos porque él es eslovaco, luego conoce su idioma perfectamente, y llevará documentación. Pero Svetlana no lo habla. Teníamos que buscar una solución para ella y, finalmente, hemos decidido que, una vez en Checoslovaquia, seguirá siendo la hermana de mi difunto marido. Sin más. Utilizaremos el mismo pasaporte que cuando vinimos a Cracovia, aunque con la nueva foto, y emplearemos la misma táctica que para el traslado desde Rzeszów, de manera que de Zvolen a Bratislava viajaremos en dos coches. Hemos descartado el transporte público porque es lo primero que controlarán. En uno de los coches, irán Iwan y mi compañero. En el otro, Svetlana y yo. Estamos convencidos de que es lo mejor que podemos hacer. Nos llegamos a plantear la idea de quedarnos en Zvolen un tiempo hasta que bajase la presión, pero lo hemos descartado. En esa ciudad tenemos medios, pero no los suficientes para ocultar a dos personas con plena seguridad durante varios días. De modo que tenemos que llegar a Bratislava, y hacerlo lo antes posible, aprovechando el desconcierto de quienes os buscan. Desde Zvolen se tardan tres horas en coche y esperamos dormir allí mañana por la noche. Sabemos que esa ciudad es la opción más previsible para quienes nos buscan, pero es mejor así que darles tiempo para que monten un operativo a lo largo de todo el país. Es probable que pongan controles en ciertos lugares, y las entradas de Bratislava son sitios muy propicios para ello porque esa ciudad es fronteriza con Austria y es siempre el primer lugar donde montan los operativos. Pero hemos decidido que tendremos que arriesgarnos. Lo normal, lo que esperamos que suceda, es que el primer operativo que organicen sea en la región fronteriza eslovaca por donde nos habremos colado. Suponemos que no nos considerarán tan osados como para desplazarnos directamente a un lugar tan peligroso para gente que huye como Bratislava. Tratarán de concentrar sus esfuerzos aplicando la lógica. Nos parece inverosímil que cerquen una ciudad tan grande apenas unas horas después de que hayamos cruzado una frontera que se encuentra a cientos de kilómetros. Tendremos que agarrarnos a eso. Estoy convencida de que haremos el viaje sin ningún tipo de problema, pero nos hemos empeñado en atar todos los cabos posibles.

Esa misma noche de sábado, antes de que todos se fueran a descansar, Czerwiek se detuvo un momento con Iwan para despedirse de él.

- ¿Recuerdas lo último que te dije cuando, en Varsovia, te di aquella dirección de Moscú y me despedí de ti?

- Que nos volveríamos a ver-. Respondió Iwan sin dudar ni un instante.

- Exacto. Y ahora te digo lo mismo. Nos volveremos a ver. Me consta que le debes

una cerveza a Pawel Jankow. Y me aseguraré de que saldes tu deuda. La primera la pagarás tú, pero a la segunda os invitaré yo y la tomaremos los tres juntos—. Al escuchar aquellas palabras, Iwan se emocionó y casi se le escapan las lágrimas. Czerwiek le abrazó entonces y, al separarse, continuó hablando—. Aparte, me gustaría pedirte algo. Es evidente que estás quemado y que aquí no puedes seguir, pero, cuando salgas, piensa que también ahí fuera necesitamos gente que nos ayude. Gente como tú. No te olvides de todo esto. Quienes te saquen te dirán cómo puedes seguir colaborando desde allí. No les des la espalda. No nos la des a nosotros.

- No lo haré, Czerwiek—. Le dijo, con absoluto convencimiento—. Te juro por lo más sagrado que no lo haré. Pero déjame que te pida yo también una última cosa.

- Adelante.

- Dime quién es Aleksei. Por favor. Su verdadera identidad.

Czerwiek se quedó callado durante unos segundos, mirando a Iwan fijamente, dudando, nada convencido de responder a esa pregunta.

- Sabes que no puedo hacer eso—. Le contestó finalmente—. No puedo delatar a un compañero.

- No le estarías delatando. Estarías cubriéndote las espaldas, lo mismo que ha hecho él en estos últimos días. En esta última semana. Aleksei ha acabado con dos de tus mejores agentes para salvar su culo y está intentando hacer lo mismo con Svetlana y conmigo por el mismo motivo. Por eso estamos aquí. Me consta que no es la primera vez que pasa algo semejante, que ha hecho otras muchas cosas que no te han sentado bien. Mira, Czerwiek, en todo este magnífico plan que habéis diseñado, hay un solo cabo suelto: ¿qué pasaría si nos detienen? Es difícil que eso ocurra si hacemos las cosas bien, lo sé, pero ¿qué pasaría? Yo jamás te delataré por voluntad propia, pero ellos tienen métodos para sacarte la verdad. Y la verdad es que yo a ti te conozco personalmente y de Aleksei, el culpable de todo esto, solo sé su seudónimo. Si me detienen y sé quién es él, podré negociar con esa información y no tener que llegar al extremo de que me saquen la verdad a la fuerza.

Czerwiek continuaba mirando al chico con el mismo gesto que un momento antes, pero esta vez asentía con la cabeza.

- Qué bueno eres, Iwan—. Le dijo entonces—. Qué magnífico agente podrías llegar a ser. Por favor, no te olvides de lo que te he dicho. No nos des la espalda cuando estés fuera—. Iwan cerró los ojos y agachó la cabeza en gesto de asegurar que le haría caso. Luego, alzó la mirada y la clavó en su interlocutor, esperando una respuesta al requerimiento que le acababa de hacer—. Mayor Aleksander Petrovski. Edificio Lubianka. Moscú. KGB.

Ania se había empeñado en darle conversación a Svetlana porque sabía que la chica estaba verdaderamente asustada. No lo mostraba al exterior, pero ella lo sabía. Y Svetlana era consciente de ello y le agradecía mucho esa actitud. Sin embargo, hacía ya

unos minutos que viajaban en silencio y la tensión se mascaba en el ambiente. Estaban a punto de llegar al momento más peligroso de todo el viaje: la entrada en Bratislava. Por mucho que las cosas hubieran ido rodadas hasta entonces, todo habría sido inútil si les descubrían en ese punto, y ya no había charla que valiese para relajarse. La chica procuraba no pensar en el riesgo y sí en otras cosas. Sobre todo, en lo ocurrido la noche anterior, cuando, ya en el dormitorio, antes de intentar abandonarse al sueño, había estado hablando con Iwan.

- No me puedo ni imaginar la ilusión que te debe hacer regresar al país en el que naciste-. Le había dicho en un momento dado, ante lo cual, el chico tuvo una reacción que ella nunca esperó. Al menos, no en un momento como aquel.

- Sí que me la hace, pero no es lo que más-. Le respondió-. Al fin y al cabo, vamos a estar de paso. Recorreremos el país a toda prisa, nos encerraremos en un refugio, no podremos salir de él hasta que huyamos al otro lado y será como si estuviéramos en cualquier otro lugar del mundo. Lo que de verdad me hace ilusión es que ya estamos casi ahí. Que si todo sale bien, en unos días, estaremos fuera y me podré dedicar a ti. A estar contigo, a empezar otra vida contigo, a no estar obligado a tener la cabeza pendiente de otras cosas que me impiden centrarme en lo que de verdad es importante..., a ser libre de establecer mis prioridades y que no sean otros quienes me las impongan. Porque yo, ahora mismo, no estoy centrado en mis verdaderas prioridades, sino en esas otras que me vienen impuestas. Y no veo el momento de que todo esto acabe para poder hacer eso. Para poder hablar contigo tranquilamente, ya con la mente liberada de todo lo demás, porque tengo mucho que contarte. Porque quiero que sepas muchas cosas y también saberlas de ti. Porque, Sveta, yo..., yo...

Iwan se quedó trabado, como si no encontrase las palabras idóneas para continuar con lo que quería decir, y Svetlana se dio cuenta. Se percató de lo que ocurría y del incómodo momento por el que estaba pasando su compañero. Entonces, sonrió, le rodeó el rostro con las manos, cerró los ojos y le dio un prolongado beso en la mejilla, casi en la comisura de los labios. Para ella, fue como un instante mágico. No era, ni mucho menos, todo lo que le hubiera gustado, pero sí infinitamente más de lo que jamás hubo entre ellos. Se sintió turbada al separarse, pero se olvidó de ello cuando comprobó que Iwan tenía los ojos enrojecidos por la emoción.

- Tendremos todo el tiempo del mundo para hablar de esto-. Le respondió con dulzura, tratando de decírselo todo sin necesidad de obligarle a abordar el tema en un momento como aquel, en el que, como él mismo acababa de decir, debían tener la mente centrada en lo más urgente-. No te preocupes ahora. Yo pienso igual que tú, te lo aseguro, pero ya tendremos tiempo.

- Está claro que te quiere-. Le había dicho Ania durante el viaje, cuando Svetlana compartió con ella lo ocurrido la noche anterior. Ella ya conocía sus sentimientos hacia él. Se lo había contado días atrás, en el transcurso de ese viaje a Cracovia durante el

cual intimaron—. Se le nota en la forma de comportarse contigo. En cómo te habla, en cómo te trata..., en cómo está siempre pendiente de ti..., en cómo te mira. Sobre todo, eso. En cómo te mira. En cómo lo hace cuando cree que nadie se da cuenta de que te está mirando.

- Yo también lo creo, pero nunca he estado segura de si me quiere porque me tiene cariño o...

- No, Svetlana—. La interrumpió Ania—. Él te quiere de verdad. Puede que no lo sepa, o que no lo haya sabido hasta hace poco, o que no se atreva a decirlo abiertamente. Puede que sea tan sencillo como que no encuentre la forma de decirlo, o que considere que no es el momento y prefiera esperar a que todo esto acabe. Como parece que te quiso decir anoche. Pero él te quiere. No te quepa duda.

Svetlana sonreía mientras miraba por la ventanilla y se empeñaba en pensar en eso como método para evitar hacerlo en todo lo demás. Pero un repentino comentario de Ania la sacó de un plumazo de sus ensoñaciones.

- Hay un control ahí delante—. Fue lo que dijo la otra chica para su sobresalto—. Muchos de los coches que vienen en sentido contrario están haciendo ráfagas con las luces. Están avisando a los demás. Tenemos que salir de esta carretera. Tenemos que llegar por otro camino.

- ¿Conoces otro camino?— Fue lo único que se lo ocurrió decir a Svetlana.

- Claro que conozco otro camino—. Contestó Ania con una sonrisa cargada de seguridad—. No te preocupes. He pasado por esto otras veces.

Y segundos después, accionó el intermitente para indicar al resto de conductores que abandonaba la carretera y tomó un desvío a la derecha, para a continuación incorporarse a otra más estrecha, más oscura, más solitaria y en mucho peor estado.

- No te preocupes—. Insistió Ania al ver el terror en la mirada de su compañera—. Todo va a ir bien. No vamos a tener problemas yendo por aquí. Es más incómodo y más lento, pero no vamos a tener problemas.

Efectivamente, el presagio de Ania se cumplió en todos sus extremos. Esa última parte del trayecto se tornó casi insufrible. Debido al mal estado del firme, tenían que hacer el camino a una velocidad reducida mientras el coche temblaba y retumbaba continuamente debido a la gran cantidad de baches que había. Pero, poco a poco, fueron avanzando hasta que entraron en la zona urbana.

- Ya estamos dentro—. Exclamó Ania con una gran sonrisa—. Ya falta prácticamente nada.

Svetlana se relajó un poco, aunque, aun así, su estado de tensión seguía siendo casi insoportable. Pero a medida que fueron recorriendo calles y avenidas, este fue menguando, hasta desaparecer completamente cuando Ania giró el volante por última vez para enfilarse en una calle tranquila y apenas iluminada por la tenue luz de unas escasas farolas.

- ¿Qué sitio es este?– Preguntó la chica al darse cuenta de que ya no se veían bloques de pisos, sino grandes casas rodeadas de altos muros.

- Aquí tiene la empresa para la que trabajo su sucursal en Bratislava–. Contestó Ania, volviendo a sonreír. Svetlana pensaba que si no hubiera sido por la casi permanente sonrisa de aquella joven mujer, no habría sido capaz de soportar el pánico que la llevaba acompañando casi desde que iniciaron el viaje desde Zvolen–. Es una de estas casas, y en ella se encuentra el refugio. De ahí entra y sale mucha gente continuamente: empleados, jefes, visitantes..., es segura. El hecho de que entren y salgan coches no despierta sospechas.

Efectivamente, en un momento dado, Ania detuvo el vehículo delante de un gran portón, bajó y llamó al timbre. Instante después, dicho portón se abrió y accedieron a una gran parcela ajardinada, en el centro de la cual se encontraba la gran casa. Avanzaron lentamente por un estrecho camino de piedras que bordeaba una zona de césped y se detuvieron justo delante de la puerta.

- Ya nos podemos bajar–. Le dijo la chica–. Hemos llegado.

Una mujer de mediana edad, delgada y de gesto amable salió a recibirles y ayudarles. Ania la saludó con un beso y se dirigió a Svetlana para presentársela.

- Ella es Erika, una compañera. Una más de tantos y tantos. Puedes confiar en ella.

- Claro que sí–. Aseguró aquella mujer con una sonrisa. Hablaba en ruso, como todas las personas que había conocido desde que Mirosław hizo acto de presencia en aquella nave de la ciudad de Rzeszów. Era evidente que todos habían sido advertidos de que ella no hablaba otro idioma–. Aquí estarás bien hasta que reempresas tu viaje–. Continuó–. Ya solo falta que lleguen los demás, pero puedes ir instalándote si quieres, que debes estar agotada.

- ¿Aún no han llegado?– Preguntó Ania con gesto de profunda extrañeza.

- Pues no. ¿Deberían haberlo hecho?

- Sí, deberían. Hace rato, además. Nosotras salimos un poco más tarde que ellos, yo conduzco más despacio que Dieter y, para colmo, nos hemos tenido que desviar, con lo que hemos tardado más de lo esperado.

- Es raro–. Murmuró Erika con gesto de preocupación.

- Sí. Muy raro. Demasiado raro.

El vuelo entre Moscú y Cracovia duró alrededor de dos horas y media que a Aleksei le parecieron una eternidad. Desde que, a mediodía, supieron que todo hacía indicar que los fugitivos habían cruzado a Checoslovaquia por las montañas del sur de

Polonia, los acontecimientos se habían precipitado.

- ¡Desplázate tú personalmente y no vuelvas hasta que hayas dado con ellos!— Le había gritado el teniente Kushkin en cuanto conocieron la noticia—. ¡Los quiero vivos o muertos, me da igual, pero acaba con esto de una puta vez!

La presión que sentía era enorme. Y lo peor era que estaba empezando a perder la esperanza de dar con ellos. Jamás en su vida pudo imaginar que llegarían a ser tan escurridizos. Por mucho que hubieran entrado en contacto con la organización de Czerwiek, no era nada fácil burlar a un ejército desplegado a lo largo de todo un país. Pero lo habían hecho. Y no solo eso. Lo habían hecho de un modo que ridiculizaba al propio ejército, haciéndose pasar por miembros del mismo, lo cual daba un aspecto tragicómico a la situación que le tenía abochornado, aparte del desconcierto que le provocaba.

Antes de partir hacia Polonia, se aseguró de que se montaba un importante dispositivo de búsqueda en el norte de Eslovaquia, en la zona por la que habían huido, aunque suponía que de nada iba a valer porque les llevaban más de dos horas de ventaja, tiempo suficiente para haber puesto tierra de por medio. Por tanto, trató de ir más allá. De adivinar cuál debía ser el siguiente paso en aquella huida, ya que era ahí, en ese siguiente paso, donde se debían encontrar ellos: los fugitivos. Y había varias posibilidades. O esconderse durante unos días, lo cual no le preocupaba de un modo inmediato porque, de ser así, tendrían tiempo de montar un operativo más serio; o seguir huyendo, que era en lo se tenía que centrar en ese momento. Y caso de seguir huyendo, ¿hacia dónde se podrían dirigir? Consultó un mapa para hacerse mejor una idea. Si lo hacían hacia atrás, alejándose de la frontera con Occidente, aun en la propia Checoslovaquia, y así contravenir la lógica y tratar de despistarle, sería como si se escondiesen durante unos días: ya tendrían tiempo de montar un nuevo operativo de búsqueda. Y si lo hacían hacia adelante, había tres opciones: el sur, es decir, cruzar la cercana frontera con Hungría para seguir su huida a través de ese país, que también era satélite de la Unión Soviética; al noroeste, hacia la parte checa de Checoslovaquia, en busca de la frontera con Alemania, lo cual era arriesgado para ellos porque se trataba de una zona alejada y, dirigiéndose hacia allí, quedarían expuestos durante más tiempo; y la última: el Oeste, es decir, Bratislava. Lo más probable, simple y llanamente, porque esa ciudad fronteriza con Austria estaba lo bastante cerca como para hacer el viaje de una vez. Como para llegar a ella ese mismo día, sin necesidad de hacer ninguna escala previa. Por tanto, por un motivo claro de urgencia, mandó organizar controles en la frontera eslovaca con Hungría, con especial atención a los puestos orientales, los que más cerca se encontraban del lugar por el que habían abandonado Polonia; y, sobre todo, en Bratislava. En las principales entradas a Bratislava, así como en los transportes públicos que comunicaban aquella ciudad con el resto de la región oriental del país. Era muy difícil que dieran con ellos en las inmediaciones de la frontera polaca que acababan de cruzar, pero aun no les había dado tiempo a llegar

esos otros puntos en los que estaba poniendo su atención. Intentaba por todos los medios adelantarse a ellos en sus decisiones. Reducir, en la medida de lo posible, la ventaja de tiempo que les habían ganado. No era fácil, pero sí urgente. Tenía que hacer algo, no podía quedarse con los brazos cruzados.

El hecho de haber conseguido realizar un primer planteamiento, aun a grandes rasgos, hizo posible que se relajara un poco. Y como siempre le ocurría cuando se relajaba, las ideas comenzaron a fluir. Una vez marcado como objetivo principal la capital eslovaca, lo siguiente debía ser dar las instrucciones precisas para afinar la búsqueda y facilitar así la identificación de los sospechosos. Gracias a la descripción que dieron los vigilantes del paso fronterizo por el que cruzaron, ahora sabía que Iwan llevaba algo de barba y que Svetlana volvía a ser rubia. Por otro lado, le informaron de que la frontera la atravesaron tres personas y que había una cuarta que regresó a Polonia. Otro colaborador, sin duda. De manera que no podían centrar la búsqueda en localizar a una pareja, sino que debían barajar otras opciones.

- Una vez tienen a gente que les está ayudando, lo más probable es que huyan por separado—. Les dijo a Boris y a Fiodor para que fueran estos quienes difundiesen las instrucciones mientras él viajaba hacia Cracovia—. Aparte de los transportes públicos que unan el centro de Eslovaquia con Bratislava, los cuales hay que vigilar con intensidad, tenemos que centrarnos también en que hay una alta probabilidad de que viajen en coche porque así les es más fácil improvisar y cambiar de ruta, en un momento dado, si se ven en aprietos. Es más, yo apostaría por que viajen en dos coches, por separado, y lo normal es que acompañados, ya que ellos no conocen las carreteras del país y sería fácil que se perdieran. Por tanto, es necesario cambiar de registro y comenzar a fijarse en otras cosas, no tanto en localizar a una pareja como hasta ahora. Es posible que viajen en grupo, y hay que tenerlo en cuenta, pero también tenemos que prestar atención a vehículos ocupados por dos hombres y por dos mujeres. Es importantísimo incidir en el tema del idioma. La chica no habla eslovaco, con lo que es más fácil que pueda levantar sospechas en ese sentido. Él, sin embargo, sí. De hecho, es uno de sus idiomas de cuna, junto al ruso. Pero sabemos que llegó a Polonia siendo un niño, de modo que es probable que lo haya utilizado muy poco desde entonces y que lo hable mal. Peor que el polaco, incluso. También hay que fijarse en eso. Ya tenemos dos indicios de sospecha por cada uno: una chica rubia, de pelo rizado que no habla eslovaco y un hombre moreno, de pelo corto y algo de barba que lo habla, como mucho, regular. Y una última cosa. Un pequeño detalle a añadir a lo demás: es casi seguro que lleven documentación falsa para moverse por Checoslovaquia, de igual manera que utilizaron pasaportes para cruzar la frontera. Falsificar un documento es fácil si se sabe hacer, pero hay algo que ya no es tan sencillo simular: la antigüedad del mismo. Si localizan a alguien con estas características de las que estamos hablando, que se fijen en si sus documentos están nuevos o poco usados. De hecho, apostaría a que están impolutos. Y que detengan a todos los que reúnan estas características, que

tiempo habrá de soltar a quienes, finalmente, no sean alguno de ellos dos.

Una vez dadas las instrucciones pertinentes a sus subordinados, salió de la oficina para dirigirse al aeropuerto en el que cogería el avión que le llevaría a Cracovia, donde aterrizó a eso de las cuatro de la tarde. Luego, se desplazó en helicóptero a la ciudad de Zakopane, tan cerca del puesto fronterizo por el que los fugitivos habían huido y donde el ejército tenía instalada, desde días atrás, su base provisional. No eran ni las cinco cuando llegó, e inmediatamente se reunió con el mayor Sorokin, jefe del operativo en aquella zona, y con el soldado que estaba al mando en el puesto en cuestión a la hora en la que los fugitivos pasaron por allí, al cual comenzó a echar un enorme rapapolvo, que fue contestado por su superior de una forma furibunda.

- No voy a permitir que nadie le hable así a uno de mis hombres cuando ha hecho bien su trabajo—. Fue lo que le dijo Sorokin, ante lo que Aleksei se revolvió de inmediato con la misma fiereza.

- ¿Que ha hecho bien su trabajo? ¿Pasan por delante su cara los fugitivos que llevamos persiguiendo desde hace dos semanas, les deja ir y me dice que ha hecho bien su trabajo?

Sorokin no respondió de inmediato. Accionó el aparato reproductor para ver una cinta de la cámara de vigilancia que tenían instalada en el puesto fronterizo, en la cual estaba grabado el paso de dichos fugitivos, y la paró en un momento en el que, aun de lejos, se veía perfectamente el caracterizado rostro de Svetlana.

- Esa no es mi hija—. Aseguró, señalando la pantalla con el dedo—. Sé que no es mi hija porque he hablado con ella y está en Cracovia. Pero si no lo hubiera hecho y viera esa imagen, diría, sin duda, que es ella la que aparece. Esto lo digo yo, que soy su padre. Él,— continuó, señalando a Rolan— él la conoce de vista porque ha sido miembro de la escolta de mi familia varias veces y comprendo perfectamente que la haya confundido. Y mucho más cuando llevaba un pasaporte perfectamente falsificado.

Aleksei escuchó aquella explicación en silencio y negando con la cabeza. Y seguía haciendo el mismo gesto cuando Sorokin terminó y él volvió a tomar la palabra.

- Me parece increíble que estén dispuestos a pasar por alto un error tan grave—. Dijo, añadiendo a sus palabras una evidente mueca de desprecio—. No sé si son ustedes conscientes de la cantidad de horas de trabajo y de dinero del Estado que se han tirado a la basura por culpa de una negligencia tan grande.

En ese momento, el mayor Sorokin puso en pie su metro y noventa centímetros de cuerpo y miró con aire amenazante a aquel hombre que estaba poniendo en duda la valía de su unidad y hasta de él mismo.

- Yo no sé cómo tratan ustedes en la KGB a sus subordinados, pero en mi unidad lo hacemos con justicia—. Le dijo, con ese tono autoritario que tan bien se le daba interpretar—. Cuando las cosas se hacen bien, se hacen bien. Y cuando se hacen mal, se hacen mal. Ustedes llevan persiguiendo dos fantasmas desde que dejaron Moscú hace casi dos semanas. Han permitido que crucen la Unión Soviética, que atraviesen la

frontera polaca, que se les escapen en un pueblo cercado por la policía, que no sean atrapados cuando estaban sin salida en un callejón y que se desplacen de ciudad en ciudad aquí en Polonia. Por culpa de su negligencia, insisto, de su negligencia, de su incapacidad, mis hombres llevan una semana pelándose de frío en la montaña sin nada más que hacer que esperar a sus fugitivos. Insisto, a sus fugitivos, no a los nuestros. Si ustedes no hubieran trabajado tan mal, nosotros no tendríamos que estar perdiendo nuestro tiempo aquí. Son ustedes los que han trabajado mal, los que han permitido que llegemos a esta situación, y no voy a permitir que precisamente ustedes, que han demostrado una enorme ineptitud, pongan en duda la valía de uno de mis hombres por confundir a una persona con otra, cuando el propio padre de dicha persona la hubiera confundido igual.

Aleksei se sintió intimidado ante la reacción del mayor Sorokin y no dijo nada. Ni siquiera se levantó de la silla para ponerse a la misma altura que aquel hombre y así demostrar que, al menos en rango, eran igual para igual. En verdad, estaba desbordado. Absolutamente desbordado. Había perdido por completo el control de la situación, no era capaz de reconducirla ni de poner orden en ella, le costaba ingentes esfuerzos aclarar su mente para tomar decisiones y llevarlas a cabo. Sentía una enorme presión por todas partes porque el inminente fracaso iba a ser monumental y, como era natural, nadie estaba dispuesto a cargar con unas culpas que solo le correspondían a él. Se sentía como si tratara de mantener un puñado de arena en las manos y no fuera capaz de evitar que cayera, deslizándose por entre sus dedos. No sabía qué hacer. No sabía qué hacía allí. No tenía ni idea de cuál debía ser su siguiente paso. No podía volver a Moscú porque su jefe directo le había dicho que no lo hiciera hasta que no resolviera aquel asunto. No podía quedarse en Zakopane para dirigir el operativo de búsqueda al otro lado de la frontera porque este había sido montado por el hombre que tenía delante y dudaba que le permitiera ni siquiera permanecer como mero observador. No podía hacer nada, estaba en un callejón sin salida. Tanto trabajo, tanto empeño y tanto esfuerzo como llevaba realizado solo valían para estar atrapado y bloqueado. Para no tener ni idea de qué paso dar a continuación.

Pero, de repente, algo ocurrió. Como si se tratase de una intervención divina de ese Dios en el que tanto creían los polacos y que tanto aborrecía él, alguien abrió la puerta de la sala en la que se encontraban y se dirigió a él con gesto preocupado.

- Tiene una llamada urgente, mayor Petrovski.

- ¿De Moscú?— Preguntó entonces, temiéndose que fuera Kushkin para interesarse por el estado de la situación y, de paso, presionarle aun más si cabe.

- No, de Bratislava.

Al escuchar aquello, el corazón le dio un vuelco, se levantó de un golpe de la silla y salió precipitadamente de la sala. Se puso tan nervioso que casi se le cae el teléfono mientras se lo llevaba al oído, aunque, finalmente, pudo agarrarlo bien para escuchar desde el otro lado de la línea la mejor noticia que le podían dar.

- Hemos detenido al hombre—. Le informaron, para su inmensa satisfacción—. De la chica no hay nada, al menos aun, pero hemos detenido al hombre.

Aleksei cerró los ojos y respiró hondo, sintiendo un enorme alivio interior. Por fin. Por fin buenas noticias. Cuando estaba al borde de perder las pocas esperanzas que le quedaban, por fin podía escuchar buenas noticias. Se mantuvo en silencio unos segundos para poder disfrutar de esa sensación tan placentera, pasados los cuales reaccionó y su mente volvió a ponerse en marcha.

- Magnífico—. Exclamó—. Magnífico, sensacional. Muchas gracias. ¿Dónde le tienen?

- Lo están llevando ahora mismo a la sede de la StB^[1] en Bratislava.

- Perfecto. Salgo para allá. Retengan al detenido hasta que yo llegue, por favor. Espero estar ahí en menos de tres horas.

Una vez colgó el teléfono, Aleksei volvió a la sala de la que salió un momento antes, ya con un gesto mucho más relajado, e informó a sus compatriotas.

- Ya tenemos a uno de ellos. Tengo que salir inmediatamente para Bratislava. Volveré a Cracovia tal como vine, en helicóptero. Pero necesito un avión que me traslade. ¿Es posible que me lo gestionen desde aquí para que esté listo en cuanto llegue?

Kiril Sorokin miró a Aleksei con gesto de resignación. Por supuesto que se lo podían gestionar, aunque él preferiría mandarlo de vuelta para Moscú o incluso dejarle en mitad de la montaña para que se pelara de frío como sus soldados, a los que había despreciado de aquella manera. Pero hizo lo que tenía que hacer, como era su obligación, y, apenas un rato después, perdió de vista a aquel mayor de la KGB, esperaba que para el resto de su vida.

El traslado desde Zakopane hasta el aeropuerto de Cracovia fue muy rápido, pero, una vez allí, Aleksei tuvo que esperar media hora porque en tan poco tiempo no fue posible tener el avión listo para volar en unas condiciones mínimas de seguridad. Ese tiempo se le hizo eterno porque le comía la impaciencia, aunque él mismo se repetía una y otra vez que no pasaba nada. Que era mejor tranquilizarse porque Iwan ya estaba detenido y lo iba a seguir estando, aunque tardara unos minutos más en llegar. Mientras aguardaba a que los técnicos acabaran con los preparativos del aparato, volvió a llamar a Bratislava para interesarse por algunos detalles de la detención.

- Fue uno de los primeros vehículos que detuvimos—. Le informó el policía que estuvo al mando—. Apenas llevábamos media hora de control. No se libraron por muy poco. Iban dos hombres en el coche y uno de ellos casaba perfectamente con la descripción física. Procedimos a interrogarle y nos dimos cuenta de que hablaba de un modo peculiar. No con acento extranjero, pero sí con algo de dificultad, sin demasiada fluidez, y eso nos hizo sospechar. Tenían una coartada un poco dudosa, de manera que les detuvimos y les enviamos a una comisaría cercana para comprobarla. Como suponíamos, la coartada no se sostenía, y fue cuando decidimos enviarles a la sede de

la StB, tal y como nos ordenaron si dábamos con algún sospechoso, y llamarle a usted para informarle. Ya están allí, en los calabozos, esperando a que llegue para que les interroge.

El viaje hasta Bratislava duró apenas una hora, pero para Aleksei, otra vez, fue como si se tratara de una eternidad. No veía el momento de acabar con toda aquella pesadilla. Le estaba costando tanto cerrar la operación que casi no se podía creer que, efectivamente, tal cosa estuviese tan cerca de poder producirse. Incluso, trataba de que sus ilusiones no se desbordasen hasta confirmar que la persona que habían detenido era Iwan, y no cualquier otra que se le pareciese, porque cabía esa posibilidad y hasta que no estuviera delante de él, no podría certificarlo. Eso era lo primero: certificarlo. Luego ya vendría el siguiente paso, que no era otro que sacarle la información necesaria para dar también con la chica. Pero eso sería después. Una vez sabían dónde se encontraban y detenido uno de ellos, lo demás caería por su propio peso. Bastaría con cercar la ciudad, cerrar la frontera, desplegar a todas las unidades de las fuerzas de seguridad, traer a otras de fuera si era necesario, ofrecer recompensas a quienes dieran alguna pista. Los recursos de los que disponían eran casi infinitos. Ya no trabajarían sobre hipótesis. Ya no tendrían que centrarse en una posibilidad, pero sin olvidar que no era la única que se podía dar. Ya tendrían la certeza absoluta de dónde se encontraba el objetivo y podrían concentrar todas sus fuerzas en ese lugar. Ya sería todo mucho más fácil, sin ningún género de duda, y la mente se le llenaba de ideas optimistas, al tiempo que un inmenso alivio le recorría todo su ser. En poco tiempo, todo aquello habría acabado y podría seguir con su vida como hasta entonces. O mejor, no como hasta entonces, sino incluso de mejor manera. Porque aquella experiencia le había hecho aprender muchas cosas y estaba decidido a no repetir errores del pasado para no tener que volver a pasar por experiencias tan desagradables como la que estaba viviendo en los últimos días.

No obstante, era consciente de que no debía lanzar las campanas al vuelo. Al menos, aun no. Tenía que certificar que habían detenido a la persona correcta. Tenía que llegar a Bratislava, trasladarse a la sede de la StB y certificar que habían detenido a la persona correcta. Y no veía el momento de que tal cosa ocurriese. Por eso, cuando el avión aterrizó, bajó de él y se montó en el coche que le esperaba en la misma pista de aterrizaje, no pudo contener una inmensa sonrisa de satisfacción. Normalmente, procuraba mantener un gesto serio, y hasta casi siniestro, para intimidar a los detenidos, pero, en esos momentos, era incapaz de hacerlo. De hecho, durante el trayecto en coche por las avenidas de Bratislava, se mantuvo en silencio, concentrado en su empeño por quitar de su semblante esa mueca de alegría y recuperar el gesto que en verdad debía mostrar, cosa que consiguió. Cuando el coche se detuvo delante de la puerta del edificio de la StB y bajó del mismo, ya no solo era lo que era, sino que también lo parecía: un mayor de la KGB presto para interrogar a un detenido.

Sin embargo, una vez dentro del edificio, todo ese castillo de naipes se vino abajo

irremisiblemente cuando uno de los agentes que custodiaban la entrada a los calabozos se puso entre él y la puerta de acceso y le impidió el paso.

- Lo siento, no está permitido que nadie visite al detenido—. Le informó, ante lo que Aleksei sacó su acreditación y se la mostró.

- Soy el mayor Aleksander Petrovski. Aquí está mi credencial—. El policía ni siquiera la miró.

- Lo siento, señor. Le tengo que repetir que no está permitido que nadie visite al detenido—. Aleksei puso entonces un gesto de profunda extrañeza y otro de enfurecimiento a continuación.

- ¿Pero usted sabe con quién está hablando, agente? ¿Es que no oye bien o que no sabe leer? ¡Soy el mayor Petrovski, de la KGB! ¡Vengo desde Moscú porque soy quien está al mando de esta operación!

Pero aquel policía, impertérrito, se mantuvo firme en su posición, delante de la puerta, y volvió a repetir lo mismo, aunque dándole un matiz importante en esta ocasión.

- Lo siento, mayor Petrovski. Las órdenes vienen de muy arriba. No está permitido que nadie visite al detenido.

Dieter salió de la sala de interrogatorios por una puerta secundaria, no por la principal que daba acceso al pasillo desde donde se llegaba a dicha sala, a las demás que allí había y a los calabozos. Y lo primero que vio fuera, en la zona principal de la planta sótano de aquel edificio, fue una enorme trifulca entre varios agentes y un hombre que trataba por todos los medios de acceder al lugar de donde él acababa de salir, aunque por la otra entrada. No pudo evitar pararse y observar a aquel individuo algo entrado en carnes y aspecto desaliñado que, en ese momento, se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. No le conocía, pero sabía quién era. Tenía que ser él. Tenía que ser el hombre del que habían estado hablando momentos antes en la sala que acababa de abandonar. De hecho, el propio hombre pareció percibir algo parecido respecto a él. No se explicaba de otra manera su reacción cuando le vio: dejó de discutir con los agentes y se dirigió a él, señalándole con el dedo.

- ¡Eres tú!- Le gritó-. ¡Eres tú quien le ha traído hasta aquí! ¡Eres hombre muerto! ¡Te juro que no pararé hasta veros muertos!

Lo decía en ruso, idioma que él no hablaba a la perfección, pero sí de sobra para entenderle.

Dieter no se sintió intimidado, pero tampoco le respondió. Se limitó a agachar la cabeza y seguir su camino hacia la puerta de salida de aquel siniestro edificio que albergaba la sede de la StB. La policía secreta checoslovaca.

Estaba absolutamente agotado. Como no recordaba haberse encontrado jamás. Aquel había sido, sin duda, uno de los peores días de su vida. Él no estaba acostumbrado a cosas como las que le llevaban ocurriendo en las últimas horas. Sí a tratar con gente en dificultades, pero no a todo lo demás. Él era abogado, pero, sobre todo, idealista. Y para nada aventurero. Creía en la bondad del ser humano y en que un mundo mejor era posible. Le gustaba ayudar a la gente, echar una mano a quien lo necesitaba, y se dedicaba a ello. Ese era su oficio, trabajando para una organización humanitaria. Odiaba la violencia, aunque en algunas ocasiones tuvo que hacer uso de ella, y siempre para salir victorioso gracias a su imponente altura y a esa fuerza que tenía por naturaleza. A pesar de ello, la imagen que proyectaba casaba más con su carácter pacífico: era una persona tranquila en sus formas, solía estar siempre sonriendo y, detrás de sus gafas de montura redonda y de ese flequillo largo, lacio y rubio que recolocaba continuamente con la mano para que no le tapase la visión, se escondía una mirada serena y llena de empatía que le caracterizaba perfectamente. Porque él era así: atento, cercano y amable. De esas personas que están siempre dispuestas a ayudar porque era eso lo que le llenaba. Lo que le hacía feliz. Claro que eso mismo a veces le metía en problemas. Su afán por echar una mano. Justo lo que le había ocurrido aquel día. Justamente eso.

Dos días antes, había recibido la llamada de Ania. De su gran amiga Ania. De esa

compañera de trabajo que, al revés que él, siempre andaba metida en jaleos y problemas. En el fondo, eran iguales, ambos se afanaban en ayudar a los demás, pero sus formas eran totalmente diferentes. Dieter sabía que cada vez que Ania le llamaba, algo complicado se le venía encima. Como en aquella ocasión, aunque ella tratase de disfrazarlo de algo sencillo.

- Solo tienes que venir a recogernos a un lugar que yo te diré, cercano a la frontera con Polonia, y llevarnos hasta Zvolen, primero, y a Bratislava después-. Le resumió-. Son muchas horas de coche, un viaje largo, pero solo eso, y merece la pena. Es por ayudar a unas personas que merecen la pena.

Dieter no se podía negar. Era incapaz. Confiaba en Ania ciegamente, a pesar de sus formas y de su gusto por la aventura. Él sabía que se complementaban. Que ella llegaba a donde él jamás lo haría y que él tenía otras muchas virtudes que ella, no. Juntos hacían un gran equipo y sabía que ella jamás le llamaría si no fuera para algo importante. Y tanto que era importante. Recoger, esconder, trasladar y volver a esconder a dos fugitivos por los que el Ejército Rojo tenía movilizadas a buena parte de sus unidades con base en Polonia en su afán por dar con ellos.

- Les buscan en Polonia, no en Checoslovaquia-. Trataba de convencerle Ania ante su estupefacción-. Y yo te pido que nos recojas una vez hayamos cruzado la frontera. Una vez a salvo.

Aquella mujer tenía la capacidad de sorprenderle una y otra vez y de superarse en cada nueva ocasión en la que le sorprendía. Le parecía increíble su habilidad para meterse en líos: para involucrarse en lo que fuera que estuviera haciendo hasta el punto de cruzar la frontera de la legalidad y poner en riesgo su integridad, y hasta su vida, por aquello en lo que creía. Dieter la admiraba profundamente por ello porque él se veía incapaz de llegar a tanto. De llegar tan lejos. Sin embargo, y a pesar de sus reparos en ese sentido, en multitud de ocasiones le había arrastrado también a él a ese lado tan peligroso que ella tanto frecuentaba. Como aquel día. Claro que nunca se habían complicado tanto las cosas como aquel día.

El traslado desde la frontera hasta Zvolen fue plácido y tranquilo. Y en sus inicios, hasta divertido, porque la fiesta que formaron aquellos tres jóvenes, celebrando el éxito de haber burlado la vigilancia y cruzado la frontera, permitió que entre todos echaran unas buenas risas durante largo rato. Dieter les veía así: jóvenes, porque él superaba ampliamente la treintena, mientras que ninguno de los otros tres la alcanzaba. Ania, por poco. El chico parecía un poco más joven que ella, pero la muchacha rubia de los rizos aparentaba incluso menos que los veintitrés que confesó que tenía.

Le cayeron bien casi desde el primer momento. Él confiaba en el buen juicio de Ania, pero le gustaba comprobar las cosas por sí mismo, y le parecía evidente que aquellos dos chicos no eran criminales ni delincuentes, algo que era fundamental para él. Porque él ayudaba a gente con problemas, no a malas personas. Más tarde, durante el recorrido, cuando la improvisada fiesta decayó y le contaron su historia, se

convenció a sí mismo de que les quería ayudar. De que haría lo que estuviera en su mano por ellos porque aquellos dos chavales no eran más que víctimas de un sistema que él aborrecía y contra el que luchaba. Con sus armas y desde su posición, pero siempre poniendo su granito de arena en pos de esa lucha. Además, es que él era así. En cuanto le presentaban una causa que él consideraba justa, automáticamente la hacía propia y se volcaba con ella. No de la forma en que lo hacía Ania, pero él, desde sus conocimientos de las leyes checoslovacas y haciendo uso de su profesión, podía ayudar a las personas en un ámbito que a su gran amiga se le escapaba.

Una vez llegaron a Zvolen, Ania y la chica rubia siguieron el camino hacia Bratislava en un coche distinto, mientras que él se quedó con el otro: con Iwan. Y con él comprendió mucho mejor el peligro al que se estaba exponiendo. Porque, mientras conducía, de manera que él pudiera descansar un rato y así poder volver a relevare para hacer el último tramo con la mente más despejada, aquel chico le contó claramente lo que sucedía y, especialmente, lo que podía suceder, pero ya sin los amables y optimistas matices de la siempre amable y optimista Ania. Explicado pormenorizadamente por alguien que llevaba dos semanas huyendo y temiendo seriamente por su vida. Alguien que parecía obsesionado con la idea de que les pudieran atrapar y que trataba por todos los medios de encontrar una forma coherente de comportarse caso de que ello ocurriera.

- Veo que pretendes tenerlo todo bien atado y que no confías demasiado en la suerte—. Le dijo Dieter, ante lo que la respuesta de Iwan fue inmediata.

- Sí creo en la suerte. Creo tanto en la suerte que sé que en algún momento me tiene que abandonar, porque nadie tiene buena suerte siempre. Yo he tenido la suerte de librarme por los pelos de que me atrapen en muchas ocasiones. En este mismo viaje, desde que salí de Moscú, he estado hasta en ocho ocasiones delante de quienes me quieren detener. Siempre me he librado, pero soy consciente de que eso no vale para nada si me atrapan en la novena. Si eso ocurre, quiero estar preparado. Y me gustaría que nos pusiéramos de acuerdo en qué decir y qué hacer, llegado el caso. Que elaboráramos un plan para esa posibilidad.

Y eso fue lo que hicieron: elaborar un plan. Probablemente, una de las mejores decisiones que había tomado en su vida, porque lo que aquel chico decía fue como una especie de premonición.

Después de escucharle hablar, exponiendo lo que sabía y lo que creía que debían hacer, Dieter sintió por Iwan una suma de admiración, respeto y cariño. De un golpe. Aquel joven tenía en la cabeza un plan casi maestro que aplicar en el supuesto de que fuesen detenidos. Un plan que consistía, básicamente, en una historia paralela a lo que en verdad le venía ocurriendo en las dos últimas semanas. Todo basado en la realidad, pero adaptándola de manera que su compañera, Svetlana, quedara fuera de todo. Como si no existiera. Como si él hubiera viajado siempre solo, no en pareja, y hubiese recibido la colaboración de diferentes personas en cada una de las fases de dicho

viaje.

- Llevo días pensando en esto—. Confesó—. En encontrar la forma de no involucrar a Svetlana en el caso de que a mí me atrapen y a ella, no. Y anoche me dieron la información clave que completa el puzzle: la verdadera identidad del tal Aleksei. He creado esta historia porque revela hasta el más mínimo detalle de lo ocurrido en realidad, pero sin ella. Para todos los momentos en los que nos han visto juntos, me he inventado a un colaborador que me acompañaba. Y diré que la forma de contactar con todos esos colaboradores me la dio ese mayor de la KGB que lleva una doble vida. Si me atrapan, pienso contar esta historia y delatar a ese mayor para poder negociar gracias a esa información. No sé qué voy a negociar, pero si yo caigo, él también. Y Svetlana, no.

- A negociar te puedo ayudar yo—. Le dijo entonces Dieter—. Y mucho, además. Yo no soy como Ania, pero tengo otros recursos. Y una vez tú me has contado tu parte, yo te voy a contar la mía. Porque entre lo que tú acabas de aportar y lo que puedo aportar yo, creo que podemos montar un magnífico plan para que el daño sea el menor, caso de que nos descubran.

Y fue así cómo Dieter le contó lo que sabía y lo que podía aportar y terminaron por elaborar dicho plan. Fue en ese momento cuando este fue consciente del verdadero peligro en el que se encontraba. Estaban poniéndose de acuerdo en qué decir caso de que la policía le descubriese ayudando a un prófugo al que la KGB llevaba dos semanas buscando. En un principio, podría haber tomado a Iwan como una persona pesimista por pensar únicamente en lo malo, pero no fue así. En lugar de eso, le veía como alguien calculador y metódico. Alguien que no quería dejar nada al azar y que era capaz de pensar en la posibilidad de que le atrapasen, lo cual paralizaría por el miedo a cualquiera, y, al mismo tiempo, hacer funcionar su mente hasta el punto de decidir cuáles debían ser sus pasos si algo así ocurría. Por eso le empezó a admirar y a respetar. Porque algo así no era para nada fácil. Pero es que, a la vez, a pesar de esa imagen tan fría que desprendía, parecía como si su mayor preocupación, más incluso que él mismo, fuera que a la otra chica, a Svetlana, no le pasara nada. Era evidente que estaba dispuesto a sacrificarse él para que se salvara ella, y eso le parecía grandioso. Y ese fue el motivo por el que le acabó cogiendo cariño. Les había estado observando durante la primera parte del viaje, entre las montañas y Zvolen. Ania y Svetlana no dejaban de reír y festejar lo que habían conseguido, sin parar de hacer bromas y chistes, mientras que Iwan, a pesar de que también sonreía, se mantenía más al margen y se le veía preocupado. Parecía como si su sonrisa no fuera debida al éxito que habían obtenido, sino por ver feliz a su compañera. Dieter se consideraba una persona observadora: de esas que se percatan de detalles que a la mayoría pasan inadvertidos. Desde un principio, le dio la impresión de que Iwan no las tenía todas consigo, como si que parecía ocurrirles a las otras dos. Y esa impresión se vio confirmada cuando se quedó a solas con él.

Todo el viaje desde Zvolen hasta las postrimerías de Bratislava lo dedicaron a recitar y perfeccionar la historieta que iban a contar si les descubrían. Iwan estaba absolutamente concentrado en ese empeño, mientras que Dieter, a pesar de que le seguía el juego con total convencimiento, prefería pensar en que nada iba a ocurrir y que llegarían al refugio sin mayores problemas. Él había estado convencido de que eso sería así hasta que se quedó a solas con Iwan en el coche y, en el fondo, se negaba a aceptar que no fuera esa la opción más factible. Sin embargo, esa ilusión se desvaneció por completo en el mismo instante en el que aquel policía les dio el alto cuando ya se veían al fondo las luces de los primeros edificios de la ciudad de Bratislava. Sabía que no era más que un control de carretera y que bastaba con enseñar su documentación para que les dejaran continuar, pero algo le decía que las cosas no iban a ser así de fáciles. Y, efectivamente, no lo fueron.

A las preguntas de los agentes acerca del motivo del viaje, Iwan respondió con una mentira basada en hechos reales. Les contó lo que entre ellos quedaron que contarían llegado el caso: que él era un ciudadano con pocos recursos que había tenido un problema de índole legal, que Dieter era un abogado que trabajaba para una organización humanitaria que atendía a personas en esas circunstancias y que se dirigían desde Kosice hasta Bratislava, la ciudad más importante de Eslovaquia, para solucionar ese problema ante los organismos pertinentes. Sin embargo, más que la coartada, a los policías pareció interesarles mucho más otro detalle.

- Habla usted con un acento extraño para ser eslovaco-. Le dijo uno de ellos a Iwan en un momento dado, ante lo que este se encogió de hombros y puso un gesto de no entender el comentario.

- El acento de los habitantes de Kosice, supongo-. Fue su respuesta, mientras el policía le miraba con aire inquisidor.

Dieter les observaba con enorme preocupación. A él apenas le habían hecho caso. Le pidieron su documentación, la miraron, se la devolvieron y se olvidaron de él para centrarse exclusivamente en Iwan. Este, por su parte, permanecía tranquilo, impasible, y Dieter no sabía si estaba convencido de que les dejarían continuar, o resignado a ser descubierto, de manera que esperaba a que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Sin más. En todo caso, se sentía admirado por su entereza. No mostraba el más mínimo gesto de vacilación, parecía absolutamente seguro de lo que estaba haciendo, mientras que a él le temblaban las piernas y, a pesar del frío, notaba claramente que su cuerpo estaba empezando a sudar.

Por su parte, el policía examinaba minuciosamente el documento de identidad de Iwan, por arriba, por debajo, dándole la vuelta y volviéndosela a dar a continuación.

- Impoluto-. Exclamó en un momento dado-. Está impoluto, ni una marca, ni un doblez. Y la foto..., parece como si se la hubieran hecho ayer, cuando aquí dice que se emitió hace más de un año. Es curioso, ¿no?- Iwan repitió el gesto de encogerse de hombros y no dijo nada. ¿Qué se podía decir ante algo así?- Van a tener que

acompañarme los dos a la comisaría—. Sentenció, ante la resignación de Iwan y el pánico contenido de Dieter—. Tenemos que comprobar que es verdad lo que dicen.

Una vez en el interior del coche patrulla y ya de camino a donde fuera que les llevaran, Iwan miró a Dieter y le hizo un gesto con la mano para infundirle tranquilidad. Este se sintió impresionado. Aquel joven se mostraba completamente sereno, como si tuviera en su mano el control de la situación y, de repente, él también se sintió de ese mismo modo. Recuperó la lucidez mental que hacía rato que había perdido y decidió que era necesario esperar acontecimientos. Tenían un plan. Llevaban todo el viaje hablando de él, concretándolo, puliendo sus detalles, y había llegado la hora de llevarlo a cabo. Pero con serenidad. Cada cosa a su tiempo. No era cuestión de enseñar sus cartas a la primera. Tenían que ver qué iba a ocurrir antes de entrar en acción. Entonces, se le escapó una sonrisa de complicidad que Iwan le devolvió. Y, en ese momento, la tranquilidad invadió todo su ser. Sabían lo que tenían que hacer y pronto llegaría la hora de llevarlo a cabo.

Como era de esperar, en la comisaría no fueron capaces de comprobar la veracidad de la historia que habían contado, más que nada porque no era veraz. Pero tampoco pudieron desmentirla completamente. Daba igual. Aquello fue suficiente para que los policías consideraran que su trabajo había terminado y que era hora de que empezara el de otros. El de la StB, a cuya sede les trasladaron a continuación. Iwan y Dieter sabían que tal cosa ocurriría. Si un mayor de la KGB estaba al mando de la investigación, sería la StB quien se hiciera cargo de ella en Checoslovaquia. Y era ahí donde ellos podían empezar a jugar sus cartas. En concreto, el as que Dieter llevaba escondido en la manga y del que había hablado a Iwan durante el viaje. Si este tenía el nombre de un miembro corrupto de la KGB como medio para negociar, Dieter contaba con ese otro arma para poder hacerlo con la persona indicada. Ese era el motivo por el que, juntando ambas cosas, el plan resultante podía ser viable. No sabían exactamente adónde les llevaría todo aquello, pero la última palabra no estaba dicha. En absoluto. Ni mucho menos.

Una vez en el edificio que albergaba la sede de la StB en Bratislava, les llevaron directamente a los calabozos. Justo ahí comenzaba la acción. Antes de que les metieran en uno de ellos, tuvieron que dejar en depósito sus efectos personales. Y Dieter, en el momento de entregarles su cartera, sacó de ella una tarjeta y se la dio a uno de los policías que les custodiaban.

- Quiero hablar con esta persona lo antes posible—. Les dijo—. Por favor, llámenle. No vamos a decir nada a nadie antes de hablar con él.

El policía se quedó petrificado cuando leyó el nombre de dicha persona en la tarjeta. Dieter sabía que sería eso lo que ocurriría. De hecho, ese debió ser el mismo gesto que a él se le quedó cuando, semanas atrás, tal persona se la entregó después de que él les salvara la vida a él y a su esposa en aquella oscura calle del centro de Bratislava.

- Marek Sabolcik...- Balbuceó aquel policía-. ¿De qué conoces a un general de la StB?

- ¿Qué más da eso?- Respondió Dieter con cierto aire despectivo-. Llamadle inmediatamente, u os podéis meter en un buen lío.

Obedecieron de inmediato, algo que Dieter suponía. Ninguno de esos agentes iba a asumir el riesgo de meter en un calabozo a alguien relacionado con un general sin avisarle al menos, aunque fuera domingo. Y Dieter consideró que ese era un momento ideal para hacer uso de la promesa que aquel hombre le había hecho en su momento. Ese era su as en la manga. La llave maestra del plan que habían trazado Iwan y él: denunciar al mayor corrupto de la KGB ante un general de la StB, para que, a cambio, este les echara una mano utilizando la influencia que, evidentemente, tenía.

No había pasado ni media hora cuando el general Sabolcik apareció por las oficinas de la StB. Estaba visiblemente molesto por haber tenido que salir de casa en su día de descanso, cuando ya era noche cerrada, pero le comía la curiosidad por saber quién era esa persona que tenía una tarjeta suya y que había sido arrestada. Máxime teniendo en cuenta que él, por motivos de seguridad, no se las entregaba a cualquiera. Vestido de calle, sin su uniforme habitual, pero conservando su porte soberbio y su gesto autoritario, bajó a los calabozos y se asomó a uno de ellos. Al que el policía le había señalado. Nada más verle, Dieter se levantó de la banqueta en la que estaba sentado junto a Iwan y se quedó en mitad de la celda, con gesto serio, mirando fijamente a aquel hombre.

- ¿Cómo está su escolta?- Le preguntó antes que nada.

Marek le devolvió la mirada y se mantuvo en silencio por unos instantes, para a continuación dirigirse a los policías que le acompañaban.

- Dejados solos un momento-. Les ordenó. Y una vez estos salieron de aquel lugar, relajó su gesto y cambió su mirada autoritaria por otra mucho más amable antes de responder-. Mejor, mucho mejor-. Le contestó-. En poco tiempo, se reincorporará al trabajo. Te agradezco el interés. De todos modos, es evidente que no me has hecho venir para preguntarme por él.

- No, claro que no. Usted me aseguró que podía llamarle si necesitaba su ayuda en alguna ocasión y, como puede comprobar, esta es una de ellas sin ningún género de dudas.

- Yo te prometí que te ayudaría en todo lo que estuviese en mi mano, pero espero que no me pidas que libere a un delincuente, porque eso no lo puedo hacer.

- No se trata de eso-. Aseguró Dieter con contundencia y de inmediato-. En absoluto. Lo que le voy a pedir es que nos escuche. Que se siente con nosotros a una mesa, nos escuche y, una vez lo haya hecho, nos diga si puede hacer algo por nosotros.

- Te debo un favor a ti-. Aclaró en ese momento el general, sin perder la amabilidad en el tono-. A ese otro hombre no le conozco de nada.

- Pero es este otro hombre el que tiene algo muy importante que contar y es ese algo

el motivo por el que me encuentro aquí. Soy abogado, estoy de lleno en un caso, este chico es el protagonista del mismo y necesito que alguien le escuche con interés y me diga qué tengo que hacer a continuación. Si escucha lo que tenemos que decir, lo comprenderá perfectamente.

Marek se quedó en silencio durante unos segundos, con la vista clavada en Dieter, el cual le aguantó la mirada. Y pasado ese breve espacio de tiempo, agachó la cabeza, la levantó de nuevo a continuación y asintió con un gesto.

- De acuerdo-. Respondió al fin. Entonces, se dirigió a la puerta de salida, la abrió y llamó a uno de los policías que esperaban fuera-. Sacadles de ahí y habilitadnos una de las salas de interrogatorios-. Le ordenó.

Una vez sentados a la mesa de aquella sala, Dieter explicó al general quién era Iwan y el modo en el que habían sido detenidos en un control de carretera a la entrada de Bratislava.

- Veníamos a la ciudad para denunciar su caso-. Le mintió. Tanto Iwan como él decidieron que esa iba a ser la excusa que utilizarían caso de llegar a la situación en la que se encontraban en esos momentos-. A Iwan le persiguen en el marco de una operación que lleva la KGB, pero en la que él no está involucrado. Al menos, no de un modo directo. A él no le persiguen por dicha operación, sino porque quien está al mando de la misma es un cargo corrupto e Iwan lo sabe. Pretende acabar con él porque teme que le delate y está utilizando todos sus recursos para conseguirlo. Sabemos que si le atrapa, no atenderá a razones. Acabará con él, como ha hecho con otras personas. Por eso necesitamos que alguien ajeno a la operación y con capacidad para ayudarnos nos escuche. Por eso hemos acudido a usted.

- Un cargo corrupto de la KGB...- Murmuró Sabolcik, mirándoles fijamente-. ¿Sois conscientes de lo que decís? ¿De lo fuerte que es esa acusación? ¿Tenéis pruebas?

- No-. Fue Iwan quien contestó de inmediato-. Pero sí la certeza.

- Pero tu certeza no basta para acusar de algo así a alguien.

Iwan respiró hondo y se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos antes de expresarlos, tras lo cual respondió al general.

- Yo estoy detenido-. Empezó a decir-. Me tienen aquí, no me puedo escapar, no puedo hacerles ningún tipo de daño ni nada por el estilo. Estoy a su merced. Pero temo por mi vida y necesito que alguien compruebe que lo que digo es verdad porque de ello depende que la salve. Si no es cierto lo que digo..., aquí me tienen. Podrán hacer conmigo lo que quieran. Pero piense que puede ser verdad. De hecho, yo sé que es verdad. Solo necesito a alguien que quiera molestarse en comprobarlo y espero que usted me pueda ayudar. Es más, le rogaría que lo hiciera.

- Y en eso consiste el favor que le quiero pedir-. Remató Dieter a continuación-. Que escuche su historia, que compruebe si es cierta o no y que actúe en consecuencia.

Marek sonrió y miró a Dieter con ese mismo gesto amable que venía manteniendo con él desde el principio.

- Me parece admirable que estés dispuesto a gastar el favor que te debo por otra persona—. Le dijo, y la respuesta del otro fue inmediata.

- Yo también estoy aquí, detenido. Y mi libertad depende de que usted escuche su historia y compruebe que es verdad.

El general Sabolcik volvió a quedarse callado durante unos segundos, con gesto pensativo. Luego, se levantó de la silla salió de la sala y, al momento, regresó con una libreta y un bolígrafo. Entonces, se volvió a sentar, sacó unas gafas que llevaba en su funda, guardadas en un bolsillo, se las puso y les miró desde detrás de ellas.

- De acuerdo. Vamos allá. Comienza con tu historia, que te escucho con todo mi interés.

Iwan se dispuso entonces a desgranar el relato que llevaba madurando desde días atrás y que compartió con Dieter durante el viaje desde Zvolen. Comenzó contando brevemente su historia personal y la manera en la que acabó en Moscú a cargo de los Ciesielski, aunque sin mencionar las actividades ilegales que llevaban a cabo los amigos polacos que le pusieron en contacto con quienes acabaron por acogerle en la capital soviética. Le explicó que, para completar los ingresos de la familia, alquilaban una habitación por noches y que un tal Aleksei les mandaba huéspedes de vez en cuando, pagándoles muy bien por alojarlos. Le dijo que ellos no hacían preguntas al respecto, pero que suponían que se trataba de asuntos turbios.

- Eso fue así hasta que, hace un par de semanas, la policía se presentó allí, se armó un lío y acabaron disparando. Los que se encontraban en aquel lugar murieron, pero yo me salvé porque no me vieron y pude escapar—. Le narró.

Siguió con el relato explicándole que se puso en contacto con Aleksei para contarle lo ocurrido y pedirle ayuda. Y este le dijo que se la daría: que le ayudaría a escapar. Mandó a alguien para que le recogiera y le escondiera y que, al día siguiente, le montó en un coche con una colaboradora suya para sacarle de Moscú y ayudarle a huir.

- Fue él quien me dio los contactos. Quien me dijo a quién llamar, quién me podía ayudar en cada una de las fases de mi huida. Conseguí cruzar la frontera y llegar a Polonia, pero ahí comenzaron los problemas. La policía empezó a perseguirme, tuve que ocultarme en diferentes sitios, logré contactar con las personas que Aleksei me dijo y fueron ellos los que me explicaron lo que ocurría: que Aleksei es, en verdad, el mayor Aleksander Petrovski, de la KGB, y que, por la razón que sea, igual que en un principio me quiso ayudar, ahora me está persiguiendo. Me dijeron lo que ellos suponían que pasaba: que como lleva una doble vida, igual que colabora con organizaciones ilegales, también las persigue. Y que se le habrían complicado las cosas en ese sentido, de manera que necesitaba dar conmigo para anular el riesgo de ser descubierto. Yo no tengo ni idea de lo que pasa ni de las razones que mueven a ese hombre. Solo sé que los polacos me ayudaron a salir del país porque ellos no querían tenerme a su lado, evidentemente, ya que mi presencia les ponía en peligro. Y fueron ellos los que me facilitaron la manera de ponerme en contacto con la organización para

la que trabaja Dieter porque esta se dedica a ayudar a personas con problemas. A personas como yo. Fue él quien me dijo que teníamos que trasladarnos a Bratislava para denunciar el caso, pero no nos han dejado llegar. Nos han atrapado antes. Y ahora necesitamos ayuda para poder denunciar a ese hombre antes de que él dé con nosotros. Porque si da con nosotros, estoy seguro de que nos matará. Y esa es la razón por la que hemos acudido a usted. Por desesperación.

Marek Sabolcik volvió a repetir el gesto de quedarse callado mirando fijamente a sus interlocutores durante unos segundos, para a continuación descolgar el teléfono que había sobre la mesa y marcar una extensión.

- Hola, soy el general Sabolcik, ¿quién está al mando del departamento esta noche?— Preguntó cuando contestaron—. De acuerdo, pásame con él, por favor—. Unos segundos después, la persona en cuestión contestó la llamada y el general continuó hablando—. Nadoski, soy Sabolcik, estoy en una sala de interrogatorios con unas personas que han sido detenidas esta noche por orden de Moscú, en el marco de una operación que llevan desde allí, ¿qué sabes de este asunto? ... Entiendo...— Marek iba tomando notas en su libreta de lo que el oficial al mando le iba contando—. Una pareja... Solo hemos dado con uno de ellos, que es la persona que tenemos aquí, correcto, continúa... Entiendo... Entiendo... Muy bien, otra pregunta, ¿sabes cómo se llama la persona de la KGB al mando del operativo? ... Mayor Aleksander Petrovski, correcto, ¿estás seguro de que se llama así? ... Muy bien, perfecto, gracias, Nadoski, ahora te voy a dar unas instrucciones al respecto. Vamos a ver, me voy a hacer cargo personalmente de este asunto porque conozco a una de las personas que hemos detenido y quiero encargarme yo. A partir de ahora, todo lo que incumbe a este caso tiene que pasar por mis manos. Absolutamente todo. No quiero que nadie entre en contacto con los detenidos si yo no lo autorizo antes. Y cuando digo nadie es nadie. Yo me encargaré de designar a los agentes que les custodiarán en cada momento y ellos serán los únicos que tendrán acceso a estas personas, ¿de acuerdo? ... ¿Que el mayor Petrovski viene de camino para hacerse cargo? ... No, él tampoco puede tener acceso a los detenidos. Yo me hago cargo. Yo hablaré con Moscú esta misma noche. Este asunto puede ser bastante más complejo de lo que parece y me voy a hacer cargo yo. ¿De acuerdo? ¿Está claro? ... Perfecto, Nadoski, eso es todo. Muchas gracias.

Una vez colgó el teléfono, el general Sabolcik soltó el bolígrafo, se quitó las gafas y se dirigió directamente a Iwan.

- Me dicen que están buscando a otra persona. A una joven rubia de pelo rizado, pero que aun no han dado con ella.

- Yo viajo solo—. Contestó el otro con contundencia—. Es cierto que me han visto acompañado por varias personas, entre ellas una chica que responde a esa descripción, pero se trata de gente que ha colaborado conmigo. Ya se lo dije antes. El propio Aleksei me facilitó esos contactos en un principio, pero el viaje desde Moscú lo estoy haciendo yo solo.

Sabolcik le miró con gesto serio antes de volver a hablar.

- Hay unas imágenes de una cámara de seguridad en el puesto fronterizo en las que se te ve con otras tres personas, y me informan de que al menos dos de ellas cruzaron a Checoslovaquia contigo, entre ellas esa chica rubia.

- Colaboradores—. Insistió Iwan—. Una vez en Checoslovaquia, me dieron las instrucciones precisas para contactar con Dieter, nos separamos y yo continué mi viaje solo, como desde que salí de Moscú.

El general volvió a quedarse en silencio durante unos segundos, hasta que finalmente se giró hacia Dieter para dirigirse en esta ocasión a él.

- ¿Y tú? Dices que eres abogado, pero ¿para quién trabajas? ¿Cuál es esa organización de la que habláis?— Dieter se echó la mano al bolsillo trasero del pantalón, sacó una tarjeta y se la entregó al general. No había sido confiscada porque no la llevaba en el interior de su cartera. Sabolcik leyó lo que en ella ponía y asintió con la cabeza con gesto satisfecho—. La conozco. En principio, es de fiar.

- Nosotros ayudamos a gente con problemas, pero no a delincuentes ni a malas personas. De hecho, hemos colaborado con las fuerzas de seguridad en muchas ocasiones para desenmascarar a personas que habían cometido delitos.

Sabolcik volvió a asentir con la cabeza y se guardó la tarjeta en un bolsillo.

- Muy bien—. Continuó entonces, dirigiéndose de nuevo a Iwan—. Tu historia parece coherente, pero ahora tengo que comprobar que lo del cargo corrupto de la KGB es cierto porque no me voy a comprometer a nada hasta que no sepa que lo es. También tendré que asegurarme de que, efectivamente, eres eslovaco. Eso es sencillo. Basta con llamar al registro de Kosice. Si naciste allí, tu partida de nacimiento tiene que estar archivada. Pero eso tendrá que ser mañana, porque hoy es domingo y la oficina está cerrada. Si eres eslovaco, tienes derechos en Checoslovaquia y, a partir de ahí, se puede plantear algo. Además, así podríamos facilitarte una documentación legal, no falsificada. Y respecto a lo primero, tengo un amigo personal en la policía secreta soviética. Nos conocimos cuando éramos muy jóvenes y hemos mantenido mucho contacto durante años, pero esa es otra historia. El caso es que se trata de una persona que tiene un alto cargo y que espero que a través de ella podamos comprobar la veracidad de lo que dices. Te voy a ser sincero. Si la situación se diese al revés, si fuera él quien me llamase para advertirme de que puede haber un topo en mi organización, te aseguro que movería cielo y tierra para comprobar si es verdad. Por tanto, confío plenamente en que él hará lo mismo. Ahora, os dejaré solos porque voy a mi despacho a llamar a este hombre. Le diré a un agente que os devuelva a la celda mientras tanto. Luego volveré, hablaremos de nuevo y os diré qué haremos a continuación, ¿de acuerdo?

Tanto Iwan como Dieter asintieron con la cabeza y el general se levantó de su silla y salió de la sala. Al momento, un policía entró en ella, les llevó de vuelta a la celda y se marchó a continuación. Una vez sentados en su interior y tras asegurarse de que no

había nadie más cerca, Iwan se dirigió a Dieter con gesto aliviado.

- Svetlana se ha salvado—. Le dijo en un susurro—. Si es cierto lo que ha dicho ese hombre, ya no van a dar con ella.

- Teniendo en cuenta la hora que es, ya debe estar en el refugio—. Supuso Dieter en el mismo tono—. En ese sentido, creo que puedes tranquilizarte.

- Sí—. Resopló Iwan, recostando la espalda y la cabeza contra la pared—. Menos mal. Estaba preocupadísimo por ella.

- ¿Por qué lo haces, Iwan?— Le preguntó entonces Dieter con interés—. Quiero decir, parece que te preocupas más por ella que por ti mismo. ¿Por qué?

Iwan no cambió de postura para contestar y siguió recostado contra la pared y mirando hacia el techo.

- Svetlana no hubiera podido hacer esto que hemos hecho nosotros hoy—. Le explicó—. No porque no sea capaz de elaborar una historieta y luego recitarla, sino porque ella no habla eslovaco. Yo he fingido una cosa que no es, pero ella no habría podido. Si la atrapasen, estaría perdida. Aunque fuera acompañada por Ania.

Dieter suspiró y dirigió a Iwan una mirada de complicidad.

- No pondré en duda eso que dices, pero supongo que habrá algo más.

Iwan sonrió, aunque no se movió y continuó mirando hacia arriba.

- Sí, hay algo más—. Le reconoció—. Claro que hay algo más, no hay que ser un abogado avisado como tú para percibirlo. Pero, aunque no lo hubiera habido, me habría comportado de igual modo.

- La quieres, ¿verdad?— Iwan volvió a sonreír y asintió con la cabeza.

- Lo que más me jode de todo esto no es saber que voy a tener que pasar un tiempo en prisión. Al fin y al cabo, el tiempo es tiempo y se acaba. Y cuando se acabe, quedaré libre y podré continuar con mi vida. O reiniciarla, porque yo, ahora mismo, no tengo vida. No tengo nada que perder. Lo que más me jode es que ella y yo no hemos hablado expresamente de este asunto. Y ella es todo lo que me queda. Mi padre murió cuando era un niño. Mi madre y mi hermana murieron hace pocos años. No tengo familia, ni trabajo, ni hogar. No tengo nada, salvo ella. Y ni eso, porque no somos pareja. Ella es lo puedo llegar a tener, pero aun no. No del todo. Ambos sabemos lo que hay, pero hemos dejado esa conversación para cuando todo esto acabe. Y mírame ahora. Esto va a tardar mucho en acabar. No quiero ni pensar en cómo se va a sentir cuando se entere de lo que me ha pasado. Y, para colmo, la he borrado del mapa, de manera que no podrá venir a verme si no quiere delatarse. No sé cuándo podré volver a hablar con ella y tengo tanto que contarle—. En ese momento, Iwan se llevó la mano a la mejilla para secarse una lágrima que se le había escapado—. Ojalá lo hubiera hecho antes—. Se lamentó, mientras se le quebraba la voz—. Ojalá ella lo pudiera saber, no solo imaginárselo.

Dieter se sintió profundamente conmovido al escuchar las palabras de Iwan. No lo podía evitar. Él era así, sentía esa empatía por las personas a las que tenía cariño. Y a

aquel chico se lo había cogido, y mucho, a pesar de haberle conocido ese mismo día. No dijo nada. Se limitó a ponerle la mano en el hombro y apretárselo como muestra de afecto y cercanía. Y se prometió a sí mismo que si salía de aquella y se volvía a encontrar con la chica, se encargaría de que supiera lo que aquel muchacho estaba haciendo por ella.

El general Sabolcik tardó una media hora en volver y, cuando lo hizo, los tres volvieron a reunirse en la sala de interrogatorios.

- He hablado con mi persona de confianza en la KGB y me ha asegurado que van a investigar el asunto inmediatamente, aunque harán falta unos días para confirmar lo que hemos denunciado. Debo decirles que está muy agradecido por la información y que se ha mostrado completamente decidido a aclarar el asunto, aunque eso ya me lo figuraba, como os dije hace un rato. Y ahora, vamos a hablar de lo que va a pasar con vosotros. A ti, Dieter, te voy a dejar ir-. Le dijo, entregándole un papel que llevaba en la mano-. Este es el documento que tienes que enseñar fuera para que te dejen salir. Si doy por cierto el motivo por el que estás con él, es evidente que no has cometido ningún delito, sino todo lo contrario. Estás ayudando a alguien a presentar una denuncia y no es tu responsabilidad lo que ese alguien haya hecho en el pasado. Eso sí, doy por hecho que te vas a encargar tú de este caso y me quedo con tu tarjeta para ponerme en contacto contigo cada vez que surja alguna novedad.

- No le quepa duda, general-. Aseguró Dieter, completamente convencido-. Voy a estar con él hasta que todo esto acabe.

- Perfecto. Y en cuanto a ti, Iwan-, continuó, dirigiendo la mirada a este- a ti no te puedo soltar-. Le dijo, ante lo cual Iwan asintió con la cabeza con resignación. Sabía de sobra que eso sería así-. Estás acusado de delitos en Rusia, en Polonia y en Checoslovaquia. Lo de Polonia es secundario en estos momentos, pero no puedo obviar lo de Rusia porque se te ha detenido aquí por cuenta de ellos, a solicitud de Moscú, ni, evidentemente, el hecho de que te hayas movido por Checoslovaquia con documentación falsa. Aquí hay dos opciones: o te entrego a los rusos para que demuestres allí, en su país, que no eres un disidente y que todo es responsabilidad de un cargo corrupto de la KGB, o te retengo aquí, a la espera de confirmar que eres eslovaco y plantear el caso de un nacional con acusaciones en el extranjero, lo cual es algo completamente diferente a tu situación actual. Si lo del mayor Petrovski es cierto y pudiéramos llegar a un acuerdo con los rusos y los polacos, la cosa se te pondría mucho más cara; estaríamos hablando de un tiempo de condena muy inferior al que sería dejando las cosas como están, y es lo que vamos a intentar.

- Yo no quiero volver a Rusia bajo ningún concepto-. Aseguró Iwan con convencimiento-. Estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de evitarlo. Es una idea que me da pánico.

- Bueno, ahora mismo, no debes tener miedo. Tranquilízate y no te preocupes, que mientras estés bajo mi tutela, no vas a correr peligro. En un momento, me reuniré con

algunos de mis hombres para darles las instrucciones precisas, pero ya me has oído decirles que nadie puede tener acceso a ti sin mi autorización, de modo que aquí estarás a salvo. Y permanecerás en estos calabozos hasta que el asunto se aclare y podamos decidir qué hacer a continuación. ¿De acuerdo?— Iwan asintió con la cabeza, con gesto agradecido, y, a continuación, el general se volvió hacia Dieter—. Eso es todo por ahora. Solo decirte que me alegro mucho de poder ayudarte y devolverte el favor. Yo siempre pago mis deudas. Siempre, y contigo tengo una. Ahora solo queda estar atentos y esperar al resultado de las gestiones. Te llamaré en cuanto haya noticias—. Dijo, finalmente, alargándole la mano. Dieter le devolvió el gesto y le dio un fuerte apretón

- Muchas gracias—. Le respondió—. Quedo a la espera para poder seguir trabajando en el caso—. Sabolcik asintió con la cabeza, se levantó de su asiento y salió, dejando la puerta abierta para que Dieter hiciera lo propio y entrara un policía para hacerse cargo de Iwan. Pero el abogado, antes de marcharse, se acercó a su compañero para abrazarle y decirle algo al oído.

- Te prometo que ella sabrá lo que estás haciendo para salvarla—. Le aseguró—. No estropearé vuestra conversación pendiente, pero ten por seguro que sabrá lo que estás haciendo y el porqué.

- Gracias, Dieter—. Contestó Iwan, visiblemente conmovido—. Gracias. Volveremos a hablar.

- No te quepa duda.

Una vez fuera de aquel siniestro edificio, Dieter resopló aliviado. Estaba cansadísimo. A pesar de que, durante el rato que su compañero de viaje condujo, él pudo relajarse un poco, el día había sido, probablemente, el más largo e intenso de toda su vida. Sabía que le quedaba trabajo por delante, pero al menos estaba libre. Lo sentía mucho por Iwan y también porque Svetlana tuviera que separarse de aquel chico, pero él estaba libre. Y Iwan, a salvo, porque el hombre que le acababa de amenazar era, sin duda, el mayor Petrovski. Era evidente que las órdenes del general Sabolcik se estaban cumpliendo y que no iban a permitir que aquel hombre pudiera ver al detenido, lo cual acrecentaba aun más ese alivio que ya de por sí sentía.

Lo primero que hizo, una vez en la calle, fue ir a buscar un taxi para poder volver al refugio. O a las inmediaciones, ya que prefería que nadie viera exactamente adónde se dirigía. Ya al día siguiente, iría a recoger su coche al depósito, el lugar donde se encontraba tras ser decomisado por la policía después de que hubieran sido detenidos. Y por el camino, el mundo se le vino otra vez encima al pensar en el mal rato que iba a pasar poco después, cuando le dijera a Svetlana lo que había ocurrido. Porque daba por hecho que tanto ella como Ania habían llegado al refugio y que se encontraban allí. Sabía que para nada lo era, pero, de alguna manera, se sentía responsable de no haber sido capaz de llevar a Iwan a su destino, y volver sin él le dolía, no lo podía evitar. Les había fallado. No era su responsabilidad, pero les había fallado y, aparte de la

enorme preocupación, un desagradable sentimiento de tristeza le estaba dominando. Por mucho que estuviera absolutamente convencido de hacerse cargo del caso para tratar de conseguir que la pena que tuviera que cumplir Iwan fuera la menor posible, lo cierto y verdad era que, hiciera lo que hiciera, pena iba a tener que cumplir, y eso de por sí ya era un fracaso.

Una vez bajó del taxi, mientras recorría a pie los doscientos metros que le separaban del lugar donde se encontraba la sede de la empresa para la que trabajaba, esos pensamientos no dejaban de atormentarle. ¿Qué le iba a decir a esa pobre muchacha, que tan felices se las prometía aquella misma mañana mientras celebraba el éxito de haber podido cruzar la frontera? En verdad, no era necesario que le dijera nada. En cuanto le viera aparecer solo, sabría que algo malo había ocurrido. Lo que tenía que conseguir era convencerla de que eso que era malo, no lo era tanto. Que podría haber sido peor. Que tenían un plan en marcha y que, probablemente, el daño no sería tan dramático como de no haberlo tenido. No veía el momento de hacer eso. No lo veía. Lo estaba deseando para, si acaso, aliviar un poco el terrible cargo de conciencia que le consumía.

Cuando llegó al refugio, le abrieron y entró en el edificio, Erika le recibió con un abrazo, pero al verle solo, la sonrisa se le heló y Dieter cerró los ojos y agachó la cabeza en gesto de certificar los malos presagios.

- Le han detenido—. Le informó con profunda tristeza—. He movido mis hilos, he logrado que me suelten a mí y a él no le van a entregar a los rusos por ahora. Luego te lo cuento con tranquilidad. ¿Dónde están Ania y la chica? Antes que nada, tengo que hablar con ellas.

- Están abajo, en el sótano. ¿Quieres que vaya contigo?

- No, Erika. Te lo agradezco mucho, pero iré yo solo.

El corazón de Dieter latía con fuerza mientras bajaba las escaleras que daban acceso al refugio: un espacio subterráneo que constaba de cocina, sala de estar y varias habitaciones, cada una de ellas con un pequeño aseo. Dichas habitaciones eran las que la empresa ponía a disposición de los trabajadores que no residían en Bratislava, pero que tenían que pasar un tiempo allí por motivos laborales, aparte de utilizarse también para recibir invitados o dar cobijo a personas cuando era necesario. Y una vez en él, pudo comprobar perfectamente cómo el gesto de las chicas cambiaba del entusiasmo a la desesperanza en décimas de segundo. Fue el tiempo que tardaron en darse cuenta de que venía solo.

- ¿Dónde está Iwan?— Preguntó Svetlana, aun así. Dieter se quedó sin palabras. Por un momento, se sintió incapaz de pronunciar ninguna—. ¿Dónde está?— Insistió la chica, mientras Ania, con cara de profunda preocupación, se llevaba una mano a la cabeza—. ¿Dónde está, qué le ha pasado?— Volvió a preguntar la otra, esta vez elevando el tono. Y, en ese momento, Dieter consiguió recuperar la voz para poder contestar.

- Le han detenido—. Acabó por confirmar.

Svetlana se tapó la boca con las manos y en su mirada se expresaban claramente el terror y la desesperación que sentía. Entonces, comenzó a negar con la cabeza.

- No-. Exclamó con angustia-. No, no, por favor, no puede ser-. Se lamentaba mientras comenzaba a andar con pasos cortos, dando vueltas sobre sí misma. Empezó a llorar entonces y Ania se acercó a ella para consolarla, pero la chica la apartó con el brazo.

- No, déjame-. Le pidió entre sollozos.

- Tranquila, Svetlana, ven...

- ¡Déjame!- Le gritó entonces, totalmente enajenada-. ¡Dejadme, por favor!- Insistía a voz en grito, sin dejar de llorar. Seguía andando con pasos cortos, llevándose las manos a la cabeza, desesperada, incluso temblando-. No, por favor-. Seguía lamentándose entre lágrimas, para, finalmente, sentarse en el suelo, en un rincón, recostando la espalda contra la pared, y seguir llorando. Ania se sentó inmediatamente junto a ella. En esta ocasión, sí que se dejó abrazar, mientras la otra le acariciaba la cabeza. A Dieter se le escapaban las lágrimas también. Se había quedado de pie, plantado, a la entrada de la sala de estar, que era donde las chicas se encontraban, sin ser capaz de decir nada y deseando con toda su alma que aquella muchacha se tranquilizase para poder contarle todo lo que había ocurrido y que la situación podía no ser tan mala como parecía en un principio. Entretanto, Ania, que no podía disimular un gesto de profunda tristeza que no era para nada común en ella, la seguía abrazando y acariciando mientras la chica no dejaba de llorar con desesperación-. ¿Dónde voy a ir yo ahora sin él?- Se lamentaba en medio de su llanto.

- Pues al mismo sitio al que pensabas ir con él-. Trataba de convencerla Ania con dulzura.

- Yo ya no quiero ir a ninguna parte. ¿Para qué?

- ¿Cómo que para qué?- Seguía hablándole Ania. Lo hacía como si se estuviera dirigiendo a una niña pequeña, a lo que en verdad se había visto reducida aquella chica después de escuchar tan malas noticias-. ¿Cómo vas abandonar ahora, con todo el esfuerzo que has hecho para llegar hasta aquí? Yo voy a estar contigo. Y lucharemos juntas para que él vuelva lo antes posible.

- Pero es que esto ya no tiene sentido, ¿no lo entiendes?- Se lamentaba la chica sin dejar de llorar-. Este era su sueño, no el mío. El mío era estar con él, pero si no va a estar, ¿para qué quiero seguir?

En ese momento, al escuchar esas últimas palabras de Svetlana, Dieter salio de su bloqueo y tuvo claro que tenía que decir algo. Que, ante aquella última pregunta, él tenía que decir algo. Él tenía una respuesta. De modo que se acercó adonde estaban las dos chicas y se sentó en el suelo él también, delante de ellas.

- Yo no sé cuál era tu sueño y cuál el de Iwan, pero, por lo que me ha contado durante estas horas, el suyo era contigo. Lo que fuera, pero contigo. Svetlana, tengo mucho que contaros, las cosas no están tan mal como parecen en un principio, pero,

aparte de todo lo que tengo que decir, hay una cosa que sobresale por encima de todas: Iwan lleva días preocupado por ti, pensando en la forma de, llegado el caso, poder delatarse él para evitar que a ti te descubran porque sabe que, si lo hicieran, tú estarías perdida por no hablar el idioma. Pero él no está perdido. Él puede salir de esta. Tranquilízate y déjame que te cuente lo que ha ocurrido y lo que él ha hecho por ti. Porque cuando lo sepas, entenderás que ahora te toca a ti hacer algo por él para que, espero que dentro de no mucho, podáis volver a estar juntos.

Al oír aquellas palabras, Svetlana levantó la cabeza, miró a Dieter y en su gesto se adivinó un hilo de esperanza. Dejó de llorar, aunque su mirada seguía delatando una profunda tristeza. Y asintió con la cabeza para, sin pronunciar palabra, hacerle ver que quería escuchar lo que le tuviera que decir. Fue entonces cuando Dieter comenzó a relatar todo lo que habían hablado y lo que les había ocurrido desde que, en Zvolen, ellas cambiaran de coche y ellos se quedaran solos.

A medida que Dieter iba contando, Ania se sentía cada vez más impresionada. Recordaba unas palabras de Czerwiek, un par de días atrás, lamentándose de que Iwan no estuviese en condiciones de quedarse a seguir trabajando con ellos porque le consideraba una persona brillante. Y ella no dudaba de tal cosa, pero, durante el tiempo que coincidieron, él se puso en manos de las personas que le estaban protegiendo, obedeciendo en todo, y no tuvo ocasión de demostrar su valía. Pero lo que estaba contando Dieter era demoledor. Era necesario ser muy bueno para tener la sangre fría de urdir un plan como ese. No por el plan en sí, sino porque era un plan para el supuesto de ser atrapados, con la presión mental que eso suponía. Era un plan para ir más allá incluso del que ella y Czerwiek habían preparado y para hacer desaparecer de la escena a una de las personas que estaban huyendo. Para colmo, se había juntado con Dieter para perfeccionarlo. Ania admiraba a Dieter por la cantidad de recursos que aquel hombre solía tener. Siempre encontraba una solución para problemas aparentemente irresolubles. Tenía una inteligencia deslumbrante y la utilizaba con maestría, eligiendo en cada momento el más conveniente dentro del muestrario de ases en la manga que parecía coleccionar. Siempre encontraba una salida, siempre tenía un recurso con el que nadie contaba que les hacía salir del atolladero. Escuchó la historia de la tarjeta del general de la StB y se sintió maravillada. No tenía ni idea de que aquel hombre tuviera una especie de tesoro como ese. Nunca le había contado nada, simplemente se la guardó e hizo uso de ella cuando más falta hacía. Y gracias a ella, había abierto una puerta por la que poder salir de una situación que en cualquier otra circunstancia habría sido imposible de resolver. Mientras le veía esforzarse con denuedo para exprimir al máximo su limitado ruso y así hacer entender a Svetlana lo que quería decir, ella sonreía. Le consideraba un tipo excepcional que, además de esas virtudes, tenía una humanidad fuera de lo común. Se volcaba con todo lo que hacía, le daba igual conocer mejor o peor a las personas con las que trataba. Si creía en lo que hacía, iba a por ello a muerte. Como en aquel caso

que les ocupaba. Estaba volcado en él, se estaba empleando a fondo y se le veía absolutamente convencido de seguir adelante y ayudar a esas personas. Por eso confiaba ciegamente en él. Por su inteligencia, por su capacidad y por su humanidad. Era imposible no hacerlo.

Mientras tanto, Svetlana pareció tranquilizarse un poco gracias a las palabras de Dieter. No se le quitó la tristeza del gesto, pero sí que pareció recuperar el ánimo después del largo rato de angustia que habían pasado desde que llegaron al refugio, por no saber nada de los otros dos, y de la explosión de desesperanza de momentos antes, al enterarse de lo que había ocurrido.

- Entonces, ¿no voy a poder ir a verle?— Preguntó la chica cuando Dieter terminó con su relato.

- No, Svetlana. No puedes porque, de hacerlo, te delatarías y todo lo que Iwan ha hecho se iría al traste. Iwan ha conseguido que desaparezcas. Te ha sacado de aquí, ahora no existes. Ya no te van a buscar, eres libre, ¿entiendes?

- Ya, pero...— A la chica volvían a escapárseles las lágrimas y su voz se quebró de nuevo—. ¿Cuándo voy a poder volver a verle? Pueden pasar años...

Dieter respiró hondo mientras buscaba las palabras más convenientes que utilizar a continuación. Pero Ania se le adelantó y fue ella quien se lanzó a hablar en ese momento.

- ¿Sabes qué creo?— Le preguntó de forma retórica—. Creo que Iwan ha salvado vuestro sueño. A él le han detenido y, con ello, podría parecer que ese sueño ha muerto, pero no. Él lo ha salvado. Será necesario esperar más tiempo del que en principio supusisteis para verlo hecho realidad, pero lo ha salvado. De hecho, una parte del mismo se va a cumplir muy pronto. Tú ya puedes salir de aquí. Tendremos que esperar unos días, pero podrás salir de aquí. Y una vez fuera..., mira, Svetlana, hace unos días, me dijiste que tu mayor preocupación era no saber qué hacer cuando estés fuera. Que no sabías si tendrías a gente que te ayudase y te orientase. Que estarías completamente perdida, ¿recuerdas?— La chica asintió con la cabeza—. Y yo te dije que a eso te voy a ayudar yo. Yo estaré contigo para todo lo que necesites, no lo dudes ni por un momento. Con el tiempo, serás capaz de valerte por ti misma y montarás tu propia vida. La que tú quieras. Y, entonces, podrás ser tú quien ayude a Iwan cuando él salga. Porque Iwan se sentirá igual de perdido que lo vas a estar tú ahora, pero, contigo ya establecida, todo será más fácil. Vuestro sueño no ha muerto, Svetlana. Han cambiado los plazos y la forma de hacerse realidad, pero no ha muerto. Ahora, cada uno de nosotros tiene una misión que llevar a cabo para acabar de hacerlo realidad. Él te ha quitado de en medio para salvarlo y, a cambio, tendrá que cumplir una condena. Tú te vas a establecer sola para luego acogerle a él. Yo te voy a ayudar a establecerte y Dieter se va a encargar de que el tiempo que tenga que pasar hasta que Iwan y tú os reencontréis sea el menor posible. No puedes venirme abajo ahora. No podemos hacerlo ninguno de nosotros, ¿entiendes?

Svetlana asintió con la cabeza. No podía reprimir las lágrimas, pero en su mirada se adivinaba convencimiento. Estaba resignada, pero decidida. Le provocaba muchísima tristeza tener que separarse de Iwan, no sabía por cuánto tiempo, pero era consciente de que Ania tenía razón y que si él había hecho su parte para salvar el sueño de ambos y aquellas dos personas estaban tan decididas a ayudarles, no podía ser ella quien fallara.

- Ahora solo tenemos que esperar a que se confirme que Iwan es eslovaco y que ese hombre de la KGB es corrupto-. Intervino entonces Dieter-. Cuando eso esté claro, sabremos a qué atenernos y qué hacer a continuación; pero, después de hablar con el general de la StB, yo estoy esperanzado. Sé que él hará su parte. De hecho, ya ha empezado, y creo que, al final, las cosas no serán tan terribles como ahora parecen-. Svetlana volvió a asentir con la cabeza.

- ¿Seguimos luchando entonces?-. Le preguntó Ania finalmente.

- Sí-. Respondió Svetlana con convicción-. No seré yo quien falle. Seguimos luchando.

CAPÍTULO 10

Viernes, 2 de Marzo de 1984

El ánimo de Aleksei había cambiado por completo con el paso de los días. Después del monumental enfado que se agarró el anterior domingo por la noche, cuando, en Bratislava, le impidieron ver al detenido y hacerse cargo de él, las cosas se habían desarrollado de tal manera que la operación Pandora se podía considerar cerrada, y eso le hizo relajarse por completo. No fue como él había previsto que fuera. No consiguió atrapar a aquellos chicos y llevárselos de vuelta a Moscú, pero ¿qué más daba? A él le importaba un bledo lo que pudiera ser de ellos. Le daba igual lo que fuera a pasar con Iwan o que no hubieran dado con la chica. Le daba igual de todo con tal de poder volver a la normalidad y seguir con su vida tranquilamente. Y era eso lo que había ocurrido. Que todo había vuelto a la normalidad, por fin, y sin ninguna consecuencia negativa para él ni para nadie relacionado con él. La operación se había cerrado con éxito y ya estaba todo en orden de nuevo, lo cual suponía un inmenso alivio para él.

El anterior domingo, la enorme trifulca que tuvo con los policías checoslovacos en la sede de la StB en Bratislava terminó cuando alguien le avisó de que tenía una llamada, que resultó ser de Piotr Kushkin.

- Hay órdenes de arriba, Alexander-. El teniente le confirmó lo que le habían dicho los policías momentos antes-. No sé exactamente qué ha pasado, ya me enteraré y te contaré, pero, por ahora, has de marcharte de ese lugar. Vete a un hotel, llámame desde allí, dame un teléfono en el que te pueda localizar y quédate en la habitación hasta que yo te diga qué tenemos que hacer. Necesito que no salgas de allí, que estés localizable en todo momento, porque no sé por dónde va a salir todo esto y es fundamental que estés preparado para cualquier cosa.

Y eso fue lo que hizo. Se fue a un hotel, se encerró en una habitación y allí se quedó toda la noche. Permaneció en aquel lugar, siempre localizable, un par de días más, hasta que, al final de la tarde del martes, volvió a recibir una llamada de Kushkin informándole de que todo había terminado, que otras personas se hacían cargo a partir de entonces, que la operación se había cerrado con éxito y que debía volver a Moscú.

- Pero si aún no hemos dado con la chica-. Le recordó Aleksei a su superior.

- Da igual, Aleksander-. Contestó este con determinación-. Se acabó. La operación se considera cerrada, y ya está bien. Ya hemos empleado demasiados recursos y ya está bien. Vuelve a Moscú y, cuando llegues, nos reuniremos y te explicaré qué ha pasado con mayor detalle.

Era martes por la noche y, a la mañana siguiente, regresó a la capital soviética.

Nada más llegar, al mediodía, se sentó con Kushkin en el despacho de este y recibió las explicaciones pertinentes.

- Resulta que el detenido es de origen eslovaco, tiene derechos allí, hay un abogado de por medio y ha conseguido que sean las autoridades checoslovacas las que se hagan cargo a partir de ahora-. Le informó Kushkin, sin poder evitar que su tono expresase el inmenso alivio que le causaba eso-. Y me parece bien-. Continuó-. Estoy harto de este caso y me alegra que se acabe todo de una vez. Con esta detención, la operación queda cerrada y lo que vaya a pasar con el detenido es ya una cuestión jurídica que no nos incumbe. Nuestro trabajo está terminado y ahora empieza el de otros.

- ¿Y la chica? No hemos dado con ella-. A Aleksei le parecía fenomenal que todo hubiese terminado, y para bien, pero le comía la curiosidad. ¿Qué habría sido de ella? ¿La iban a dejar ir?

- No hay chica-. Sentenció Kushkin-. Según parece, el detenido recibió distintas colaboraciones a medida que discurría su huida. Es evidente que se trata de alguien preparado, con experiencia y contactos. Es cierto que se le ha visto con una chica que respondía a la descripción que teníamos, pero no viajaba con ella. De hecho, cuando le detuvieron, iba con otro hombre. Se acabó, Aleksander, ve a tu despacho y ponte al día con el resto de asuntos que tenemos entre manos. Este otro ha terminado.

Aleksei sabía de sobra que la información que tenía Kushkin era errónea y le sorprendía que su jefe le diera carpetazo al asunto con tanta precipitación, sin atar del todo los cabos sueltos que había, pero decidió que no merecía la pena insistir. Como su mismo superior decía, el asunto había terminado y era hora de ponerse a pensar en otra cosa. Todo daba igual ya. La operación se había cerrado con éxito, él había salvado el tipo y nada podía ser más importante que eso. De modo que hizo caso al teniente y volvió a su despacho, se sentó, recostó la espalda contra el sillón y resopló aliviado. Necesitaba un descanso. Sabía que no podía irse a casa, que era lo que más le apetecía, pero sí quedarse dentro de su despacho, con la puerta cerrada, simulando que trabajaba, pero relajándose en verdad. Llevaba días comido por la hiperexcitación y el estrés y necesitaba serenarse antes de cambiar de registro en su cabeza y dedicarse a otras cosas. Sin embargo, parecía que eso era algo que le estaba negado porque, apenas segundos después de sentarse, el teléfono sonó. Además, no era una llamada cualquiera. Por la luz que se encendió en el aparato, sabía que no era Raisa quien se ponía en contacto por línea interna para consultarle algo. La llamada provenía de fuera y él era perfectamente consciente de que eso podía ser sinónimo de negocio.

- Hable por favor-. Contestó, una vez descolgó el aparato. Nadie lo hizo. El silencio se mantuvo durante unos segundos, pasados los cuales, Aleksei volvió a pronunciar palabra-. Entiendo. Continúe, por favor.

En ese momento, alguien empezó a decir algo desde el otro lado de la línea.

- Buenos días, soy Vadik. ¿Te cojo ocupado?

- Buenos días, Vadik. O buenas tardes ya. Puedes hablar con tranquilidad.

Vadik sabía que eso significaba que podía decir lo que fuera con total libertad, sin ningún tipo de temor, y a ello se dispuso.

- Alguien me ha llamado para proponerme un negocio que puede ser interesante—. Le informé—. Hay una persona escondida en Moscú que necesita salir del país sin ser descubierta. No conozco sus circunstancias, al menos aun. Solo sé que le están buscando una salida. Ha terminado de hacer lo que sea que haya tenido que hacer, pero su plan de fuga se ha visto comprometido y se ha venido abajo, de modo que está atrapado y necesita ayuda. Debe tratarse de algo gordo porque están dispuestos a pagar una burrada. Se trata, únicamente, de sacarle del país y enviarle a Polonia, algo sencillo, al menos para nosotros. ¿Qué te parece?

Aleksei se quedó callado durante unos segundos mientras pensaba en algo.

- ¿De dónde te llega la información?— Preguntó entonces—. ¿Es de fiar?

- Sí, Aleksei. El contacto es de fiar, al menos la persona que me ha llamado. De quien está escondido no sé nada, pero eso es de lo más habitual.

- Sí, eso es cierto. Es lo de menos. Lo importante es el contacto y si tú te fías de él, yo también. ¿Es posible que puedas ir a ver a la persona que está escondida?

- Sí, claro que sí. Pero siempre en compañía del contacto. Ya sabes, no va a permitir que le dejemos a un lado. Querrá asegurarse de cobrar su parte. De otra manera, no me hubiera llamado.

- Evidentemente. Eso no es problema. Hazlo entonces. Y llámame desde allí cuando hayas hablado con él. Mientras, yo voy a asegurarme de que tenemos un refugio para esta noche. Si se confirma la operación, organizaré su traslado y la salida del país.

- De acuerdo, Aleksei. Te llamo luego.

Aleksei colgó el teléfono y sonrió. Ahí estaba la vuelta a la normalidad que tanto deseaba. La operación Pandora estaba cerrada con éxito, sus subordinados mantenían al día el resto de casos y, esa misma tarde, él se incorporaría a ellos; y ahora tenía por delante un posible negocio con el que paliar el desastre económico que había supuesto lo ocurrido en las últimas dos semanas.

Acto seguido, volvió a descolgar el aparato y marcó el número de Serguei. Necesitaba contar con él para aquel asunto. Necesitaba saber si podía hacerse cargo de una persona esa misma noche, para así ponerse en marcha en cuanto Vadik le volviera a llamar. Y las noticias, de nuevo, fueron positivas.

- Está todo preparado para cuando necesites—. Le dijo, para su satisfacción—. Me quedaré aquí para estar localizable hasta que me llames de nuevo y me digas qué tengo que hacer.

La llamada de Vadik se produjo por la tarde y, aquella misma noche, el hombre fue escondido en el piso de Serguei y allí la pasó. Los problemas, sin embargo, llegaron a partir del día siguiente: del jueves. Aleksei pasó la mañana preparando la ruta de escape. En aquella ocasión, decidió tirar por la vía más rápida y segura. Tenía demasiado reciente el caso de Iwan y Svetlana y estaba convencido de no caer en los

mismos errores y no dejar nada al azar. Iba a encargar al propio Vadik el traslado de aquel hombre. Primero, al refugio que tenían en Minsk, adonde llegarían tras un día completo de viaje en coche. Allí pasarían la noche y luego se trasladarían a la frontera con Polonia, lo cual no les llevaría más que una mañana de viaje. Disponían de los medios, las personas y los recursos necesarios para hacer cruzar a quien fuera al otro lado sin riesgos ni problemas, pero Aleksei quería que Vadik estuviese presente hasta el último momento para asegurarse de que todo salía bien y de que se cobraba el dinero. No quería más problemas ni complicaciones. No se encontraba aun en condiciones de asumir riesgos. Necesitaba descansar la mente, no cargarla con más preocupaciones.

No obstante, las cosas se comenzaron a torcer antes incluso de que empezaran el viaje.

- Este hombre insiste en que quiere verte y reunirse contigo personalmente-. Le había dicho Serguei por teléfono-. Dice que el dinero que va a pagar es mucho y que quiere que los detalles se los explique la misma persona que lo está organizando todo.

A Aleksei no le gustaba nada la idea de mostrar su rostro a un desconocido, aunque alguna que otra vez se había visto obligado a hacerlo. En la mayoría de las ocasiones en las que alguien le puso en ese aprieto, había zanjado el asunto advirtiéndole de que él era policía y que si insistía en ese empeño, podía ordenar su detención. De esa forma, metía miedo a la persona que fuera y esta solía plegarse a sus deseos. Pero aquella vez decidió que no lo haría así. Acababa de salir airoso de un episodio en el que se mezclaron las dos facetas de su vida y no quería que algo así le volviera a ocurrir bajo ningún concepto. Además, era cierto que había demasiado dinero en juego. No era normal que les ofrecieran tanta cantidad por un trabajo de ese estilo y eso le convenció para hacer una excepción a lo que solía ser su norma.

- Hoy no va a ser posible porque aun estoy ultimando los detalles del plan de fuga-. Le contestó finalmente Aleksei-. Pero mañana por la mañana pasaré por allí y me reuniré con él.

Y así fue como lo hizo. Después de pasar el día del jueves trabajando a dos bandas, poniéndose al corriente de los casos que sus subordinados habían estado desarrollando durante su ausencia y terminando de preparar el plan de fuga del hombre que les había contratado, durante la mañana del viernes alegó un problema personal para ausentarse de la oficina por un par de horas y salió del edificio Lubianka para dirigirse al piso que Serguei utilizaba como refugio. Como de costumbre, no hizo el camino más rápido y corto, sino que dio un par de rodeos para asegurarse de que nadie le seguía. No había razón para pensar que alguien pudiera hacerlo, pero Aleksei prefería tardar un poco más en llegar a los sitios que pudieran ser comprometidos y curarse en salud.

El piso de Serguei estaba en el centro de Moscú, no demasiado lejos de la Plaza Lubianka, pero Aleksei fue a por su coche, se desplazó hasta una zona más alejada, lo aparcó, cogió un autobús después, lo dejó a una distancia importante de su destino final

y acabó el recorrido dando un largo paseo. Como de costumbre, antes de llegar al portal, entró en un bar cercano y pidió un café. Momentos después, alguien se sentó a su lado. Se trataba de uno de los integrantes del grupo de Serguei. Se pusieron a charlar de cualquier cosa, como un par de amigos que se encuentran, y, poco después, salieron juntos de aquel lugar y se dirigieron al piso. El compañero de Serguei llevaba las llaves del portal y de la vivienda, donde les esperaban el propio Serguei y Gavril, el hombre que les había contratado. Después de los saludos protocolarios, los cuatro se sentaron a una mesa y Aleksei explicó, a grandes rasgos, en qué consistía su plan para sacar a aquella persona del país,

- Le voy a ser sincero-. Intervino Gavril una vez hubo terminado-. No he dudado en ningún momento de su capacidad para sacar a una persona de Rusia. Lo que me preocupa es otra cosa y, si no le importa, se lo voy a explicar.

Aleksei puso un gesto de extrañeza y observó a aquel hombre de mediana edad y aire soberbio. Iba perfectamente vestido, con pantalón elegante de color oscuro y una camisa blanca que aparentaba ser de calidad. Tenía una gruesa mata de pelo negro, la cual llevaba cuidadosamente peinada hacia atrás, y sus grandes ojos parecían escudriñar más allá de lo que veían. No daba la impresión de ser una persona perdida que clamaba por ayuda. Más bien, todo lo contrario. Más bien, parecía controlar totalmente la situación.

- Adelante-. Asintió Aleksei, presa de la curiosidad.

- Yo a ustedes les conozco-. Aseguró, para sorpresa de los presentes-. No personalmente, claro, pero sí que he escuchado hablar de sus medios, de sus recursos. Yo vengo de Polonia y gente que conozco muy bien ha trabajado con ustedes en multitud de ocasiones. Según ellos, su grupo es el mejor, y yo no lo pongo en duda. Sin embargo, en este caso que me ocupa, y aunque al final no ha habido más remedio que acudir a su encuentro, en un principio preferimos trabajar con otras personas. Claro que las cosas no han salido como deseábamos y, finalmente, hemos decidido optar por lo más seguro, aunque, como les digo, hay cosas que me preocupan.

Gavril se quedó en silencio en ese momento y los otros se miraron y luego le miraron a él.

- Pero explíquese mejor, por favor-. Le pidió Aleksei-. No me sorprende que en Polonia haya quien nos recomiende porque trabajamos con gente muy buena allí y nos conocemos. Pero cuénteme qué es eso otro que le preocupa.

- Pues me preocupa que el último trabajo con ustedes de esta gente de la que hablo fue un desastre. Que una persona fue detenida en Moscú, que otra murió en una comisaría y que una tercera fue arrestada en Checoslovaquia hará unos días. Un desastre, ya digo. Y entenderá que me preocupe porque no quiero que algo así me pase a mí-. Aleksei volvió a mirar en ese momento a Serguei y no pudo evitar un claro gesto de desconcierto. Iba a decir algo, pero Gavril se le adelantó para seguir hablando-. Sé quien es usted, Aleksei. No sé su nombre ni el cargo que ocupa, pero sé a lo que se

dedica. Y sé que, por culpa de su trabajo, a veces las cosas..., digamos que se tuercen y ha de hacer lo necesario para que su posición no se vea comprometida. Y créame que lo entiendo. Lo entiendo perfectamente, pero me preocupa. Necesito garantías. Garantías personales, expresadas cara a cara por usted mismo. Voy a pagar mucho por este trabajo y creo que las merezco. Por eso he insistido tanto en verle.

Aleksei se removió en su asiento para acomodarse, se pasó una mano por la cara y carraspeó. Se le notaba tenso, nervioso, no lo podía evitar. Aquel hombre le intimidaba y le había desconcertado al revelarle que manejaba esa información acerca de lo ocurrido en las últimas semanas. De manera que respiró hondo, en un intento de poner calma en su mente y orden en sus ideas, y, a continuación, volvió a tomar la palabra.

- Lo ocurrido en esa operación de la que habla fue consecuencia de una monumental torpeza del primer hombre que fue detenido, ya que llevaba escrita la dirección de su contacto. Ese tipo de cosas no suelen pasar. De hecho, no creo que usted lleve por escrito nada comprometedor-. Le dije, ante lo que el otro negó con la cabeza-. Es evidente. Y a partir de ahí, se desencadenó todo lo demás. Nadie está libre de que la policía pueda intervenir en un momento dado. Que nos paren, que nos pidan documentación, y solemos estar preparados para eso. Como comprenderá, por mucho que yo me dedique a lo que me dedico, no puedo controlar todo lo que hace la policía en las calles. Aquel primer hombre no estaba preparado para algo así, es evidente, pero eso no es responsabilidad nuestra. Por otro lado, la mujer que murió se buscó ese destino ella sola. Sus métodos eran extravagantes y temerarios, y de eso puede hablar mucho Serguei, que fue quien la tuvo que esconder y soportar durante días. Nosotros la sacamos de Moscú y teníamos un plan para que saliera del país, el cual ella misma destrozó. Iba en un coche en compañía de otras personas, pero decidió abandonarlas y robar un vehículo para seguir con la huida ella sola. El robo fue denunciado, ella interceptada y, luego, pasó lo que pasó. Nosotros no somos responsables de que una persona actúe de esa manera, saltándose el plan que elaboramos. Fue un despropósito, evidentemente, pero no nuestro despropósito. Si hubiera seguido nuestro plan, nada malo le habría pasado.

- ¿Y la tercera persona?– Se interesó Gavril entonces-. Porque esa tercera persona, según mis noticias, sí que siguió su plan, pero, en un momento dado, la policía comenzó a perseguirle y, finalmente, dieron con él en Bratislava. En Polonia se comenta que fue usted mismo quien dirigió esa persecución.

Aleksei volvió a revolverse en su asiento y tuvo que sacar el pañuelo del bolsillo para secarse el sudor que comenzaba a escapársele por la frente. Aquel hombre sabía demasiado. Era perfectamente factible que lo hiciera, viniendo de Polonia y conociendo la cantidad de contactos que la gente de allí tenía, pero no le gustaba nada la situación que se estaba creando y la cantidad de explicaciones que se estaba viendo obligado a dar.

- Esa tercera persona es un don nadie que nos traicionó-. Aseguró entonces con

contundencia.

- ¿Un don nadie? ¿No era parte de la operación?

- No. Para nada. Él y su gente iban a alojar al hombre que fue detenido en Moscú, pero no tenían ni idea acerca de lo que iba el asunto—. Aleksei trataba por todos los medios de separar el operativo, que era su responsabilidad, de todo lo demás, como medio para convencer a Gavril de que podía confiar en él—. La dirección que llevaba escrita aquel hombre era la de estos desgraciados de los que hablo. Este chico se salvó, consiguió contactar conmigo y me decidí a ayudarlo porque me dio pena. Pero lo hice a cambio de un dinero que se llevó. Y yo a los traidores les persigo. Por ahí no paso.

La mentira era evidente, pero Aleksei necesitaba justificar de alguna manera la persecución que se había llevado a cabo y no se le ocurrió nada mejor que exponer el mismo motivo que a él mismo le llevó a iniciarla, aunque luego se demostrara incierto.

- Pero si era un don nadie, ¿cómo consiguió llegar tan lejos?— Preguntó entonces Gavril, tratando de indagar un poco más. Era evidente que no se acababa de fiar—. Porque un don nadie no va por la vida escapando de la policía y cruzando fronteras de países. Alguien le tuvo que ayudar, pero ¿quién ayuda a un don nadie porque sí?

- Llevaba dinero—. Aclaró Aleksei entonces—. Con dinero, puedes encontrar a gente que colabore. Que te eche una mano.

- Eso está claro, pero alguien le tuvo que decir a quién recurrir. Un don nadie no conoce a gente en Polonia que le eche una mano. O no era un don nadie, o alguien le tuvo que decir a quién recurrir.

En ese momento, Aleksei vaciló. Su historia se estaba derrumbando. Si acababa de decir que Iwan era un don nadie, no podía ahora rectificar y reconocer que tenía contactos en Polonia. Esa contradicción no desmontaría la versión de que era un traidor que se llevó un dinero que no era suyo, pero era eso: una contradicción. Y si lo que quería era convencer a aquel hombre de que podía confiar en él, no era buena idea caer en ese tipo de errores. De todos modos, era probable que Gavril supiera que Iwan no era un don nadie. Si venía de Polonia y sabía tanto, seguramente también estaría informado de tal cosa. De modo que decidió hacerse el tonto, fingir estar convencido de que aquel chico era un mindundi y que no sabía quién había sido antes de que llegara a Moscú años atrás.

- Yo fui quien le dio los contactos—. Le aseguró finalmente—. Yo le facilité la forma de salir del país, pero no fue hasta que estuvo en Polonia cuando descubrí su traición. Y una vez en Polonia, él sabía a quién dirigirse porque yo se lo dije. Confié en él y en que el dinero estaba donde él aseguró. Él no cumplió su parte, pero yo sí. De igual manera que la cumpliré con usted.

Gavril se quedó mirando fijamente a Aleksei en silencio, aunque mostrando una media sonrisa. Parecía satisfecho con las explicaciones que había recibido, pero no lo expresaba con palabras. Se mantuvo en esa pose durante unos segundos, que a Aleksei

le parecieron eternos, y, finalmente, se giró hacia Serguei para dirigirse a él.

- ¿No les apetece a ustedes un traguito de vodka para celebrar el acuerdo?— Preguntó entonces—. Seguro que tienes una botella de algo medio bueno por ahí.

Aleksei sonrió abiertamente al escuchar esas palabras y Serguei se levantó inmediatamente de la silla que ocupaba para dirigirse al otro lado de la sala, donde se encontraba el mueble-bar.

- Claro que sí—. Dijo, sacando una botella de este.

En ese momento, se oyó un fuerte golpe proveniente de fuera, del rellano, o más bien de la puerta de entrada a la vivienda. Y, a continuación, se escuchó un fuerte jaleo del que sobresalía una voz contundente.

- ¡Policía! ¡Que no se mueva nadie!

En cuestión de pocos instantes, el piso se llenó de agentes armados, para estupefacción de los presentes, a los que no les dio tiempo de reaccionar. No fue hasta segundos después cuando Aleksei fue capaz de decirle algo al policía que le estaba encañonando con su reglamentaria.

- Tranquilo, tranquilo, yo también soy policía—. Se defendió—. Soy el mayor Aleksander Petrovski, de la KGB, estoy aquí en misión...

- Todos sabemos perfectamente quién eres—. Una voz procedente de fuera de la sala le interrumpió y a Aleksei se le heló la sangre cuando vio aparecer a Piotr Kushkin, que se hizo paso entre la multitud de policías que hasta allí se había desplazado—. Vaya, vaya, vaya, mira tú por dónde vamos a matar a dos pájaros de un tiro. No solo vamos a detener a un topo, ¿sabes Aleksander? No solo eso. ¿Recuerdas ese nombre en clave que tantos quebraderos de cabeza nos viene dando desde hace años? Aleksei era, ¿verdad? La clave para cerrar por completo tantos casos que se nos quedaron cojos. Pues fíjate, también hemos descubierto de quién se trata.

- Todo esto tiene una explicación, teniente Kushkin—. Se apresuró a decir Aleksei, en un intento desesperado por salir del paso.

- Claro que la tiene—. Respondió Kushkin—. Pero no es a mí a quien se la tienes que dar, sino al juez que corresponda. Se acabó, Aleksander. La farsa ha llegado a su fin—. Y dicho eso, se giró hacia uno de los policías—. Detenedle y llevadle a los calabozos. Ahora sí, la operación Pandora se puede dar por cerrada definitivamente.

Jueves, 8 de Marzo de 1984

La sala de espera de la cárcel de Bratislava era tan lúgubre como el resto del recinto. Dieter la conocía bien. No era, ni mucho menos, la primera vez que se encontraba allí. Llevaba los casos de varios reclusos de aquel penal y no era nada extraordinario que tuviera que acudir al mismo para tratar algún asunto que atañera a cualquiera de ellos. Justo para eso se encontraba allí en aquellos momentos, aunque, en aquella ocasión, el asunto en cuestión era especial. Extraordinario, al menos. Todo lo que giraba en torno al caso de Iwan Smalek lo era, qué duda cabía, aunque solo fuera por el hecho de que había un general de la StB implicado en el mismo.

Las cosas se habían desarrollado exactamente como debían: como habían previsto desde el primer momento. Iwan fue detenido un domingo por la noche y fue encerrado en uno de los calabozos de la sede de la StB en Bratislava. Y el mismo lunes, al día siguiente, se pudo confirmar que, efectivamente, era ciudadano eslovaco. Fue él mismo, el propio Dieter, quien se encargó de desplazarse a Kosice para obtener del registro civil de aquella ciudad el documento que lo acreditaba. Lo hizo por la mañana y, a última hora del día, se encontraba de vuelta en Bratislava para entregárselo al general Sabolcik. Fue este mismo quien bajó a los calabozos a informar a Iwan de que el primer paso de todo el proceso que habían planteado acababa de terminar con éxito. Dieter le acompañó.

- La operación para desenmascarar al topo de la KGB en Moscú está en marcha—. Informó el general al detenido—. En pocos días, esperamos tener noticias positivas. En lo que a ti respecta, una vez confirmada tu nacionalidad, pasarás a disposición judicial. Eso será mañana. Dieter se encargará del caso y yo de conocer de primera mano lo que ocurre en Moscú. Y, una vez terminen las investigaciones, veremos cuál es la mejor manera de plantear el asunto.

El comportamiento del general Sabolcik estaba sorprendiendo mucho a Dieter. Aquel hombre se había volcado por completo en el caso de Iwan, cuando no tenía necesidad ninguna. Con sacarle a él de la cárcel y evitar que el mayor Petrovski tuviera acceso a ellos, se podía considerar pagado el favor que le debía. De hecho, todo lo que hizo después era ayudar a Iwan, facilitándole las cosas.

- Yo no soy de los que dejan las cosas a la mitad—. Le había dicho Sabolcik cuando le comentó algo en referencia a ello—. Me impliqué del todo llamando yo mismo a Moscú y hasta que no quede todo claro, no me voy a retirar. Mi deuda contigo está saldada, pero esto es trabajo. Lo que estoy haciendo es mi trabajo. Decidí hacerme cargo personalmente de esta cuestión y voy a terminar con ella. No tienes que agradecerme nada.

Aquel hombre le tenía impresionado. Detrás de aquella pose de solemne autoridad, la forma de tratarles era amable y exquisita. Había contactado con él para informarle

del traslado de Iwan a la cárcel de Bratislava la semana anterior, una vez el juez al que se le asignó el caso ordenó que así se hiciera. Tres días después, volvió a llamarle para decirle que habían detenido al hombre al que acusó Iwan, de manera que la historia de este se confirmaba en todos sus extremos. Y, al día siguiente, le invitó a un almuerzo, al que también asistió un alto cargo de los servicios jurídicos de la StB, durante el cual les explicó lo ocurrido en Moscú y en el que decidieron cómo iban a plantear el caso en adelante.

- El mismo domingo por la tarde, después de que llamara e informara a mi contacto en la KGB, la operación que ellos estaban llevando a cabo se paralizó, de manera que el detenido quedaba a nuestra disposición-. Les explicó-. El presunto topo se encontraba ya en Bratislava y le ordenaron que permaneciera aquí por si acaso hacía falta su intervención. En verdad, no era más que una artimaña para tenerle lejos mientras pinchaban sus teléfonos y organizaban el operativo para tratar de desenmascararle. Gracias a la información que nuestro detenido nos facilitó en su confesión, en Moscú pudieron montar dicho operativo, que consistió, básicamente, en infiltrar a un hombre para que contratara los servicios del presunto topo. Servicios ilegales, evidentemente. Y todo salió a la perfección. El infiltrado hizo un trabajo preciso y logró concertar una cita con el presunto topo. Gracias a que los teléfonos estaban pinchados y localizando los lugares desde donde procedían las llamadas, conocieron con antelación dónde tendría lugar dicha cita. Un pequeño micrófono instalado en un lugar oculto de la chaqueta del presunto topo les permitió escuchar la conversación. El infiltrado supo llevar el peso de la misma, de manera que el topo se delató y certificó la historia de nuestro detenido. Acto seguido, el topo fue interceptado. Por tanto, ahora sabemos que nuestro detenido dijo la verdad, de manera que tenemos que plantear este asunto desde el punto de vista de un checoslovaco que ha sido colaborador fundamental para la detención de un topo de la KGB y que ese hecho ha de servir de atenuante a la hora de imponerle una pena por los delitos que ha cometido. Pena que ha de cumplir aquí, en nuestro país. O, al menos, tenemos que intentar por todos los medios que así sea.

Ciril Lubomir, el representante de los servicios jurídicos de la StB, escuchó con atención la explicación de Sabolcik e intervino una vez este terminó de exponerla.

- Que cumpla pena aquí es sencillo porque somos nosotros quienes le tenemos detenido-. Aseguró-. Otra cosa es llegar a un acuerdo con Moscú para que, a cambio de una pena a cumplir aquí, ellos anulen los cargos allí, de manera que sea completamente libre cuando acabe el tiempo de condena. Y lo mismo habrá que hacer con Varsovia, ya que también cometió delitos en Polonia.

- ¿Y eso es algo complicado?- Preguntó entonces Sabolcik-. Jurídicamente hablando, me refiero.

- Jurídicamente hablando, basta con redactar una propuesta convincente, lo cual no parece difícil, ya que el acusado ha sido colaborador imprescindible y todo lo que ha

dicho se ha demostrado cierto. Su buena voluntad está fuera de toda duda y los resultados han sido excelentes. A partir de ahí, todo depende de nuestra capacidad de negociación. De aplicar una pena suficiente para que todos queden satisfechos y acepten el acuerdo.

- De eso me encargo yo-. Sentenció el general con contundencia-. Sé a quién recurrir y ese quién me debe un favor porque la detención del topo se ha podido producir gracias a mi intervención. Así que tú, Ciril, encárgate de que la redacción de la propuesta sea legalmente acorde a lo que se requiere y lo más liviana posible para el detenido. Y tú, Dieter, informa a tu cliente de lo que ha ocurrido. Las cosas van bien-. Dijo, entonces, esbozando una sonrisa-. Y eso me gusta. Esto tiene que salir adelante para satisfacción de todos. Me encantaría que así fuera.

Y eso fue lo que hizo Dieter. Esa misma tarde de sábado, se personó en la prisión e informó a Iwan de lo ocurrido, el cual se mostró profundamente aliviado.

- Ya solo nos queda saber qué pena te van a imponer, pero el general Sabolcik está absolutamente empeñado en que sea la menor posible. Y una vez sabemos que el acuerdo consistirá en que te quiten los cargos que tienes en Rusia, no creo que pase de unos pocos de años, a cumplir aquí, en tu país.

- Te aseguro que estoy concienciado para ello-. Le dijo Iwan con convencimiento-. Para mí, dadas las circunstancias, lo más importante es poder quedarme aquí. Por lo demás, como te dije el otro día, el tiempo no es más que tiempo, y acabará pasando.

- ¿Cómo te encuentras aquí, Iwan?- Le preguntó entonces Dieter-. Quiero decir, ¿estás relativamente cómodo? ¿Te tratan bien?

- Me siento a salvo, Dieter-. Respondió el chico con contundencia-. Echo de menos a Svetlana y me apena mucho no poder verla, pero sé que es algo que, tarde o temprano, tendrá remedio. Aparte de eso, lo más importante, como te he dicho, es poder quedarme aquí porque me siento a salvo. Lo demás es cuestión de esperar, y estoy mentalizado.

Los siguientes días fueron de tensa calma, a la espera de noticias. Porque todas las decisiones acerca de lo que tenían que hacer a continuación dependían de ellas. Y no solo respecto a Iwan, sino también a Svetlana, ya que habían decidido que no la sacarían de Bratislava mientras el otro asunto no estuviera zanjado. La chica seguía escondida en el refugio, bajo la tutela de Ania, la cual no la dejaba ni a sol ni a sombra. Pasaba con ella todo el tiempo que le era posible. Incluso, por las noches, ya que dormían en la misma habitación para que no estuviese sola, a pesar de que ella tenía asignada otra en aquel lugar. La residencia habitual de Ania estaba en Viena, pero pasaba largas temporadas al otro lado del Telón de Acero y por eso la empresa puso a su disposición un lugar permanente donde dormir.

La actitud de Ania hacia Svetlana había pasado de lo meramente profesional. De largo. Nunca la había visto tan involucrada en algo, y eso era decir mucho porque aquella mujer se implicaba en los casos que llevaban de una manera que a él, a veces,

le parecía exagerada. Pero aquel en concreto parecía ser especial para ella. Se lo había tomado como algo personal, como si aquella chica fuese un familiar o alguien de su círculo más íntimo.

- Hay personas que pasan por tu vida sin pena ni gloria y otras que te llegan al corazón-. Le dijo en cierta ocasión en la que le preguntó por ese asunto-. Y esta chica es de estas últimas. Le he cogido mucho cariño, no lo puedo evitar.

Y lo cierto era que a él le había ocurrido lo mismo. Con Svetlana y con Iwan. Con todo aquel caso en general. Había conocido a multitud de personas con problemas y llevaba adelante casos de la más diversa índole, pero, por alguna razón, aquel le había calado hondo. Le parecía increíble que aquella joven pareja, que en verdad no lo era del todo, hubiese llegado tan lejos en su huida. Aunque Iwan había demostrado una astucia y una destreza considerables, no tenían pinta de expertos malhechores capaces de esquivar a las fuerzas de seguridad y trasladarse de un país a otro. Para nada. Más bien parecían lo que verdaderamente eran: un par de muchachos perdidos en medio de ninguna parte, que no tenían adónde ir, que lo habían perdido todo y que luchaban por sobrevivir de la mejor manera que podían. Además, su aventura se había desarrollado de manera que, a aquellas alturas, más que cualquier otra cosa, parecía un drama con tintes trágicos, con el agravante de una historia de amor inconclusa en la que a él le había sido otorgado un papel; y en su mano podía estar la posibilidad de que tuviera un final feliz. Más tarde o más temprano, pero feliz a fin de cuentas. Y él había asumido dicho papel. De hecho, estaba completamente metido en él. Llevaba días pensando casi exclusivamente en ello. Manteniendo al día el resto de su trabajo, porque era su obligación, pero deseando quitarse esos trámites de encima lo antes posible para tener más tiempo que dedicar a lo que de verdad le interesaba: su papel en aquella historia. Sí, él también les había cogido cariño. A los dos, pero, igual que Ania se volcaba con Svetlana porque era a quien más cerca tenía, él hacía lo propio con Iwan porque era él quien mejor le podía ayudar. Igual que le pasaba a Ania, él también se había tomado aquel caso como algo personal. No lo podía evitar. Era así como lo sentía.

Las noticias se hicieron esperar durante casi una semana. Cinco días, para ser exactos. Desde el sábado en el que almorzó con Marek Sabolcik y Ciril Lubomir hasta el jueves siguiente, en el que recibió la llamada del primero a primera hora de la mañana.

- Ya tenemos acuerdo-. Le informó, para enorme satisfacción de ambos-. Voy a organizar un encuentro entre los tres para esta tarde en la prisión. Quiero explicarle a Iwan, de primera mano, en qué consiste.

Y allí se encontraba, en la sala de espera del penal, aguardando el momento en que fuera llamado para acudir a esa reunión con la que todo aquel entuerto tocaría a su fin. Sabolcik le había contado, a grandes rasgos, cuál había sido el acuerdo al que habían llegado. Y a él le parecía excelente, a pesar de que suponía que Iwan tendría que pasar un tiempo en prisión, teniendo en cuenta la cantidad de cargos que recaían sobre aquel

chico.

- Ocho años de cárcel, revisables a partir del quinto, a cumplir aquí, en Bratislava—. Iwan no expresó ninguna emoción una vez escuchó de palabras del general el resultado del trabajo que habían llevado a cabo—. Te aseguro que es un acuerdo formidable. Sé que no lo sabes, pero la misión que tenía la persona a la que ibais a ocultar en Moscú era la de atentar contra el nuevo presidente de la Unión Soviética. Por tanto, en Rusia, te acusaban de pertenencia a organización criminal y colaboración para magnicidio. Aparte, en Polonia, se te acusa de agresión a la autoridad, suplantación de personalidad y falsedad en documento público. Y este mismo último delito es el que has cometido aquí, en Checoslovaquia. La alternativa a este acuerdo sería la deportación a la Unión Soviética para que allí demostraras tu inocencia. Y aunque consiguieras hacerlo, serías reclamado también por parte de las autoridades polacas para rendir cuentas por lo que hiciste allí. Sin embargo, con este acuerdo, todos tus cargos quedarán anulados a cambio de que cumplas esta pena que te acabo de mencionar.

Iwan se mantuvo serio e inmóvil, sin hacer ningún gesto y sin decir palabra. Una vez el general terminó de hablar, dirigió su mirada a Dieter, el cual se sintió aludido y se decidió a decir algo.

- Es un trato excelente, Iwan—. Le aseguró—. Ya sé que pasar al menos cinco años en la cárcel no es plato de buen gusto, pero no debes plantearte el asunto de ese modo, sino a la inversa. Compáralo con lo que te podría caer si no lo aceptas. Estarías acabado. Tu vida habría acabado.

- ¿Qué edad tienes, Iwan?— Volvió a intervenir Sabolcik en ese momento.

- Veinticinco años—. Contestó el chico. Eran las primeras palabras que salían de su boca.

- Yo tengo cincuenta y cinco. Si todo va bien, cuando salgas de la cárcel, te quedarán otros veinticinco años para llegar a mi edad. Los mismos que tienes en estos momentos. Lo mismo que llevas vivido.

Iwan cerró los ojos en ese momento al tiempo que asentía con la cabeza. De repente, igual que hasta entonces no había expresado ninguna emoción, un montón de sentimientos se precipitaron para salir al exterior en ese gesto. Desde resignación hasta alivio, pasando por tristeza y relajación. A pesar de no tener otra opción, parecía convencido de lo que tenía que hacer.

- ¿Dónde tengo que firmar?— Preguntó finalmente. Entonces, el general Sabolcik sacó una carpeta del maletín que llevaba consigo, extrajo unos papeles de su interior y los colocó encima de la mesa.

- Ahora, os voy a dejar solos para que lo leáis tranquilamente antes de firmarlo—. Entonces, se giró hacia Dieter para dirigirse directamente a él—. Cuando terminéis, pasa por mi despacho y me lo entregas—. Añadió, para a continuación levantarse de su asiento y volver a dirigirse a Iwan—. Te deseo mucha suerte. De corazón—. Le dijo,

mostrándole la mano para estrechársela. Iwan le devolvió el gesto.

- Muchas gracias. Por todo. Le estoy muy agradecido, de verdad.

Una vez el general se marchó, Iwan y Dieter repasaron pormenorizadamente el texto del acuerdo y, acto seguido, el primero lo firmó.

- Yo me quedaré con una copia. Con tu copia-. Le dijo el abogado, y Iwan asintió con la cabeza.

- Muchas gracias a ti también, Dieter. Sin ti, nada de esto habría sido posible.

- ¿De verdad te parece bien el acuerdo, o lo firmas porque no te queda opción?

Iwan respiró hondo y se tomó unos segundos antes de contestar.

- No es el final que había soñado para mi viaje, pero es infinitamente mejor que el principio. ¿Y sabes algo más, Dieter? No me encuentro triste ni apesadumbrado. Lo que estoy es ilusionado. He salido del infierno en el que me vi sumido hace unas semanas en Moscú y he sobrevivido a un viaje peligrosísimo. Ahora estoy en mi tierra, en el país en el que nací, y ya no corro peligro. En pocos años, seré completamente libre y podré comenzar de nuevo. Si cuando todo esto empezó, cuando estaba muerto de miedo y temía tanto por mi vida, me hubieran ofrecido esto que tengo ahora, lo habría firmado con los ojos cerrados. Ahora me da rabia haberme quedado tan cerca de algo mucho mejor, pero las cosas son así.

Dieter sonrió y miró a aquel chico que tenía delante con gesto de satisfacción.

- Creo que es exactamente así como has de tomártelo-. Le reconoció-. Y me alegro mucho de verte ilusionado porque he trabajado con ese empeño. Para conseguir lo mejor para ti.

- Y yo te lo agradezco mucho, Dieter, pero ahora me gustaría pedirte un último favor.

- Por supuesto, Iwan. Lo que quieras. Dime.

- Dile a Svetlana que me espere-. Le pidió, al tiempo que se emocionaba-. Que haga lo que tenga que hacer y vaya adonde tenga que ir, pero que no se olvide de que tenemos una conversación pendiente.

En ese momento, Dieter sonrió, se levantó de la silla que ocupaba, se dirigió hacia donde tenía colgado el abrigo, metió la mano en uno de los bolsillos del mismo y sacó algo de su interior, para, a continuación, volver por sus pasos hasta donde se encontraba Iwan.

- Te prometo que se lo diré, pero ten por seguro que no es necesario que lo haga-. Le dijo, alargándole la mano para entregarle lo que acababa de sacar de su chaquetón. Iwan lo cogió, lo observó y no pudo evitar que una lágrima se le escapase al comprobar que se trataba del pañuelo negro con el que la chica solía recogerse el pelo. El pañuelo que había pertenecido a su madre-. Quiere que te lo quedes y que se lo devuelvas el día que os reencontréis-. Le dijo, sin poder evitar emocionarse él también-. Dice que tú sabes perfectamente el valor que tiene y lo que significa-. Entonces, el chico se levantó de la silla y le dio un abrazo a su abogado-. Vendré a

verte con regularidad y te tendré al día de todo lo que pasa ahí fuera y de cómo le va a ella—. Le aseguré este—. Pero ten por seguro que ella ya te está esperando. No te quepa duda de eso. Ya te está esperando.

CAPÍTULO 11

Miércoles, 21 de Marzo de 1984

Habían pasado ya dos días desde que comenzaron a caracterizarla, pero Svetlana no conseguía acostumbrarse a verse con el pelo lacio. La imagen que proyectaba era completamente distinta a la suya habitual y la chica no dejaba de sorprenderse de que un cambio tan simple pudiera provocar tal efecto. A veces, se quedaba embelesada delante del espejo, admirando su nuevo aspecto, tratando de hacerse a él, aunque tal ejercicio no dejaba de ser una pérdida de tiempo, ya que se gustaba más con el pelo rizado y no dudaría en volver a tenerlo así en cuanto pudiera.

No obstante, su nueva imagen no consistía únicamente en el cambio de peinado, aunque eso fuera, sin duda, lo más vistoso. Le habían depilado las cejas y habían hecho multitud de ensayos de vestuario y maquillaje. La idea era, no solo que pareciese otra persona en lo físico, aparte de aparentar algo más de edad, sino también incidir en la personalidad que proyectaba dicho físico. No debía parecer una muchacha humilde y perdida, fuera cual fuera su aspecto, sino una joven profesional que abandonaba Checoslovaquia después de haber hecho unas prácticas específicas en el lugar donde más implantación tenía la empresa para la que trabajaba. Por tanto, también habían ensayado una forma diferente de gesticular y de moverse. Algo muy parecido a lo que tuvo que hacer en Polonia para hacerse pasar por la hija de aquel militar, pero con distinto personaje. Aun no se lo habían explicado con detalle y, por tanto, no sabía el porqué, pero ese cambio integral de apariencia era parte fundamental del plan de fuga que estaban elaborando para ella. Si nada se torcía, y no había razón para que tal cosa ocurriera, al día siguiente, montaría en un coche en compañía de otras personas, incluida Ania, y cruzaría la frontera entre Checoslovaquia y Austria. En otras circunstancias, eso sería sinónimo de alcanzar la libertad, pero, para ella, no era tanto así. Para ella, aquello era, simplemente, un trámite más que llevar a cabo. Una batalla concreta dentro de una guerra que aún no había acabado. Tenía una misión que cumplir, pero el objetivo final estaba todavía lejos. Y lo que colmaría de ilusión a cualquiera, a ella le hacía sentir triste porque lo que iba a hacer era alejarse de lo que de verdad le importaba. Porque, para ella, la libertad era algo secundario. Porque ella renunciaría a esa libertad a cambio de lo otro, pero no al revés. Y era justo al revés como las cosas estaban sucediendo.

Desde que Dieter le informó de la pena de prisión que tendría que cumplir Iwan, justo antes de reunirse con este para comunicársela a él, tenía sensaciones encontradas. Era cierto lo que le aseguró el abogado el día que se presentó en el refugio, después de que hubieran detenido a Iwan, y, en efecto, al final, las cosas no eran tan graves como

ella supuso así de primeras. En principio, se hizo a la idea de un gran número de años de condena y el mundo se le vino encima, pero, una vez supo que era posible que en solo cinco estuviera fuera, su ánimo se relajó. Claro que, cuando lo pensó con tranquilidad, volvió a venirse un poco abajo. Cinco años, como mínimo, era el tiempo que tendría que pasar para volverle a ver. Cinco años, cuando hacía poco más de tres que le conocía. Y ese tiempo le empezó a parecer una barbaridad, hasta el punto de, por momentos, verse incapaz de soportar tanto sin volver a hablar con él.

Se sentía absolutamente perdida y la incertidumbre le comía. Era tan fuerte el temor que le provocaba el no saber lo que le esperaba al otro lado que hasta aplastaba al que podría sentir por el hecho de tener que cruzar la frontera de forma clandestina. No era esto último lo que copaba sus pensamientos, sino el no saber cómo saldría adelante sin la compañía de Iwan. Por lo que le quería, por lo que él representaba para ella y porque era lo único que le quedaba de la vida que siempre tuvo: la que se vio obligada a abandonar en Moscú unas semanas atrás. Era consciente de que tenía que ser fuerte y avanzar, pero no sabía si sería capaz. No sabía siquiera si quería hacerlo. No encontraba razones, y mucho menos ánimos. Ya se lo había dicho a Ania en su momento: lo de huir a Occidente era el sueño de Iwan, no el de ella. El de ella era estar con él. Ella no tenía especial interés en huir, y mucho menos en hacerlo sin él. En verdad, ella no quería hacer nada sin él y si le fuera concedido un deseo, por disparatado que fuera, pediría que la durmieran durante esos cinco años que tenía que esperar y que la despertasen el mismo día en el que Iwan fuera a salir de prisión.

Sin embargo, fue el recuerdo de las palabras que Ania utilizó en su día, como respuesta a aquel argumento de los sueños, las que le hicieron recapacitar, igual que en aquella otra ocasión. Todo el mundo había cumplido su misión, menos ella. Iwan salvó su sueño de la muerte segura, posponiéndolo en el tiempo a cambio de pasar dicho tiempo entre rejas. Dieter medió entre Iwan y aquel general de la StB que les echó una mano hasta certificar que la condena a cumplir sería la más liviana posible. Y Ania estaba absolutamente volcada con ella, ya tenía preparado el plan de fuga e, incluso, llegó a ir mucho más allá, porque decidió que la acogería en su casa de Viena el tiempo que hiciera falta hasta que lograra establecerse por su cuenta. Además, había pedido a la empresa que su mes de vacaciones comenzara justo al día siguiente, cuando salieran de Checoslovaquia, porque lo quería dedicar a estar con ella. A ayudarla en los primeros compases de su nueva vida. A enseñarle la ciudad, a presentarle a gente de confianza, a acompañarla para llevar a cabo los trámites necesarios para obtener la documentación legal y el permiso de residencia. A todo lo que hiciera falta para hacerla sentir lo mejor posible y lo más pronto que fueran capaces.

Todos, por tanto, habían cumplido con su parte, menos ella. Solo faltaba ella. Pero, claro, es que la parte de ella era la más difícil y la que más se prolongaba a lo largo del tiempo. Lo que ella tenía que hacer era montar una nueva vida desde cero, sin dinero, sin trabajo, sin casa, sin familia, sin recursos, sin apenas gente con la que

contar..., sin ni siquiera hablar el idioma del lugar en el que se pretendía establecer. Un lugar en el que, según decían todos, la forma de vida de la gente era muy distinta a lo que ella estaba acostumbrada. ¿Cómo no iba a tener miedo? ¿Cómo no le iba a comer la incertidumbre? Por mucho que Ania estuviese tan dispuesta a ayudarla, ¿cómo no se iba a sentir perdida, abrumada..., aterrorizada? Lo único que le alegraba y le aliviaba era saber que Iwan estaba bien, dentro de sus circunstancias. Que tenía hasta ilusión, como le confesó Dieter después de hablar con él una vez se confirmó la condena. Sin duda, era cierto lo que decía de que la situación en la que se encontraban al final del viaje era mucho mejor que la del principio, incluso teniendo en cuenta que él estaba en la cárcel, aunque, evidentemente, el resultado no era el deseado. Y le alegraba mucho también el saber que se había emocionado al recibir el pañuelo. Justo para eso le pidió a Dieter que se lo entregara. Ella sabía que Iwan apreciaría el valor que tenía y todo lo que ella le quería decir con el hecho de dárselo. Y su mayor deseo era que el tenerlo fuera algo que le diera fuerzas, ánimo y esperanza. Que solo con verlo se acordara de ella y de cuánto le quería, de igual manera que ella se iba a acordar de él a diario, porque sabía que su vida no podría continuar de verdad hasta que él no estuviera de nuevo a su lado. Ella no podía hacer nada para ayudarlo. Apenas había nada en su mano para conseguir tal cosa, y con ese pequeño detalle del pañuelo se acababa todo su repertorio.

Y fue entonces cuando lo comprendió todo. ¿Cómo que no había nada en su mano para ayudarlo? Estaba todo en su mano. Todo, absolutamente. Tenía ante sí el reto de montar una vida. Su vida, la de ellos dos. La que compartirían a partir del momento en el que él saliera de la cárcel. Había que empezar de cero, era cierto, y eso era algo que le inquietaba sobremanera, pero lo bueno de empezar de cero es que todo está por hacer. Que todo estaba en su mano. Que solo tenía que ser fuerte, valiente y decidida. En ese momento, se dio cuenta de que, cuando él saliera, apenas rondarían la treintena y les quedaría toda la vida por delante. Y todos esos pensamientos positivos le dieron fuerzas. No consiguió desterrar el miedo y la incertidumbre, pero recuperó las ganas y la fuerza. Y también la ilusión. Porque había decidido que si Iwan, en la cárcel, estaba ilusionado, ella no se podía venir abajo cuando la ilusión de él se basaba en el trabajo que sabía que ella iba a llevar a cabo. Para eso la borró del mapa. Para eso aceptó pasar un tiempo en prisión. Para que ella pudiera allanar el terreno y preparar la que iba a ser su vida en común en un futuro cercano. Y, ahora, ella no podía fallar. No lo podía hacer. De hecho, acababa de decidir que bajo ningún concepto se permitiría a sí misma que algo así le pudiera pasar. No iba a permitir que el sacrificio de Iwan cayera en saco roto. No, bajo ningún concepto. No lo iba a permitir.

La tarde anterior al día de la partida, conoció a Elsa, la mujer a quien iba a suplantar para poder cruzar la frontera. Porque en eso consistía la piedra angular del método para conseguir tal cosa. Elsa había entrado en Checoslovaquia la semana anterior con un visado que vencía al día siguiente. Pero no sería ella, sino Svetlana, la

que saldría del país con destino a Austria. Por eso había que caracterizarla. Porque Svetlana tenía que ser Elsa durante unas horas.

- Elsa entró en Checoslovaquia con un pasaporte danés-. Le informó Ania cuando comenzó a explicarle los detalles del plan de salida que tenían para ella-. El mismo pasaporte con el que saldrás tú. Serás una mujer danesa que ha comenzado a trabajar para nuestra organización y que ha venido a Checoslovaquia a conocer de primera mano nuestros métodos, con la intención de aplicarlos en otros lugares donde pretendemos desarrollar nuestra actividad. No hablas eslovaco, pero sí ruso, un idioma con el que, más o menos, te puedes defender en cualquier lugar del Bloque del Este. Es así como salvaremos el obstáculo del idioma. Nadie te va a obligar a hablar en danés, pero, si es necesario, podrás hacerlo en ruso sin levantar ninguna sospecha. De todos modos, aunque hayamos desarrollado una coartada lo más consistente posible, no se trata más que de una medida preventiva, ya que lo normal es que no haga falta exponerla. Tenemos a algún que otro colaborador en la policía y sabemos por ellos que ya no hay activada ninguna alerta para descubrir a alguien con tu descripción, como sí que la había cuando detuvieron a Iwan. Por tanto, y aunque riesgo siempre hay, no debemos tener ningún problema para cruzar, ya que todos los papeles están en regla. De hecho, esto es algo que hacemos continuamente. Ya os lo comenté aquel día en Cracovia. Nuestro método es complejo, pero prácticamente infalible.

- ¿Y qué va a ser de ella? De Elsa, me refiero-. Preguntó entonces Svetlana.

- Ella, igual que yo, es una empleada de la organización y se quedará en este lado trabajando. Luego, cuando llegue el momento, saldrá del mismo modo que vas a hacerlo tú. Yo, por ejemplo, entré hace ya más de un mes y, en ese tiempo, alguien salió por mí, alguien volvió a entrar como si fuera yo de nuevo y ahora saldré contigo. Este tránsito de personas es continuo. En la aduana nos conocen perfectamente, igual que conocen a otras empresas que trabajan a ambos lados y que envían a personas de un modo continuado. Todos los documentos están en regla. No debe haber ningún problema.

Cuando Elsa apareció por el refugio aquella tarde, Svetlana comprendió perfectamente el porqué de que le alisaran el cabello y el sentido de todas las pruebas de maquillaje y vestuario que hicieron. Una vez caracterizada, el parecido que guardaba con aquella joven mujer era asombroso. La propia Elsa se echó a reír cuando se topó, frente por frente, con la chica que la iba a suplantar.

- Esta Ania es una fuera de serie disfrazando a la gente-. Exclamó, en un ruso algo limitado-. Casi se puede decir que te pareces más a mí que yo misma.

Svetlana se limitó a sonreír, pero no dijo nada. En verdad, estaba deseando que acabara todo aquel trámite para poder comenzar a construir su nueva vida de una vez. La mejor manera de combatir la incertidumbre es actuando, pero ella no podía hacer nada hasta que no saliera de aquel lugar, y no veía el momento de que tal cosa ocurriera.

La tarde pasó lenta y tediosa para ella, y eso que Ania había invitado a Elsa para intentar hacerla sentir mejor mientras hablaba con alguien que había cruzado esa frontera varias veces sin problemas de consideración, aunque eso no consiguió relajarle espíritu. De hecho, no parecía haber nada capaz de ello. Solo quería que el tiempo pasara lo más rápido posible, pero, como suele ocurrir en casos así, ella lo percibió justo al revés: como si lo hiciera con la mayor lentitud. No obstante, era consciente de que peor hubiera sido quedarse sola, y era por ello que les estaba muy agradecida a aquellas dos mujeres por haber tenido la deferencia de dedicar esa tarde a estar con ella.

Durante la charla que mantuvieron, confirmó lo que ya suponía: que Elsa no era danesa, sino austriaca, y que se dedicaba a lo mismo que Ania, es decir, a recaudar dinero para el sostenimiento de la organización. Lo hacían de múltiples maneras, aunque, en la mayoría de los casos, se trataba de conseguir donaciones por parte de personas con el poder económico suficiente como para dedicar parte de su dinero a una buena causa, ya fuera en Austria o al otro lado de la frontera.

- De todos modos, Svetlana ya ha conocido de primera mano que también obtenemos fondos con otros métodos bien diferentes—. Señaló Ania, sonriendo con malicia.

- Ayudando a grupos disidentes a cambio de dinero—. Asintió esta.

- Apoyamos causas que consideramos justas, nunca a delincuentes o criminales—. Precisó Elsa entonces—. De hecho, colaboramos con las fuerzas de seguridad cuando conocemos de la existencia de alguno de ellos. De ese modo, nos ganamos su confianza y así no sospechan de nosotros.

- Pero no deja de ser arriesgado—. Reconoció Svetlana

- Ten en cuenta que no solo somos nosotros—. Le dijo Ania—. Hay mucha gente sensibilizada que sabe que las cosas se pueden hacer de otra manera. Que creen en una sociedad mejor. En un futuro diferente para los países de este lado de la frontera. Luego, cada uno colabora como quiere o como puede. Hay quiénes aportan recursos económicos. Otros, sus conocimientos, como hace Dieter con las leyes. Y nosotras, por ejemplo, a veces hacemos otro tipo de cosas, que sí que son más arriesgadas. Pero no somos más que un pequeño eslabón dentro de una gran cadena. Mucha gente trabaja en distintos ámbitos, pero, al fin y al cabo, el objetivo es el mismo.

Mientras aquellas dos chicas llevaban el peso de la conversación, contando batallitas, rememorando anécdotas y riendo al recordarlas, Svetlana las miraba y no podía dejar de admirarlas. Entendía el orgullo que sentían por aquello que llevaban a cabo. Por su trabajo. Lo mismo le había ocurrido a ella en los dos años durante los que había trabajado de enfermera. Era muy gratificante ayudar a personas con algún tipo de necesidad. De entre sus compañeros en el hospital, había algunos que hacían su trabajo por obligación y a cambio de un sueldo, pero para ella era algo más. A ella no le llenaba tanto el dinero, al fin y al cabo tampoco ganaba tanto, como el hecho de poder

hacer algo por los demás. Era lo más bonito de aquello que hacía. Era lo que lo hacía interesante. Y a aquellas dos mujeres, y al resto de personas que había conocido que trabajaban en aquella organización, les pasaba algo parecido. Ayudaban a los demás y se sentían bien por poder hacerlo. No se explicaba de otra manera la actitud que Ania estaba teniendo con ella. Sabía que, para aquella joven mujer, aquel caso era especial de alguna manera, pero no se trataba solo de eso. La forma de actuar de Ania era natural, le salía de dentro. No lo hacía por obligación, sino porque disfrutaba con ello. Con Svetlana estaba yendo más allá incluso, sin duda, pero desde el principio, desde que les conoció y aun no les consideraba especiales para ella, mantuvo unas actitudes que indicaban tal cosa.

Aquellos días que pasó encerrada en aquella residencia habrían sido una pesadilla de no haber sido por ella. Se había portado de una forma excepcional: pasó a su lado todo el tiempo que su trabajo le permitió, le hizo muchísima compañía. Incluso, dormía en la misma habitación que ella para que no se sintiera sola y la acompañaba a la hora del desayuno, del almuerzo y la cena. Hablaron mucho durante aquellos días: de lo que habían sido sus vidas en general y, especialmente, de lo que se iba a encontrar una vez cruzara la frontera. De cómo era la vida al otro lado, tan distinta a lo que ella estaba acostumbrada. Ania se convirtió en su sustento: en el brazo al que sujetarse para no caer en la desesperanza, y, aquella noche, antes de irse a dormir, al ver lo inquieta y nerviosa que se encontraba, le dio un sentido abrazo que para Svetlana fue lo más reconfortante que había sentido desde que Iwan ya no se encontraba a su lado.

Cuando la mañana del día definitivo llegó, Svetlana, más que nerviosa, se encontraba casi al borde de la histeria, aunque lo disimulaba bien. No emprenderían el último viaje hasta el final de la tarde, por lo que aun le quedaban un buen número de horas que esperar encerrada en el refugio. Tenía la maleta lista desde la tarde anterior. Tampoco es que tuviera mucho que preparar, esa era la verdad. Salió de Moscú casi con lo puesto. Su equipaje se limitó a una mochila donde llevaba algo de ropa y una bolsa de aseo. Luego, durante el viaje, incorporó algunas prendas que le dieron en Polonia para hacer el traslado a Cracovia y, finalmente, Ania tuvo la deferencia de comprarle en Bratislava alguna que otra cosa para que, al menos, tuviera lo suficiente para llenar una maleta, no fuera que se la revisaran en la aduana y el hecho de llevarla medio vacía pudiera levantar alguna sospecha de que algo raro ocurría.

- Las personas que viajan, lo hacen con equipaje—. Le había dicho, a modo de explicación, utilizando el mismo argumento que cuando salieron de Rzeszów—. No es normal que una mujer occidental pase una semana fuera de casa y no lleve, al menos, una maleta llena. No es que se trate de algo sumamente importante o revelador, pero mientras menos cabos dejemos sueltos, mejor.

Pero, aun así, el trámite de preparar el equipaje apenas le llevó media hora la tarde anterior. Escondida en aquel lugar, apenas tenía nada que hacer y el tiempo se le hacía eterno. Y esa inactividad obligada le llevaba a no dejar de pensar: de darle vueltas a la

cabeza. Se acordaba continuamente de Iwan, preguntándose qué estaría haciendo en cada momento, echándole de menos de una forma que le abrumaba. Sabía que no sería así y que, una vez fuera de allí, tendría cosas que hacer, de las que preocuparse, y así mantener la mente ocupada, pero le angustiaba la idea de que esa añoranza tan intensa la acompañara a lo largo de los cinco años que, al menos, tendría que pasar sin verle. Aunque, por otro lado, no dejaba de reconocer que le apenaría mucho que eso no fuera así. No quería olvidarle. Le parecía de lo más injusto que algo así pudiera llegar a ocurrir, con tanto como él había hecho por ella. No obstante, era consciente de que sería prácticamente imposible que eso se produjera alguna vez. Más bien, lo que deseaba era poder acostumbrarse a ese sentimiento. Poder apartarlo de sus pensamientos y ser capaz de centrarlos en otra cosa para que, de esa forma, ese tiempo de espera pasara lo más rápido posible. Claro que, para que eso fuera así, tenía que tener cosas que hacer, justo lo que le estaba faltando en esos días.

- Mañana-. Se decía a sí misma para animarse-. A partir de mañana, tendrás miles de cosas que hacer y todo será de otra manera.

Y ese era el clavo al que se agarraba. Lo que más deseaba que ocurriera. Que pasara ese interminable tiempo de espera para poder ponerse en marcha de una vez. Porque, en verdad, lo que la mantenía tan nerviosa e inquieta ya no era tanto la incertidumbre, sino el no poder hacer nada. El tener que esperar a que pasaran las horas mientras se afanaba en el inútil empeño de espantar de su cabeza pensamientos desagradables.

Al mediodía, almorzó con Ania y, a partir de ahí, la cosa cambió por completo. No ya solo porque aquella chica estaba siempre de buen humor y le alegraba la existencia, sino, sobre todo, porque su presencia significaba que, por fin, la cuenta atrás había comenzado. Su aparición lo revolucionó todo y los acontecimientos se comenzaron a precipitar.

- Dentro de un rato, llegarán los demás y podremos ultimar los preparativos-. Le dijo, hablando precipitadamente-. No te imaginas las ganas que tengo de volver a Viena. A casa. Y que tú te vengas conmigo.

- ¿Quiénes son los demás?-. Le preguntó Svetlana con curiosidad.

- Erwin y Franz, los dos compañeros con quienes cruzaremos la frontera. Ellos fueron quienes vinieron con Elsa la semana pasada. Aparte de Siena, claro.

- ¿Siena?

- Siena fue quien entró como si fuera yo para que yo pudiera salir hoy contigo, pero a ella no la conocerás, al menos por ahora. Está todo pensado desde hace tiempo, pero la organización de la salida nos ha llevado varios días. Es la única manera de que las cosas salgan bien: hacerlas bien.

Erwin y Franz eran casi antagónicos en presencia física, aunque igual de amables que todas las personas de aquella organización que Svetlana había conocido. El primero era fornido, de corta estatura y tenía una gruesa mata de pelo rubio y lacio que

caía desordenadamente alrededor de su cabeza. Parecía inquieto y nervioso y no paraba de moverse y gesticular, pero mantenía una permanente sonrisa y su mirada expresaba seguridad y confianza. Franz, por su parte, era alto, delgado y el poco pelo que conservaba era de color negro. Igual que Erwin, rondaría los cuarenta años, aunque, al revés de su compañero, su gesto era sereno y plácido, y, a pesar de que no tenía la sonrisa del otro, sí que aparentaba amabilidad y cercanía. Ambos aparecieron a primera hora de la tarde y se sentaron a una mesa con Ania y Svetlana para tomar un café y repartir la documentación.

- Tu parecido con Elsa es asombroso-. Aseguró a Erwin a Svetlana mientras sonreía y le entregaba los papeles que tendría que llevar-. Al menos en lo que al rostro se refiere. Mira la foto del pasaporte. Afortunadamente, en ella no se ve que Elsa es un poco más alta que tú-. La chica le hizo caso y le echó un vistazo, para comprobar que, en efecto, aquel hombre tenía razón. Ya había conocido a la mujer a quien tendría que suplantar, pero corroborar ese parecido observando la foto que tendría que enseñar a los vigilantes de la frontera era tranquilizador, qué duda cabía. No obstante, su inquietud y su nerviosismo seguían ahí y no parecía haber nada capaz de hacer que menguaran.

Tanto Erwin, como Franz, y también Ania, se mostraban relajados y hasta rieron y bromearon durante el rato que tardó aquella improvisada merienda. Svetlana, por su parte, no abrió la boca. Ni para comer ni para hablar. Estaba casi desesperada y no veía el momento de salir de allí de una vez. El miedo comenzó a hacer acto de presencia en su estado de ánimo y se hizo dueño de él definitivamente cuando, por fin, salieron de aquel edificio para subirse en el coche que se encontraba aparcado en el jardín delantero de la finca.

- Si te fijas, tiene matrícula austriaca-. Le indicó Ania, aunque ella apenas hizo caso porque tenía todas sus fuerzas concentradas en dominar su malestar-. Es otro pequeño detalle que puede tener mucha importancia-. Continuó la otra-. No es lo mismo que un grupo de eslovacos quieran salir del país, por muchos papeles en regla que lleven, que unos occidentales traten de cruzar hacia Austria.

Svetlana no dudaba de que aquellas personas hubieran elaborado el plan de salida con minuciosidad, pero nada de eso valía para aliviar su tensión. Al menos, ya estaban en marcha, pero era consciente de que tenía que relajarse para evitar que, solo con observar sus gestos, pudiera parecer sospechosa de algo a los ojos de cualquiera. Durante el trayecto, su cabeza era un hervidero de ideas que hacía que pasara de un pensamiento a otro sin ser capaz de centrarse en uno en concreto. Ania, que iba sentada junto a ella en el asiento trasero del vehículo, la miraba y sonreía, tratando así de traspasarle tranquilidad y optimismo.

- Todo va a salir bien-. Le insistía mientras le cogía la mano y se la apretaba-. Concéntrate en tu personaje. Eres una mujer extranjera que ha pasado una semana en Checoslovaquia y que ahora vuelve a casa. Los papeles que llevas dicen eso. No debes

preocuparte por más.

Y en eso ponía todo su empeño mientras el coche avanzaba por calles y avenidas rumbo a la salida occidental de la ciudad, tras la cual se encontraba el puesto fronterizo. No terminaba de conseguirlo, pero tampoco dejaba de intentarlo, hasta que, en un momento dado, fue capaz de centrarse en un pensamiento que sí que la relajó: el del recuerdo de la visita de Dieter y de las cosas que le dijo. Al mediodía, Dieter se había pasado por el refugio para despedirse de ella, aunque ambos sabían que se volverían a ver porque él también entraba y salía del país con cierta frecuencia y le había prometido que iría a visitarla cada vez que estuviera en Viena para contarle cómo le iba a Iwan. Y para saber cómo le iba a ella y poder contárselo a él a su vez.

- Le he visto esta mañana y he estado hablando con él-. Le dijo, consiguiendo con ello arrancarle una gran sonrisa-. Está muy ilusionado con que por fin puedas salir de aquí de una vez. Incluso, ha bromeado diciendo que vayas preparando las cosas, que ya queda menos para que él salga también.

Svetlana se emocionó recordando esas palabras y tuvo que girar la cabeza para mirar por la ventanilla y así evitar que Ania viera que se le escapaban las lágrimas. ¿Cómo podía bromear, con todo lo que él tenía encima? Con ese horizonte tan negro. Con más de cinco años que pasar entre rejas por delante.

- También me dijo que confía en ti plenamente y que sabe de sobra que te va a ir bien-. Había continuado Dieter-. Y que si hubiera tenido que encargarse a alguien la misión que tienes que llevar a cabo a partir de ahora, hubiera pensado únicamente en ti porque entre los dos habéis sido capaces de llegar hasta este punto. Me pidió que te dijera que esto no ha terminado. Que esto es un tramo más de vuestro viaje. Que habéis trabajado en equipo hasta este punto y que, a partir de ahora, toca hacerlo por separado, pero que el equipo sigue en pie-. Entonces, en ese momento, Dieter hizo una pausa y miró fijamente a la chica antes de seguir hablando-. Él confía plenamente en ti-. Le aseguró con contundencia-. Lo hace con los ojos cerrados y está convencido de que, a pesar de no poder ayudarte, vas a conseguir terminar lo que queda pendiente para que vuestro sueño se haga pronto realidad.

Y fueron esas palabras las que le quitaron el miedo de un plumazo. Las que le permitieron desprenderse de su inquietud y verlo todo mucho más claro. En medio de su nerviosismo, no les había hecho demasiado caso hasta entonces, pero, en ese momento, al recordarlas, le sirvieron de revulsivo. De modo que se secó las lágrimas de la cara, se acomodó en el asiento y ese gesto timorato y medroso que no lograba quitar de su semblante desde el día anterior se transformó en otro serio y lleno de determinación. En su cabeza, todo cambió. La inquietud y los nervios dieron paso al autoconvencimiento. No iba a permitir que nada se interpusiese entre ellos y ese sueño del que hablaba Iwan. Que nada lo estropease. Porque ese sueño era su sueño, el de los dos. Cada uno lo miraba desde una óptica diferente, pero era el mismo. Exactamente el mismo. Y ella estaba absolutamente convencida de acabar de hacerlo realidad.

Cuando llegaron al puesto de control fronterizo y estacionaron el coche en la explanada que había justo al lado de las oficinas de la aduana y que servía de aparcamiento, Svetlana era otra persona. Ya no le abrumaban las dudas ni la incertidumbre. Ahora, tenía una idea muy clara de lo que tenía que hacer y cómo. Bajó del coche con decisión y recogió su equipaje del maletero. Debían entrar en aquel recinto para presentar los papeles, enseñar las maletas y que les dieran el documento necesario para que los vigilantes les abrieran las barreras y les permitieran cruzar al otro lado. A Austria. A Occidente.

Ya era noche cerrada y hacía mucho frío. Al lado de la explanada, se encontraba el edificio que albergaba las oficinas y, justo a continuación, las barreras que cortaban el paso, cada una de ellas con su garita correspondiente y flanqueadas por soldados armados. Había cuatro carriles de salida, tres para coches y uno para camiones, pero, aparte de este último, en el cual se encontraban varios de aquellos esperando su turno, allí no había absolutamente nadie más. Sí había vehículos aparcados en la explanada, pero no disponiéndose a salir de aquel lugar.

En el interior del edificio, gracias a la calefacción, la temperatura era mucho más agradable. También allí había soldados con sus armas preparadas, situados estratégicamente junto a la entrada y en los laterales de la estancia. En el centro de la misma, se encontraba el extenso mostrador, tras el cual se sentaban los encargados de revisar la documentación de los viajeros y expedir las autorizaciones de salida.

Franz y Erwin fueron los primeros en disponerse a presentar sus papeles. Habían hecho el ademán de ceder el paso a las chicas, pero Ania se empeñó en ser la última para estar junto a Svetlana y pasar justo detrás de ella. Sin embargo, esa decisión no valió para nada porque fueron los propios vigilantes los que impusieron el orden. Primero llamaron a Ania, que pasó sin ningún tipo de problema, y luego les tocó el turno a los otros dos. Con Franz tardaron muy poco también, pero, por alguna razón, los vigilantes se empeñaron en ser más minuciosos con Erwin y Svetlana, a los cuales llamaron a un apartado, en un extremo de la sala, para revisarles el equipaje. Mientras llevaban a cabo ese trámite con él, Svetlana esperaba, pacientemente, unos metros detrás, justo al lado de un joven soldado que la observaba atentamente. La chica permanecía tranquila. Muy tranquila. De hecho, sonreía para sus adentros pensando en que, si se hubiese encontrado en esa situación aquella misma mañana, probablemente hubiera perdido los nervios. Pero, en esos momentos, se sentía segura y confiada. Durante el trayecto en coche, pensando en Iwan, había encontrado el equilibrio mental que le permitió serenarse y saber perfectamente qué tenía que hacer en cada momento. No tenía ninguna duda y, por tanto, tampoco ningún temor. Y cuando le tocó el turno, una vez Erwin pasó el control finalmente, se plantó delante de la persona que se lo iba a hacer a ella y le entregó los papeles.

- Elsa Gunarson...- Leyó aquel hombre de mediana edad y gesto autoritario, mirando el pasaporte.

- Gunarsen-. Le corrigió la chica al momento.

- ¿Es usted danesa?– Preguntó el vigilante en eslovaco.

- No hablo su lengua, ¿podría utilizar el ruso, por favor?– Le pidió Svetlana con serenidad, empleando este idioma y mirándole fijamente.

- ¿No habla eslovaco, pero habla ruso?– El vigilante había cambiado de idioma y la miraba con aire inquisidor.

- Exacto. El ruso es un idioma muchísimo más útil que el eslovaco.

El vigilante hizo una mueca de desaprobación al escuchar aquello. Era evidente que Svetlana le había ofendido con el comentario, pero se mantenía impassible, seria y confiada, sin dejar de mirar fijamente a aquel hombre.

- Ponga su maleta ahí y ábrala–. Le ordenó el otro entonces, señalando una especie de mesa baja que destinaban a esos menesteres. La chica lo hizo con tranquilidad y parsimonia, para entonces dejar paso al funcionario, que comenzó a revolverlo todo sin ningún tipo de miramiento, se podría decir que disfrutando por el hecho de estropear el casi perfecto orden en el que estaban colocadas las cosas. Durante un par de minutos, aquel hombre se empeñó en mirar por todos los rincones de la maleta, en observar las prendas, incluso en meter las manos en los bolsillos de las que los tuvieran, para, finalmente, echar mano de una bolsa de plástico que había en el fondo y revolver con la mano en su interior.

- ¿Qué hay aquí dentro?– Le preguntó a la chica, mirándola con gesto de satisfacción, como si intuyese que la había descubierto transportando algo sospechoso.

- Ropa sucia–. Respondió Svetlana con determinación, ante lo que el vigilante retiró la mano de inmediato. Al soldado que estaba vigilando el registro se le escapó una risita, pero la chica no le hizo caso y continuó hablando–. Como pone en el visado que le acabo de entregar, entré en Checoslovaquia hace una semana y lo hice con esta misma maleta llena de ropa limpia. La he estado utilizando durante estos días y ahora está sucia, como es normal–. La chica hablaba con tranquilidad y naturalidad, aunque dándole a su tono un toque burlesco que hizo volver a sonreír al soldado que tenía a su lado. Estaba decidida a no dejarse intimidar. Sabía que no tenía nada que ocultar, que todos los papeles estaban en regla y que si mantenía la naturalidad, no la podían sorprender en ningún renuncio, que era justo lo que aquel hombre estaba intentando hacer con esa actitud.

Entretanto, los otros tres, Ania, Franz y Erwin, desde el otro extremo de la sala, junto a la puerta de salida, observaban con enorme inquietud el desarrollo del registro. El funcionario que lo estaba realizando había dejado de revolver en la maleta y ahora se afanaba en repasar de nuevo la documentación de Svetlana, la cual se mantenía aparentemente impassible, de pie, delante de él y sin dejar de mirarle fijamente.

- Parece que está todo en regla, ¿no es así, Tibor?– El soldado que había estado vigilando el registro apremiaba al funcionario para que dejara de darle vueltas al asunto. Parecía evidente que le había caído bien aquella muchacha, todo lo contrario

que al otro, que daba la impresión de estar empeñado en encontrar algún fallo donde no lo había. Finalmente, este levantó la cabeza, se topó con la mirada firme de Svetlana de nuevo y no tuvo más remedio que aceptar la realidad.

- Sí, está todo en regla-. Acabo accediendo, para, a continuación, colocar el sello correspondiente en el papel que tenía sobre la mesa y entregárselo a la chica-. Puede recoger sus cosas y marcharse.

Svetlana asintió con la cabeza y se dispuso a volver a guardar dichas cosas en la maleta.

- Permítame que la ayude-. Se ofreció entonces el soldado, agachándose para recoger del suelo un par de prendas que se habían caído, las cuales le entregó de inmediato.

- Muchas gracias-. Le contestó ella, al tiempo que las cogía y las colocaba en su sitio-. Ha sido usted muy amable-. Remató, regalándole una sonrisa.

Una vez recompuesta la maleta, Svetlana se dirigió al otro extremo de la sala, donde se encontraban sus compañeros. De buena gana hubiera echado a correr para salir de allí lo antes posible, pero se concentró en seguir interpretando su papel y lo hizo con parsimonia y naturalidad, simulando una tranquilidad que estaba empezando a perder a pasos agigantados. De hecho, una vez salió del recinto en compañía de los demás, tuvo que apoyarse en Ania para no caer porque las piernas comenzaron a temblarle. Era como si los nervios, que había dejado aparcados durante un rato, le hubieran sobrevenido de un golpe. De repente, sintió unas incontenibles ganas de llorar, no sabía si de miedo, de alegría, de emoción o de una mezcla de todo.

- Ya pasó, Svetlana-. La animó Ania, abrazándola, al tiempo que caminaban hacia donde tenían aparcado el coche-. Ya pasó, pequeña. Ya vamos a estar fuera. Lo has hecho fenomenal.

Una vez dentro del vehículo, tuvo que luchar con todas sus fuerzas para mantener la compostura. Aun quedaba un último trámite: el de presentar los papeles sellados al vigilante de la barrera, el cual salió de la garita en cuanto les vio acercarse y les obligó a detener el coche y a bajarse del mismo, para comprobar, uno por uno, que todos tenían el documento en cuestión. Pero aquello no duró más que un par de minutos, pasados los cuales, la barrera se abrió y el coche cruzó hacia el otro lado. Unos cien metros más adelante, ya en territorio austriaco, se encontraron con una nueva barrera: la que daba acceso definitivo a aquel país. Pero ahí las cosas fueron más fáciles. El vigilante de la misma se limitó a pedirles los pasaportes y comprobar que correspondían a cada uno de los ocupantes del vehículo. Selló el de Svetlana, el único que no era austriaco, y, acto seguido, levantó la barrera y les permitió continuar. Fue entonces cuando la chica se derrumbó y rompió a llorar y a reír, todo a la vez, mientras Ania la abrazaba y los otros dos, riendo también, le daban la enhorabuena con efusividad.

- ¿Ves esas luces ahí delante?-. Le preguntó aquella, con una gran sonrisa y

señalando con el dedo hacia el horizonte—. Ahí está tu futuro, el que podrás labrarte a partir de ahora. Tu libertad. Enhorabuena, preciosa, lo has conseguido.

Pero Svetlana no miró hacia delante, sino hacia atrás, para ver otras luces: las de Bratislava. Porque no era en el futuro en lo que pensaba, sino en otra cosa. Porque el futuro tendría que esperar a que pudiese pasar la última página de su pasado. Porque no habría futuro mientras eso otro no ocurriese. Aquello no era más que un trámite. Algo que tenía que hacer porque no le quedaba más remedio, pero no era definitivo. De hecho, sabía que haría ese recorrido de vuelta más pronto que tarde. Que volvería por sus pasos para poder cerrar esa página. Para llevarse con ella a lo único que le importaba. Para, entonces sí, poder mirar al futuro.

- Volveré a por ti, Iwan—. Pensó en ese momento, sin poder reprimir las lágrimas—. Aunque sea lo último que haga en mi vida, pero volveré a por ti.

EPÍLOGO

Lunes, 12 de marzo de 1990

El despertador sonó, puntual, a las ocho de la mañana y su estridente sonido provocó en Svetlana un fuerte sobresalto. No había dormido en toda la noche. Se había dado la vuelta en la cama cada tanto para mirar la hora, tensa, nerviosa, casi desesperada por lo lento que pasaba el tiempo y por su absoluta incapacidad para conciliar el sueño. Sin embargo, era evidente que, finalmente, lo consiguió, porque la hora de levantarse le sorprendió cuando se encontraba en un estado de absoluta inconsciencia.

Salió de la cama de un salto y una gran sonrisa hizo acto de presencia en su rostro. El día más deseado había llegado, por fin, y una mala noche no tenía el poder necesario para estropearle el humor. Para nada. De ninguna de las maneras. Habían pasado seis años desde la última vez que vio a Iwan. Un poco más, incluso, y para ella habían sido como un suspiro y una eternidad a la vez.

- Seis años, tres semanas y un día—. Se dijo a sí misma en ese momento—. Parece mentira.

Y parecía mentira, efectivamente, o al menos así lo sentía ella, que, por fin, aquel día le pudiera volver a ver, porque aquel era el día en el que saldría de la cárcel de Bratislava en la que estaba interno desde aquel lejano mes de febrero de 1984. Por fin, podría volver a mirar al futuro. Por fin, aquella horrible pesadilla iba a terminar. Por fin, la misión que se vio forzada a asumir años atrás iba a concluir, y de un modo satisfactorio: incluso brillante. Se había pasado seis años centrada exclusivamente en el presente. Tratando de no mirar atrás para que no le hundiera el ánimo la angustia que le provocaba el modo en que le echaba de menos. Y, a la vez, incapaz de mirar al futuro, porque ella no se planteaba futuro alguno sin él. Porque todo lo que estaba haciendo era pensando en lo que vivirían juntos. Porque nada tenía sentido si no era planteándolo así. Para hacerlo de otro modo, tendría que cambiar de vida: que inventarse una nueva existencia. Que ser, incluso, otra persona diferente, con otros objetivos, otros ideales, con una manera absolutamente distinta de afrontar el día a día. No, nada habría tenido sentido de no haber sido de aquel modo. Se había tomado aquellos años como un paréntesis en su vida. Como un tiempo muerto, una época perdida en ninguna parte durante la cual tenía que llevar a cabo una serie de acciones necesarias para poder continuar con aquella, con su verdadera vida, una vez pasara ese lapso. Y ya lo había hecho. Ya había pasado. Por fin, ya había pasado.

Una vez en pie, entró en el baño, abrió el grifo del lavabo y se lavó la cara con agua fría. Le gustaba hacerlo así. Era la mejor manera que conocía de terminar de

despejarse. Incluso, cuando se lavaba las manos a cualquier hora del día, por la razón que fuera, antes de coger la toalla, las pasaba por la cara para refrescarse. Era una de sus manías. De las tantas que tenía, como le pasa a todo el mundo. Y una vez se secó, se miró al espejo, sonrió y contempló las pequeñas arrugas que le salían en la comisura de los labios cuando lo hacía.

- Antes no estaban-. Pensó mientras se le escapaba una mueca de melancolía.

No habían sido buenos tiempos para ella. En absoluto. Ni muchísimo menos. De hecho, a menudo, se preguntaba cómo había sido capaz de soportarlos y se sentía sorprendida de sí misma porque nunca creyó tener tanta fortaleza. Porque aquello no fue como jugarse la vida durante un par de semanas en un peligroso viaje camino de no sabía bien dónde. Al fin y al cabo, a lo largo de ese viaje que llevó a cabo años atrás, recibió la inestimable ayuda de diferentes personas y ella solo tenía que dejarse llevar. Aquello era otra cosa. Aquello era sobrevivir, día tras día, mes tras mes, año tras año, en un entorno hostil, abrumada por la soledad y teniendo como único motivo para seguir adelante algo lejano en el tiempo y de incierto desenlace. Sobre todo al principio, porque, con el paso de los años, ese motivo se veía cada vez más cercano, aparte de que ella misma, a base de constancia, había logrado acostumbrarse a su situación y, a pesar de no dejar de ser desagradable, la sobrellevaba de mejor manera.

Sus primeros tiempos en Occidente, en la ciudad de Viena, fueron tormentosos. Para ella, eran un agrio recuerdo que trataba de eliminar de su mente, aunque sabía que nunca lo lograría. Que la acompañaría hasta que su vida tocara a su fin. No tanto el primer mes, que pasó en casa de Ania, pero sí, sin duda, a partir de entonces. Aquella joven mujer se portó con ella de una forma sensacional. Svetlana sabía que le debía la vida. O, quizás, más que la vida, la cordura: el equilibrio emocional. El haber sido capaz de salir adelante a pesar de todo. Le debía ser la persona que era en aquellos momentos, porque el apoyo que recibió de ella fue lo único que la mantuvo en pie. Eso y las visitas periódicas de Dieter, durante las cuales aquel abogado le contaba pormenorizadamente cómo le iba a Iwan en la cárcel y le transmitía los mensajes que él le encargaba que le diera. Si no fuera por ellos dos, probablemente, se habría vuelto loca. O habría acabado suicidándose, idea que en más de una ocasión se le pasó por la cabeza y que solo era capaz de eliminar pensando en que todo aquello que estaba haciendo era por algo y que, tarde o temprano, todo acabaría y empezaría la parte buena. O, al menos, la no tan mala.

En efecto, el primer mes lo pasó en casa de Ania, y de haber sabido lo que vendría después, lo hubiera disfrutado con mayor intensidad, cosa que no hizo por sentirse igual de triste como de pérdida y abrumada. Ania se encontraba de vacaciones y se dedicó a estar con ella todo el tiempo. Absolutamente todo el tiempo. Presentaron los papeles para pedir asilo político en Austria, gestionaron con la empresa para la que trabajaba aquella la posibilidad de que Svetlana obtuviera un empleo de lo que fuera, una vez la solicitud de asilo fue presentada, ya que sin ese papel, era imposible hacer

nada. Al menos la solicitud, ya que la resolución de la misma podía tardar incluso años. Y también buscaron un alojamiento, y eso que Ania le ofreció repetidas veces que se quedara en su casa el tiempo que quisiera.

- Tengo que valerme por mí misma—. Le insistía Svetlana cada vez que la otra le hacía tal ofrecimiento—. Y mientras antes lo haga, mucho mejor.

Aparte, comenzó a estudiar alemán, el idioma que se habla en Austria. Lo hizo gracias a un programa de adaptación de inmigrantes promovido por el gobierno austríaco, ya que ella, como refugiada, tenía derecho a adherirse al mismo. Y también obligación, según las leyes de aquel país, que condicionaban el reconocimiento y el mantenimiento de la condición de asilado al hecho de que estos llevarsen a cabo acciones que facilitaran su integración. Y aprender el idioma, evidentemente, era una de las más importantes.

A pesar de todo ello, aquel primer mes fue tranquilo y hasta agradable. Al lado de Ania, conoció la ciudad en la que iba a vivir en adelante y comenzó a hacerse al modo de vida que en ella se estilaba. El poder adquisitivo de la población de aquel lugar era elevado en la mayoría de los casos, infinitamente más que lo que ella hubiera visto jamás entre la gente común. Sin embargo, era consciente de que le llevaría tiempo alcanzar ese estatus, ya que ella estaba obligada a empezar desde lo más bajo. Claro que nunca pudo imaginar que lo más bajo era un lugar tan desagradable como pudo comprobar poco después. Mucho peor, incluso, que lo más bajo de Moscú, el lugar donde ella había vivido siempre. La diferencia estribaba en las expectativas. Cualquier persona residente en Austria podía aspirar a una vida infinitamente mejor que aquella que se podía alcanzar en el otro lado del Telón de Acero. Al menos era algo, pero entretanto eso llegaba, le tocó vivir la peor parte de ese sistema capitalista tan repudiado en dicho otro lado.

No había terminado de trascurrir aquel mes de inicio de su nueva vida cuando consiguió su primer trabajo. La empresa para la que trabajaba Ania la contrató como ayudante de la limpiadora, aprovechando que esta era de origen ruso y, con ella, la barrera del idioma sería lo de menos. Por supuesto, fue Ania quien medió para que ello fuera posible. Era evidente que aquella mujer no iba de farol en su empeño por ayudarla a integrarse, como también lo era que ella no tenía culpa de que Galina, que así se llamaba su nueva jefa, fuese una persona déspota e insensible como pocas había conocido antes. El trato que le dispensó desde un principio rayaba lo humillante, lo cual desconcertó por completo a Svetlana, que no entendía por qué aquella mujer tenía que comportarse con ella de ese modo. No tuvo la más mínima condescendencia hacia su falta de experiencia y la abrumaba a reproches cada vez que cometía el más mínimo fallo, lo cual le provocaba una insoportable sensación de inseguridad que hacía que dichos errores fueran cada vez más frecuentes.

Sin embargo, eso quedó en mera anécdota comparado con lo que tuvo que soportar a partir del momento en el que comenzó a vivir en su nueva residencia. Fue justo el día

antes a aquel en el que Ania tenía que reincorporarse al trabajo. Se marchaba de vuelta a Bratislava, donde permanecería por un tiempo indefinido, lo cual despertó la envidia de Svetlana. Ojalá hubiera podido acompañarla.

- Cuando vuelva, te contaré cosas sobre Iwan—. Le prometió antes de marcharse—. Haré por enterarme de cómo está, puedes estar segura de ello.

Pero, antes de su marcha, se aseguró de que la chica quedaba alojada en un lugar decente. No perdió la oportunidad de volverle a insistir en que se quedara en su casa, pero Svetlana se negaba en redondo, y Ania la entendía perfectamente. Ella se hubiera comportado del mismo modo.

El lugar donde se alojaría a partir de ese día era también ideal, en teoría y dentro de sus circunstancias. Se trataba de un pequeño piso situado en uno de los suburbios de Viena. Constaba de dos habitaciones, y una de ellas estaba ocupada por Nastasia, una mujer también de origen ruso, también refugiada y que también venía siendo ayudada por la organización humanitaria en la que trabajaba Ania. La otra se acababa de quedar vacía. El alquiler era barato, teniendo en cuenta los desorbitados precios que se manejaban en la capital austríaca, y Svetlana se lo podría permitir una vez comenzara a cobrar su sueldo, aunque apenas le quedaría lo justo para comer con lo que le sobrara. No era algo que importara a la chica, sin embargo. Ella no tenía la más mínima intención de acceder a ninguno de los lujos que tan comunes eran en aquella ciudad. Le bastaba con sobrevivir mientras aprendía el idioma y se hacía a la vida de aquel lugar. Era eso lo único en lo que pensaba. Lo que tuviera que venir, vendría, pero a Svetlana solo le interesaba el presente, y dicho presente estaba planteado con lo que tenía.

Pero la convivencia con Nastasia iba a ser un verdadero tormento, y eso fue algo de lo que se dio cuenta desde el primer día. Se trataba de una mujer de mediana edad, muy delgada y de aspecto sucio y desgarrado. Era rubia y su larga cabellera era, probablemente, la peor cuidada que Svetlana había visto en su vida. Sus maneras eran rudas y el rictus de su rostro delataba el desprecio que, efectivamente, tenía por todo lo que le rodeaba. El primer día, la recibió con indiferencia. Se limitó a abrirla la puerta y enseñarle el piso por encima y de mala gana. Nada más entrar, a la izquierda, estaba la cocina, de muebles viejos y desvencijados y que tenía una robusta mesa en el centro. La estancia principal de la vivienda, la sala de estar, se encontraba a continuación, y en ella, en la parte derecha, había un sofá rojo oscuro de grandes dimensiones y un sillón del mismo color. Al fondo se encontraban las ventanas que daban a la calle y a la izquierda, un mueble estantería, en el que había un pequeño aparato de televisión, y la puerta que daba acceso al pasillo en el que se encontraban las habitaciones, ambas en la parte derecha del mismo, y el cuarto de baño, al fondo a la izquierda.

Lo primero que llamó la atención de Svetlana fue lo sucio y descuidado que se encontraba aquel lugar.

- A mí me da igual que esto esté así de desordenado—. Le dijo Nastasia al respecto—. Si tú lo quieres de otra manera, ya sabes lo que tienes que hacer, que yo no me voy a

negar.

El cuarto que le correspondía era diminuto y en él apenas cabían una cama individual, un viejo armario de una sola hoja y una pequeña mesa con su silla correspondiente. Al fondo se encontraba la ventana, que daba a la calle, cubierta con una vieja cortina de color oscuro. Igual que el resto de la casa, estaba hecho un desastre, lleno de polvo y suciedad por todas partes, y no estaba desordenado porque no había nada que desordenar. Aparte del mobiliario, estaba completamente vacío. No había ni mantas para la cama, solo un viejo colchón, raído y muy sucio. Aquella misma tarde, Ania la acompañó para que comprara uno nuevo, aparte de un par de juegos de sábanas. Y mantas, eso también. Por supuesto, fue ella quien lo pagó, ya que Svetlana aun no tenía apenas dinero.

- Te prometo que te lo devolveré-. Le aseguró esta, tratando de que no se le notara la enorme decepción que sentía por cómo le estaban yendo las cosas en aquellos inicios.

- No tienes nada que devolverme-. Le contestó la otra con una sonrisa cargada de cariño-. Esto lo hago porque quiero, no para que me devuelvas nada.

No obstante, a pesar de todo aquello, lo peor aun estaba por venir, y no se retrasó más que hasta el día siguiente. Después de pasar la mañana entre en el centro cívico del ayuntamiento donde se impartían las clases de alemán y la biblioteca pública donde entró para estudiar las lecciones, comió en un comedor municipal en el que atendían a refugiados y gente sin recursos. Más tarde, descansó un rato en un parque público, ya que su casa estaba demasiado lejos como para hacerlo allí. Y cuando llegó la hora, a media tarde, marchó hacia las oficinas de la empresa para hacer su trabajo, ya que este empezaba cuando terminaba el de todos los demás, de manera que no molestaran a nadie con las tareas de limpieza y así poderlas hacer con mayor rapidez y eficiencia. Esa iba a ser su rutina diaria durante bastante tiempo. Al menos hasta que cobrara algún que otro sueldo y consiguiera el dinero suficiente para comprar comida que cocinar en casa, así como la tarjeta de transporte público que le permitiera moverse por la ciudad y llegar a tiempo a los sitios. Ania le había dado algo de dinero para que la adquiriera, pero ella prefirió reservarlo, no gastárselo en eso y comprar un solo billete al final del día para volver a casa. Y no era una rutina agradable, porque no lo es para nada el estar todo el día sola, vagando por las calles entre actividad y actividad, comiendo gracias a la beneficencia y aguantando el terrible mal carácter de Galina para terminar con la jornada. De hecho, el primer día sin Ania a su lado fue el más deprimente que recordaba haber pasado en toda su vida. Una vez salió del trabajo, no veía el momento de llegar a casa y descansar por fin. Pero cuando abrió la puerta del piso y entró, se le escapó un grito al comprobar que había un hombre, vestido solo con ropa interior, tumbado a lo largo del sofá.

- ¿Quién eres?-. Le gritó Svetlana, presa del pánico-. ¿Qué haces aquí?

El hombre soltó una carcajada y se levantó del sofá con parsimonia. Parecía

evidente que estaba bebido. A continuación, una vez en pie, se rascó la entrepierna y ofreció esa misma mano a la chica a modo de saludo.

- Soy Olaf, el novio de Nastasia-. Le dijo en ruso, aunque con acento alemán-. Supongo que tú debes ser Svetlana.

La chica asintió con la cabeza. Por supuesto, no le estrechó la mano. Incluso, tuvo que esforzarse al máximo para no expresar con un gesto el profundo asco que aquella persona le dio como primera impresión. Se trataba de un hombre que rondaría los cuarenta años. No es que estuviera gordo, pero sí algo entrado en carnes, y su aspecto era perfectamente acorde al de su pareja: sucio, descuidado, con el pelo negro alborotado y barba de tres o cuatro días. El gesto burlón de su rostro, sus maneras chulescas y el hecho de estar en paños menores completaba un cuadro que para Svetlana resultó verdaderamente repugnante.

- ¿Dónde está ella?– Le preguntó entonces.

- En el baño, ahora sale.

- Da igual, me voy a la habitación. He tenido un día terrible.

- Como quieras-. Contestó Olaf, manteniendo esa mueca burlona que mostraba desde el principio.

Una vez en el interior de su cuarto, Svetlana se echó sobre la cama, se acurrucó y trató de relajarse, a pesar de la tensión que le dominaba. Estaba absolutamente agotada y le aterraba la idea de que lo que acababa de vivir a lo largo de aquella jornada fuera lo que le esperara en adelante, día tras día, continuamente. Y por si no tenía bastante con todo aquello, poco después, comenzaron los gritos. Porque Olaf y Nastasia, una vez esta volvió a la sala de estar, comenzaron a hablar en un tono altísimo. Por la forma en que lo hacían, era evidente que estaban borrachos los dos, no solo él. Al principio, estaban de broma. Las voces y las carcajadas se prolongaron durante largo rato, hasta el punto que Svetlana se decidió a salir para llamarles la atención porque pretendía dormir y no le dejaban. Lo hizo con buenos modales, pero la respuesta de Olaf la dejó estupefacta.

- ¡Cállate, imbécil!– Le espetó, al tiempo que le lanzaba el vaso que tenía en la mano, el cual se estrelló contra la pared, junto a ella, haciéndose añicos. La carcajada de Nastasia fue monumental, seguida por la de él. Estaban completamente bebidos y la chica entendía que, de esa guisa, era imposible razonar con ellos. Pero la reacción que había tenido aquel hombre le bloqueó la mente. Se quedó allí, plantada, de pie, quieta, observándoles atónita mientras ambos se revolcaban de risa en el sofá. Y así se mantuvo hasta que Olaf le volvió a gritar-. ¡Vete de aquí y no molestes, puta!– Le voceó, volviendo a provocar la risa de Nastasia, ante lo que Svetlana reaccionó y, entre lágrimas, regresó a su cuarto, cerró la puerta y se echó en la cama a llorar.

Las voces continuaron durante bastante tiempo, pero las risas dejaron paso a los insultos en un momento dado, formándose una bronca descomunal entre ellos. Era ya de madrugada y a Svetlana le era imposible dormir. Para colmo, en esos momentos, sentía

verdadero miedo porque si aquel hombre hizo lo que hizo estando de risas, no quería imaginar de lo que sería capaz enfadado, tal y como se encontraba en esos momentos. Se oían perfectamente los golpes y los insultos. Incluso, como él le pegaba a ella y ella gritaba por el dolor y la rabia. Svetlana, por su parte, permanecía callada, acurrucada entre las sábanas, deseando con toda su alma que aquella escena acabara de una vez. Y llegó un momento en que lo hizo, pero aun quedaba más. Porque poco después de hacerse el silencio, volvieron los gritos y las voces, esta vez no desde la sala de estar, sino procedentes de la otra habitación. Y ya no por las risas o por los insultos, sino por el sexo, el cual practicaron de un modo tan escandaloso que la chica tuvo que meter la cabeza debajo de la almohada para intentar amortiguar el ruido si acaso un poco. Los gritos, las palabras obscenas, los golpes que se daban el uno al otro, todo se escuchaba perfectamente y aquel infierno duró otro largo rato más, de manera que, cuando por fin se hizo el silencio absoluto, solo quedaban un par de horas para que sonara el despertador. Eso fue lo que Svetlana durmió aquella noche. Apenas un par de horas.

Mientras desayunaba en la mesa de la cocina, recordaba aquellas escenas ocurridas seis años atrás al tiempo que el gesto se le agriaba. Aquello fue el comienzo de una pesadilla que duró tres años. Tres interminables años de auténtico infierno durante los cuales, al no encontrar una salida a su situación, más de una vez se planteó si merecía la pena seguir viviendo. Era evidente que así, no, pero solo el recordar que Iwan estaba en la cárcel esperando que pasara el tiempo para reunirse con ella le hacía recuperar las fuerzas. No podía fallarle. Estaba siendo una época dura para ambos, no solo para ella, y no podía fallarle.

Escenas como la de aquella segunda noche en aquel piso se repitieron con asiduidad. Y otras más graves, incluso. Olaf parecía disfrutar haciendo que Svetlana lo pasara mal. En teoría, él no vivía allí, pero, en la práctica, era como si lo hiciera. Ni él ni su pareja tenían un trabajo estable y vivían de subsidios estatales que concatenaban con contratos laborales de escasa duración. Era cierto que, cuando trabajaban, el ambiente en aquella casa mejoraba en cierta manera porque, o no estaban, o se veían obligados a descansar por la fatiga natural del trabajo. Pero no tardaban en volver a las andadas porque aquellos empleos eran tan cortos como esporádicos. Así, mientras Nastasia pasaba absolutamente de todo y empleaba los días en beber y dormir, Olaf se empeñaba en hacer insufrible la vida de la otra chica y a reír cuando comprobaba que lo conseguía. Así, se paseaba por la casa en paños menores porque sabía que eso la incomodaba sobremanera. A veces, lo hacía incluso completamente desnudo y se plantaba de esa guisa en mitad del pasillo, o junto al marco de alguna puerta, para obligarla a pasar a su lado, pegado a él, hasta incluso rozándose. También se empeñaba en tenerlo todo lo más sucio y desordenado posible porque se dio cuenta del afán que tenía ella por justo lo contrario: por tenerlo todo limpio. Más de una vez, en mitad de sus borracheras, orinó sobre la puerta cerrada del cuarto de la chica, la cual se

encontraba con el estropicio y el mal olor al día siguiente al abrirla. Había días en los que, cuando ella estaba fuera, entraba en su habitación y le revolvía sus cosas, dejándolo todo hecho un desastre y obligándola así a ordenarla de nuevo cuando regresaba de trabajar. Y cada vez que ella le decía algo o comprobaba que se enfadaba, la única respuesta que le daba era una carcajada seguida de esa mueca burlona tan común en él. La chica no se atrevía a ir más allá para defenderse por miedo. Porque consideraba que aquel hombre debía estar loco y temía que le pudiera hacer daño si se enfrentaba a él de verdad.

De esa forma, su día a día se convirtió en una auténtica tortura. Como no podía dormir bien por las noches, o al menos en un buen número de ellas, las mañanas se le hacían eternas y no era capaz de rendir en condiciones en las clases de alemán. Luego, intentaba por todos los medios concentrarse en la biblioteca para poder estudiar, pero le costaba un mundo y se limitaba a hacer lo que podía. A diario, acudía al comedor social, a pesar de que no le gustaba nada el ambiente que allí había. Pero lo hacía porque estaba empeñada en ahorrar algo del poco dinero que ganaba gracias a su trabajo. Y después, si no llovía y no hacía demasiado frío, buscaba un banco apartado en algún parque público para echarse en él y descansar un rato. Y si el tiempo no lo permitía, hacía lo propio en alguna de las estaciones de metro de la ciudad. A menudo, se sentía casi como una indigente haciendo ese tipo de cosas, pero era mejor que soportar lo que sabía que se encontraría en casa. De hecho, más de una vez, tuvo que presentar su tarjeta de solicitante de asilo, el contrato de trabajo y el de alquiler cuando algún policía se paraba para indentificarla. Siempre llevaba encima esos documentos porque era la única manera de demostrar que no era una inmigrante ilegal que vivía en la calle. Al menos en tanto en cuanto el Estado resolvía dicha solicitud. La chica sabía que su situación podría cambiar radicalmente cuando eso se produjese, ya que, como asilada, tendría prácticamente los mismos derechos que cualquier ciudadano austríaco, lo cual le abriría muchísimas puertas que, en esos momentos, permanecían cerradas. Como, por ejemplo, la posibilidad de encontrar una nueva residencia. La había buscado con ahínco, en un intento desesperado de salir del infierno en el que vivía, pero nadie quería como inquilino a alguien que aún no tenía los papeles en regla. Tenía hasta que dar las gracias por disponer de una habitación y no tener que dormir en la calle o en algún albergue social, cuyas plazas eran limitadas y nadie podía asegurar que siempre pudiera encontrar una cama en la que pasar la noche.

Y por si todo aquello fuera poco, al final del día, tocaba trabajar y lidiar con una jefa que la trataba de aquella forma tan degradante. Y volver a casa después, con la intriga de no saber qué se encontraría. Si la dejarían en paz y así poder descansar, o si tendría que aguantar cualquier escena de aquel hombre que tan empeñado estaba en hacérselo pasar mal. Se sentía abrumadoramente sola, abandonada y humillada. Muchos días, ni siquiera cogía el autobús para volver a casa, sino que hacía el trayecto a pie para tardar más tiempo en llegar y pasar menos en aquel lugar y con aquellas

personas. Y, de paso, para dejar correr las lágrimas mientras caminaba y desahogarse de esa forma. Sabía que no le quedaba más remedio que tener paciencia y seguir adelante. Que llegaría un momento en que su situación mejorase, porque a peor era muy difícil que fuera. Algún día aceptarían su solicitud de asilo y las cosas podrían cambiar a partir de entonces. Pero se le estaba haciendo un mundo todo y no estaba segura de poder aguantar mucho más.

Por supuesto, echaba de menos a Iwan de una forma absoluta. A él y a la enorme dulzura con la que la trataba: sus abrazos, sus besos, esas palabras de ánimo que siempre tenía preparadas para cuando las cosas le iban mal. Daría lo que fuera por recibir algo de ella: de esa dulzura. No entendía por qué todo el mundo la trataba tan mal. Galina, Nastasia, Olaf, los propios compañeros en la academia, que la miraban con desprecio porque le estaba costando más que a los demás aprender el idioma. Y los empleados de la empresa en la que limpiaba, que no tenían ni una pizca de la amabilidad de los que trabajaban al otro lado de la frontera. Al menos los que ella conoció. Sentía que vivía en un entorno hostil, no era capaz de integrarse, nadie la trataba con respeto y no tenía, no ya amigos, sino a nadie con quien hablar: con quien desahogarse. Nadie, salvo Ania, por supuesto. Pero ella pasaba mucho tiempo en Checoslovaquia. Demasiado. En Checoslovaquia o donde fuera, claro, que ella sabía perfectamente a qué dedicaba parte de su tiempo cuando se suponía que estaba en el país vecino. Si la tuviera cerca más a menudo, igual las cosas podrían ser de otra manera. Igual hasta le habría contado toda la verdad, no solo parte de ella. Porque Svetlana le había explicado que las cosas no le iban del todo bien, pero nunca entró a detallarle su situación para que la otra entendiera hasta qué punto vivía en medio de un infierno. Cuando se veían, la chica se limitaba a pasar el tiempo con ella, a relajarse y disfrutar de los únicos buenos momentos que tenía. Con Ania y con Dieter, el cual pasaba por Viena una vez cada dos o tres meses y siempre quedaba con ella para contarle que a Iwan le iba bien, dentro de sus circunstancias, y que su única preocupación era que el tiempo pasase lo más rápido posible para que pudieran volver a reunirse.

- Dile que me espere—. Ese era el mensaje principal que Iwan le mandaba a través de aquel hombre cada vez que iba a verle. Y la respuesta de Svetlana nunca varió.

- Dile que siempre le esperaré.

Y ese era el clavo ardiendo al que la chica se agarraba. El sentido de su vida en aquellos tiempos. Su único objetivo era sobrevivir como pudiera y esperar a que ese reencuentro llegara. Eso era todo. No había más vida. No había futuro, solo presente. Solo supervivencia. Ya tendría tiempo de pensar en otra cosa cuando Iwan estuviese de nuevo a su lado.

Poco a poco, con el tiempo, Svetlana se fue habituando a lo que tenía en casa y trató de buscar una solución, intentando pasar de Olaf: intentando no entrar en su juego, pero eso solo valió para empeorar las cosas, porque aquel hombre no se cansaba. Si veía

que no conseguía lo que quería con lo que antes sí, trataba de ir más allá: de hacer cosas más graves con las que sacar de quicio a la muchacha. En muchas ocasiones, por las noches, cuando ya estaba completamente bebido, había entrado en su cuarto para pegar voces y despertarla. Y a la vista de que la chica le puso una cerradura a la puerta para evitar que lo hiciera, y también que entrara durante el día a desordenárselo todo, se plantaba tras la puerta a gritar desde el pasillo y aporrearla, eliminando de esa manera cualquier mínima posibilidad que tuviera aquella de poder dormir. Más de una vez, hizo el ademán de pretender abusar físicamente de ella, y el culmen de todo fue el día en que intentó violarla. Fue por la noche, durante una de sus habituales borracheras. Como tantas otras veces, había estado riendo a carcajadas junto a Nastasia, hasta llegar a un punto en el que estas se cambiaron por gritos, insultos y golpes. La mujer le dejó en la sala de estar y se fue a la cama, y él, en vez de acompañarla, comenzó a golpear la puerta de Svetlana, gritando cosas sin sentido, totalmente borracho. La chica, como de costumbre, se quedó quieta en la cama, asustada, esperando pacientemente a que aquel hombre se cansara y se marchara, que era lo que solía pasar. Pero aquella vez no pasó. Aquella vez, Olaf empujó la puerta con fuerza repetidas veces hasta conseguir reventar la cerradura. Entonces, entró en el cuarto y se plantó ante una aterrorizada Svetlana, a la que no le dio tiempo de reaccionar antes de tenerlo sobre ella, agarrándola con fuerza, golpeándola y tratando de levantarle el camisón. Olaf estaba desnudo y la chica podía sentir su miembro erecto rozándole las piernas. Intentó forcejear, pero él era mucho más fuerte y no pudo evitar que le arrancara la ropa interior. Jamás en su vida había sentido tanta repugnancia como en el momento en el que aquel hombre le manoseó el sexo. Tanta, que fue como si ello le diera unas fuerzas que no tenía y consiguió apartarle de un empujón, de manera que hizo que se golpeará la cabeza contra la pared pegada a la cual se encontraba la cama. Olaf se quedó inconsciente entonces y Svetlana consiguió zafarse. Salió de la cama llorando a viva voz y jadeando. Le costaba respirar por culpa de la ansiedad y tuvo que sentarse en la silla un momento para recuperarse un poco. A continuación, se vistió lo más rápido que pudo, cogió una mochila, metió algo de ropa y las cosas más importantes que tenía y se marchó de allí a toda prisa. Aquella noche no durmió. Faltaban algo más de dos horas para que el comedor social abriera. Había decidido que ese día desayunaría allí, para luego irse a las clases de alemán y continuar más tarde con el resto de sus actividades diarias. Pero esas dos horas largas las pensaba pasar fuera de casa, en cualquier parte, y acabó sentada en un banco de un parque público, llorando, desesperada, hundida y humillada. En aquellos momentos, sentía que no podía más. Que prefería morir a tener que seguir soportando aquella vida. Si no fuera por el recuerdo de Iwan, sin duda se lo habría planteado completamente en serio, no solo de pasada, pero ese recuerdo era demasiado fuerte. Sin embargo, fue otra cosa lo que la sacó de la desesperación en la que se encontraba sumida en esos momentos. De repente, se acordó de que Ania se encontraba aquel día en Viena. De que debía haber llegado justo la tarde anterior, o al

menos eso le dijo la última vez que hablaron. De modo que se levantó del banco que ocupaba, hurgó en sus bolsillos hasta encontrar unas monedas y se dirigió a una cabina cercana. Sabía que no eran horas de llamar a nadie por teléfono, pero se trataba de una causa de fuerza mayor. Lo necesitaba. Lo necesitaba con toda su alma. No podía seguir así, tal cual se encontraba. No podía. En absoluto.

- Voy a por ti inmediatamente. No te muevas de donde estás.

La reacción de Ania fue justo la que ella esperaba y, poco rato después, en vez de en el comedor social, se encontraba desayunando en el bonito piso que aquella tenía en el centro de la ciudad. Fue durante dicho desayuno cuando Svetlana le contó, con pelos y señales, el infierno en el que estaba viviendo desde hacía ya casi tres años. Esta vez sí, se decidió por hacer lo que debería haber hecho mucho antes, ante la estupefacción de aquella mujer, que jamás pudo imaginar que las cosas hubieran podido llegar tan lejos. Y su reacción, una vez terminó de escuchar el relato de la otra, fue contundente.

- Me da igual lo que digas, Svetlana, pero, a partir de hoy, te vas a quedar en mi casa—. Le dijo, ante lo que la otra agachó la cabeza y permaneció en silencio—. Tienes que dejarte ayudar. No puedes seguir viviendo así. No puedo permitir que lo hagas. Sé que quieres valerte por ti misma, pero nadie tiene por qué aguantar lo que tú estás aguantando. Te quedarás aquí, esperaremos a que lleguen tus papeles y entonces veremos lo que hacemos.

Y eso fue lo que hizo Svetlana: dejarse ayudar. La mejor decisión que pudo tomar porque, a partir de aquel día, las cosas cambiaron de un modo drástico. Fue como un punto de inflexión. De repente, comenzó a rendir en las clases de alemán de una forma que nunca antes había conseguido y comprendió que no tenía un problema de falta de capacidad, sino, simple y llanamente, de agotamiento. Cuando relajó la mente y fue capaz de dormir bien dos o tres noches seguidas, sus progresos fueron extraordinarios y, apenas unas semanas después, era capaz de hablar aquel idioma con una soltura que ya dudaba que algún día pudiera llegar a tener. Eso le hizo recuperar, no ya solo el ánimo, sino también la autoestima. Y, sobre todo, la paz interior. Saber que, al concluir el día, podía volver a algo ya bastante más parecido a un hogar permitió que mirara la vida de otra manera. Le bastaron unos cuantos días de convivencia con alguien que la trataba con cariño para comprender que había estado a punto de perder la cabeza. Y también para asombrarse de su capacidad de resistencia. Le parecía increíble que hubiera podido soportar tanto. Ania tenía razón: nadie tiene por qué vivir así, pero ella lo había hecho durante demasiado tiempo y decidió sacar la parte positiva de todo aquello. Si había sido capaz de sobrevivir de esa manera, también lo sería casi de cualquier cosa que viniera en adelante.

Apenas dos meses después de aquel fatídico día, recibió la carta que tanto estaba esperando. Por fin, la autoridad competente le había concedido el asilo y le daba un plazo de un mes para personarse en la oficina correspondiente y obtener el documento oficial de identidad. Y lo primero que hizo, una vez lo obtuvo, fue ponerse a buscar

piso. Tenía que ser uno para ella sola porque había decidido que, si lo podía evitar, jamás en su vida volvería a compartir residencia con un desconocido. Ania le había ofrecido quedarse el tiempo que hiciera falta, pero Svetlana tenía una razón más para preferir salir de allí. Ania llevaba un tiempo saliendo con un hombre y ella se sentía muy incómoda porque sabía que no podían disfrutar de aquella casa como quisieran, al estar ella allí. Por supuesto, aquella mujer jamás hizo referencia al asunto. Y tampoco Svetlana se precipitó a la hora de buscar otra residencia. Pero sí que lo hizo con insistencia hasta que, por fin, encontró algo que encajaba en su reducido presupuesto. Se trataba de un estudio diminuto que se encontraba no demasiado lejos de donde trabajaba, de manera que tardaría muy poco en llegar a casa una vez terminada su jornada laboral, algo muy importante para ella porque cada vez le gustaba menos eso de tener que desplazarse por las noches, cuando no había apenas nadie por las calles. Aquel pequeño apartamento constaba solo de dos estancias: una principal que valía como cocina, sala de estar e incluso habitación, ya que allí había un gran sofá convertible en cama; y, aparte, el cuarto de baño. A Svetlana le pareció perfecto. Ella no necesitaba nada más. Allí tenía dónde cocinar, dónde guardar sus cosas, una mesa en la que sentarse a comer o a estudiar y un lugar donde dormir, ya que decidió dejar el sofá siempre en modo cama. Ania le había regalado un viejo sillón que tenía en su casa y que había decidido cambiar por otro más moderno. Prefirió hacer eso que tirarlo, de modo que Svetlana ya tenía un lugar cómodo en el que sentarse, sin necesidad de montar el sofá todos los días.

El primer día que entró en aquel piso, después de trabajar, se sentó en el sillón y las lágrimas comenzaron a escapárseles. La alegría que sentía era inmensa. Para ella, aquello significaba el primer triunfo personal desde que su nueva vida comenzó. Sabía que apenas le sobraría dinero cada mes después de pagar la renta y que, probablemente, tendría que seguir yendo muchos días al comedor social a hacer, al menos, una de las comidas. Aparte, también era consciente de que aquella iba a ser una residencia provisional. Que, en cuanto Iwan saliera de la cárcel, deberían buscar otro sitio porque allí no cabían los dos. No tenía ni idea de cómo lo harían ni de adónde irían, pero era algo evidente. Sin embargo, decidió que no iba a pensar en eso. Que solo había presente, únicamente. Nada más. Su único objetivo era sobrevivir día a día y estaba claro que, en aquel lugar, eso sería algo mucho más fácil de hacer.

Casi coincidiendo con su cambio de residencia, también decidió dejar de ir a clases de alemán. Ya no tenía sentido seguir haciéndolo. No es que lo hablara como si fuera nativa, ni mucho menos, pero sí sobradamente para vivir en aquel país sin que la lengua le supusiera el más mínimo problema. Llevaba ya allí más de tres años y, en los últimos meses, había hecho progresos tan grandes que los consideró definitivos. Además, se le había metido en la cabeza la idea de aprender eslovaco. Estaba convencida de que, tarde o temprano, volvería a Bratislava. Era su gran ilusión, lo que le daba la vida. Quería estar allí cuando Iwan saliera de la cárcel, aunque solo se

tratara de ir a recogerle y llevárselo de vuelta adonde fuera. Y quería sorprenderle hablándole en su primer idioma. Sabía que era una tontería, algo que, seguramente, no le valdría para nada, pero quería hacerlo. Meses atrás, había estado coleccionando los fascículos de un curso que se vendían en los kioscos de prensa. Aun no había tenido tiempo de ponerse con ellos y decidió que ya iba siendo hora. Que les dedicaría el que antes empleaba en estudiar alemán. Y que lo haría en su nueva casa, donde la tranquilidad y el silencio así se lo permitían.

Pero lo que de verdad le dio un vuelco total a su vida ocurrió poco tiempo después, cuando apenas llevaba un mes residiendo en su nuevo piso. Fue un día en el que Ania la llamó para quedar con ella y ofrecerle algo que sabía de sobra que aceptaría.

- ¿Te gustaría trabajar de enfermera para la organización?

Tuvo que repetirle la pregunta una segunda vez porque Svetlana apenas se podía creer lo que estaba escuchando. Ania llevaba tiempo con la determinación de buscarle un empleo mejor. Una vez la sacó de aquel piso en el que tan mal se encontraba, lo siguiente era el trabajo, pero esto le llevó bastante más tiempo. La empresa necesitaba una enfermera para unirse a un equipo que se dedicaba a la atención a domicilio de personas sin recursos y de otras que sí los tenían y pagaban para recibir una atención personalizada. Cobraría un sueldo considerablemente superior al de limpiadora y trabajaría durante el día, salvo una noche a la semana, en la que tendría que estar de guardia, así como un fin de semana al mes.

A partir de ahí, comenzó a vivir mucho mejor. Se acabó el volver a casa de noche, se acabaron los comedores sociales y hasta se acabaron los fascículos del curso de eslovaco, porque ahora ganaba lo suficiente para pagarse las clases y también para una de sus grandes obsesiones: ahorrar. Que viviera solo pensando en el presente no significaba que no fuera consciente de que cuando Iwan saliera de prisión, necesitarían dinero para que él pudiera reengancharse a la vida en libertad. Aquella misión que asumió más de tres años atrás consistía en eso: en preparar el terreno para cuando él volviera. Lo primero que iban a necesitar era dinero y, por fin, ella estaba en disposición de ir consiguiéndolo.

Pero lo que no pudo evitar esa mejora evidente en su vida fue el desencanto. La decepción. Prácticamente desde que nació, había estado rodeada de personas que luchaban por un cambio en Rusia, en su país de origen. Un cambio que pasaba por tumbar el comunismo y adquirir el modo de vida occidental. Occidente era el modelo de sociedad al que aquellos disidentes aspiraban. Iwan era el mejor ejemplo, con su sueño de huir al otro lado alguna vez en su vida. Y ahora que ella se encontraba en ese otro lado, estaba comprobando que no era oro todo lo que relucía. Ni mucho menos. Tanto era así que, en muchas ocasiones, echaba de menos la vida que había tenido hasta que se vio obligada a marcharse de su tierra. Probablemente fuera porque había sido educada de cierta manera y no era capaz de cambiar su forma de ser y de afrontar las cosas, pero lo cierto era que no le gustaba Austria. No le gustaba la manera de vivir

de aquellas gentes, su afán por aparentar, por acaparar objetos inútiles y por despreciar a quienes no eran como ellos. Se dio cuenta de que los austriacos la miraban por encima del hombro por ser inmigrante. Por no ser una de ellos. Como si el hecho de haber nacido en un lugar o en otro fuese un mérito o un demérito personal, dependiendo de dicho lugar. Hasta entre las personas más pobres a las que atendía en su nuevo trabajo, había quienes la trataban como si fuera su sirvienta, cuando no tenían para pagarse una de verdad. Aquello no era lo que le prometieron. No era lo que se suponía que tenía que ser. Tenía sus cosas buenas, sobre todo el hecho de poder aspirar a mejorar en la vida sin los topes que los propios estados imponían en la parte oriental. Esa libertad de la que gozaban en aquellos países y que era negada en los otros. Pero, luego, estaba la parte mala. La parte muy mala, que hacía que la vida fuera muy diferente a como creían tantos y tantos en los países comunistas. No, aquello no era como le habían dicho y llegó a un punto en el que dejó de creer. Dejó de tener ideales y decidió centrarse en ella misma y en lo que más le convenía. Poco importaba vivir en un sitio o en otro, en una sociedad o en otra. Al final, ninguna de ellas era mejor de por sí, y eso suponía una decepción, hasta el punto de no estar segura de si merecía la pena arriesgar la vida para huir al otro lado. Seguramente, habría gente que pensaría lo contrario, pero esa era la conclusión a la que había llegado ella después de los años que llevaba residiendo allí.

A lo largo del año que siguió tras su cambio de empleo, la vida de Svetlana se volvió tranquila y rutinaria, cosa que ella agradeció. El tiempo pasaba, lenta, pero inexorablemente, y ya quedaba menos de uno para que se cumpliera el quinto año desde que Iwan entró en prisión, momento a partir del cual, Dieter, como abogado, podía empezar a reclamar su salida. La chica había encontrado, por fin, una estabilidad en la que sentirse segura. Vivía en un sitio cómodo y agradable, tenía un trabajo que le gustaba, porque siempre le agradó ayudar a la gente, por mucho que algunas personas la trataran con cierto desdén, y, gracias a la vida tan sencilla que llevaba, no tenía problemas económicos. Pero, aunque ella no lo supiera, un nuevo vuelco estaba por venir y se confirmó cierto día de verano de 1988, cuando Ania, una de tantas veces en las que quedaba con ella, le hizo un ofrecimiento que abrió una nueva puerta a través de la cual avanzar.

- Necesitamos traer desde Bratislava a una persona que, físicamente, se te da cierto aire-. Le dijo-. Y me preguntaba si te importaría ayudarnos para hacerlo del mismo modo que lo hicimos contigo-. Svetlana se quedó callada, sorprendida por lo que acababa de escuchar, y Ania se vio en la necesidad de seguir hablando, suponiendo que aquello era algo que a la chica no le era fácil de digerir-. Sé que no te debe gustar demasiado la idea de volver al otro lado, una vez que estás establecida aquí, pero ahora eres una persona muy diferente a la que eras cuando fuiste tú la que pasaste. Hablas bien alemán, te vas defendiendo con el eslovaco, trabajas para nuestra empresa..., en verdad, ya eres como una compañera cualquiera de tantas que van y

vienen continuamente desde Bratislava. Además, estos servicios se pagan muy bien y...

- Me encantaría, Ania—. La interrumpió, para enorme sorpresa de la otra. Era evidente que aquella mujer no se esperaba tal respuesta.

- ¿Te encantaría? ¿En serio?

- En serio. Me encantaría. No ya solo por poder devolvarte algo de lo muchísimo que me has dado, sino también porque Iwan está allí. Sé que no puedo visitarle, pero solo la idea de estar tan cerca de él..., me encantaría volver. Siempre quise volver. Desde el primer día.

Y fue así como Svetlana regresó a Bratislava cuatro años después de salir de ella de modo clandestino. Esta vez, las cosas fueron diferentes. Esta vez, hizo el viaje con total seguridad, sin ningún tipo de inquietud ni incertidumbre, y, en compañía de Ania y de otras dos personas, cruzó los puestos fronterizos con un visado de una semana, aunque no sería hasta quince días después cuando regresaría, ya que el pasaporte falso que portaba sería el que se llevaría de vuelta la persona a la que tenían que sacar. Alguien más entraría a continuación para que ella pudiera salir y así continuar con esa cadena que nunca acababa.

La estancia en Bratislava fue muy agradable. A pesar de alojarse en el mismo lugar en el que estuvo escondida años atrás, y de ver a las mismas personas, sus sensaciones fueron completamente diferentes. Allí continuaba Erika, que la recibió con un gran abrazo y una enorme sonrisa.

- Me acuerdo de ti perfectamente—. Le dijo, al ver que Svetlana se sorprendía por recibir un trato tan cercano—. Te cogimos mucho cariño el tiempo que estuviste aquí. Eras tan jovencita y se te veía tan sola y tan asustada. Ahora tienes un aspecto extraordinario y me alegro mucho por ti.

No fue la única persona a la que conoció en su momento y con quien volvió a coincidir en aquellos días. Al fin y al cabo, aquella era la sede de la empresa para la que trabajaban. Y todos la trataron de igual manera. A Franz y a Erwin les vio al día siguiente, y también a Elsa, la mujer a la que suplantó para poder salir de Checoslovaquia y que también se encontraba por allí.

- Con el pelo rizado te pareces menos a mí, pero estás más guapa—. Le dijo a modo de cumplido, que no lo fue tanto, porque, en los días posteriores, mostró mucho interés por ella y llegaron incluso a salir a tomar cafés por el centro de la ciudad en algún que otro rato libre que tuvieron.

Pero el momento cumbre fue cuando apareció Dieter y Svetlana se lo llevó a un lugar apartado para pedirle algo en lo que llevaba días pensando.

- Quiero acompañarte el próximo día que vayas a ver a Iwan—. Le pidió, ante lo que aquel hombre, por el gesto que puso, pareció sentirse incómodo y tardó unos segundos en pensar en algo que responder a aquella petición.

- Yo no tengo ningún inconveniente en que vengas conmigo,— le aseguró,— pero debes saber que no puedes entrar a visitarle. Me sabe muy mal decírtelo, pero las

visitas están muy restringidas, las vigilan mucho y en su expediente pone que es una persona sin familia ni allegados. ¿Cómo explicamos que, de repente, surge alguien nuevo que va a verle, aparte de su abogado? Sería muy sospechoso y yo no quiero ponerlos en riesgo.

- Sé perfectamente que no puedo verle, Dieter—. Respondió la chica al momento—. Yo lo único que quiero es saber dónde está, ver el lugar, no sé..., sentir su presencia, su cercanía..., puede que te parezca algo tonto, pero para mí sería muy importante.

Al escuchar aquellas palabras, Dieter relajó completamente el gesto y sonrió a la chica con ternura.

- No, no es algo tonto. Es natural, yo también lo querría si estuviese en tu lugar y estaré encantado de que vengas conmigo. No te preocupes. Me inventaré cualquier motivo para solicitar una visita en estos días y te llevaré.

Y así lo hicieron. Unos días después, Dieter fue a buscarla en su coche y, juntos, se dirigieron al centro penitenciario en el que estaba ingresado Iwan, en la misma ciudad de Bratislava. Una vez allí, aparcaron en una de las calles cercanas e hicieron a pie el poco camino que les restaba. Y ya en la puerta, antes de entrar, Dieter se volvió hacia ella y le dijo que le tendría que esperar allí.

- Tardaré una media hora. Puedes darte una vuelta por la zona, pero no te alejes mucho, por favor.

- En media hora me encontrarás justo aquí, no te preocupes.

A Svetlana la temblaban las piernas mientras caminaba lentamente alrededor de aquel enorme edificio. Estaba absolutamente emocionada y le daba una rabia tremenda no poder ver a Iwan, teniéndole tan cerca. Pero es que el hecho de tenerle tan cerca era emocionante de por sí para ella. Casi mágico. Era consciente de que estaba ahí, en alguna parte, detrás de aquellos muros. Posiblemente, en algún momento de su paseo, fueran únicamente ellos quienes les separaran. Y aunque sabía de sobra que aquello no era más que una tontería, sentía su presencia, y eso era algo que le colmaba de paz. Que le daba sentido a su vida. Ahí, tras esas paredes, se encontraba el motivo y la razón de todos sus esfuerzos. No eran esfuerzos baldíos. Todo tenía su explicación, su porqué, y ya no faltaba tanto para poder recibir su recompensa. Las lágrimas le brotaban a la vez que sonreía. Era feliz allí. Casi completamente feliz, y la diferencia con la plenitud se encontraba en el interior de aquel recinto. Bastaba esperar un poco de tiempo más para que saliera y alcanzarla. Un poco de tiempo más. Solo eso, que era mucho, pero infinitamente menos que lo que ya llevaba esperado. Ver el final tan cerca le llenó de fuerzas para seguir luchando. Y el hecho de estar allí, de sentir casi físicamente el motivo de dicha lucha le relajó el espíritu por completo. Un rato antes, mientras esperaba que Dieter llegara y, sobre todo, durante el trayecto hasta a aquel lugar, había sentido nervios e inquietud, pero ya no. En aquel momento, no. En aquel momento, se encontraba tranquila e ilusionada y, una vez le dio la vuelta completa al edificio, se sentó a disfrutar de esas sensaciones en un banco que había justo enfrente

de la entrada de la prisión, al otro lado de la calzada de la calle en la que se encontraba. Si fuera posible, estaría dispuesta incluso a permanecer allí el tiempo que quedara hasta que Iwan saliera. Sonreía, no lo podía evitar, y entonces supo que había sido una magnífica idea acercarse hasta aquel lugar. Hasta ese momento, no lo había tenido del todo claro. De antemano, no sabía qué sentiría al estar allí y temía derrumbarse o venirse abajo. Pero no. Nada de eso ocurrió. Aquella paz era la mejor muestra de ello.

Cuando vio a Dieter salir por el portón de aquel edificio, se levantó del asiento que ocupaba para cruzar la calle e ir a su encuentro, pero aquel, al verla, le indicó con un gesto que se esperara y fue él quien lo hizo para llegar hasta ella. Entonces, la miró con cariño, la agarró por los hombros y le dio un sonoro beso en la mejilla.

- Esto es de su parte-. Le dijo, ante lo que a la chica se le volvieron a escapar las lágrimas y no pudo evitar ponerse a llorar como una niña pequeña. Dieter la abrazó entonces para que pudiera desahogarse.

- Muchas gracias, Dieter-. Le decía mientras se refugiaba en ese abrazo-. Muchas gracias. Esto es muy importante para mí y te lo agradezco mucho.

- Yo soy feliz ayudándoos. No tienes que agradecerme nada.

- ¿Cómo está?-. Le preguntó a continuación, una vez se separó de él.

- Me ha pedido que te diga que le esperes-. Le contestó con una sonrisa.

- Y supongo que le habrás dicho que le voy a esperar siempre.

- Por supuesto. ¿Y sabes algo más? Le has alegrado el día con tu visita, Svetlana, aunque no te haya podido ver. El día, la semana, el mes..., le has alegrado la vida. Él está bien, te lo aseguro. Vive bien, dentro de sus circunstancias, no tiene problemas con nadie, ha hecho amistades y tiene con quien hablar. Pero los días ahí dentro son monótonos y aburridos. El tiempo pasa muy lento porque nunca ocurre nada. Todos los días son iguales, hay poco con lo que entretenerse y cualquier cosa extraordinaria que pase es un acontecimiento. Y esto de hoy, para él, es más que eso incluso. Está ilusionado, le has multiplicado los motivos para seguir aguantando. Le has hecho feliz, Svetlana, y eso es maravilloso. Me alegro mucho de que hayas tenido la idea de venir y de haberte traído.

Y justo así era como ella se sentía: feliz. Como nunca lo había estado desde hacía años y años. Y así se mantuvo durante el resto de días que pasó en Bratislava. Días en los que estuvo trabajando, ya que se dedicó a echar una mano a los compañeros que, en aquel lugar, se encargaban de lo mismo que ella en Viena: visitar a gente sin recursos que necesitaban ayuda y atención médica.

- Aquí falta gente como tú-. Le dijo uno de ellos en un momento dado-. Necesitamos enfermeras, hay muy pocas y nos cuesta encontrar a personas dispuestas a hacer este trabajo.

Y eso se notaba. El comportamiento que aquella gente estaba teniendo con ella nada tenía que ver con lo que tenía que soportar día tras día en Austria. Allí se sentía

alguien importante y se encontraba en su salsa, con gente sencilla y humilde que se mostraba amable con los demás. Sin la petulancia y los aires de grandeza que tantas y tantas personas gastaban al otro lado de la frontera. Allí era distinto, tal y como lo recordaba de la otra vez que estuvo en aquel lugar, en unas condiciones tan diferentes. Probablemente porque ellos mismos lo habían pasado mal o habían sido testigos directos de cómo otra gente lo hacía. Y eso creaba un ambiente, una forma de trabajar y de comportarse, que se acababa convirtiendo en costumbre y lo condicionaba todo. Ella misma procuró ser lo más cercana y cariñosa posible cuando conoció a la chica que la iba a suplantar para poder salir de Checoslovaquia. Se reconoció en ella unos años atrás, mucho más allá del parecido físico, consecuencia de la caracterización a la que había sido sometida. Se vio a sí misma en esa mirada medrosa y en esa inquietud que hacía que no tuviera ánimos ni para entablar una conversación, por mucho que procurara ser amable con quienes tan amables estaban siendo con ella. Se encontraba en el mismo lugar que en aquel entonces, durmiendo en el mismo sitio, compartiendo el día a día con la misma gente, todo era igual, salvo que la persona que estaba huyendo solo apareció por aquel refugio el último día.

- Desde lo ocurrido con Iwan, cambiamos de estrategia-. Le había explicado Ania-. Ahora tenemos un lugar donde ocultar a gente en problemas fuera de Bratislava, pero muy cerca, de manera que no las traemos aquí hasta estar seguros de que no hay riesgos.

Y así lo hicieron con Ludmila, que así se llamaba la mujer a la que estaban ayudando a escapar y que también era de origen ruso, como ella.

- No debes dejarte dominar por el miedo-. Le aconsejó Svetlana el día antes de que partieran-. Límitate a interpretar tu personaje, que del resto ya se han encargado las personas que te están ayudando. Yo pasé por lo mismo que tú, exactamente por lo mismo, y todo fue fenomenal. Sé que no es fácil, lo sé perfectamente, pero te aseguro que no vas a tener ningún problema.

En verdad, se sentía orgullosa de poder adoptar el papel que en su día tuvo Elsa para con ella. De poder ayudar a aquella muchacha de igual manera que otros la ayudaron a ella en su momento. Era como si estuviera pagando una deuda que tenía con la vida. Como aplicar el ideal de cambiar el mundo, empezando por lo más bajo: por echar una mano a las personas que el sistema que regía dicho mundo dejaba de lado. Personas necesitadas las había en todas partes, pero la situación de estas era mucho peor en ese lado de la frontera que en el otro, y Svetlana sentía que su aportación era más necesaria ahí que allá. Por eso, cuando, días después, hizo el camino de vuelta a Viena, solo pensaba en que regresaría a Bratislava en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. Igual que la otra vez, pero con más motivos. Con nuevos motivos que añadir al principal: al que ya tenía en aquella otra ocasión.

Y la oportunidad le llegó bien pronto. En efecto, la necesidad de médicos y enfermeros era flagrante al otro lado de la frontera y en la sede de la empresa en Viena

se publicaban ofertas para quienes trabajaban en Austria, de manera que ofrecían incentivos especiales para los que aceptaran pasar una temporada echando una mano en Bratislava. A poca gente le apetecía cruzar el Telón de Acero, aun con todas las garantías posibles, y por eso pagaban bien a quienes aceptaban esas propuestas. Svetlana no sabía nada de aquello. Estaba tan centrada en vivir su presente que se limitaba a cumplir con su trabajo y volver a casa al terminar, sin hacer caso de nada más. Y sus compañeros nunca le dijeron nada porque todos suponían que lo último que aceptaría una persona que había arriesgado su vida para huir de los países orientales sería volver a uno de ellos, por mucho que pagasen. Pero se equivocaban. Se equivocaban de plano y en cuanto conoció aquella posibilidad, presentó su solicitud, la cual fue aceptada de inmediato.

Así, durante el año que siguió, Svetlana viajó de Viena a Bratislava y viceversa en multitud de ocasiones. Alguna vez más lo hizo de modo clandestino, ayudando a Ania en sus gestiones para sacar a gente de Checoslovaquia, pero en la mayoría de los casos lo hacía de forma legal, para trabajar de enfermera en el otro lado. De esa manera, aparte de ganar mucho más y de poder ahorrar bastante, comenzó a disfrutar de su profesión, porque la gente con la que trabajaba, tanto compañeros como pacientes, sí que la valoraba y trataba con la misma amabilidad que ella llevaba a gala en su forma de comportarse. Allí se sentía bien, se encontraba a gusto, estaba haciendo incluso amistades, cosa de la que había sido incapaz en Viena, y, para colmo, estaba cerca de Iwan. Porque eso era lo más importante, a aquellas alturas, para ella. Cada vez que se encontraba en Bratislava y tenía tiempo libre, salía de la residencia, cogía un autobús y se dirigía a la parte de la ciudad en la que estaba el centro penitenciario. Y una vez allí, se daba una vuelta por los alrededores, para acabar sentada un lugar cercano desde el cual poder ver el edificio. Y si el clima lo hacía posible, allí se quedaba todo el rato que podía. Solía llevarse un libro para simular estar leyendo, aunque, en verdad, no lo hacía. Se limitaba a estar allí y disfrutar de aquella paz que sentía en aquel lugar desde la primera vez que acudió a él en compañía de Dieter. Era lo más cerca que podía estar de Iwan, la mejor manera que conocía de sentir su presencia, y le hacía feliz pensar que también la sentía él desde detrás de aquellos muros.

- Yo no sé lo que él siente o deja de sentir, pero te aseguro que sabe que vienes por aquí a estar con él, aunque no podáis veros—. Le dijo Dieter en cierta ocasión—. Lo sabe porque yo se lo he dicho, y no te quepa duda de que le haces muy feliz haciéndolo.

Y, para ella, eso era lo máximo. Y no hacía más porque no había nada más en su mano que poder hacer. Cada día que pasaba, se encontraba mejor. Más ilusionada. Faltaba ya tan poco para que se cumpliera el quinto año. Tan poco. A veces, miraba atrás y le parecía increíble haber sido capaz de aguantar tanto para poder llegar hasta ese punto en el que se encontraba. Y se enorgullecía por haber encontrado la forma de sobrellevarlo todo. Por haber logrado encontrar la estabilidad. En aquellos días, se sentía segura de sí misma y capacitada para seguir adelante. Consideraba que había

cumplido su misión, que ya estaba preparada para acoger a Iwan y ayudarle a establecerse una vez fuera de la cárcel. Tenía un lugar donde hospedarle, aunque fuera pequeño, tenía dinero y un buen trabajo con el que conseguir más, el que hiciera falta, y así poder vivir sin problemas hasta que él consiguiera asentarse. Sabía todo lo que había que hacer, o conocía a las personas a las que recurrir si algo se le escapaba por la razón que fuera. En definitiva, tenía un entorno estable y feliz que ofrecerle, aunque había un pero. Como en casi todo en la vida, había algo que no cuadraba del todo. Lo percibía claramente cada vez que tenía que abandonar Bratislava y volver a Viena, hasta el punto que, en un momento dado, decidió afrontar ese asunto con valentía y ponerle una solución.

Fue una tarde de finales de primavera de 1989. Se encontraba en Bratislava desde hacía ya dos meses. Desde el mismo momento en el que Iwan cumplió los cinco años en prisión y Dieter presentó la primera solicitud para que su caso se revisase y le dejasen salir de la misma, tal y como permitía la sentencia que en su día emitió el juez. Le habían concedido un visado de tres meses, el tiempo máximo que consiguió que le dieran, con la esperanza de que, en ese plazo, se produjera la excarcelación. Esperanza que resultó bastante ingenua, ya que, dos meses después, no había habido respuesta, a pesar de la insistencia del abogado, ni había razón para que la fuera a haber en breve.

Durante ese tiempo, Svetlana reflexionó mucho sobre eso que le rondaba la cabeza desde hacía ya tiempo y, finalmente, se decidió a plantearlo de una manera seria. A sacarlo de sus pensamientos para tratar de llevarlo a la realidad. Por eso, aquella tarde, quedó con Ania y con Dieter para tomar un café y contárselo. Para que ellos lo supieran y la orientaran.

- Quiero quedarme en Bratislava definitivamente-. Les confesó, para gran sorpresa de ambos-. No quiero volver a Viena. Supongo que esto es algo muy decepcionante para ti-. Continuó, dirigiéndose expresamente a Ania-. Has hecho tanto por mí para que me establezca en Viena y ahora voy yo y te lo pago de esta forma, pero aquí soy feliz y allí, no. Y, al fin y al cabo, se trata de mi vida.

Ania no reaccionó al momento, sino que se quedó boquiabierta durante unos segundos, mirándola, sin saber qué responder. Luego, volvió la cabeza y observó a Dieter, que parecía igual de sorprendido que ella, para, finalmente, decidirse a decir algo.

- No, cariño, eso no es así-. Le aseguró con dulzura, cogiéndole una de las manos-. Yo no te he ayudado para que te establezcas en Viena, sino para que estés bien. A mí me da igual el sitio, mientras tú estés bien. Te ayudé en Polonia en su momento. Y en Checoslovaquia. Y, luego, te llevé a Viena porque tu vida corría peligro y esa ciudad era un lugar seguro para ti, pero no porque yo tenga intención de que te quedes allí. Y ahora que estás completamente a salvo, puedes hacer lo que quieras, que yo te seguiré ayudando si está en mi mano.

- Es que no estoy bien allí-. Se justificó la chica-. No tanto como aquí, me refiero.

Desde la primera vez que volví a Bratislava, el año pasado, lo tuve claro. Siento que este es mi sitio, aquí soy feliz, me siento identificada con la manera de ser de la gente. Supongo que es porque me he criado de una forma muy distinta que vosotros, en un país muy diferente, y no soy capaz de terminar de adaptarme. No me gusta Viena. Lo único que me gusta de aquello sois vosotros dos, pero vosotros pasáis más tiempo aquí que allí.

Aquel comentario provocó la sonrisa de Dieter y Ania, y fue el primero quien tomó la palabra a continuación.

- En eso tienes toda la razón del mundo—. Le dijo, para entonces volver a ponerse serio—. El gran problema que tendrías que te quedaras sería que perderías los derechos que has adquirido allí. El de asilo y el de la nacionalidad, que podrías solicitar una vez pasaran cinco años desde que se te concedió el primero. También es verdad que, teniendo un contrato de trabajo, puedes volver a pedir, no ya asilo, sino permiso de residencia en cualquier momento. Y comenzar el proceso de nuevo. Sea como sea, eso es lo primero que tendrías que hacer aquí si te quedas. Pero ya te digo que, con el respaldo de una empresa que te tiene contratada, eso no es más que un mero trámite. Una formalidad.

- ¿Y a vosotros os parecería una barbaridad?— Les preguntó entonces, en un intento de reafirmar su decisión. Los otros dos se quedaron en silencio unos segundos y, finalmente, fue Dieter quien volvió a tomar la palabra.

- La decisión es cosa tuya, pero una barbaridad no es. De hecho, yo vivo aquí, no en Austria, ¿qué te voy a decir? Lo que pasa es que yo tengo la nacionalidad austriaca. Y la ciudadanía, claro. Tú, no. Tu nacionalidad y tu ciudadanía es rusa, soviética, y no creo que se te pase por la cabeza volver a tu país. El único inconveniente que le veo a tu decisión es que tardarás más en obtener una segunda nacionalidad, pero eso no te afectaría en tu día a día.

- Tú haz lo que tengas que hacer, Sveta—. Le dijo entonces Ania—. A nosotros nos vas a tener cerca siempre porque, como tú dices, estamos casi todo el tiempo aquí y, en todo caso, Viena está a menos de dos horas de coche, incluyendo los trámites de aduana.

Svetlana sonrió abiertamente al escuchar aquellas palabras.

- Y yo os lo agradezco mucho. Eso sí, antes de decidirme del todo, me gustaría saber qué opina Iwan. Al fin y al cabo, es algo que acabará por afectarle a él y no es justo que lo haga sin consultarle antes.

- De eso me encargo yo—. Aseguró Dieter de inmediato—. No te preocupes, que yo se lo comentaré y te diré lo que piensa.

Y la respuesta de Iwan a aquella cuestión fue contundente: le daba igual. Le daba absolutamente igual el sitio en el que vivir en el futuro. Lo único que le importaba era salir de allí y reencontrarse con Svetlana. De alguna manera, en aquellos duros años, le había ocurrido lo mismo que a la chica: había perdido sus ideales. Ya no tenía mayor

ambición que vivir tranquilo al lado de gente querida. Sin más. Los años en la cárcel habían acabado con sus principios y su carácter rebelde, y aquel sueño de cruzar a Occidente había dejado paso a un planteamiento de vida mucho más pragmático. La felicidad no la da el lugar, sino la compañía. Él llevaba más de cinco años absolutamente solo, encerrado en una cárcel. Cualquier cosa era mejor que eso y, una vez al lado de Svetlana, todo lo demás era secundario. Así se lo dijo a Dieter y así se lo expresó este a la chica, para que esta tomara definitivamente su decisión.

Diez meses habían pasado desde aquella conversación que hizo de preámbulo de la decisión definitiva de Svetlana de irse a vivir a Bratislava. Diez meses de intensa espera, de paciencia, de expectación, de exasperación y hasta de desesperanza porque la resolución de la solicitud que Dieter presentó para que se estudiara el caso de Iwan y procedieran a su excarcelación no llegaba. Hasta que, una semana antes de aquel día, recibió la llamada del abogado para darle la gran noticia. Por fin, la gran noticia.

- ¡El lunes, Svetlana!- Exclamaba Dieter al otro lado de la línea, presa de la emoción-. El próximo lunes le sueltan. El doce de marzo. Por fin. ¡Enhorabuena! No sabes cómo me alegro por vosotros.

Y el lunes, el doce marzo, había llegado. Seis años, tres semanas y un día después, el momento más esperado había llegado. Y allí estaba ella, limpiando y recogiendo la cocina de su flamante nuevo piso, después del desayuno que acababa de tomar, y secándose las lágrimas a la vez. Estaba inquieta, nerviosa, casi histérica. Y feliz. Inmensamente feliz. Tanto, que no podía evitar llorar y reír a la vez, mientras era incapaz de centrar su atención en una sola cosa y hasta le temblaban las manos por la excitación del momento. Un rato después, Dieter aparecería por allí para recogerla e ir juntos al centro penitenciario. Y, una vez llegaran, él entraría para arreglar el papeleo mientras ella tendría que esperar fuera a que todo terminara. Y cuando todo terminara, Iwan atravesaría el gran portón de salida y toda aquella pesadilla tocaría a su fin después de tanto tiempo. Y ella sentía un nudo en la garganta porque no veía el momento de reencontrarse con él, de abrazarle, de besarle y de traérselo de vuelta para no separarse de él nunca más. Pero eso sería más tarde. Aún faltaba un rato y tenía tiempo de darle una última vuelta a su casa y asegurarse de que todo estaba en perfecto estado para cuando volviera, ya con él a su lado.

Llevaba cinco meses viviendo allí y cada día que pasaba, le gustaba más. Antes, se había tenido que conformar con dormir en las habitaciones del sótano de la sede de la empresa en Bratislava, en tanto en cuanto acababa de arreglar su permiso de residencia. La burocracia en aquellos países era lenta hasta casi acabar con la paciencia de cualquiera, pero, dentro de lo que cabía, sus asuntos se resolvieron con cierta celeridad. Luego, se dispuso a buscar casa, y lo hizo sin precipitarse porque estaba convencida de encontrar algo que de verdad le gustase. Pensaba en el futuro. Ahora ya sí, pensaba en el futuro. Pensaba en la casa que iba a compartir con Iwan y no

podía ser cualquier cosa. Merecía la pena tener paciencia y esperar a encontrar la idónea, hasta que por fin la halló. Se trataba de un piso situado en una zona agradable de la ciudad, cerca de la sede de la empresa en la que trabajaba, aunque ni mucho menos en un barrio tan lujoso. Constaba de una gran estancia principal, a la que se accedía directamente desde la entrada, dos habitaciones, cocina y baño. Cuando se lo dieron, estaba completamente vacío, y, poco a poco, lo había ido amueblando y decorando. En aquellos días, consideraba que ya lo tenía terminado, completamente a su gusto. Adoraba aquel lugar. Lo tenía limpio y cuidado hasta el más mínimo detalle, y ello resaltaba con lustre por tratarse de un piso muy luminoso. Se pudo permitir hacerlo de ese modo, tan a su gusto, porque había ahorrado una importante cantidad de dinero en los dos últimos años. Le sobró bastante, a pesar de todo. Aunque su sueldo en Checoslovaquia era inferior al que cobraba en Austria, en la práctica ganaba más porque los precios y el nivel de vida en Bratislava eran infinitamente inferiores a los de Viena. Además, ella seguía una vida muy sencilla, por lo que no tenía ningún problema económico.

No se arrepentía de haber tomado la decisión de quedarse a vivir allí definitivamente. Ni mucho menos, todo lo contrario. De hecho, si uno de los grandes problemas podía ser que Checoslovaquia era un país comunista, con todo lo que ello conllevaba, y Austria, no, esa diferencia parecía haber desaparecido también, debido a lo ocurrido en aquella nación en los últimos meses: desde que a finales del año anterior, en Noviembre, los alemanes de Berlín derribaron el muro que dividía la ciudad en dos partes y ese hecho tan simbólico tuviera grandes repercusiones en el resto de países del bloque oriental. La noticia no fue difundida por los medios de comunicación, controlados por el gobierno, pero corrió como la pólvora. Y durante el mismo mes de Noviembre, hubo en Checoslovaquia importantes manifestaciones y disturbios, alentados por los cambios que lo ocurrido en Berlín provocaron en las naciones de alrededor, de manera que antes de que acabara el año, el gobierno había caído y el poder fue asumido por la oposición. Por la disidencia. A aquellas alturas, cuando no habían pasado tres meses de dicho cambio, ya se hablaba de elecciones libres para el verano. Y lo más importante era que Moscú no había movido un dedo, cuando en todos los países satélites de la Unión Soviética habían ocurrido cosas semejantes. Parecía que el cambio definitivo para convertirse en sociedades libres se estaba produciendo. Eso por lo que tanta gente luchó durante tantos años. Por lo que tanta gente murió. Svetlana había perdido sus ideales, pero no podía dejar de sentirse inmensamente satisfecha porque sus tíos o el padre de Iwan estaban entre esa gente que murió por lo que creía. Por lo que se estaba produciendo en esos días.

La llegada de Dieter la sacó de sus pensamientos de un golpe e hizo que el nerviosismo casi histérico volviera. Había llegado la hora y una sonrisa de felicidad absoluta se asomó a su rostro. Apenas era capaz de creérselo y, durante el trayecto, no pudo evitar que la mente se le fuera atrás en el tiempo para recordar todo aquello por

lo que había pasado, como si se tratara de una secuencia de imágenes discurriendo a toda velocidad. Iban en silencio, ninguno de los dos hablaba, pero, cada tanto, Dieter giraba la cabeza para mirarla y le sonreía con profundo cariño. La enorme satisfacción que sentía aquel hombre era evidente y Svetlana le devolvía el gesto porque percibía tal hecho a la perfección. Le estaba tan agradecida. De no haber sido por él, no quería ni imaginar qué hubiera pasado con ellos. Sobre todo con Iwan, ya que, no solo consiguió que se quedara en Bratislava para cumplir una pena infinitamente inferior a la que podría haber sido, sino que, luego, durante años, fue su nexo de unión con el mundo, con la vida fuera de la cárcel. Y con ella, por supuesto. Y todo lo hizo con esa encantadora amabilidad que le caracterizaba y que le convertía en un hombre adorable, al menos a sus ojos.

La tarde anterior, había estado con él en una pequeña fiesta que organizó en su casa para celebrar la inminente llegada del día más esperado. Con él y con Ania, claro, la cual se llevó casi todo el rato abrazándola y dándole la enhorabuena. Se la veía, más que contenta, emocionada. Si a Dieter le tenía mucho que agradecer, lo de Ania era ya punto y aparte. Y no recibió más de ella porque, durante mucho tiempo, en sus primeros años en Viena, no le contó con detalle lo mal que lo estaba pasando. Svetlana sentía, verdaderamente, que le debía la vida, pero aquella mujer pasaba de puntillas por todo eso. Como quitándole importancia a sus actos y limitándose a compartir sus alegrías y sus penas.

No fueron ellos dos los únicos que acudieron. También estuvieron otros compañeros de trabajo con quienes la chica había estrechado lazos, así como Erika, la conserje del edificio de la empresa en Bratislava y con quien tan bien se llevaba. Y Elsa, con quien Svetlana había hecho amistad durante el tiempo que llevaba allí. Quién se lo hubiera dicho el día en que la conoció, la tarde antes de huir hacia Viena, seis años atrás. Y lo que más le llamaba la atención era que, aparte de Dieter y Ania, ninguna de las otras personas había conocido a Iwan y estaban allí por ella. Solo por ella y por el cariño que le tenían. Como para no emocionarse.

Como siempre solía hacer, Dieter aparcó el coche en una de las calles adyacentes e hicieron a pie el resto del trayecto hasta el centro penitenciario. Y cuando llegaron a la puerta, el abogado se giró hacia ella y le ofreció una gran sonrisa.

- Espera aquí fuera, no creo que el asunto se demore demasiado. Si hay algún problema y veo que vamos a tardar más de la cuenta, saldré a decírtelo para que lo sepas. Y si no..., yo me quedaré dentro a arreglar otras cosas pendientes que tengo y os dejaré solos, que es como supongo que querréis estar. Disfrutad y no me esperéis. Ya tendremos tiempo de reunirnos todos.

Y dicho eso, entró en aquel recinto y dejó a Svetlana sola, con su nudo en la garganta, con los nervios haciendo estragos en su estómago y con la impaciencia natural de alguien que se encuentra en una situación semejante. Lo primero que hizo la chica, entonces, fue cruzar calle y sentarse en el banco que había justo enfrente del

portón de entrada al edificio en el que se encontraba la prisión. El mismo lugar en el que esperó a que Dieter saliera la primera vez que fue con él a aquel lugar. Aquel día, sería Iwan quien lo hiciese y a la chica aun le costaba acabar de creerse que, por fin, después de tanto esperar, eso iba a ser así. La inquietud que tenía era terrible, casi insoportable, y decidió que tenía que pensar en algo para distraerse y que el tiempo pasara más rápido. Y lo que se le vino a la cabeza fue una llamada que recibió un par de días atrás y que le sorprendió muchísimo. Se trataba del mismísimo Czerwiek, el gran disidente polaco que fue amigo de sus tíos y que les posibilitó la salida de Polonia cuando estaban huyendo, seis años atrás. No había vuelto a saber nada de él, aunque era consciente de que siguió trabajando con Ania durante todo aquel tiempo, y escucharle al otro lado de la línea le hizo mucha ilusión, sobre todo porque sabía el cariño que él y Iwan sentían el uno por el otro.

- Sé lo que os ocurrió y os he tenido presentes todo este tiempo—. Le aseguró aquel hombre—. Ojalá hubiera podido hacer algo por vosotros. Si algo así os hubiera pasado dentro de mi ámbito de actuación, os habría ayudado con todo lo que estuviese en mi mano. Me alegro mucho de que todo haya acabado. Por él y también por ti. No os merecéis esto que os ha ocurrido. Y, por favor, dile a Iwan cuando le veas que no me he olvidado de él y que, ahora que las cosas están cambiando y es más fácil viajar a otros países, iré próximamente a veros. Y que iré con Pawel para que salde la deuda que tiene con él. Él sabrá perfectamente de lo que hablo.

Y tanto que lo sabría. Igual que lo sabía ella, ya que el propio Iwan le había contado esa anécdota. No podía evitar emocionarse con tanta muestra de cariño. Cuando sus tíos murieron, estaba convencida de encontrarse sola en el mundo y de que era Iwan la única persona con la que podía contar. Pero, luego, pudo comprobar que eso no era así. Que había otras personas. Que no estaba tan sola. Que, durante aquellos años, había podido contar con otra gente y que muchos de ellos seguían ahí. Ya había cumplido los veintinueve años, ya no era una niña, y, después de tanto como había pasado, ahora tenía una experiencia que le permitía ver la vida desde otra óptica. Ella siempre había estado muy apegada a su familia, a las pocas personas que completaban su círculo más íntimo y, de alguna manera, consideraba que no le importaba a nadie más. Pero, con los años, comprendió que no es que no le importase a nadie, sino que era ella misma la que no se abría: la que no era capaz de hacerlo por culpa de su carácter; y que, una vez se vio obligada a hacerlo porque no le quedó más remedio si quería sobrevivir, comenzaron a aparecer nuevas personas a las que cogió el mismo cariño que ellas a ella.

Una sonrisa apareció por su rostro entonces. Qué diferente era todo comparado con unos años atrás, cuando vivía en Moscú. Y también a como se había imaginado su vida una vez consiguiera escapar de allí. A como era al principio, una vez lo hizo. Había logrado una estabilidad. Tenía un buen trabajo, una casa para ella sola y dinero ahorrado para cubrir cualquier eventualidad. Ella nunca se imaginó capaz de hacer

todo eso, y mucho menos sola. Y se maravillaba de haber llegado hasta allí, de haber cumplido la misión que le vino impuesta y de ser capaz de acoger a Iwan para ayudarlo a que él también encontrara esa estabilidad.

- Parece mentira—. Volvió a decirse mientras se secaba una lágrima que se le había escapado.

Entonces, en ese momento, algo llamó su atención, levantó la mirada y comprobó que alguien atravesaba el portón del edificio para salir de él. Se trataba de un hombre joven que portaba una voluminosa mochila y que parecía perdido, mirando a un lado y a otro. A la chica le dio un vuelco el corazón. Se puso en pie para ver mejor, para observarle, ya que no estaba segura de que fuera quien tenía que ser. Hacía seis años que no le veía, ¿cómo iba a poder estarlo? Pero sí. Parecía él. Tenía que ser él y lo certificó mientras cruzaba la calle y comprobaba que la estaba mirando, sonriendo abiertamente y con gesto emocionado. Entonces, imprimió velocidad a su paso al tiempo que no podía reprimir las lágrimas. Y cuando llegó a su altura, le abrazó con fuerza y recibió de él el mismo abrazo y con la misma intensidad. Lo apretó contra sí durante unos eternos segundos mientras lloraba y notaba claramente que él también lo hacía. El momento más esperado había llegado por fin y ella se abandonó a él por completo para poder disfrutarlo al máximo. Otra vez, la secuencia de imágenes de su pasado transcurría a toda velocidad mientras un inmenso alivio recorría todo su ser. En ese momento, era completamente feliz. Completamente, y su única aspiración era retener ese instante en su cabeza para nunca olvidarlo. Para poder volver a él en el futuro, en cualquier momento de lo que le quedase de vida, y recrearse, hacerlo una y otra vez, sentir esa alegría tan inmensa. Esa ilusión infinita. Esa magia que hacía que se sintiera como levitando un palmo por encima del suelo. Tanto como lo había deseado, y allí estaba. Entonces, se separó un poco para poder verle la cara, la mirada, y compartir con él todos esos sentimientos. Pero, cuando lo hizo, comprobó que él seguía llorando y se alarmó al verlo tan hundido: tan venido abajo. En ese instante, comprendió que él ya no podía más. Que era incapaz de seguir siendo fuerte por más tiempo. Que había resistido durante años y que, con aquel reencuentro, se derrumbó definitivamente. No podía imaginar todo lo que había soportado desde que le encerraron en aquel lugar. Tanta soledad, tanta incertidumbre por no saber qué iba a ser de él, qué estaba haciendo ella, dónde se encontraba o con quién. Porque ella también lo había pasado mal, pero siempre tuvo a alguien a quien recurrir. Aunque, a menudo, no lo hiciera, pero tenía a quién recurrir. Él no, sin embargo. Él había estado solo. Inmensamente solo, día tras día, mes tras mes..., año tras año. Y, de repente, cayó en la cuenta de que solo una vez le había visto tan abatido como en esos instantes. Fue el día en el que le conoció, cuando apareció por la panadería de sus tíos contando que acababan de matar a su madre y a su hermana. En aquella ocasión, fueron ellos quienes le atendieron mientras ella se quedaba en segundo plano. Pero ahora le tocaba a ella pasar a la acción y consideró que no podía haber nada más importante en el mundo que

hacerse cargo de eso.

- Tranquilo, Iwan-. Le dijo entonces, con infinita dulzura, mientras él, incapaz de hablar, jadeaba y respiraba entrecortadamente en medio de sus lágrimas-. Tranquilo, cariño-. Le repetía al oído, acariciándole, besándole, intentando así que se relajara y recuperara el tipo-. Tranquilo, ya está, ya se acabó todo, ya estamos aquí otra vez, ya podemos mirar hacia delante-. Iwan la seguía abrazando, reteniéndola contra él, como si con ello se agarrase a la vida, mientras ella continuaba susurrándole las mismas palabras al oído-. Tranquilo, tranquilo, ya está, ya se acabó...

Y por fin, momentos después, él se separó, la miró con sus ojos enrojecidos y sonrió abiertamente. Ahora, sí. Ahora, una vez desahogado, pareció recuperarse y volver a ser él.

- Veo que me has esperado-. Le dijo, aún con la voz entrecortada, ante lo que Svetlana sonrió y le acarició la mejilla.

- Claro que te he esperado. Lo hubiera hecho toda la vida. Yo te quiero, Iwan, ¿entiendes? Te quiero más que a nadie en el mundo. ¿Cómo no te iba a esperar?

Iwan cerró los ojos durante un par de segundos y luego se pasó las manos por las mejillas para secarse las lágrimas.

- Yo también te quiero-. Le respondió, entonces, sin poder evitar del todo que se le volviera a quebrar la voz-. Te lo tenía que haber dicho aquella noche en Cracovia, pero no supe hacerlo. No encontré la forma, no..., no te imaginas cómo me he arrepentido todos estos años de no haberlo hecho. No sabes cuánto he pensado en eso, cómo me he maldecido a mí mismo por...

- Da igual, Iwan-. Le interrumpió ella con la misma dulzura con la que le llevaba hablando todo el rato-. Da igual, no pienses en eso, ¿qué más da? Yo lo sabía. Lo he sabido a lo largo de todos estos años. Y sé que tú también, aunque yo tampoco te lo dijera.

En ese momento, Iwan metió la mano en uno de los bolsillos del abrigo que llevaba puesto y sacó el pañuelo negro que ella le entregó a través de Dieter seis años atrás.

- Con esto me lo dijiste todo-. Aseguró, colocándolo sobre la mano de ella-. Me ha dado la vida. Te juro que me ha dado la vida. Lo tenía siempre a mano cuando estaba en la celda. Lo metía en la cama conmigo para dormir. Joder, hasta incluso hablaba con él, imaginando que lo hacía contigo. Un día me dijiste que era el objeto más valioso que tenías. Puedes estar segura de que lo he tratado como tal porque ha sido justo eso para mí durante todo este tiempo.

En esta ocasión, fue ella la que se secó de las mejillas las lágrimas que se le escaparon al escuchar esas palabras.

- Pues, a partir de ahora, será nuestro objeto más valioso-. Añadió a continuación con una sonrisa-. Porque después de todo lo que hemos pasado, esto ya no es mío, sino nuestro.

- Me parece fenomenal-. Remató él, volviendo a sonreír y ya mucho más relajado.

En ese momento, se hizo el silencio entre ambos, mientras se observaban y no dejaban de sonreír—. ¿Y ahora qué?— Preguntó Iwan, pasados unos segundos—. Estoy completamente perdido, fuera de onda. No sé qué decir, ni qué hacer..., no sé ni dónde estoy—. Apostilló, mirando a un lado y a otro. Svetlana sonrió entonces, feliz por verle bromear de nuevo. Y, a continuación, le cogió de la mano y tiró suavemente de él para comenzar a caminar juntos.

- Ahora nos vamos a casa. Ya tendremos tiempo de hacer millones de cosas, pero ahora nos vamos a casa.

[1] StB: Antigua policía secreta de la Checoslovaquia comunista.